SANTIAGO AGUILAR OLIVER

Artículos
Revista Cinegramas
Del 8 de Septiembre de 1934
al 19 de Julio de 1936

El rostro seductor de Greta Garbo tiene en esta bella fotografía su máxima expresión

los bastidores del Teatro de Imágenes

Pasión, muerte y resurrección de Nils Asther

Con nombre de príncipe...

Un alumno aventajado de la Academia de Arte Dramático de Estocolmo tenía nombres de príncipe: Nils... (el príncipe Nils de Escandinavia; ¿verdad que suena muy bien?) Y no sólo el nombre. Poseía también porte principesco, una arrogante figura y... unos ojos exóticos, rasgados, verdeclaros, magnéticos. Y no sólo la figura y el rostro, sino su carácter; parecía haberse desarrollado en salones palaciegos, haber dormido siempre entre sedas y brocados. Era altivo. A veces parecía soberbio, despótico, cruel. Otras, dulce, persuasivo, galante. Nils Asther—era él—constituía la obsesión de las más bellas muchachas de la Academia. Le admiraban y soñaban con él... como con un príncipe de verdad...

"Mi condiscípula Gustavfsow"

Entre aquellas compañeras de estudio escénico había una quizá más fea que las otras, modestamente vestida y casi siempre cabizbaja: el reverso de Nils. Se hallaba inscrita con el apellido, vulgar en Suecia, Gustavfsow. (El nombre ya era menos vulgar: Greta Louvisa...) Era o había sido modista y modelo de sombreros. Todo lo que le faltaba de atracción física lo tenía de aplicada y de dispuesta para declamar y representar. Greta y Nils se saludaban nada más. No se habían hablado nunca. Hasta que una tarde, en el tranvía que va hacia el barrio marítimo —el barrio de los humildes—, se encontraron los dos. Nils iba con un amigo, ingeniero. Greta se azoró un poco. Después de la presentación: «Mi condiscípula Gustavfsow», los tres—era domingo y había feria—se fueron a merendar, con seriedad propia de un cincuentenario...

"¿Dónde está Nils?"

En algunos ejercicios de aquel año tuvieron que hacer juntos unas escenas de amor. Greta y Nils se dieron maña y obtuvieron sendos diplomas. (¿Diplomas o certificados de sutilidad amorosas?...) Y de pronto, a la apertura del siguiente curso, Nils Asther no apareció. Su tipo gallardo, delgado y esbelto, como para vestir etiqueta y uniformes, brilló por su ausencia. El profesor, contrariado, decía: «¿Dónde está Nils?» Las alumnas, entristecidas, le respondían como un eco. Y Greta, silenciosa, sola, con los ojos bajos y la grande boca contraída, se preguntaba también para sus adentros, con una nueva angustia indefinible: «¿Dónde está Nils?...»

Nils Asther, el actor de porte principesco, que en la Academia de Arte Dramático, de Estocolmo, conoció a Greta Gustavfsow, después Greta Garbo

"¿Dónde está Greta?"

Pero Nils volvió. Había sido confinado por la familia como consecuencia de un conflicto casero, de faldas, uno de esos enojosos jalones que hay en el camino de juventud de todos los hombres guapos, los hombres afortunados que gustan a las mujeres con su sola presencia. Y volvía a Estocolmo por el curso perdido. Su entrada en clase tuvo todos los caracteres de una revancha. Las chicas aparentaron no hacerle caso. Y él quedó vencedor otra vez con una sola pregunta, a la que no supieron responderle: «¿Dónde está Greta?...»

Camino de la personalidad

Greta se hallaba en el camino donde iba a encontrarse a sí misma. Había dado el salto férreo —por la voluntad y por el medio de traslado—

Los comienzos de la carrera cinematográfica de Greta Garbo... Verla aquí evolucionando ante la cámara en uno de los films impresionados por la famosa «star»...

Greta Garbo y Nils Asther fueron protagonistas, en el mundo quimérico de la pantalla, de inenarrables idilios de amor, que luego se prolongaron al mundo real de la vida auténtica... Pero un día, cierta película no llega al fin... Esta fotografía inédita, curiosa y única corresponde a ese film que no tuvo término...

a Berlín, pequeña Babel donde el teatro, el Teatro, mejor escrito, tenía un genio moderno: Max Reinhardt... Allí estaba Greta, lejos de Nils, que pensaba en ella bajo las brumas melancólicas de Estocolmo. Cuando él, que tenía nombre y porte de príncipe, se enteró de que su amiga había «cuajado» en la escena berlinesa, se sintió más triste que nunca. Fué una tristeza extraña, que comenzó con apariencias de alegría. No supo qué pensar de sí mismo, andando por los muelles envueltos en niebla: ¿Aquello era envidia?... ¿Era amor?... Y decidió ir a verla a Berlín. Con dinero de su buen amigo el ingeniero. Camino de Greta. ¡Camino de la personalidad!...

Camino del triunfo... y del dolor

Nils se aturdió un poco en Berlín. Al segundo día de estancia—hotel de quinto orden, frente a unos almacenes de carbón—hizo arqueo de fondos. Contando con una cena fría a Greta —anunciada en un teatro aquella noche como protagonista de un drama—, no podía permanecer otro día más... ¡Bah!... No importaba. Iba a verla. A juzgarla. A satisfacer su propia duda insufrible. Y al entrar al *camerino*, ella le sonrió. Pareció no sorprenderse. Pero... era otra ya. Otra mujer, bien vestida, bien perfumada, que le decía entornando sus párpados: «Querido camarada, gracias. No puedo cenar contigo. He de ir con Maurizy Stiller para firmar un contrato. Una película. Mi primera película...» Aquella noche Greta tomó el camino de su definitivo triunfo, mientras Nils, en el tren, de regreso a Estocolmo, recorría el único camino posible para él: el del dolor... (No se atrevía a confesarse—sentía rabia, despecho y odio—que era el mismo camino del amor...)

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Semblanzas de protagonistas

Warner Baxter

ó una trayectoria masculina

El tenor.—La vicetiple.—La estrella

Como me lo han contado os lo cuento. Yo he hablado con una mujer que le ama, que le vió, que pudo ser suya, y con un hombre que fué su amigo allí donde las ilusiones se truncan y la juventud naufraga en los días obscuros. Es como si hubiera conocido yo también al héroe, protagonista de su propia novela —«romances», dicen allí, con una frase bella que quiere unir historia y fantasía—, y hubiera estrechado su mano fuerte.

Warner Baxter, o una trayectoria masculina.

* *

El amigo, un muchachote santanderino, tenor, con una voz que asombra en el propio Milán, un «divo» de ópera para el futuro, Guillermo Grijuela, en una palabra, me explica la odisea de aquel Warner Baxter, bueno, sufrido y malaventurado, que inútilmente arrastraba su ambición por los estudios de Hollywood, en la era del cinema mudo. Su arte quedaba inédito ante las cámaras. Algún pequeño papel le desilusionaba aún más que la inercia. Tenía hambre. Hambre material y sed moral de justicia.

Grijuela, el tenor, pilotaba entonces un Cadillac y compraba camisas en casa de Schwab. Pero Baxter no admitía su auxilio. No quería esa grata limosna del favor de un amigo sincero. Un café, un cigarrillo, una merienda, bueno. Pero nada más. Ni un sólo dólar que pasara de una mano diestra a su diestra. Eso, no.

* *

Un día le reveló Baxter a Grijuela su decidido propósito de abandonar para siempre sus sueños cinematográficos. Razonaba así: «Yo sé que valgo. Ellos no lo saben. Y ellos tienen el dinero. Ellos tienen la razón.» El tenor se apesadumbraba, como amigo leal. Aquella renuncia se le metía en el alma. Hubiera querido ser millonario —de dólares, por supuesto— y accionista de una manufactura, para ayudarle. Creía en él.

* *

Y precisamente, poco después, se presentaba a Warner Baxter la ocasión del triunfo primero, la *chance* tan perseguida. Fué con el advenimiento inesperado del cinema sonoro. Las sombras hablaban. Había que buscar voces gratas al inexorable micrófono. Se probaron cuantas voces pudieron ponerse a prueba. Una de ellas la del derrotado extra Warner. Fué un hallazgo precioso. ¡Qué bien registraba en las bandas de celuloide su gama de sonidos, pastosos, varoniles!...

* *

Aquella película se titulaba *Old Arizona* (Vieja Arizona). Grijuela obtuvo una pequeña parte en el reparto del que su amigo era protagonista... Nunca se sintieron tan felices ambos. El tenor lloraba de emoción viendo y oyendo a Warner en las escenas, durante el rodaje. Había nervio, temperamento, corazón, ansias locas de una revancha de arte. Y aquel debut fué una consagración en la pantalla.

* *

La linda e inteligente vicetiple madrileña Lucía—me reservo el apellido por súplica de la interesada—conoció a Warner Baxter en Puerto Rico, durante la filmación de una película de ambiente tropical. Ella le amaba ya desde los cines de su castizo barrio de Madrid. Había recortado y besado todos sus retratos de las revistas cinematográficas. Era su tipo de hombre, su patrón de ideal... Y el capricho de la suerte le puso al ídolo—de carne y hueso—en su camino de *tournée*.

* *

Lucía habla bien el inglés. Es una vicetiple intelectual que pisó salones aristocráticos antes que escenarios frívolos. Y su admiración incontenible la hizo audaz. Ella consiguió que Warner le firmara un abanico. Luego pasearon juntos, tomaron juntos el té... Baxter era ya célebre. Había triunfado en un plebiscito como el galán más varonil. Las mujeres se lo disputaban. Y él no tenía afectación. Su simpatía sincera rimó pronto y bien con la simpatía de aquella chica española.

* *

¡Ah!... La linda Lucía asegura que pudo ser el amor de Warner Baxter. Ya lo creo. Sólo que no diría «el amor», en rotundo, sino «un amor», con cierta deliciosa vaguedad. Un amor de Warner Baxter. Que ya es algo en la vida de un protagonista célebre y mucho en la vida de una modesta vicetiple...

* *

Ella—la que le ama—y él, su amigo leal, le recuerdan en la ausencia y en la distancia con igual fervor. Rozaron su cariño, su alma entera de hombre, y saben de su nobleza, de su sencillez, de su generosidad. Warner Baxter es el hombre más hombre de Hollywood. Quizá el hombre más bueno, más sencillo.

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Pasión, muerte y resurrección de NILS ASTHER

III

Pero... ¡Greta es única!

Aquel improvisado e inesperado lenitivo para el hondo desencanto de Nils tuvo una graciosa derivación. Su amigo el ingeniero, con quien no tenía más remedio que sellar las paces, traspasó de golpe a la modesta Cristina todo su vehemente apasionamiento por la alejada Greta. Y resultó que mientras Nils se iba enfriando al comprobar la enorme diferencia que había entre una y otra—tanta como aproximación en lo físico—, el amigo se interesaba más y más, encontrando incluso más digno de admiración el carácter detallista y práctico, de abeja laboriosa, de la humilde y sana Cristina. Precisamente... lo que Nils hallaba de abismo infranqueable entre una y otra. El final de aquella nueva aventura fué rápido y contundente: el ingeniero y la empleadita se casaron y... ¡Nils fué padrino de boda!... Un padrino que no pudo sonreír en toda la ceremonia, y que luego, en un aparte del espléndido *lunch* nupcial, cuando el novio, convertido en marido, le preguntaba radiante: «¿Qué te parece Cristina, mi nueva Greta?...», respondía, frunciendo el entrecejo: «Chico, muy bien. Cristina es... Cristina. Pero... ¡Greta es única!...»

Un meritorio sin temperamento

Nils Asther pidió un puesto de meritorio en una Compañía de comedias. Nada como la vida interna del teatro para desgastar o embotar el espíritu. Nils se convirtió en un autómata que estudiaba sus pequeños papeles y que los interpretaba, atento a la técnica, a la mecánica del oficio teatral, sin pretender interesarle a nadie. En la Compañía, ni se le quería ni se le despreciaba. Nadie podía suponer sus ambiciones íntimas, sus sueños de grandeza, su amor romántico y oculto. Era un meritorio, con un tipo arrogante, eso sí, pero... sin temperamento...

Un nuevo ídolo de carne

En su modestísimo camerino, compartido por dos meritorios más de la Compañía, Nils leyó una tarde en una revista de cine alemana algo sensacional, aunque para él esperado... Hollywood se había rendido ante el vivo prodigio de una mujer, cual ninguna interesante y fascinadora, que palpitaba en la pantalla con una emoción desconocida: Greta Garbo. Su debut, en una película de ambiente español—*El torrente*, derivada de *Entre naranjos*, de Blasco Ibáñez—, había revestido caracteres de acontecimiento. Había surgido un nuevo ídolo. Un nuevo ídolo de carne, de los que adoraba el mundo civilizado con el mismo frenesí que los antiguos pueblos a sus terribles o pueriles dioses. Un ídolo de carne y hueso que el país del dólar creaba e imponía a los públicos de Europa, después de haberlo traído de la propia Europa. Un nuevo nombre lanzado al estrépito de la popularidad: ¡Greta Garbo!...

El gusano de luz ante la estrella

A partir de entonces, Nils pudo seguir la ruta triunfal de Greta por los noticieros cinematográficos en las deslumbrantes propagandas. Estaba al tanto de su trabajo presente y por venir. La Garbo era una estrella ya del caprichoso firmamento creado por las inmensas fortunas de Cinelandia. Era una mujer célebre, y, como tal, su vida—falsa y artificial, pero envidiada—pertenecía a todos. Como las cortesanas que escribían sus nombres en los muros de las afueras de Atenas o de Delfos, era ya la amante de todas las imaginaciones, porque había escrito su nombre en la pizarra de oro de la fama universal... Obsesionado por tal encumbramiento, Nils tuvo un sueño curioso, especie de pesadilla, de la que despertó con sensación de extraña angustia en el pecho. Había soñado que era un pobre gusano de luz, abandonado en la falda de una montaña enorme. Más enorme aún le parecía el cielo, en el que sólo brillaba una estrella de radiantes destellos, bella y única en la inmensidad del espacio. El, pobre gusano de luz—una chispa en las rocas—, no se cansaba de mirar aquella estrella insólita y rutilante. En su ridícula pequeñez la admiraba y la amaba, y no vivía sino para considerar lo imposible que era llegar hasta ella. Sin embargo, el amor es loco y audaz, y se atreve a todo, y el gusano de luz comienza la ascensión de la gran montaña. Tras larga y numerosas jornadas,

Una bella foto de Greta Garbo en la época en que se iniciaba la aureola de triunfo que poco después había de conquistar...

Nils Asther en una escena de amor con Joan Crawford, la compañera del gran actor en muchos films

«¡Greta es única!» dijo cierta vez Nils Asther al ser preguntado acerca de la semejanza de Cristina con su ídolo de carne...

logró—heroísmo que sólo el amor hace posible—llegar a la cima. Y allí posarse sigilosamente sobre las alas de un águila dormida. Con el alba, el águila tomó un vuelo majestuoso en recta línea ascendente, y el pobre gusano de luz se vió transportado a regiones a que jamás hubiera soñado llegar. Vino la noche, y la estrella amada se iluminó y le pareció—¡claro!—más bella y más cercana que nunca. Tan cercana, que la vió sonreír. Con una sonrisa que era una promesa para él, pobre y osado gusano de luz en las alas del águila inmensable, volando siempre en línea recta. Y cuando el milagro parecía posible, cuando el gusano se veía ya en brazos de la encumbradísima amada, el águila rauduca sacudió con fuerza las alas y le hizo caer al espacio desde aquella altura infinita. Y desde la falda de la montaña rocosa, el pobre gusano de luz abandonado vió cómo el águila audaz juntaba su poco curvo con los labios de plata de la estrella...

La estrella ante el gusano de luz

Una novedad casi indiferente para Estocolmo lo fué el fallecimiento de Mauritz Stiller, recién venido de Hollywood, donde no pudo desarrollar su arte de director junto a Greta por las intransigencias de los productores israelitas. Stiller era un hombre taciturno, de sienes plateadas, demasiado inteligente y demasiado formal para medrar en tierra de hombres... Había muerto de tedio y de pesar, Greta Garbo, la paisana insigne, se había puesto en camino para ver por última vez a su descubridor, a su protector. Nils, sin saber por qué, sintió la debilidad de ir a esperar a su ex condiscípula. Quería verla, quizá porque venía en una hora amarga de dolor. Y ella le advirtió en el acto y le tendió su mano enguantada, como si no hubiera dudado de su presencia allí. Ella venía pálida, interesante, muy sencilla. Había sido un viaje penoso, de angustia incontenible. Quiso ver a Mauritz Stiller, aunque muerto. A la escena asistió Nils. Greta Garbo lloró sobre el difunto como sobre un padre. Al final de la triste ceremonia, Greta y Nils pudieron encontrarse a solas. Hablaron poco. El la acompañó hasta el hotel, respetuoso, pero afable. Al siguiente día, al despedirse, la estrella habló así ante el gusano de luz: «Stiller fué para mí más que un padre. Estoy muy triste. Me encontraré muy sola en Hollywood. Nils, yo te prometo que te llevaré conmigo.

Hasta la vista... Adiós...»

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

PASION MUERTE Y RESURRECCION DE Nils Asther

Macho y Hembra Afrodita y Adonis

VI

La escena en el jardín, ya casi a media luz, tomó caracteres de gravedad. Nils Asther, con la cólera fría de los japoneses, sin un grito, sin descomponer sus facciones, solamente acentuando el rasgamiento de los ojos y el frunce de los labios, recriminó a Greta, la falsa amiga que daba órdenes a su servidumbre de no dejar pasar a los amigos leales, de negar su presencia a quien sabía quererla, admirarla y respetarla, mientras perdía el tiempo en la piscina con una aduladora ocasional, con una amiga del momento. Lia Torá, la sugestiva morena, mujer discreta como pocas, se había retirado al comienzo de las razones del apuesto Nils. Quedaron solos frente a frente los dos paisanos. Greta escuchaba. Le escuchaba, y se tapó, de pronto, sus oídos con ambas manos. Después se irguió, con majestad, no de princesa, sino de reina, que no debe sufrir la insolencia, justificada o no, de su vasallo. Era la hembra rebelada ante el macho que expande su supuesta superioridad.

Nils Asther es, en esta foto, el galán apasionado y seductor que caracteriza su historial amatorio del film y de la vida

Greta Garbo, el único y malogrado amor de Nils Asther, sintetiza la mujer símbolo. En esta foto, una vez más, la genial actriz liega ante la cámara un nuevo idilio...

Y con su gesto de suprema, de impresionante energía, le mostró la salida del *bungalow*. Jamás ha estado Greta Garbo tan bella, ni tan mujer. El macho, vencido, salió lentamente del jardín, con el rostro pálido por la tremenda tensión nerviosa. La divina hembra no quiso mirarle por última vez. Orgullosa de su sexo, volvió a introducirse en el agua, que no tenía—¡lástima!—espumas plateadas para recibirla como a la Afrodita mitológica, vencedora de Adonis.

Camino del calvario

Greta Garbo tiene un carácter entero, que, sin ser rencoroso, puede pasar del afecto a la mayor indiferencia en un minuto, como se lastime su extrema sensibilidad. Es de las mujeres que jamás perdonan una indelicadeza. Nils Asther había muerto para ella. Nils se arrepintió, en sus amargas horas solas, del varonil impulso de la tarde aciaga. Pero no cedió tampoco. Mantuvo su externa altivez a costa de su propia carrera. Porque Greta, con sólo manifestar que no le veía con agrado por el Estudios, firmó su sentencia de muerte artística. Tal vez supuso que Nils, siendo ya famoso, sería requerido por otras editoras. Y así fué, en efecto. Pero Asther pretextó un deseo de reposo, y no actuó. Le parecía odioso, ahora, todo el entramado artificial del cinema. Se impuso la ruta de un calvario que redimiera todos sus errores, todos sus pecados de hombre que había amado mucho. Y propuso el arte—también sagrado—a su tragedia íntima.

«¡Resurrexit!»

Nils Asther acentuó su alejamiento de la pantalla al advenir el cinema sonoro, que trastrocó el tinglado de la farsa moderna en Hollywood. Le pareció, en sus principios, un mal teatro, un teatro fotografiado, sin el calor vivo de los actores que actúan entre aplausos, siseos o protestas. El rebelde artista iba consumiendo sus ganancias de la época de las vacas gordas, y no le importaba el porvenir. Leía. Tocaba el piano. Y amaba. Sí. Amaba a una mujer sencilla, buena, sumisa, con la inteligencia suficiente para comprenderle y perdonarle. Una mujer que había de ser su esposa y había de perpetuar su especie en un bello retoño que alegraría la inevitable vejez, en el invierno de su vida. Y así, cuando menos se lo podía suponer, le vino un contrato providencial. Era ya tiempo. Tenía necesidad perentoria de ganar dinero. Había un nuevo horizonte abierto en su existencia. Tenía que resucitar para su propia salvación. Y trabajó ante la cámara sonora con todo el ímpetu de su alma renovada. Su triunfo fué sensacional. Las pantallas acogieron su arte culminante con los honores de una esperada resurrección. Nils Asther volvía a ser famoso. Y los públicos le proclamaban el primer galán de los galanes. Sus creaciones cumbres en *La amargura del general Yen* y *Tempestad al amanecer* le han situado más alto que en sus tiempos mejores del cinema mudo. Se ha casado. Es feliz. Y tiene una hija que le da a conocer un nuevo amor, inmenso, insospechado, ante el que palidecen todos los demás amores de la tierra. Un amor que no sintió nunca ni por la inolvidable Greta Garbo, la extraña mujer que le dió el triunfo, o sea la vida, y pudo darle la muerte.

SANTIAGO AGUILAR

(Prohibida la reproducción de este folletín reporteril.)

Greta Garbo, frente al mar, con un atuendo muy varonil y muy femenino, sin embargo, deja perder su mirada por el horizonte infinito...

En «Como tú me deseas», Greta ofreció a la cámara inéditas expresiones fisonómicas, fuertemente acentuadas por el áureo casco de sus cabellos, expresamente platinados para este film. Esta foto muestra el evidente contraste entre la Greta anterior y la actual...

Kay Francis y Nils Asther en una emocionada escena de «Tempestad al amanecer», en la que ambos artistas, de acusado temperamento pasional, realizaron una labor loable por todos conceptos

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

cinegramas

CARAS NUEVAS EN EL CINE SONORO

JACK LA RUE

UN "HOMBRE MALO" QUE HACE LA FELICIDAD DE LAS MUCHACHAS INGENUAS.

Desistimos de acudir al fichero profesional para apresar los datos sobre Jack La Rue, este hombre nuevo que se asoma a la pantalla con toda la desenvoltura de un triunfador veterano.

Iremos, al revés que Pirandello con su blanca barba de actor genérico, en busca del personaje, sorprendiéndole metido en su «yo», dentro de su propio «almario», sin darle tiempo de afeitarse el espíritu.

Y aquí te traemos a Jack La Rue, nada menos que «un hombre malo», con todas las de ley, en pijama crudo y fumándose un cigarrillo por la nariz. Vamos a ver si en este *ecce homo* pagano somos crueles, como los judíos, o estúpidos, como Pilatos. (Desde luego, tenemos las manos limpias.)

* *

Señoritas que habéis visto actuar a Jack La Rue: ¿Confesáis que, a despecho de sus malas acciones y su ceño fruncido de la tela de proyección, seríais capaces de iros con él a merendar a Molinero, alrededor de los pajaritos acróbatas?

No confeséis. No hace falta, preciosas criaturas, porque ya otras, menos preciosas tal vez, han confesado sobre Jack La Rue. Otras, tan ingenuas como vosotras—¡hijas de mi vida!—, que tuvieron la ocasión *terrible* de una entrevista con el hombre malo, el de risa fría como la hoja de un puñal y ojos que destilan intenciones perversas. En fin, otras, que dicen haber descubierto todo el atractivo íntimo de Jack La Rue, después de haber bailado con él música negra y que aseguran que jamás se han sentido tan seguras ni tan felices como en los brazos del gran «villano» novel, recién estrenado.

* *

Jack La Rue es un hombre guapo. (Habla una de sus admiradoras, ¿eh?) Sus facciones no tienen ese sello siniestro de las de Boris Karloff, ni llegan a la suavidad dulzona de las de Gene Raymond, el rubio platino. Jack La Rue está, físicamente, entre Ricardo Cortez y Clark Gable. Su boca, de hombre audaz y carnívoro, y sus ojos, de un extraño poder magnético, con sus negros cabellos brillantes, rematan una figura de líneas felinas. Recuerda al jaguar, ágil y artero.

Tiene una poderosa personalidad. Es de esos artistas que se recuerdan sin esfuerzo, con sólo una vez que se asomen a la pantalla. Pudo imponerse como artista en una sola escena, desempeñando un papel insignificante. Y es que ha nacido «con relieve», así como otros nacen lisos, extraplanos...

* *

La Rue reconoce que es incluso un sentimental. El mismo se ríe cuando, en las salas de prueba, se ve, pistola en mano, entre *gangsters* de siete dólares por sesión. O en un salón elegante, ceñido por el frac, lanzando miradas furibundas a la señora de un banquero.

Es un gran chico este galán de los «traidores» del cinema o este «traidor» de los galanes cinematográficos. Serio y formal como un contable. Atento y cordial como un viajante. Pulcro y cuidadoso de su atuendo como un diplomático. Una alhaja.

Nos ha revelado, con la mejor de sus sonrisas:

—Estoy encantado de la vida con el bromazo que me han gastado mis padres al adjudicarme un rostro de moderno asesino. Vivo, con el rostro de un hombre malo, como puede vivir el mejor de los hombres. Sin mancha de pecado en la conciencia, lavadas todos los días cuando me sumerjo en la bañera, soy verdaderamente feliz. Conmigo se acabó la sentencia de que «la cara es el espejo del alma». Y esto de llevarle la contraria a una frase tan vieja como el mundo me enorgullece.

* *

Hemos acabado por envidiar a Jack La Rue, el «villano» encantador. La Fama, perfecta coqueta, le hace guiños muy sospechosos ya. Dentro de poco iremos a los cinemas y encontraremos en la fachada, con letras resplandecientes, el nombre del hombre malo, brillando con cinismo triunfal sobre los transeúntes incapaces de matar a un mosquito, sobre los pobrecitos Perenganez que se asustan de una patrona bigotuda o de un sastre neurasténico.

Esa noche apoteósica, de consagración del hombre malo, se deberá, no se quepa duda, a Jack La Rue. Y una multitud de muchachas ingenuas serán felices por haberle amado, a él, que habrá hecho una fortuna asustando a todos los niños del planeta.

Santiago AGUILAR

Caras nuevas en el lienzo sonoro

LAS DOS BURGUESITAS DE LA PANTALL

RENATE MÜLLER y PHYLLIS BARR

Una novia ideal

Phyllis Barry, otra aromadada muchachita, que por vez primera ha asomado su rostro en la pantalla en «Su único pecado»

Renata Müller, la deliciosa burguesita alemana, que ha sido incorporada a los nuevos elencos de la Ufa

Buenos días, dulce Renata.

Venimos a verte regar los tiestos de tu ancha ventana en este barrio plácido de Berlín, sin humareda de fábricas ni colmena de oficinitas. Tu amado barrio burgués, de empleados del Estado y el Municipio, y de comerciantes que se sientan a las puertas de sus tiendas, no a ver pasar el cadáver de su enemigo, sino las piernas musculosas de alguna *fraulein* que viene del mercado, asomando las rojas zanahorias o las moradas berenjenas por los cestos, preñados de víveres.

Muy buenos días. Los que te mereces por tu clara sonrisa, que tiene algo de la luz de esta mañana soleada, casi primaveral. Tu rubia cabeza se alza sobre las flores como una giganteseca mariposa de oro. Venimos tan temprano porque sabemos que disfrutas de vacación y que tienes que ir de visitas dentro de una hora. Aquí estamos con los ojos cargados del sueño arrancado a viva fuerza, para admirarte en tu propia intimidad, en tu absoluta sencillez de burguesita que se ha asomado a las pantallas del cinema con la misma sonrisa que a tu ventana del piso cuarto.

¡Renata! Somos nosotros quizá inoportunos, pero bien intencionados. Nos has reconocido al punto. Y tu mano se agita en saludo, como la de una novia ideal que rubrica en el aire el goce de recibir al que se espera. Bella mentira en la mañana transparente. Primera ilusión de tu presencia, móvil de las ilusiones más caras que pueden acariciarse.

El ascensor nos deja en el descansillo con un gracioso jadear de cables mal engrasados. Sales a la puerta seguida de tu gatazo blanco y negro, con una cinta violeta al cuello, remedo de los bigotes jactanciosos. En el largo pasillo, de «linóleum» azul y blanco, olemos a fruta bien cocida. Y nos haces compartir en el pequeño comedor tu frugal desayuno de estrella.

Linda protagonista de *Guerra de valses*, tu reciente éxito, te dejamos con pena. Media hora a tu lado es muy poco. Volveremos otro día a tomar café y a bailar con la radio. Eres la amiga deliciosa, la burguesita honesta, pero alegre, que dejas un sedimento de bellas sensaciones en nuestra alma gastada. Lo pareces todo—todo lo bueno y todo lo perfecto—menos una estrella de cine. Quizá por eso lo eres. Porque has sabido hacer del cuadrante de proyección, con tu gentil imagen, una continuación de tus propias horas burguesas, llenas de sencillo encanto.

Adiós, Renata. Eres la novia ideal, o sea una novia imposible.

Una promesa de triunfo

Buenas tardes, Phyllis.

Llegamos un poco retrasados. Perdona. Tu actitud sería, vigilante, alerta, con las pupilas en guardia, parece la del centinela de un paraíso de promisión. Tu silueta flexible se recorta sobre la puerta abierta en un prodigio de vivas armonías.

Bella como la tarde californiana, nos haces sentir el peso de nuestro involuntario retraso. Hemos perdido unos minutos preciosos junto a ti, que eres quizá la más sana promesa de Hollywood. Pero aunque no nos sonrías ahora, no importa. Tu juventud, aun revestida de gravedad, tiene una lozanía de milagro. Tu rostro, que no necesita de afeites, tampoco precisa de sonrisas. Así, con los ojos abiertos e inmóviles y los labios prietos, estás admirable. Tu aire de dignidad no nos impone; nos seduce. Eres una muchacha amable y formal que no se precipita nunca; que sabe esperar como esta tarde—los acontecimientos frente a frente.

Muy felices, hindsiron Phyllis. Tan felices como para nosotros desearíamos. Vivas lejos, y hemos calculado mal la distancia. Hemos venido a pie, dando un paseo, para ayudar la digestión del almuerzo a la española. Lo malo es que tendrás prisa, porque has de ir dentro de un cuarto de hora a ver, en la sala de pruebas de tu Estudio, la proyección de *Su único pecado*, el film que te convertirá en primera figura del lienzo sonoro. Estás impaciente por acudir a la cita que has concertado contigo misma, de tu «yo» personal con tu «yo» artístico. Dentro de un cuarto de hora se decide tu porvenir de burguesa embarcada en la más bella de las aventuras.

Hablas poco y piensas mucho. Lo primero que nos dices es que se ha enfriado el samovar preparado para nuestra visita. Como si no tuvieras otras preocupaciones. Como si todo dependiera de no parecer una perfecta amita de casa. Sabemos que lo eres y que cocinas maravillosamente con tus manos de largos dedos que abarcan con holgura las octavas del piano. Pero... nuestro interés se condensa hoy sobre el horizonte de tu arte de naciente estrella. Creemos en tu advenimiento victorioso, rápido, fácil. Eres nuestra predilecta, simpática Phyllis, en este juego de azar que es Hollywood.

¿Al jardín? Mejor. Tu físico no tiene que temer a la luz natural. Al contrario. Tu belleza es otro fruto de la Naturaleza que nos rodea y rima bien con el verdor del *parterre* y el azul del cielo. Eres al ambiente lo que tu ligero vestido a tu cuerpo en flor.

¿Tabaco? Mil gracias. Porque en ti, que no fumas, la ofrenda supone un máximo de atención que no merecemos. Ya es hora. Te dejamos. No podemos aceptar tu invitación, improvisada en el momento de la despedida, de acompañarte al Estudio y presenciar la proyección de *Su único pecado*. Debes ir sola. La amistad no tiene derecho a profanar estas incubaciones sagradas del séptimo arte. Nos resignamos a verte en la pantalla la noche de la *première*. Allí tendremos libertad para aplaudirte.

Adiós, Phyllis. El triunfo y la fortuna te esperan.

SANTIAGO AGUILAR

Estas páginas de nuestro cariño cotidiano —que retoñan todos los domingos—se adornan hoy quizá con sus mejores galas. Un ramillete de frescas y pimpantes bellezas se asoma por entre el fárrago de la prosa como se yerguen las amapolas en los trigales. Es un alto grato en el ingrato camino que recorre el cortejo servil de las celebridades, el que dedicamos hoy a la linda «extra» desconocida. Apartamos nuestra mirada de la estrella para posarla, con íntimo y franco amor, sobre la *girl* del teatro de imágenes. Para ella nuestra admiración, nuestro respeto. En ella hay verdadera juventud, la que no necesita de química ni de cauchos, porque no ha sido ajada por los «soles» del estudio, y que puede afrontar, sin miedo de desdoro físico, la luz severa de papá Sol. En ella hay alegría, sinceridad, optimismo y, sobre todo, ambición. ¿Hay nada más hermoso que una muchacha joven, bien formada y ambiciosa? La ambición de esta chica pizpireta y ágil es el fuego sacro que anima su escultura—rubia o morena—de carne viva, haciéndola palpitar de ocultos y atrevidos deseos de fama, de riqueza, de lujo y de amor. (Sí, lectora, aunque, en último término, por aquello de que cualquiera de los tres anteriores le puede dejar *k. o.*) La ambición juvenil y sin medida de la «extra» ignota nos atrae hasta ella más que los collares de brillantes de las estrellas. Y nos dejamos abrasar lentamente en su fuego germinador, que reduce a pavesas nuestra pretendida voluntad de hombres *terribles*, pensando que también el caballero Casanova se derritió en un alto de su galante camino por cualquier bella desconocida. ¡Y pensad que fué una desconocida la que inmortalizó Donatello con sus manos de artífice!...

• •

Observad los rostros y los cuerpos que hemos apresado en estas páginas felices—por ellos, por su reflejo, claro—y decidnos si son dignos del anonimato. ¿En qué se diferencian de los de las artistas célebres y populares? ¿Son de otra materia? Tal vez anime bajo ellos un más selecto espíritu. Si acaso. O les haya empujado el viento de la buena suerte a playas de abundancia. No sabemos los nombres de estas maravillosas coristas, piezas mecánicas de un conjunto estético que hará vibrar las pantallas y nos hará sentir la salvaje alegría de vivir. No hace falta. Para nosotros no tiene importancia en este momento de sinceridad un apellido más o menos eufónico. Estas magníficas chicas del conjunto cinematográfico, con sus ágiles piernas desnudas y sus rostros pícaros, de muñecas recién bañadas y pintadas, se bastan por sí solas para convencernos y enamorarnos incluso. Del delicioso *puzzle* de encantos femeninos que hemos compuesto para ti, simpático lector, no sabríamos con qué pieza quedarnos. No pestañean, cierto. Esa es la lástima. Pero si nos inmovilizamos nosotros, hasta convertirnos en algo estereotipado, frente a ellas, las bellas anónimas, la ilusión de una realidad íntima será perfecta. Una realidad que debiera prolongarse por largo tiempo. Y que durará unos minutos. Los minutos que hemos anunciado—y pedido—de atención para las bellas *girls* del teatro de imágenes.

• •

Las preciosas muchachas «del montón» son, acaso, más felices y humanas que las «primeras» del reparto. Y, desde luego, más alegres. Esta condición afortunada de la alegría sería suficiente para que prefiriésemos su trato al de todas las vampiresas que en el mundo se tiñen las uñas. Acontece, además, que aquéllas visten tan bien o mejor que éstas, y que bajan a los Estudios de rodaje de iguales *autos* suntuosos, y que arruinan a los mismos banqueros. No existe otra diferencia que la *réclame*. Aquéllas son populares, y sus retratos se borran a besos de los adolescentes del planeta entero; éstas yacen únicamente en el fondo de las carteras privadas, de maridos que pueden mantener diversos *hogares*, o en los billeteros—sin otros billetes que los capicúas del tranvía—estudiantiles. Un día, la simple *girl*, disciplinada y dócil, desaparece del coro y sale por la primera «caja» del teatro de revista, convertida en *vedette*. Y del Broadway a Culver City, por ejemplo, sólo hay un paso, a pesar de los cinco días de ferrocarril. Y la *vedette* se transforma en estrella de cine como la larva en mariposa. Algo de esto barruntan las tres coristas cuyos nombres y apellidos hemos puesto al pie de sus fotos. No son aún ni *vedettes*. Pero ya los departamentos publicitarios las destacan del grupo de desconocidas, como un anticipo del mañana radiante. Saludemos a las tres coristas conocidas, que nos encontraremos, de pronto, a la cabecera de una superproducción junto al galán de moda. Puede que entonces no nos interesen tanto, por lo mismo que ya las consideraremos menos abordables. Y el egoísmo hace que se huya de lo que tal vez fuera causa de nuestro sufrimiento o de nuestro ridículo. Estas tres gentiles muchachas que ahora os presentamos como celebridades futuras nos han puesto un poco tristes. Son algo próximo a perder en las lindes del camino de nuestra caprichosa detención. Algo que se nos escapa. Sus compañeras, las absolutamente desconocidas, tienen, en su gesto inmóvil, como una sombra de recelo envidioso.

Santiago AGUILAR

A LA SOMBRA DE LAS MUCHACHAS EN FLOR DE CINELANDIA

¿MARCEL PROUST EN HOLLYWOOD?

PERDONA, maestro, si quiebo el título de tu libro inmortal a estas aventuras del cine. A fuerza de leerte y admirarte, he creído que puedo contar con tu amistad. Y como amigo, aquí vengo, con una prosa que no es ni sombra de la tuya, a buscar sensaciones nuevas junto a un plantel tentador de muchachas, tan lindas, tal vez, como las que inspiraron tu pluma de oro.

Y dime, ¿no estarías tú hoy, si vivieras, tomando el sol y el sol del Pacífico en la risueña California, lo más cerca posible de las más bellas y simpáticas adolescentes del mundo? Yo no puedo dudarlo, maestro Marcel. ¡Y qué páginas escribirías, de letra apretada y denso pensamiento! ¡Qué sutiles observaciones! ¡Qué maravilla de imágenes! A falta de ellas, yo traigo las fotografías de todas las gentiles menores de Hollywood. Siquiera, la vista del lector se complacerá, y así sustituiré tus prodigiosas descripciones. (Sustituir: perdona la atrevida frase; lo tuyo es insustituible, como inmortal...)

Tarde de viento

Tarde ventosa, con sol, en el verde prado, Jeán Parker y Mary Carlisle, con sus blancos calcetines y las nerviosas pantorrillas desnudas, se van cogidas de la mano, como dos hermanitas bien avenidas, hacia el bungalow de una señora pudiente, amante de azul genio. Saben que tomarán chocolate espeso, de hace prior. Su alegría es tan sana como el ambiente. Aun no conocen el morbo del amor, aunque se turban ante los apuestos galanes del cinema cuando paramente al azar les miran un momento... El aire juguetón y goloso como ellas, ciñe a sus curvas incipientes las faldillas cortas, modelando los cuerpos en flor. Parece, lector, que nos invitan a seguirlas en su higiénico paseo. Su gesto tiene una simpática picardía precoz. Su belleza, sin alifafe ni alardes, nos atrae, nos fascina, nos vuelve tímidos. De tanto como querríamos decirles, no encontramos frases que tengan la suficiente persuasión. Es mejor el silencio. Y dejarlas marchar, solas y alegres, en la tarde de viento...

De cara al amor

Vuelan. No puede darse un dúo de sonrisas más entonado ni inspirado. Cara al sol, que va a ocultarse pronto en el Pacífico. Mary y Jeán son la propia gracia de la vida, la poesía del mundo hecha carne de milagro o milagro de carne. Están cara al amor, esperando que alguien les cuente historietas festivas. Algo que las haga reír, reír... Nada de seriedad, que sólo entienden a la hora del chocolate caserío. Algo que despierte su curiosidad, tendida en la tarde hacia nosotros, que no acertamos a revestirnos de interés. Contemplándolas, saboreándolas lentamente como un manjar caro y precioso, perdemos la noción del tiempo y del espacio. ¿Qué saben ellas de nuestro inmenso deleite ni de nuestros deseos íntimos? ¿Cómo pueden sospechar ellas que están en la edad de las mil maravillas, y que nosotros, que hemos pasado la treintena, temblamos de emoción al admirarlas? Cara al sol, cara al amor, estas fragantes muchachitas acaban por ponernos tristes, ridículamente tristes... ¡Oh, cómo envidiamos al granuja de Casanova!...)

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

película que conmovió los corazones del mundo, conquistando un nuevo estilo en los gustos del público... Greta Garbo y John Gilbert realizaron las más apasionadas escenas que jamás se habían llevado a la pantalla. He aquí el beso que hizo célebre a la pareja de amantes cinematográficos...

La vida amorosa de Greta Garbo en la pantalla

I

John Gilbert,

el amante de ficción que quiso ser amante de verdad

De la lista numerosa de este Don Juan del cinema, que puede superar a los Don Juanes de Marcel Prevost por su vida intensa y apasionada... dentro de los Estudios, reverso de su calladísima vida particular, destacamos hoy a John Gilbert, que no fué el primero que la tuvo en sus brazos frente a las cámaras de rodaje, pero que sí ha sido uno de sus más afortunados galanes, quizá el que mejor haya rimado con su temperamento absorbente y resistido su avasallador influjo de «mujer fatal», creadora de tipos inolvidables y apasionantes.

Greta Garbo, la más famosa «vampiresa» del mundo, dió el triunfo definitivo a John Gilbert al hacerle vibrar con sus caricias de maravillosa amante, al ofrecerle sus labios sabios como el más valioso premio que pudiera ambicionarse, puesto que llevaba aparejadas la gloria y la fortuna. Por eso John Gilbert fué, en su día, el galán envidiado por todos los galanes. Fué, de rechazo, de la heroína cumbre, el héroe de la actualidad, arquetipo de amadores impulsivos, vehementes y varoniles; fué el elegido de la suerte al hacer el amor, en la bella mentira de la pantalla, a la mujer más amada del planeta. Y por eso, hoy, al estudiar todos los amantes de ficción que Greta ha tenido en su larga y triunfal carrera de artista, damos el lugar preferente a John Gilbert. Ese puesto de honor nadie puede disputárselo. Nadie.

* *

John Gilbert triunfó cuando y como menos se lo esperaba. El, muchacho curtido en los desastres de la vida, tuvo ocultas ilusiones de director, en la era del cinema mudo, cuando a Griffith se le miraba como a un dios omnipotente. Y llegó a ser ayudante de dirección, pero en producciones mediocres, exhibiendo por los sets sus calcetines remendados...

No había creído nunca ser actor. Las amigas de su pobreza—cuarto interior de pensión ínfima y *restaurant* económico—le llamaban «simpático», no «guapo». Se recriminaba a sí mismo su atolondramiento para con las muchachas; se enamoraba fácilmente y sufría desengaños inútiles. Iba mal trajeado, con ternos rozados y pasados de moda. Su delgadez más movía a compasión que a pasión. Le pusieron un apodo humillante: *Narizotas*... (Nuevo Cyrano de Bergerac...)

—¿Cómo suponer que muy pronto iba a ser besado en las calles por admiradoras histéricas, las mismas que ahora no paraban mientes en su tipo de «esante»? Tiene la Fortuna estos caprichos, tan femeniles... Y a John le había reservado su más sorprendente protección de hada...

* *

El triunfo: Falta el primer galán del modesto reparto una mañana, al comenzar las escenas de interior. El director se irrita; busca un momento en su torno, y va a fijarse en John Gilbert, que espera, atemorizado, las órdenes del jefe. Este grita, como loco: «¡Para galán sirve cualquiera, si hay un director que conozca el oficio! Lo voy a demostrar. ¡Tú, John, a maquillarte! ¿Has oído, estúpido? ¡Eres el galán de la película, y dentro de diez minutos quiero tenerte aquí vestido y maquillado!...» Gilbert obedece; frente al espejo del *camerino*, llora de desilusión, como lloran los hombres cuando se desvían a la fuerza de su ruta; se pone ante la cámara: la primera actriz, bonita y joven, viene a él. El director exclama: «¡Bésala, John, como si fuera tu primera novia!», y John, inconsciente, ebrio o loco de no sé qué nuevo que despierta en él, toma a la desconocida en sus brazos y pone en su boca todo el dolor y todo el deseo hasta allí contenidos. Termina la escena; cierra los ojos, irritados por la luz cegadora de los arcos, y el director, el ogro, se acerca, trémulo de emoción, le abraza y le dice: «John, perdóname; tú serás el mejor galán del mundo...»

* *

Greta Garbo dominaba ya a los «grandes negocios» de Cinelandia, después de su revelación sensacional en *El torrente*. Le habían entregado el manuscrito de una película fuerte, de pasiones desatadas: *El demonio y la carne*. Ella quiso escoger el galán, en unión de sus dirigentes. Aquel galán tenía que poseer un temperamento vehemente, impulsivo, capaz de las escenas amorosas más realistas que se habían llevado a la pantalla hasta entonces. Ninguno de los conocidos les hacía confiar. O eran demasiado guapos, afeminados, copiando ridículamente al desaparecido Rodolfo Valentino, o pecaban de todo lo contrario, o sea, de ordinarios.

Así las cosas, Greta vió, por pura casualidad, la película de John Gilbert en un cinema de tercer orden. Y allí mismo escogió su galán, su próximo amante de ficción, elevándole a la categoría de estrella. La profecía del director iba a cumplirse bien pronto. (Cyrano de Bergerac convertido en Romeo...)

* *

¡El demonio y la carne!

Todavía se recuerda con admiración aquella película que batió el *record* de taquilla en todos los países civilizados, y que marcó un nuevo estilo en los gustos del público. *El demonio y la carne* conmovió todos los corazones jóvenes y fué causa de que muchas esposas empezaran a comprender que no se habían casado por amor, y que la felicidad, muchas veces, se esconde en lo imposible y en lo prohibido...

Fué la película del escándalo, del clamor. ¿Cómo besaba Greta Garbo!... ¡Cómo sabía acariciar, y exigir, y suplicar el nuevo galán, John Gilbert!...

Allí estaba la pareja ideal, la que interpretaba las violentas y morbosas pasiones del siglo... Y las cartas admirativas llovieron sobre los dos artistas victoriosos, consagrándoles y convirtiéndoles en ídolos auténticos de carne.

La voz pública exigía ya la unión de aquellos dos seres que habían sabido excitar la sensibilidad en una ficción maestra, más perfecta aún que la realidad misma...

Gilbert y Greta en la época de sus clamorosos triunfos, en una de sus más aplaudidas películas pasionales.

© Biblioteca Nacional de España

John Gilbert fué emparejado a Greta en una serie de películas pasionales.

Tuvo talonario de cheques, abrigos de pieles, servidumbre y automóviles de millonario. Impuso el leve trazo partido de su bigotillo, como una rúbrica timidamente varonil que desterraba los rostros barbilampiños de los galanes. Era un actor—un amador, como le llamaban los artículos publicitarios—puramente, netamente, temperamental, desprovisto de afectación, sin asomo de cursilería.

Cuando besaba en sus largas escenas amatorias, las salas de los cinemas parecían estremecerse de algo que la humanidad necesita cuanto más disimula. Greta le daba sus labios sensuales—de ardor que se sentía al contemplarlo—con la emoción y el entusiasmo de una verdadera, de una rendida enamorada. Y los públicos se equivocaron suponiendo que aquello—que era arte, arte sagrado y sublime—no era sino la prueba de un amor que había de continuar más allá de las imágenes animadas, en la propia vida, en la intimidad—también sagrada—de los intérpretes...

* *

Gilbert, más hombre que artista, pensó como el público. Y quiso llevar fuera de los Estudios de rodaje aquella fugitiva dicha que Greta le entregaba tan sin esfuerzo. Acabó por abrasarse en el fuego ficticio de aquella mujer fascinadora que temblaba de pasión en sus brazos en las largas escenas culminantes de sus renovados idilios...

Y retrocedió a los días pasados de su infelicidad, cuando no gustaba a las muchachas por pobre y por no ser guapo... Porque un día declaró sus ansias de hombre a su amante de ficción. E intentó besarla. Y Greta, digna, con una superioridad maravillosa—e inesperada quizá—, le hizo comprender que no había dejado de ser *artista*...

La lección fué severa. Y se tradujo en una paulatina desconfianza, que alejó a John Gilbert del éxito y de la popularidad. Por despecho, se casó con Ina Claire. Y los periodistas fantasearon de lo lindo, lanzando la especie de que a Greta le había impresionado tan fulminante casamiento.

La verdad fué que ella acogió con indiferencia la boda de su galán favorito. Y que dijo a un paisano de su intimidad: «Es ridículo querer convertir nuestros personajes—que no somos nosotros mismos—en seres de carne y hueso, prolongación de una farsa de arte. John Gilbert es un buen muchacho, que trabaja con naturalidad y facilidad. Pero yo no tengo la culpa de que no sienta el arte como yo y de que caiga en la vulgaridad lamentable de prolongar sus ficciones y de quererme obligar a engañarme a mí misma por haberse engañado él...»

* *

Ahora, hace poco, Greta ha buscado, con un gesto noble y magnífico, la reivindicación de su olvidado galán. Es así de generosa y de inteligente. Y puso el nombre de John Gilbert, inmediatamente del suyo glorioso, en el reparto de *La reina Cristina de Suecia*, ante el asombro de los profesionales de Hollywood. (Greta es así...)

¿Por qué? Porque le hacía daño verle postergado y abatido, filmando de tarde en tarde papeles que le hundían más y más en el olvido irremediable de su fama, un tiempo esplendorosa...

Y porque le sabía con temperamento y con sinceridad que no había encontrado en galanes sucesivos.

John Gilbert ha vuelto a triunfar, aunque no tan ruidosamente como en sus comienzos. No en balde pasan los desengaños, creadores de la desconfianza. Pero es feliz. Es otra vez el galán de Greta, la mujer más famosa del universo.

Y de nuevo ha gustado la ambrosía de sus besos, que saben, efectiva y doblemente, a gloria. Ha recobrado a la mujer que él deseó para sí al recobrar a la artista. Y ya no se atreve a sentirse hombre junto a ella, como antes.

¡Sabe que no pudo ser su amante de verdad, y se conforma con ser su amante de ficción!...

SANTIAGO AGUILAR

John Gilbert sonríe, pero su sonrisa no es aquí del todo sincera... Esta foto pertenece a los días amargos en que iba rayendo en el pozo del olvido, después de haber sido el «amador» más famoso de la pantalla en los brazos de la deseada Greta Garbo...

© Biblioteca Nacional de España

la vida amorosa de GRETA GARBO en la pantalla II

Conrad Nagel, el Armando Duval que no encontró su Margarita Gautier

Arriba: Greta hará una creación genial e inolvidable de la Margarita Gautier de «La dama de las camelias»... Esta expresión maravillosa de su rostro, está impregnada de la dulzura y el romanticismo propios de la famosa heroína de Alejandro Dumas (hijo)

Gustavo Serena, Alberto Collo, Rodolfo Valentino, Luis Alonso (Gilbert Roland)... He aquí los Armandos del cinema, los que tuvieron que encarnar el romántico héroe de Alejandro Dumas (hijo), sosteniendo en sus brazos a Margaritas tan opuestas como la Hesperia y la Bertini, Alla Nazimova y Norma Talmadge... Y cosas del caprichoso destino: aquel galán que hubiera estado física y moralmente a la altura del tipo inmortal de la novela más romántica del mundo, no ha podido demostrarlo hasta hoy. ¿Y mañana? Mañana, quizá. Depende de una sola palabra de Greta Garbo, la actriz que elige sus argumentos con plena autoridad y que dispone sus repartos como si fuera la propia dueña de su rendida—aunque poderosa—editora...

Este galán en que se ha frustrado el mejor Armando Duval de la pantalla se llama Conrad Nagel. ¡Conrad Nagel!, pronunciarán con admiración muchas de nuestras gentiles lectoras. Porque fué, en un tiempo, el favorito de las mujeres refinadas e inteligentes, por su arte exquisito, primero, y por sus suaves facciones de hombre de innata distinción, después. Su esbelta figura, sus ojos azules y su pelo rubio, ligeramente ondulado, hicieron suspirar a las muchachas espirituales, que le escribieron largas cartas de tono íntimo y letra estilizada...

En el círculo: Conrad Nagel, el galán de los ojos azules y cabello rubio, que hizo suspirar a las muchachas espirituales, sería el Armando Duval soñado en la pantalla... Siempre que Greta Garbo interpretase el papel de Margarita...

Un día, en la era de sus éxitos personales, Conrad Nagel recibió una cita sensacional. Greta Garbo, a quien no había podido ver nunca de cerca, le llamaba a su Estudio, por teléfono. Conrad fué sin ilusión, sin suponer que pudiera resultar elegido para *La dama misteriosa*. Sabía que otros galanes habían sido llamados y probados, con negativa fortuna. ¿Iba él a conseguir llenar las exigencias de la poderosa estrella y de sus directores, influídos por su opinión siempre? Conrad Nagel, hombre de talento, sin vanidad ni exceso de ambición, tenía a Greta Garbo en un alto concepto como artista; pero no le era simpática como mujer. ¡Se murmuraban tantas cosas de sus extravagancias!...

Y Greta, en efecto, le saludó con cierta frialdad. Le dijo, en pocas palabras, si quería ensayar con ella una escena de *La dama misteriosa*, su film en preparación. Conrad respondió que estaba dispuesto. Los dirigentes del Estudio dieron órdenes precipitadas—el derroche de nervios de los hombres de prensa—y, poco después, bajo cataratas de luz, el galán rubio se enfrentó con la artista enigmática, dueña y señora de la voluntad de los públicos...

Su trabajo mereció un «bien», lacónico, del director y de la estrella. Unos breves saludos, y Conrad Nagel marchó, reprochándose en su fuero interno la debilidad de haber acudido a una cita tan autoritaria y a una prueba que juzgaba inútil.

• •

Aquella misma noche cenó Conrad con una buena amiga, obscura encargada de un comercio de Los Angeles, especializada en los duros trabajos de *nurse*. Hablaron del caso. Ella opinó, serenamente, con esa clara intuición que no tenemos los hombres, que sería aceptado como galán de *La dama misteriosa*.

—Tú, Conrad—le dijo a los postres—, no sabes que eres el contraste vivo de Greta Garbo, y olvidas que de los grandes contrastes surgen las grandes afinidades...

—Pero reconoce—objetó Conrad—que no he debido humillarme, aunque resulte elegido, a esa prueba ridícula, como si fuera un principiante cualquiera. Es lo que me duele. Estoy disgustado conmigo mismo. Tanto, que si me llaman, debiera renunciar al papel...

Al día siguiente, bien temprano, sonó el teléfono del apartamento soltero de Conrad.

—*Hallo!* ¿Conrad Nagel?

«La dama misteriosa» fué el primer encuentro artístico de Nagel y Greta. Entonces él supo no intentar siquiera el trato íntimo de la estrella, y, fuera del Estudio de rodaje, no la vió ni la habló nunca.

En cambio, en «El beso», Conrad Nagel sucumbió como un romántico Armando Duval, al hechizo irresistible de Greta Garbo, y su labor no tuvo la eficacia artística que se le podría exigir

—Diga.

—Que tenga la bondad de venir al Estudio, para firmar contrato, dentro de una hora.

Y no tuvo valor para negarse. Se vistió más rápido que nunca, salió a la calle inundado de una extraña alegría y se sintió el hombre más feliz del universo...

• •

La dama misteriosa, una de las mejores creaciones de la eximia Greta Garbo, fué un triunfo clamoroso, del que participó en gran parte Conrad. Su labor obtuvo el elogio unánime de la crítica. Sobrio, ponderado, distinguido, su arte de actor llegó a la cúspide de las perfecciones, con el estímulo irresistible de Greta.

Conrad Nagel gustó de las mieles de la celebridad. Y no tuvo más remedio que confesarse que la Garbo era una mujer sublime, de cerebro y corazón superiores, a quien había que venerar y respetar por sus propios hechos. Pero no intentó siquiera merecer su amistad íntima, tan difícil de conseguir; tuvo el tacto de no empeñarse en ser su predilecto, como tantos otros, menos delicados o más audaces.

Cuando los periodistas le preguntaban por Greta, recabando su opinión—entonces de palpitante actualidad—, respondía, invariablemente:

—No tengo sino motivos de gratitud hacia ella. Es una admirable compañera, que hace un sacerdocio de su trabajo y obliga a cuantos trabajan a su lado a dar el máximo rendimiento. Tiene dignidad, y es muy distinta de todas las actrices de cine que conozco. Dicen que su carácter es un enigma. Lo que pasa es que tiene una formidable voluntad para no olvidarse de que en la confianza del trato ajeno está el peligro de la propia reputación...

Puede decirse que Conrad Nagel no trató a Greta Garbo fuera del Estudio. Acabada la filmación de *La dama misteriosa*, ambos perdieron todo contacto y sólo le quedó a él un recuerdo maravilloso de las horas intensas del rodaje, equivalentes a una nueva existencia vivida frente a las cámaras de impresión. ¡Lástima que aquello, como en la vida de verdad, tuviera su fin!

Y Conrad filmó otras películas con otras artistas, quizá más bellas que Greta y, desde luego, más accesibles; pero... aquel drama de amor y espionaje, tan bellamente impreso en celuloide, que fué *La dama misteriosa*, ya no podía olvidársele nunca. Allí estaba la cumbre. Todo lo demás era descender...

Tampoco había olvidado Greta a su galán de ojos azules, nobles y dulces; a su oficial vienés, todo distinción y correcta elegancia, tipo de neto romanticismo que tan bien contrastaba con el suyo. Y fué designado para acompañarla en *El beso*, drama de ambiente francés que iba a dirigir Jacques Feyder, animador de refinamiento latino y sensibilidad parisina.

Nagel acogió la noticia con júbilo enorme. ¡Otra vez *partenaire* de Greta! De nuevo frente a la excelsa dominadora de multitudes, verdadera sirena del siglo más prosaico del mundo.

¡A vivir una nueva vida, aunque falsa, de amor infinito y de imposible felicidad!

* *

La buena amiga de Conrad, la ex *nurse* digna de haber tenido mejor derrotero —ella amaba en silencio y sin esperanza—, en la marcha del implacable destino, oyó la inesperada revelación de aquellos labios que ella no besaría nunca:

—Fatalmente, he caído en lo que todos, a pesar de mis propósitos y de mis esfuerzos, que tú sabes bien. Es un alma de fuego, que abrasa cuanto tiene a su alrededor, que devora cuanto toca. Y yo no puedo resistir ya sus besos ni sus caricias. Te deja un sabor y un perfume que te acompañan a todas horas; te angustia, te hace comprender su distancia y su grandeza, tu impotencia y su fuerza invencible. Y esto... ¡en el Estudio, en unas escenas

Un momento interesante de Greta y Conrad en «La dama misteriosa», inmenso drama de espionaje y amor... En esta escena, los ojos de Conrad Nagel vigilan atentos. Greta finge indiferencia. Símbolo exacto de sus estados de alma...

pensadas, preparadas y medidas! Dime, ¿qué será el amor de esa mujer cuando palpite y brote de verdad? ¿Cómo mirarán sus ojos indescifrables? ¿Cómo besarán sus labios de martirio?...

—Calla, Nagel. Estás excitado, apasionado por Greta. No hagas el ridículo; contén esas ansias que no pueden ser satisfechas y que te extenuarán, en perjuicio de tu trabajo. Mañana tienes escenas importantes y tu rostro estará fatigado. Fuma. ¡Ah!, Conrad, amigo mío: tú debiste nacer en el siglo anterior. Eres como Armando Duval, un hombre propenso a enamorarte de pronto y de una vez, como si el mundo fuera a terminarse mañana. No pierdas tu admirable equilibrio. Piensa que Greta es una Margarita Gautier demasiado peligrosa para hacer con ella de Armando Duval...

* *

Conrad Nagel obedeció a su amiga. Aquella comparación con el héroe famoso de Dumas (hijo) la ha recordado muchas veces. Fué como un freno providencial puesto a su súbito impulso hasta que acabó de rodar *El beso*, película en que su eficiencia artística no llegó, ni con mucho, a la conseguida en *La dama misteriosa*.

Su labor tuvo un conjunto más borroso, debido a la preocupación del momento, a su espíritu alerta ante la menor debilidad; queriendo acercarse lo más posible a su papel y huir de su propio yo, no estuvo lo sincero y espontáneo que de su arte personal podía exigirse...

Fué aquella una actuación llena de vacilaciones, de titubeos, en la que su personalidad indiscutible quedó obscurecida, borrada... Faltaba, en suma, sinceridad a su labor.

Por eso desearíamos que *La dama de las camelias* fuera llevada nuevamente a la pantalla, para incorporarse a las geniales creaciones de Greta Garbo. Nadie como ella interpretaría el papel de la sublime cortesana rusiense. Y Conrad Nagel podía resurgir, como el ave Fénix de sus cenizas, encarnando un Armando Duval perfecto y romántico, que encontraba, ¡al fin!, su Margarita Gautier...

SANTIAGO AGUILAR

Greta y Conrad en una escena de «El beso», film que obtuvo un éxito clamoroso para su pareja, formada de bellos contrastes

© Biblioteca Nacional de España

Rosita Moreno

En Europa.—Amores con un príncipe.—Mi corazón acaba de hacer un film.—Bailarina desde los tres años.—Gabriela Victoria.—El dólar del chino

ROSITA MORENO se hallaba en Londres—recién llegada de Hollywood—protagonizando para la Paramount de Joinville *El hombre que asesinó*, según la célebre novela de Claude Farrere. Ya se había perdido varias veces entre la bruma, bajo el cielo siempre gris de la simpática ciudad británica, recorriendo ansiosa todas sus calles, en busca de una aventura sentimental o de un rincón poético. Quería adaptarse al ambiente, lejos de las playas modernas, de la misteriosa Babel, desde donde recibimos su nombre aureolado por la fama, lejos del Estudio cosmopolita, lleno de sorpresas y de desconocidos encantos.

Rosita Moreno se hallaba en Europa... Nueva York, París, Londres... Este fué el itinerario de su viaje.

Para celebrar el éxito de las primeras escenas rodadas en los Estudios de Elstree, los directores la ofrecieron un té. Asistió al hotel aristocrático bonita como nunca; su belleza fué la piedra preciosa que tuvo más brillo en la fiesta.

Las parejas se deslizaban por la pista encantada, al compás de una música triste. Rosita, ajena a todo esplendor, vivía los minutos soñando; era feliz, pero...

Un joven elegante, distinguido, se acercó a su mesa para invitarla a bailar. Abrazada a él fué trenzando maravillosamente la filigrana caprichosa de sus pasos maestros. Cuando enmudeció la orquesta, y al tiempo de sentarse, alguien la dijo, casi al oído, como un susurro:

—¡Ha bailado usted con un príncipe!

Rosita Moreno recibió, en el *camerino* del estudio, la visita de aquel joven, anunciada por una gran cesta de flores. Hablaron mucho, paseando por el jardín, bajo las ramas verdes de los árboles gigantescos y bajo todas las miradas indiscretas.

Varias cartas con rápida y extensa contestación. Promesas. Muchas palabras que tejieron un idilio amoroso.

Cuando Rosita Moreno tomaba el avión para trasladarse a París, el joven elegante, distinguido, la despedía, lleno de interés, agitando su pañuelo muy blanco, donde nosotros, curiosos, vimos una corona bordada.

* *

Un coche soberbio se detuvo a la puerta de mi hotel. Rosita Moreno fué a verme—nos queremos como hermanos—. La pregunté por el motivo de su tristeza y no quiso responder. Pero más tarde, limpiándose los ojos en los que triunfaba una lágrima, me dijo:

—¡Soy feliz!

Tenía amores con un príncipe.

* *

¡Hollywood, barrio distinguido de Los Angeles, con un millón de habitantes, avanzando sin cesar hacia la costa del Pacífico, cuyos hoteles fantásticos, presos entre palmeras esbeltas, contemplan curiosos las desnudas colinas del Norte!

Buscando a Rosita Moreno tuve que recorrer casi todos los estudios cinematográficos, el café Henry, donde se reúne de vez en cuando con algunas estrellas excéntricas, como Charlie Chaplin, Clara Bow, John Barrymore; el Teatro Chinese, que visita siempre, y los principales comercios de la gran Avenida, cuyos dueños la reciben entusiasmados. No pude encontrarla.

Cerca de un palacio absurdo, como de Luna Park, con torres grotescas, verjas de hierro y puente corredizo, alguien, poniendo su mano sobre mi hombro, exclamó:

—Le vengo siguiendo desde Santa Mónica.

—¿Y qué?—respondí, malhumorado.

—Puedo acompañarle hasta el hotel de Rosita Moreno; está en *Beverly hill*, muy cerca...

Era un chino viejo y simpático, de rostro marcado por la viruela; reía al hablar para enseñarme los dientes sucios y desiguales.

—Bien; te ganarás un dólar.

—No lo hago por eso, señor.

* *

La sorpresa fué mayúscula. Rosita Moreno abría y cerraba los ojos negrísimos, sin dudando de todo.

—¿Parece increíble, verdad?—la dije.

—Sí, porque no te esperaba. Ya verás cuando lo sepa mamá.

Nos hallábamos en un salón amueblado con gusto exquisito: varios cuadros al óleo y algunas fotografías decoraban las paredes vestidas de claro. A la entrada, dos grandes jarrones de porcelana antigua llenos de flores; un estante cargado de libros nuevos—literatura inglesa, rusa, española—junto al piano magnífico; una radio colosal, dos violines colgados tras de la puerta, un amplio balcón abierto para el jardín y para el horizonte, etc.

—He querido darte una sorpresa—continué.

—Bastante grande, por cierto.

—Ahora me contarás cosas de tu vida. Tienes en España muchísimos admiradores que las esperan.

—¿Una interviú?

—Una charla amistosa, mejor.

—Pues empieza.

—¿Qué sabes de tu príncipe?

—¡Eso, no!

—¿Te niegas a responder?

—Permíteme que calle cuando lo crea conveniente.

—Es que mis lectores...

—Son muy educados y no te obligarán a contrariarme.

—Bien.

—Continúa.

—¿Tienes algún amor?

—¡Naturalmente!

—¿Y a esa persona tan afortunada la quieres mucho?

—No lo sé.

—Pero...

—¿Has olvidado tu promesa?

La camarera apareció solícita y graciosa para consultar a su señorita, que encendía con aire de *vamp* un Abdulla:

—¿Tomarán ustedes el té aquí o prefieren que lo sirva en la terraza?

Rosita tuvo la gentileza de dirigirme una mirada inteligente. Después:

—Lo queremos aquí—ordenó a la doncella. Y volviendo a mirarme, repuso:—Mis amores no pueden interesarle a nadie que no sea indiscreto. Un amor es parecido a otro amor; tan sólo existe, como diferencia, el nombre de la persona que ama. ¿Para qué contarte? Di, si quieres, a tu público que el corazón de Rosita Moreno acaba de hacer un film muy bello, el mejor; pero como es egoísta—todos los corazones lo son—, nadie más que él ha de verlo proyectado.

Hubo un silencio elocuente, una dulce y sincera confesión, sin palabras, que atrevido quise interrumpir:

—¿Qué fuiste antes de dedicarte al cine?

—¿No lo sabes aún?

—Habla el reportero.

—¡Ah! Pues bailarina desde los tres años. A esta edad me premiaron en un concurso. Y a los siete debuté formalmente en el Teatro Martín de Flores, de Buenos Aires, alternando con otras actuaciones: California, Méjico, Nueva York.

—¿Cuándo hiciste tu primer film?

—En 1920. Firmé un contrato con Artistas Unidos; pero tuve que abandonar la Casa porque

© Biblioteca Nacional de España

La vida amorosa de GRETA GARBO en la pantalla

III

Gavin Gordon y Robert Montgomery, amantes de un día... es decir, de un «film»

El Robert Montgomery de hoy, triunfante, más optimista que nunca, no parece el galán cohibido y horroso de «Inspiración»... Ahora ha sido elegido, en Hollywood, para encarnar el protagonista de «El conquistador irresistible», título que es toda una revancha...

¿QUIÉN es Gavin Gordón? Esta pregunta, que los no muy documentados se harán hoy, se la hicieron ayer cuantos viven o pretenden vivir del cinema en Hollywood, sorprendidos de que dicho nombre figurase, como galán, en el reparto de *Romance*, film que iba a interpretar la eximia Greta Garbo.

Esta historieta de los advenedizos, aunque pica ya en historia allá, donde el celuloide tiene una cotización de Bolsa, siempre suena a novedad y siempre levanta polvaredas de murmuración. Hemos oído los más atroces chismes de vecindad; pero son pálidos si se comparan con los falsos testimonios y los infundios de Cinelandia, la ciudad de las mil y una mentiras. En torno a Gavin Gordón, aparecido de pronto a la cabeza de un reparto, y nada menos que al lado de la inaccesible Greta, ¿qué red de injuriosas suposiciones y de malévolas conjeturas no se tendería lo mismo en los corrillos de los amargados que en los *comerinos* de los felices actuantes?

Robert Montgomery sonríe a Greta en «Inspiración», prometiéndose una victoria definitiva sobre la pantalla. Greta, en tanto, parece no advertir a su optimista galán, fiado excesivamente de su buena estrella...

Gavin Gordón llegó a la Meca del cine ajeno completamente a la expectación que despertaba; procedía del teatro y, a decir verdad, acudía a los Estudios de la Metro sin otro interés que el de la mejora económica que su contrato suponía, y sin más curiosidad que la propia de quien no conoce el cine sino desde la butaca y va a penetrar sus recónditos secretos, llevado de la mano por los propios dirigentes del tinglado de la nerviosa farsa.

Romance implica una derivación de Greta hacia el teatro, aunque parezca un contrasentido. Porque la acción del film se desarrolla en un ambiente netamente teatral, y teatral en su quintaesencia, o sea el de la ópera, género que el pasado siglo elevó a las más altas cumbres del arte. Se dijo que *Romance* no era sino la glosa cinematográfica de una vida célebre: la de la maravillosa cantante española Adelina Patti. Cierto o no, la Garbo encarnó con supremo acierto el personaje de una diva que, a despecho de sus espectaculares triunfos en la escena lírica, no es feliz en su vida privada.

El advenido galán Gavin Gordón hubo de dar forma y calor humanos al personaje eclesiástico que tiene que resistir los embates del amor mortal, del amor que pretende divinizar a la carne. Su labor, discreta, no brilló le debido, quizá porque había sufrido el *handicap* inevitable de trabajar junto a una mujer de quien se ha podido decir *que está hecha de fuego y de hielo*. Nadie negó que no fuera el tipo propio para el personaje; su físico, y hasta su moral, le iban como a la medida, como anillo al dedo. Pero *Romance*, en vez de constituir su trampolín hacia la celebridad y la fortuna, obscureció su nombre, apenas lanzado al brillo de las propagandas. Y Gavin Gordón, muchacho inteligente y poco interesado, a decir verdad, en el séptimo arte, volvió al teatro, donde siempre tenía reservado un *camerino*.

Ha regresado luego periódicamente a la pantalla, por aquello de que una vez fué el galán de Greta Garbo, y eso siempre proporciona prestigio, tardío o inmediato. Pero Gavin Gordón, amante por un día de la amadora más maravillosa de nuestros tiempos, vuelve a posar frente a las cámaras como una vacación del espíritu que él mismo se concede por no olvidar del todo la más bella aventura de su vida de artista sedentario.

* *

También Robert Montgomery defraudó las esperanzas puestas en él al comenzar a rodarse *Inspiración*, una de las más valiosas creaciones de Greta Garbo. Montgomery, verdadero niño mimado de la suerte, llegó a concebir demasiadas ilusiones, inspiradas por la confianza inquebrantable en sí mismo. ¿Por qué no ser el galán ideal de la amante más sublime de la pantalla? Tenía juventud, apostura, fotogenia y aptitudes, bien demostrada ya, de intérprete sobrio y seguro. El éxito, pues habrá de venir como por sobre ruedas. Y con simpática inconsciencia se dió a soñar y a divagar, pensando muy para sus adentros:

«Ella, después de todo, no es una esfinge, como dicen. Es de carne viva, y no se divierte gran cosa, además. Yo puedo interesarla precisamente por mi alegría. Todo consiste en hacerla reír o sonreír. Debe aburrirse horriblemente bajo la carga excesiva de su fama mundial.»

¿Por qué defraudó el joven y animoso Montgomery en *Inspiración*? No fué por falta de entusiasmo ni de fe. Ni de disciplina. Fué...—vamos a decirlo en voz baja y confidencial—porque el arte arrollador de Greta Garbo absorbió por completo, hasta reducirla a la nada, la prometedora personalidad del galán lleno de legítimas ilusiones. Cuando en la sala de pruebas él mismo contemplóó las escenas vividas tan ardientemente antes, bajo los soles de artificio, tuvo la impresión de que su trabajo había sido suplantado arteramente para restarle el triunfo fulminante. ¿Era el maquillaje? ¿Eran las luces? ¿Era el movimiento de la cámara tomavistas, hortándole planos o buscándole los ángulos menos favorables? Aquello no había sido previsto ni temido. ¿Cómo, si él fotografiaba bien y apresaba al personaje toda su psicología juvenil y sincera?

Robert lo pensó y sospechó todo, menos la verdad, más tarde sabida: que Greta Garbo, como el sol, no puede ser mirada fijamente ni aun en su formidable distancia. Y de cerca, sea el astro quesea el interpuesto, le produce un eclipse total.

* *

Si Gavin Gordón se resignó fácilmente a ser borrado por el enorme poder de atracción de la diva, Robert Montgomery sufrió la decepción más amarga de su vida de arte y de su otra vida de hombre. ¿Qué pacto diabólico había hecho aquella mujer que así anulaba sus esfuerzos máximos de actor? La verdad desnuda — y temible—de la pantalla, que exhibía ahora crudamente tantos anhelos de triunfo, le presentaba como un galán cohibido, frío, inexpresivo, sin prestancia física. ¿Era posible, en la vida real, que aquel muchacho de expresión borrosa cautivase a una mujer tan interesante, tan exquisita, como la que encarnaba de manera maravillosa Greta Garbo en *Inspiración*? Montgomery acabó por rendirse ante la superioridad noble de su egregia compañera. Y optimista siempre, se consoló al pensar que si no participe de su victoria, era, al menos, su *partenaire* sumiso y fiel, a quien los críticos cinematográficos trataban con benevolencia. ¡Otro amante de *la Desconocida*, otro favorito más a la lista de la donjuanesca conquistadora de imágenes! Después de todo, había recibido sus besos, sus caricias..., había tenido su amor fingido tan de cerca, que parecía verdadero; el galardón de amante—amante de un día, desde luego—de tan temible amadora le abriría sucesivas puertas, si no áureas, por lo menos sólidas y conducentes al fin deseado en su carrera cinematográfica, rumbo ya a una deslumbrante ambición —sinónimo de ilusión—que fuera la revancha de su prematuro obscurecimiento.

...¿Era posible, en la vida real, que aquel muchacho de expresión borrosa cautivase a una mujer tan interesante, tan exquisita, como la que encarnaba, de manera maravillosa, Greta Garbo en «Inspiración»?... Así pensaba el propio Montgomery al contemplar esta escena sobre la pantalla...

Y no se ha equivocado Robert, modelo de galanes tenaces que oponer a los Gavin Gordón negligentes. Porque hoy es un auténtico astro del cinema sonoro, con vida propia, con un historial cuajado de aciertos. Decir Robert Montgomery es decir simpatía, finesa, juventud. Las muchachas le estiman y buscan sus films con un agrado que revela su debilidad por sus prendas materiales y artísticas—mitad por mitad, suponemos—, que no brillaron debidamente en *Inspiración* cuando la invencible Greta frenó sus impulsos y sepoleó su rebelde amor propio.

¡Ved qué distintas sendas, qué desenlaces menos parecidos los de Gavin Gordón y Robert Montgomery, los amantes de Greta Garbo en el transcurso de un día, o sea de un solo film!

SANTIAGO AGUILAR

Gavin Gordón, importado del teatro, emparejaba, por sorpresa, con la maravillosa actriz Greta Garbo en «Romance», film que fué ilusión de un día, de un momento...

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

La vida amorosa de GRETA GARBO en la pantalla

Dos galanes característicos:

LEWIS STONE ó la corrección

ERIC VON STROHEIM, ó la violencia

CUANDO extiendo sobre la mesa de mi café —mío, porque me sirve de oficina nocturna cotidiana— las fotografías de Lewis Stone, el camarero se aboca sobre ellas, las contempla un momento y exclama rápidamente:

—¡Qué bien trabaja este hombre!...

Queda así medida de sobra la popularidad del veterano artista, que merecería, en la lista biográfica de los amantes de ficción que ha tenido la ilustre Greta Garbo—lista comparable a la del Don Juan de Sevilla o del Casanova de Venecia—un primerísimo lugar. Porque puede decirse que Lewis ha actuado en casi todos los films de Greta; si nos apuramos, diríamos que en todos, con más o menos papel, con mayor o menor importancia. Y lo curioso es que ha recorrido, junto a la diva, la gama completa de la interpretación. Ha sido su amante, su esposo, su padre, su amigo. Y siempre caballero, correcto, atildado y ecuánime. Como un *gentleman* maravilloso, nuevo Fausto que resiste al tiempo con su figura juvenil y estilizada, bajo la noble y ya respetable cabeza de finos cabellos plateados...

• •

Lewis Stone es un caso único en Hollywood. Allí no se concibe —no puede concebirse—la permanencia de sueldo y de categoría. En todas las celebridades del séptimo arte se han dado el alza y la baja, con inexorable exactitud. En Stone, la fama adquiere caracteres vitalicios. Se le envidia, incluso, por jóvenes que triunfan, porque siempre, mientras pueda sostenerse en pie, tendrá trabajo frente a las cámaras de rodaje.

La Garbo le aprecia y le distingue. Gusta, sobre todo, de su exquisita corrección; jamás dice más de aquello que deba decirse; siempre encuentra la palabra precisa de elogio, de saludo o de consuelo. Respeta por costumbre, no porque le respeten; y así consigue ser verdaderamente respetado...

El cine, para el caballero Stone, es un sacerdocio. Dicho en términos materialistas, una canonjía. Nadie, a la larga, ha sacado tanto producto de profesión tan accidentada y movediza como la de actor cinematográfico. Nadie puede exhibir más limpia y extensa hoja de servicios en la pantalla. Su historial de actuaciones requeriría un libro de doscientas páginas y un rosario monótono de elogios...

• •

Descuella la personalidad de Lewis Stone, principalmente por su seriedad y recato. Es un hombre honesto, a despecho de su milagrosa lozanía física, que parece ha de inclinarle mejor hacia los placeres corporales.

Su vida es un ejemplo: metódica, higiénica, digna, equilibrada. Su debilidad es el deporte suave, rítmico, sin violencias—tenis o *golf*—, al aire libre, en las mañanas despejadas. Alguna vez, para reírse del viejo consejo de los cuarenta para arriba, etc., toma un baño muy breve, al mediodía, sin desdeñar el coro alegre de las *girls* aprendizas de natación, en las piscinas soleadas...

—¿Qué edad tiene este hombre?

He aquí la inevitable pregunta de las muchachas que le admiran, que no son pocas. Cuando alguna, atrevidamente, le ha interrogado a él mismo, Stone ha sabido sonreírse con una elegante indulgencia, respondiendo en un tono jovial:

—¡Bah!... Soy un viejo, y no tengo interés en ocultarlo. ¡Puedo ser tu abuelito, nena!

• •

¿Sesenta? ¿Cincuenta y tantos? Es lo mismo. Viejo—veterano de la vida, del arte y del amor, que diría Guido da Verona—, pero con juventud. Un viejo que, según la propia Greta Garbo, tiene más atractivos que muchos jóvenes pretenciosos. Un viejo que ha sido—que ha podido ser, sin hacer el ridículo—el galán de Greta, y que lo será otras veces, quizá, en cuanto un reparto exija desproporción de edades entre dos intérpretes de ambos sexos. Ella, la eximia, la dictadora del romanticismo, pedirá entonces a Lewis, su fiel compañero de jornadas gloriosas. Y será su amante, o su mujer legítima, y recibirá el beso de sus labios cadmos, sin aprensión ni repugnancia, con la confiada simpatía de lo conocido, de lo bien conocido...

• •

Contrasta fuertemente con Lewis Stone el temperamento arrollador de otro galán característico, un algo más joven dentro de su madurez: Eric von Stroheim.

En «Romance», el correcto Stone desempeña un papel grave y digno, como si le pesara secretamente que Greta, su amante de ficción de otras veces, pertenezca a un galán como Gavin Gordon

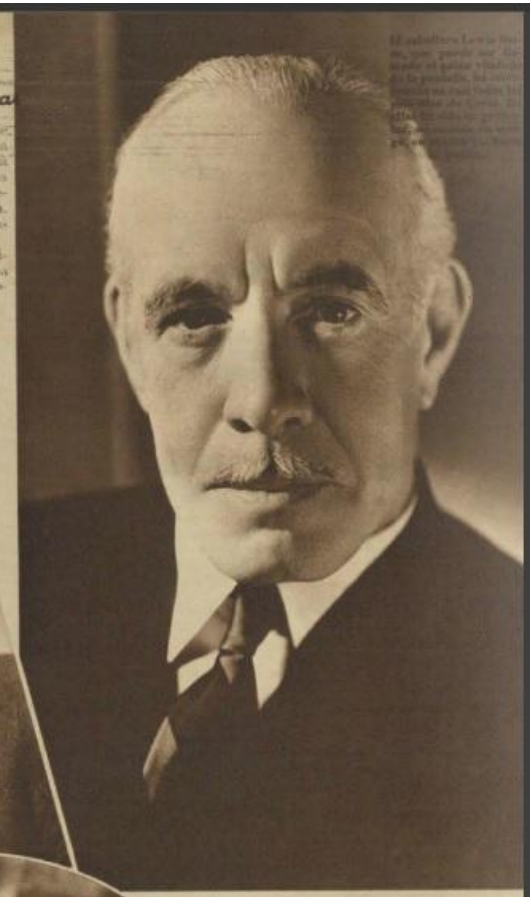
Lewis Stone, siempre juvenil, a pesar de su veteranía, se yergue optimista como un moderno Fausto junto a Greta, en esta escena de «La mujer ligera», uno de sus mayores triunfos

© Biblioteca Nacional de España

¡Von Stroheim!... Todo un carácter de artista despótico y batallador, rebelde e incluso genial. Caprichoso, impulsivo y ególatra, ha sido lo que ha querido y ha hecho su santa voluntad siempre. El reverso de Stone. El respeto por la fuerza contra el respeto por la persuasión... Un film de Eric von Stroheim supone una pruinesa de arte, dado con largueza, generosa y despreocupadamente, a manos llenas, sin cuidarse de la opinión del público, satisfecho de tener la suya propia. Hay como una aristocracia medieval, impuesta con guantelete de hierro, en las incursiones cinematográficas del actor y director alemán.

Stroheim, maduro y vigoroso, de facciones bruscas, con su monóculo inquisitivo, su cabeza rapada y sus guantes claros de gamuza, va donde quiere, y pisa fuerte, como un soberano en sus dominios, como un señor ante sus siervos, como un dictador temido y temible...

Eric von Stroheim, el gran actor alemán, que fué amigo de la intimidad de Greta en Hollywood durante algún tiempo



En Stroheim, la rudeza exterior es una corteza que cubre una sensibilidad excepcional. Su facha y su rigidez militarescas no hacen suponer que manos como garras feroces sepan acariciar dulcemente, y que boca fruncida con crueldad sea vehículo de súplicas o de galanteos...

Es más: creemos sinceramente que Eric acentúa, porque sabe que le da más vigor de personalidad, la violencia de su carácter. Hombre de extraordinaria cultura, le molestan la estupidez y el cretinismo del medio ambiente de nuestra época. Todo lo perdona, menos la falta de inteligencia o de buen gusto. Pocos artistas tan discutidos como Eric von Stroheim. Por sus actitudes o rebeldías, más que por sus obras. Se ha tomado como fantochería o exceso de vanidad su costumbre de ser director y protagonista, a la vez, de muchas películas. Nosotros opinamos que precisamente lo ha hecho por un exceso de sinceridad. El puede permitirse esos gestos autoritarios que la envidia ajena califica de soberbia indomable.

• •

Greta Garbo admitió de buen grado la amistad de Stroheim y de su señora. Ambos no saben fingir y dicen aquello que sienten. Como Greta. Los tres han pasado ratos de auténtica familiaridad, a puerta cerrada, con todo el abandono de la máxima y mutua confianza de trato.

Cuando la excelsa actriz se dispuso a filmar *Como tú me deseas*, película basada en la célebre obra teatral de Luigi Pirandello, su amistad con el matrimonio Stroheim estaba en su momento culminante. Así, de la intimidad surgió la idea de Greta de que Eric interpretara el importante papel de coprotagonista, cuya psicología encajaba de lleno en las disposiciones naturales del actor-director germano.

Stroheim puso toda su alma—toda su violencia, diríamos ateniéndonos a su aspecto externo—en el desempeño del *rôle*, y surgió el triunfo.

SANTIAGO AGUILAR

La más grande amadora de la pantalla, la impar y maravillosa Greta Garbo, en su caracterización de «Como tú me deseas», según la obra de Pirandello

© Biblioteca Nacional de España

La vida amorosa de Greta Garbo en la pantalla

Dos galanes antípodas:

Clark Gable y Ramón Novarro

el dominado y el dominador.

Ramón Novarro, el célebre creador de «Dick, el guardia marina», «El príncipe estudiante» y «La ruta de Singapoore», a quien por su prolongada juventud espiritual y corporal se llama «el efebo de Hollywood»...

Hemos llegado, en el recorrido amoroso de Greta, que supone miles de kilómetros de celuloide, a dos jalones—dos nombres que son un airón de popularidad—dispares y opuestos, verdaderos antípodas, y que, por ello precisamente, merecen aparecer juntos ahora, por dar razón a quien dijo que en la fuerza de los grandes contrastes se contiene la verdadera armonía de los seres y de las cosas...

En efecto, ¿hay nada tan diferente, en carácter y físico, como Clark Gable, el dominador, y Ramón Novarro, el efebo de Hollywood? Pues, sin embargo, dentro de su naturaleza y de su arte, ambos constituyen el tipo ideal de hombre para la fémina presente; para unas y otras, según su gusto personal e íntimo, porque las mujeres no acostumbran a razonar—¡perdón, lectoras mías, que sois la excepción de esta regla!—sus preferencias personales, dejándose llevar casi siempre de su corazón y de su instinto.

Gable y Novarro juntos, en estas páginas de recordación, se presentan como los amantes antípodas de Greta Garbo, falsos amantes que supieron poner sinceridad, a su modo cada uno, por más o menos cantidad de dólares. No hemos de decir nosotros quién es el preferido, porque sería exponerse, sin necesidad, a la indignación de las admiradoras del contrario. (No obstante, si podemos asegurar que Clark es elogiado por los hombres, al par que por las mujeres, mientras

Ramón Novarro es en «Mata Hari» el galán sometido que no puede resistir el influjo de la mujer fatal... Tiene a Greta en sus brazos, pero es dominado por ella; su mirada, su aspecto, su actitud, son los de víctima propiciatoria de la invencible amadora de la pantalla...

En brazos de Clark Gable, Greta Garbo parece más femenina, más débil... porque encuentra frente al suyo un temperamento vigoroso, expresivo y dominante, que la estimula a un máximo de sinceridad. El público exige que ambos amantes de ficción se encuentren de nuevo sobre la pantalla...

que a Ramón no le mira con buenos ojos la mayoría del sexo feo... ¿Será envidia, o, por el contrario, justicia que se le hace al protagonista de *Ben Hur*? Dejemos sin contestar la pregunta, y adelante...)

• •

Ramón Novarro podrá no hallarse ya en la cumbre de su carrera; pero ¿se han olvidado tan pronto sus magníficas creaciones, sus rotundos triunfos de *Dick, el guardia marina*, *El príncipe estudiante* y *La ruta de Singapoore*? En estas tres películas, Novarro se colocó a la vanguardia de los galanes mundiales, y fué el ídolo de las cabecitas soñadoras, las que hoy se torturan por otro mejicano—José Mojica—al dictado de la actualidad... Fué el ídolo, repetimos, no sólo por su figura juvenil y flexible, por la corrección de sus facciones, sino por su arte de galán ungido de una deslumbrante simpatía. Se le opuso, durante un momento, a la memoria del astro Valentino. Le sonreía la vida como a un elegido de los dioses. Era joven y bello, y su cerebro—organizado a maravilla—podía más que su corazón...

Hoy por hoy, Novarro es la sombra de aquel pasado, respecto al triunfo artístico. Nuestra sinceridad, que reconoce el descenso, no desconfía tampoco de una recuperación por sorpresa. Se han dado casos muy parecidos... y en Novarro—Novarrito, como se le llama familiarmente en Hollywood—hay un artista de temple, que puede volver a pisar el terreno perdido por fatalidad o por negligencia...

• •

Perteneciendo a la misma manufactura cinematográfica, Greta y Novarro no se habían tratado apenas. Una y otro, de carácter reservado, poco propicio a la exhibición, no habían coincidido casi nunca, y las palabras cambiadas fueron las elementales de la cortesía entre compañeros. Sin embargo, Ramón admiraba profundamente a la Garbo, y no faltó a ninguna *première* de sus películas.

Pasó el tiempo. Por su gusto, Novarro hubiera pedido la compañía de la excelsa Greta en la pantalla; pero su sentido común frenaba el deseo. Sabía que no podía emparejar bien con la trágica sueca, y se resignaba. Año tras año filmaron ambos en los mismos Estudios, bajo igual techo, sin aproximarse jamás en un reparto.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Los galanes desfilaban junto a la insaciable amadora de ficción, aumentando su lista interminable, sin empañar su gloria. Y Ramón, el muchacho metódico e inteligente, no podía apetecer ser un número más, otro nombre, otra conquista para la Deseada sublime. El era ya Ramón Novarro, y tenía un historial, una veterania de éxitos, que no iban a ponerse en peligro por la vanidad de enfrentarlos a la mujer más famosa de la tierra, a la artista del siglo...

* *

¿Fué *Mata Hari* el obscurecimiento de la buena estrella de Ramón Novarro? Los públicos sí apreciaron el eclipse. Los críticos, respetuosos con el celebrado galán joven—más joven en la tela de proyección que en la fe de bautismo—, disimularon el paso atrás que su trabajo suponía.

¿Había acudido tarde Ramón a medir sus facultades de actor y su caudal de sensibilidad con la peligrosa Greta? Quizá. Tarde, en el sentido de que es inexorable el disfavor de las multitudes, al cabo del favor, cuando no se posee una personalidad tan múltiple, de tan poderosa sugestión como la Garbo, caso único en la historia del cinema.

Novarro no supo o no pudo resistir la influencia de la diva, como tantos otros galanes, algunos incluso sin el lastre de prejuicios de un nombre que se ha iluminado en las fachadas de los grandes cines muchas veces. Y su oficial de *Mata Hari* resultó débil, amiñado y sin relieve. Cuando hubo de tener en sus brazos a la artista más temperamental del mundo, no pareció un amante, sino una víctima propiciatoria. Sus caricias, sus miradas, sus frases tenían un matiz de vencimiento, de postración y de obligada renuncia... Aquello fué, fatalmente, el declive de una categoría, la dolorosa realidad de una invencible desilusión...

* *

¡Clark Gable!... Al revés que Novarro, este hombre, frisando en la cuarentena, entró en los Estudios cinematográficos con aires de consciente dominador, sin dársele un ardite la fama, la influencia y la personalidad de las más encumbradas estrellas. Y llegó a Greta con una seguridad de sí mismo que asombró a todos, desde el director a los tramoyistas. Para él, la Garbo era solamente un personaje a quien había que amar o despreciar. Para él, Greta fué *Susan Lenox*, una heroína cualquiera tomada de la vida azarosa por una imaginación alerta... Y ésa fué la causa poderosa de su triunfo absoluto.

No en balde Clark Gable, el actor insólito que debutó en la pantalla dando una bofetada histórica a la omnipotente Joan Crawford—bofetada que exigía el papel y que fué propinada sin contemplaciones, con una hombría impresionante—, era el galán moderno que las propias estrellas exigían para sus repartos, convencidas de que su carácter fuertemente varonil, incapaz de claudicación o vacilación, estimulaba como ninguno sus fibras de intérpretes, haciéndolas superarse a sí mismas... Greta Garbo pidió a Clark Gable. Necesitaba imperiosamente un hombre capaz de dominarla, para extender todos sus medios de seducción, para expandir toda su sensibilidad preciosa de mujer, contenida hasta entonces... Y el hombre—no el artista—ideal era Clark Gable, su nuevo galán de *Susán Lenox*, el dominador en esencia, presencia y potencia. ¡El dominador!... A las primeras escenas, Greta conviene, con todas sus antecesoras, que algo se escapaba de ella, a borbotones, para volcarse sobre la hombría íntegra de aquel gañán de milagroso talento, obligándola a un trabajo tan intenso y duro, que desaparecía toda sombra de fatiga; aquel algo desprendido de Greta hacia Clark era—milagros del arte en toda su pureza—¡el entusiasmo de encontrar, al fin, la horma de su temperamento indómito!...

He aquí a Clark Gable ataviado con la elegancia que no es propia de un galán rudo como él..., en apariencia. Porque es hora de decir que Gable posee un talento poderoso y que es capaz de alternar en sociedad como cualquier «gentleman» refinado...

«Susán Lenox» reunió en la pantalla a Clark Gable y Greta Garbo, los dos geniales rebeldes del cinema... Y el triunfo de él consiste en que, después de haber trabajado junto a ella, sigue siendo llamado «el dominador»...

* *

Greta Garbo jamás ha parecido tan mujer, tan femenina, como al lado de Clark Gable, el galán de rudos procedimientos infalibles, el actor que no necesita ensayar sus papeles porque los gestos y las sensaciones de los personajes los saca sin esfuerzo alguno a la superficie de su rostro descarado y anguloso, con una brutal sinceridad...

En las escenas amorosas de *Susán Lenox*, único film que hasta el momento ha reunido a los dos máximos rebeldes del cinema, Greta se sintió dominada por el aplomo y el vigor expresivo de Clark... Y el público, que también lo ha advertido, como supremo juez de todas las obras sometidas a su fallo, desea y pide que vuelvan ambos a trabajar juntos, en una noble competencia—de poder a poder—, que proporcionará deleites supremos frente a la pantalla... Deseo y petición que se afirman más y más a cada nuevo galán que Greta Garbo «anula». Clark Gable es el único artista cinematográfico que, después de haber sido su amante en imagen, sigue siendo llamado «el dominador»...

SANTIAGO AGUILAR

La vida amorosa de Greta Garbo en la pantalla

VI

Dos condiscípulos de Greta

NILS ASTHER Y LARS HANSON

No se ha escrito todo lo debido sobre el magnífico galán Nils Asther, acaso el que haya hecho más fuerte impresión sobre los públicos femeninos en estos tiempos del cinema sonoro—*Letty Lynton, La amargura del general Yen, Tempestad al amanecer, A la luz del candelabro*, creaciones de imborrable recuerdo—, ni se le han reconocido por la crítica sus altas cualidades de actor que no se parece a ninguno y que tiene una aristocracia—lo contrario de rebeldía—dentro de su arte personal, vigoroso y exquisito a la vez. Se le han dedicado elogios—sin gran lujo de propaganda—, se ha reconocido en parte su labor; pero otros nombres bastante más inferiores han brillado, al parecer, con intensidad muy superior a la del suyo. No importa. Allí donde se anuncie la actuación de su imagen, exótica, sugestionadora y varonil, las mujeres acuden con un íntimo temblor de curiosidad, de cita furtivamente amorosa.

Nils Asther, paisano de Greta Garbo, ha sido, no puede negarse, su galán ideal. Ideal en el sentido de formar un choque vibrante de temperamentos, del que siempre surge la chispa de la suprema inspiración. Son—mejor dicho, fueron—dos fuerzas pasionales, potentes, combativas, formidables. Hubieran terminado por anularse la una a la otra, sin compasión, con el ardimiento terrible de dos feroces adversarios a muerte. Y este inevitable duelo fué cortado por el Destino cuando más interesaba a los espectadores, que acudían al palenque de los cinemas con una emoción traducida en abundantes—perdonad el prosaísmo—recaudaciones de taquilla.

• •

La pareja cumbre Greta-Nils se ha ido de las pantallas, y no hay vislumbre de que vuelva. Por eso, hoy, al recordarla, se puede reconocer—la distancia o la ausencia engañan menos que la proximidad o la presencia—que jamás ella ha tenido que desplegar tanta gama de seducciones como junto a él, por sostener su relevante personalidad de «vampiresa» única e invencible.

Hubo escenas en *Orquídeas salvajes* y *Tentación* que mostraron incluso una momentánea superioridad de Nils sobre Greta. No en balde habían sido compañeros de estudios escénicos en Estocolmo, y estaban acostumbrados a los falaces idilios de la Academia Dramática. Se conocían perfectamente, demasiado quizá. Y sabiendo sus puntos débiles, tenían que estar continuamente en guardia por no concederse fáciles ventajas o puntos vulnerables de expresión.

El más gallardo y peligroso amante de Greta, en la pantalla, ha sido Nils. Junto a él llegó a sentir debilidades que no han vuelto a reproducirse, ni es probable que se reproduzcan..., a no ser que su ex condiscípulo de Suecia figure en uno de los venideros repartos de la estrella famosa. (Y esto, para los que no ignoramos su historia íntima, sabemos que es casi imposible.)

• •

Otro paisano y condiscípulo de la Garbo logró brillar muy cerca de su genial resplandor: Lars Hanson. Adivinamos un gesto de complacencia en muchos de nuestros lectores, competentes aficionados de documentación superior a la nuestra, profesional. Porque de Lars Hanson, el actor desaparecido, hay una memoria insuperable de calidad artística.

El galán inolvidado de *La mujer divina* encarnó siempre, por su aspecto físico, enfermizo y débil, papeles de víctima amorosa. Fué el reverso de Nils, el amador de presa, de ojos felinos y enervantes caricias. Lars, con sus ojos azules, mansos, cargados de ensueños irrealizables, exhibía en la pantalla una inmensa bondad que obligaba a compadecerle, a admirarle, a quererle.

Lars Hanson fué un artista maravilloso, sublime, ungido de una sencillez que confundía y hacía malo—o sospechoso—cuanto tocaba o le rodeaba. Era el justo, el simpático por compasión, el bueno por fatalidad. A su lado, Greta parecía el espíritu de la perversión, la flor venenosa, la mujer reptil... Daban ganas de gritarle: «¡No le engañes!» Porque su traición, que recaída sobre otros nos dejaba indiferentes, nos parecía monstruosa cuando de él—¡pobre corazón amante y crédulo!—se trataba.

El más desgraciado amante de Greta Garbo—hablando de amantes de ficción, se entiende—actuó siempre con un éxito clamoroso. El espectador acababa por fijarse en aquel hombre, que no pretendía atraer su atención, ni mucho menos. Y la impresión que dejaba en su ánimo persistía después de la proyección del film como una huella indeleble—y verdadera—de humanidad.

• •

Es lamentable que hablemos en pasivo. Nils fué la potencia. Lars, la esencia. Y desearíamos que la doble evocación tuviera calor vivo de realidad, para bien del arte cinematográfico, que no anda sobrado de intérpretes íntegros, leales a su personalidad absoluta, como ellos dos, los paisanos y condiscípulos de Greta. ¿Verdad, lectores? Por eso hemos traído a estas páginas sus nombres, unidos, en un paralelo de justa valoración. Como deleite de horas pasadas frente a sus imágenes y como duelo por la interrupción de sus legítimos triunfos. ¡Qué alegres íriamos al cine si supiéramos que ellos nos esperaban—amigos de devoción recóndita—en la tela animada de las mil maravillas, para sacudir nuestra dormida—por la fuerza del materialismo ambiente—sensibilidad, para conmovernos, para hacernos amar y padecer con ellos, como verdaderos hermanos! Y que su vuelta—que no podía ser sino triunfal—fuera en torno de quien pudo y supo inspirarles con su belleza extraña y su inteligencia prepotente, dignas de una diosa que no dejara de ser mujer, para hacernos creer que no era del todo imposible para nosotros.—SANTIAGO AGUILAR

Arriba: El famoso galán Nils Asther, intérprete de tipos inolvidables sobre la pantalla, es, acaso, el hombre que más interesa hoy al público femenino. Anunciar una película suya supone la felicidad—por unos días, mientras dure la proyección—de muchas cabecitas soñadoras y muchos corazones sensibles.

En el círculo: Lars Hanson, el galán sueco que triunfó de manera rotunda junto a Greta en «La mujer divina» (he aquí una escena de dicha película muda). Fué el galán débil, enfermizo y bueno como un milagro de bondad, sacrificado en la cruz de su pasión... Era el simpático por compasión, el infeliz por fatalidad...

Abajo: Un momento de «Tentación», por Greta y Nils, la pareja que se ha ido de las pantallas sin esperanzas de volver. Por eso hoy, al recordarla, podemos reconocer que jamás ella ha tenido que desplegar tanta gama de seducciones como junto a él, por sostener su relevante personalidad de «vampiresa» única e invencible

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

La vida amorosa de GRETA GARBO en la pantalla

El primer galán y el último RICARDO CORTEZ y HERBERT MARSHALL

Herbert Marshall, el galán actor de volumen inquebrantable, uno de los hombres más sólidos e interesantes del cinema actual, que acaba de filmar «El velo pintado», última creación de la excelsa Greta Garbo.

Extraña, misteriosa, hierática, la sublime Greta se ofrece aquí con toda la fuerza irresistible de su personalidad

Las muchachas de ahora, al ver ese hombre de mirada cansada—trasnochada—que empuña una pistola o que maltrata a una infeliz en la pista de baile—todo, claro es, en la mentira de la proyección cinematográfica—, no pueden ni siquiera suponer que fué el más bello y romántico galán de la pantalla, después del más famoso de los galanes de todas las épocas: Rodolfo Valentino. (A éste, sin haberle conocido, sí le recordáis.)

Y que le cupo, además, una gloria que ni él supo adivinar siquiera: la de ser el primer amante, en imagen, de Greta Garbo, la actriz genial y única, la amadora invencible de sombras que callaban antes y que hablan ahora, el ídolo de fuego y de hielo de nuestro siglo.

Ricardo Cortez es «el primero» en la lista de amantes, el que acompañó a la maravillosa Greta de hoy en su revelación de ayer; el primero que besó sus labios en el Estudio cinematográfico del que es, en la actualidad, reina y señora. Ricardo, galán de *El torrente*—adaptación a la pantalla de *Entre naranjos*, de Blasco Ibáñez—, tenía entonces más admiraciones que la recién llegada de Europa, la nórdica delgada y esquiva que trajo en su equipaje un tesoro de ambición y de arte sincero. Cortez, el endiosado, por culpa de sus mil enamoradas que le adoraban como a un Antínoo redivivo, no paró mientes en la nueva actriz. Era, después de todo, *una más*, que tenía *algo*, pero que no reunía la belleza perfecta y digna de oponerse a su prestancia dominadora, tras la que los productores acudían con igual ansiedad que sus locas partidarias.

* *

Y—¡manes del Destino!—aquella debutante en los Estudios americanos fué luego la estrella indiscutida, mientras que él, el pretendido sucesor de Valentino, fué descendiendo en un ocaso prematuro y vertiginoso, hasta llegar poco menos que a la nada de que había surgido en Hollywood.

Soberbio hasta la crueldad, Ricardo Cortez se ganó las antipatías de los poderosos. Se había creído imprescindible. Y las intrigas comenzaron a cundir en su torno, cavándole un vacío fatal que iba a dar al traste con su manifiesta preponderancia. Y paralelo a esta desgracia de la antipatía en los ajenos de quienes tenía que vivir y mantener sus lujos, surgió el castigo peor, su ruina moral, en forma de mujer: Alma Rubens.

Alma—nombre demasiado bello—exacerbó la neurastenia de aquel hombre y le convirtió en un guiñapo humano, zarandeado por las pasiones más amargas. Ella venció—sin proponérselo, porque era inconsciente bajo el imperio de las drogas, que ocasionaron más tarde su muerte—todos los desdenes que sus antecesoras habían soportado, todas las humillaciones que él, con despotismo audaz, había exigido... Fué tremenda la expiación, que no podrá olvidar nunca. Y por eso nadie puede suponer—sin haber conocido su esplendor de escándalo—que el Ricardo Cortez de hoy, intérprete de personajes abyectos y asesinos, fuese nada menos que el primer *portenaire* de Greta Garbo.

* *

Hemos hablado del primer galán de Greta. Nos corresponde, atentos a la ley del contraste, que siempre acarrea éxitos, buscar el último. Y diremos de él, como primera providencia, que es, acaso, el actor más modesto—auténticamente modesto—de la compleja y desconcertante Cinelandia.

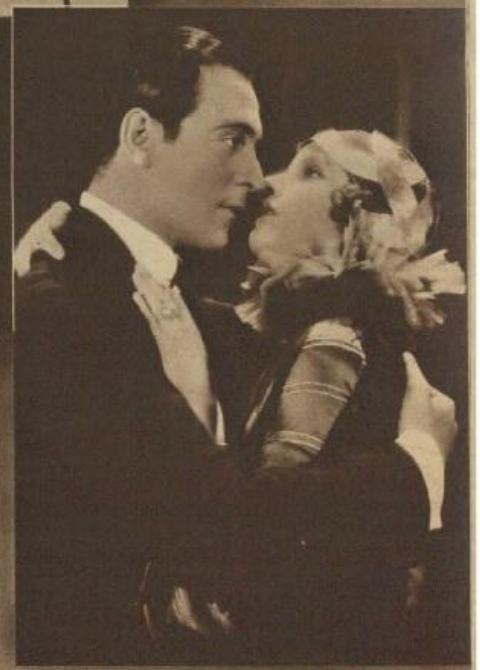
Vamos a escribir su nombre, que no es el de un desconocido ni el de un advenedizo: Herbert Marshall. El nombre de un hombre en toda la extensión de la palabra. Tan hombre, que el triunfo de su carrera artística, lenta y voluntariosa, a él mismo se lo debe. A su tesón, a su hombría de bien, a su sinceridad inquebrantable, a su franqueza, a sus bondades. Y... sería injusto no reconocerlo; a su mérito extraordinario de actor-galán que se ha hecho en la brecha cotidiana, sin salirse del trazado camino, sin repudiar papeles, por pequeños o contrarios a su gusto que sean, procurando tomar de sus directores y compañeros aquello útil para su propia experiencia, y no fijarse en sus defectos, vicios o debilidades humanas. Por eso, Herbert Marshall ha abarcado una larga época del cinema—mudo y sonoro—, aprovechando las más recónditas enseñanzas y no olvidando ningún ejemplo. Y por eso, su nombre, sin haber brillado con luces de definitiva popularidad, no es, para casi nadie que vaya al cine, desconocido del todo...

* *

Herbert Marshall es un «caso». Hace la vida que menos se parece a la de un actor de la pantalla. No asiste a fiestas. No forma parte de las camarillas que esperan del favor o del capricho una limosna de oportunidad. Si trabaja, es porque se sabe que rinde siempre, a conciencia, aquello que frente a la cámara se precise; porque se le encuentra disponible a todas horas; porque, para él, trabajar es un placer incomparable.

Por muchas cosas. Y su conjunto de cualidades personales y artísticas le han llevado, precisamente, a los brazos de Greta, que lo eligió sin vacilar para su más reciente creación, *El velo pintado*, film que ha merecido los más rendidos elogios de la crítica y de los espectadores. *El velo pintado* supone la consagración de Herbert Marshall. He aquí cómo el último de los galanes de Greta Garbo, la sublime cazadora de galanes, puede ya colocarse en la fila de los primeros..., y no de los primeros olvidados, como Ricardo Cortez.—Santiago Aguilar

Más bello que nunca, Greta Garbo acaba de terminar el rodaje de «El velo pintado», una película llena de exóticos ambientes y de pasionales aventuras...



El primer abrazo amoroso para la pantalla, en Hollywood, lo recibió Greta de Ricardo Cortez, en la película «El torrente». Entonces Cortez era el famoso galán romántico de quien se esperaba heredase el puesto vacante (recién vacante) de Rodolfo Valentino...

© Biblioteca Nacional de España

Charles Bickford, «el feo del alma bella», como le denomina Cecil B. de Mille, uno de los mejores actores de la pantalla, asegura que la Garbo posee un arte único, de maravillosas improvisaciones

La vida amorosa de Greta Garbo en la pantalla

Última lista de amantes de ficción

BICKFORD BARRYMORE Y DOUGLAS

da quiso biografiar desde su torre de marfil. Tal vez el séptimo arte ha perdido a su más preclara figura, cansada de derrochar su espíritu a cambio de dólares. (Todos los viernes se le entregaban, en mano, treinta y tres mil pesetas. ¡33.000 pesetas! ¿Qué hombre ganará en el mundo el sueldo de esta mujer sobrenatural?) Nuestras sospechas no son caprichosas, por desgracia. Greta, el ídolo del siglo, ha huido del mundo cinematográfico. ¿Volverá?

* *

Por eso, porque pudieran ser estos apuntes datos históricos de una sensacional y dolorosa actualidad—la retirada definitiva de Greta—, ponemos hoy una intensa emoción en nuestra pluma. Llegamos al final de la lista de sus amantes de ficción, completándola con los nombres de Charles Bickford, John Barrymore y Melwyn Douglas. Tres nombres que no podían quedar olvidados junto a los de John Gilbert, Conrad Nagel, Gavin Gordón, Robert Montgomery, Lewis Stone, Eric von Stroheim, Clark Gable, Ramón Novarro, Nils Asther, Lars Hanson, Ricardo Cortez y Herbert Marshall, aparecidos en la pantalla semanal de CINEGRAMAS. La gentileza de su director—el dinámico Valero de Bernabé, un español templado en el viaje y en las más diversas aventuras—ha permitido el hospedaje de tantos galanes. Pero no debe abusarse más de su hospitalidad generosa. Y hay que echar la llave al *almario* de los recuerdos, aun cuando que-

John Barrymore, el menor de una célebre dinastía de artistas, se siente ya viejo. Su gran dolor fué el de no tener diez años menos cuando se hubo de enfrentar con Greta Garbo en «Grand Hotel»

LECTORA, lector: Estamos ya en la meta de nuestro recorrido en pos de los jalones amorosos que la divina Greta ha dejado en la pantalla, donde ha vivido más que en su propia vida porque ha podido ser heroína admirable de las más diversas historias femeniles y porque ha sabido arder en las más crepitantes llamas de la pasión..., haciendo milagro de realidad la forjada idea de mentes soñadoras y fecundas.

Vamos a detenernos cuando ya la fatiga apunta quizá en vuestros semblantes. Largo fué el camino, sí; pero se ha aprovechado con el recuerdo de sucedidos que iban olvidándose poco a poco. Era necesaria esta revisión porque tenemos muy serios temores de que Greta Garbo, a estas horas, sea la sombra que César M. Arconada no sin exhumar un buen número de anécdotas y detalles que cabrían en un libro, pero que sobran en las columnas de una revista, por muy moderna y amplia que sea.

* *

Charles Bickford, el «feo del alma bella», que dijo De Mille con acierto rotundo, intervino en el reparto de *Anna Christie*. Su arte rudo, personalísimo, hecho a golpes de sinceridad, se opuso con eficiencia al arte sutil y refinado de Greta, su admiradora decidida.

Terminada su labor, Charles reveló a un famoso reportero de Hollywood sus impresiones de rodaje: «Por mucho que se haya admirado en el mundo el temperamento de mi genial compañera—dijo—a través de sus concepciones, creo que jamás llegará a ser abarcado su mérito de actriz que no se parece a ninguna. Ella entra en situación con una facilidad que asombra. Ella va al papel inmediatamente, sin esperar que el papel acuda a ella. Su resistencia en el Estudio no puede ser superada. Confieso que yo mismo tengo momentos de vacilación, que no pueden evitarse cuando se siente el peso de una responsabilidad. Greta no duda jamás. Por eso opino que no necesita de dirección, como todos nosotros. Puede cambiar de director—como de galán—a cada película. No se notará el cambio. Su arte único es un arte de maravillosa improvisación.»

* *

Las glorias del pequeño de los Barrymore, el «bello John» de perfil de camafeo, iban a unirse a las de Greta Garbo en el film de insuperable reparto—por la calidad y la cantidad—, titulado *Grand Hotel*, verdadero alarde artístico de

estrellas. John, hombre de una inteligencia cultivada, lamentaba una sola cosa, para él de suma importancia: no ser diez años más joven. ¡Ah, si hubiera podido enfrentarse a la vampiresa famosa allá en sus días deslumbrantes de *Brummel, el árbitro de la elegancia*, o de *El general Crack!* Ya sus arrestos físicos eran sólo un borroso reflejo de su apostura de antaño. Ya no intentaba cubrir las huellas del tiempo y se refugiaba, suspirando por la belleza perdida, en caracterizaciones que destacaran su gran valía de actor, sin requerir su prestancia envidiable de otra época.

El menor de los Barrymore se sentía ya mayor, y no ocultaba sus canas ni sus arrugas. ¿Para qué? Pero es triste siempre la vejez de los donjuanes, acostumbrados al incienso de las mujeres bonitas. *Grand Hotel* le costó lágrimas a John Barrymore. Teniendo en sus brazos al prodigio de Greta, se sintió más viejo, ¡ay!, que nunca.

En «Grand Hotel», el veterano John Barrymore se entrega a las caricias sublimes de Greta en un último arresto juvenil... ¡El tiempo es inexorable!

• •

Melwyn Douglas salió airoso de su cometido de galán de Greta Garbo en *Como tú me deseas*. Fué un trabajo el suyo de intérprete obediente, disciplinado, correcto. Se convirtió en un discípulo sumiso, deseoso de protección. Y Greta le ayudó cuanto pudo, dándole únicos y preciosos consejos antes y después de las escenas difíciles.

El joven Douglas, sin una personalidad definida, hará carrera en el cinema por su equilibrio, por la línea recta y suave de su comportamiento dentro y fuera de las manufacturas cinematográficas.

Es el hombre educado que gusta de su profesión y que no tiene excesivo amor propio. Sabe dónde está su límite natural de artista, y no pasa de él.

Charles Bickford y Greta Garbo en una escena culminante de su magnífica creación cinematográfica «Anna Christie».

¡Cuántos factores soberbios—no soberbios actores—podrían aprender, pese a su supuesta experiencia, de la conducta ejemplar del bisoño Melwyn!

• •

Adiós, lectora y lector, que me habéis seguido pacientes a través de la vida amorosa de Greta Garbo en la pantalla. Separémonos como fieles amigos que llevan en su interior un propósito firme de encontrarse de nuevo, lo más pronto posible, aunque en otras rutas y bajo otras inspiraciones.

SANTIAGO AGUILAR

Melwyn Douglas, el joven y disciplinado galán, halló en Greta Garbo una profesora y una consejera eficaz, que le llevaron al triunfo en el film «Como tú me deseas...»

© Biblioteca Nacional de España

Sensacionario de imágenes nuevas

Bocas femeninas en el lienzo sonoro

1.—Jeán Muir nos invita en la sombra

Ya podéis suponer la clase de invitación... Mirad esos labios gruesos, glotones, bondadosos. Son una hendidura que la sombra cierra con un beso de atrayente misterio.

Jeán Muir tiene—paradoja gentil—una boca morena. Y ella es rubia, al punto de que sus cabellos parecen una peluca del XVIII. (Gavota, pañuelo de encaje, galanteo en el jardín...)

Pero Jeán Muir es muy del día. Nada de arcaísmos. Ella ha nacido, no para pecar, como Mae West, sino para amar. Y amar con toda la boca.

Recortada de luz en la sombra, esa boca no consigue ser clara todavía. Hay profundidades que no pueden anegarse con una proyección. Hay bocas—la de Jeán Muir, una—que sólo pueden cubrirse con besos...

2.—El simpático desdén de Glenda Farrell

Hay labios de mujer que adquieren un rictus desdeñoso que, no obstante, no llega a inspirar antipatía.

Rosalind Russell, que radiante...

Así los de Glenda Farrell, la interesante oxigenada. ¿Verdad que es una boca de niña consentida, caprichosa y acaso cruel? Boca felina, que rima bien con los gatitos que acompañan a la dueña sobre el pecho adolescente...

No sabemos si se nos burla o nos sonríe. El rictus de esa boca, que estira el labio superior y lo deforma, nos desorienta un tanto.

No tenemos tiempo de analizar el sentido de los labios de Glenda Farrell, abiertos sobre el acierre a blancas infinito de su dentadura.

Es mejor captar su simpatía de presa, cerrar los ojos... y esperar algo que sería demasiada suerte—¿no les parece a ustedes?—conseguir a las primeras de cambio...

3.—Boca dulce, serena, la de Margaret Lindsay

Esta boca grande, sincera, tendida, de Margaret Lindsay, es un alto en el camino de nuestra vida, atan sin aventuras—que dijo ese gran escritor que se llama Federico Navas, un Cervantes menor de nuestro tiempo—, lleno de dulcedumbre y de serenidad.

Es una boca palpitante, que se adivina cálida y húmeda, como un fruto del Trópico, bajo la abierta ventana de la nariz. El carmín artificial traza dos sendas obscuras, de un paralelismo íntegro, que se va esfumando hasta juntarse en la graciosa comisura. Margaret estime que serlo—una buena chica. La bondad se le rezuma por las dulces e imperfectas—¡perdón, hija!—facciones juveniles. Los ojos miran a lo alto, buscando, tal vez, ese ideal de quimera que sueñan todas las cabecitas de diez y ocho estíos. El dorado ideal—Eldorado de promisión—que se esconde, precisamente, para el amado ignoto, tras el precioso broche de una boca sincera como la de Margaret...

Tienen tus labios distendidos una curva de arco que puede disparar, muy lejos y muy certera, la flecha de la simpatía.

Tus dientes tienen un esmalte más bello cien veces que el que pueda dar una labor humana.

Son fuertes, además. Deben morder sin compasión los afortunados comestibles que se entreguen a su blanca cuchilla.

Tu boca, Rosalind, tiene otro aliciente: ha sido pintada en un tono menor, que no ofende...

El labio inferior—¿tienes tú algo inferior?—se dobla, sumiso, como un dócil estuche que sabe que puede mostrar una joya auténtica...

SANTIAGO AGUILAR

El simpático desdén de Glenda Farrell...

Boca dulce, serena, la de Margaret Lindsay

Jeán Muir nos invita en la sombra...

4.—Rosalind Russell, la radiante

Te llamas Rosalind. Añadiéndole una letra que le falta, sin duda, y separando la mitad de las sílabas, resultarías «Rosa lindas». (Toda tú en dos frases.)

Tu alegría nos vence. Ese chispear de malicia inofensiva que hay en tus papilas rasgadas—afiladas a lo dardo—y en tu boca luminosa, es un clarear de primavera, un estallido de juventud radiante.

© Biblioteca Nacional de España

Antonio Moreno

el único galán español que fué "partenaire" de Greta Garbo

El célebre galán cinematográfico español Antonio Moreno, en la actualidad. Aun es joven. Todavía podrá hacer latir en las pantallas el temperamento de nuestra raza, conquistadora y única...

Antonio Moreno en la época de sus films de aventuras, cuando la fe en su voluntad férrea y en su bizarría, sobre todas las cosas, le hacía mirar al porvenir con una sonrisa...

Cuando un español llega a Hollywood, no falta algún compatriota, o algún mejicano —cuya colonia es numerosa en la Meca del celuloide—, que le enseñe con orgullo el barrio entero de alegres *bungalows* que lleva el apellido españolísimo de Moreno, mientras pronuncia estas o parecidas palabras:

—¡Aquí tiene usted una fortuna amasada por un hombre que vino de España dispuesto a triunfar o a morir! Pero a triunfar... por el camino recto, como los hombres verdad, sin valerse de otros medios que su corazón y su bonradez. Todos estos edificios pertenecen al actor español Antonio Moreno, uno de los primeros propietarios de Hollywood. ¿Qué le parece?

El recién llegado calla. Le han producido emoción las frases del mentor improvisado. Allí, ante su vista atónita, está clavado el orgullo de una raza rebelde y genial, como un altón de conquista. Aquello es España. La vieja España, que sigue latiendo en los cielos y tierras de California...

* *

Tuvo el reportero la ocasión de pasar unas horas con Antonio Moreno en Madrid, con motivo de su viaje de vacación. Su regreso fué como él lo había soñado al partir—muchos años atrás!—, en sus ansias de aventura, de riqueza y de gloria. La gente le aplaudía por las calles, en los cafés, en el teatro. Las admiradoras le asediaban pidiendo autógrafos y fotografías... Antonio sonreía, soportando las molestias de su popularidad.

El gran artista me contó anécdotas curiosas que no quiso diera a conocer al público. A lo largo de ellas—perdonad que respete los deseos de su protagonista y que no las refiera tampoco hoy—, destacaba, ante todo, la vigorosidad de un carácter modelo, que ni las circunstancias más críticas pudieron malear ni torcer. Antonio Moreno las refería con gran sencillez, con el ligero ceceo de su pronunciación andaluza. La vida íntima de Hollywood, con sus intrigas y sus vicios, era evocada, sin propósito, en una pintura recia y sincera. Del cuadro vivo de estas descripciones improvisadas surgía un personaje admirable: el adolescente que llegaba, en los primeros balbuceos del cinema, a lo que iba a ser pronto el palacio de las mil maravillas. Un muchacho fuerte y valiente, de mirada atrevida y tez morena, que solicitaba trabajo en las manufacturas nacientes. Entonces, para ser artista de cine, había que ser atleta o gimnasta, y aquel muchacho español realizó las más duras pruebas de resistencia física antes de conseguir papeles insignificantes en películas absurdas del Far West. Tuvo que arrojarse, en pleno galope, de la silla de un caballo; saltar sobre una gran fogata; trepar por los muros, clavando sus uñas en bendiduras disimuladas; resistir golpes auténticos de los «malos»—él era «bueno» siempre: lo mismo en los repartos que en la realidad—, que muchas veces le privaron de conocimiento o rasgaron sus carnes... Fué un héroe anónimo, dispuesto a todas horas a jugarse la piel en aras de su afición loca y de su noble ambición de emular cuanto antes las glorias de un Francis Ford (el «conde Hugos»), entonces ídolo de las multitudes.

* *

Y llegó. ¿No había de llegar si en sus venas corría la ardiente sangre de los conquistadores hispanos?... Su arte se fué haciendo sólido y personal. Intervino como protagonista en varias películas de aventuras, de las que se filmaban un cinco, nueve y más episodios. El cine, en tanto, rápidamente se perfeccionaba también. Puede decirse que Antonio Moreno marchó al unísono con el desarrollo de la arrolladora industria creada en Norteamérica por judíos de habilidad diabólica. Basta recordar que fué contemporáneo—e incluso compañero—de Pearl White (Perla Blanca), Mary Pickford, Raoul Walsh, etcétera, etc.

Los duros tiempos de cabellista, en films rodados casi enteros en exteriores, se trocaron por los más regalados y benignos de las producciones de aventuras. Consiguió que el público se fijara en su simpático rostro, de líneas enérgicas, y en su gallardía sin afectación. Comenzó a ahorrar dólares... Muy lejos, allá en Algeciras, una madre ignoraba por completo la suerte de su hijo. Una voz interior le decía que volvería a verlo antes de morir. Pasaron muchos años, muchos. Y Antonio, el aventurero, fruto de sus entrañas de madre española y andaluza, volvió un día, el menos pensado, a poner en su obscura vejez un destello maravilloso de felicidad...

* *

Fred Niblo iba a realizar *La tierra de todos*, llevando a la pantalla la admirable novela de Blasco Ibáñez. Necesitaba el director un galán sobrio, fuerte, guapo, sin afectación, y de aspecto meridional. Casualmente vió rodar unas escenas al ya prestigioso Antonio Moreno, en quien no había pensado. Le llamó aparte y le propuso el papel que era motivo —y justificado—de su preocupación de aquellos días. Antonio aceptó encantado. Se trataba de un film cuyo asunto había sido escrito por Blasco Ibáñez, por un español... Y se dispuso a poner toda su alma en la interpretación del personaje.

Una cosa le sorprendió, más tarde, gratamente. La protagonista de *La tierra de todos* era una actriz que había producido sensación sin igual en el mundo de la cinematografía, imponiendo su manera de hacer, distinta a la de todas las artistas entonces famosas. Una mujer que vino de países nórdicos, con acento alemán y vestidos extravagantes, a llenar de perfumes sensuales la tela de proyección: Greta Garbo.

El triunfo de Antonio Moreno en *La tierra de todos* superó al conseguido por sus anteriores creaciones. Su labor fué el producto de una compenetración absoluta con el tipo del luchador protagonista, trasunto fiel de su propio carácter, y fué «el hombre cien por cien» que, junto a la feminidad inquietante y morbosa de Greta Garbo, adquiría matices insuperables de heroísmo. Sintió y vivió el amargo conflicto planteado en la película con la intensidad avariciosa de quien quiere hacerse digno de su patria de una vez para siempre. Este artista tan hombre ha sido el único *partenaire* español de la eximia estrella Greta Garbo. Y le fué en el momento en que ella ascendía a la cumbre definitiva de su fama, para desempeñar el honroso cometido de un hombre que se hace amar por la mujer amada a fuerza de hombría...

Santiago AGUILAR

¡He aquí al héroe!... Antonio Moreno, que no ha dejado de ser nunca «un verdadero español», realizó en el gran film de Fred Niblo, «La tierra de todos», un emocionante trabajo que sumar a sus mejores triunfos... Greta Garbo tiene para él una mirada de amor, después de haber contemplado su indomable bravura en la cruel lucha del látigo...

Una escena de ambiente mundano de «La tierra de todos», la adaptación al cinema de la novela famosa de Blasco Ibáñez. Greta Garbo, verdaderamente bella, iba hacia la cumbre de su carrera artística ya. Antonio Moreno fué su «partenaire», todo vigor y fuego varonil, en un papel que era fiel trasunto de su carácter...

Lo que no se ha dicho ni se conoce de Clark Gable

Clark Gable está muy lejos de ser el galán de la pantalla moderna como muchos le creen, atenidos solamente a sus interpretaciones hasta hoy. He aquí al nuevo Gable, tal y como aparece en su última producción, sin título todavía

Clark Gable posee un título académico. Es un actor de positiva inteligencia y de sólida cultura. Un hombre superior, en una palabra...

El director de CINEGRAMAS es un hombre impulsivo y vehemente—aragonés recalcado en Madrid a golpes de aventura—, que no admite objeciones. Cuando le dije que iba a escribir algo sobre Clark Gable, el galán-actor que tiene una indudable actualidad, me atajó con el ademán y con estas frases: ¡Ya hemos dicho mucho sobre Gable!

Callé y salí de su amplio despacho soleado en la mañana decembrina, pensando en hacer todo lo contrario, porque estaba convencido de que mis lectores iban a aprobar mi desobediencia. Valero de Bernabé ignoraba —no me dió tiempo de decírselo —que yo tenía un nuevo tema sobre Clark Gable, y que ese tema no se podía hurtar a nuestro señor el público.

* *

¡Un nuevo tema sobre Clark Gable! Que supone tanto como presentar un Clark Gable nuevo, distinto del que las gacetillas de publicidad han dado a conocer hasta ahora. (Mi director se sonreirá al leer este aserto, un poco pretencioso.)

Se ha dicho—y se ha creído—que Clark se convirtió en actor cinematográfico sin proponérselo siquiera; que de corredor de accesorios de automóvil pasó al *set*, obligado por un dirigente testarudo, que le convenció para probar sus—según él—magníficas aptitudes; que la prueba consistió en una escena en que tuvo que abofetear a Joán Crawford. Todo ello es falso y pueril. Clark tiene un curioso detalle en su vida cinematográfica—referido ya por CINEGRAMAS—, que revela lo antiguo de su afición y lo duro de su lucha por el arte: pisó por vez primera un Estudio en calidad—muy baja calidad, podréis ver—de sextra, en la producción muda *La viuda alegre*—¿os acordáis de Mae Murray y de John Gilbert?—, sin sospechar que, años más tarde, volvería a ser sextra en el mismo film; pero por puro capricho de estrella, por recordar sus tiempos lejanos de paria. Luego, Gable distaba mucho de ser un improvisado. Su triunfo ha sido, realmente, duramente laborioso.

* *

La verdad de los comienzos del gran actor de los galanes es, por lo vulgar, insospechada. Lionel Barrymore, que había trabajado con él en la obra teatral de poco éxito *The Copperhead* —Lionel como primerísimo actor y Clark como galán segundo—, en una jira por California, fué una noche—hará cuatro años—a saludar a su ex compañero, en un teatro de Los Angeles. Gable interpretaba el papel de Killer Mears en *The Last Mile*, buen ajeno a que iba a recibir la visita de tan ilustre personalidad, a la sazón ocupada en dirigir películas como descanso de su ajetreo de actor.

Clark Gable, refugiado en el teatro, pero sin olvidar sus intentonas cinematográficas, halló a Lionel en su *camerino* al volver de escena en un entreacto. Allí cambiaron un pitillo y sus mutuas impresiones sobre el cinema sonoro. Barrymore, hombre cordial como pocos en su trato íntimo, pulsó la afición—al parecer, dormida—de su galán en *The Copperhead*. Y Clark Gable, sincero como siempre, descubrió su desencanto, la poca fe en sus aptitudes para el cine. Lionel quedó un momento en silencio, y dijo, al fin, mientras abría la puerta del *camerino* para marcharse:

—Quiero que hagamos una prueba a conciencia. Yo creo que tienes cualidades de sobra para triunfar en la pantalla. Voy a dirigir una película que tiene por fondo los mares del Sur. No te prometo nada. Ya te avisaré y... veremos.

La prueba fué negativa, según la opinión de los jefes del Estudio. (No hay hombres que se equivoquen tanto como esos señores que mascan puros y que cobran sueldos fantásticos por complicar todo lo hablado y por haber.) Lionel Barrymoore, consciente, llevado de su idea fija, discutió lo indecible defendiendo a Clark Gable. Y tanto porfió, que se hizo otra prueba. Esta vez Clark desempeñó el mismo papel con que se distinguía en la comedia *The Last Mile*, en una de las escenas culminantes, y su trabajo consiguió desarrugar el ceño de los indiscutibles. Resultado inmediato fué su inclusión en el reparto de *La pecadora*, con un papel muy corto. La vuelta al cinema era ya un hecho en la vida artística del Clark Gable. Su tipo exótico —de una personalidad vigorosa—, y su naturalidad de ademanes y de dicción consiguieron el milagro de que se le diera un nuevo cometido, más importante, en el film *¡Dansad, locos, dansad!*, de que era protagonista la famosa Joán Crawford. Aun no tenía contrato fijo. Pero vino el estreno del film de la Crawford, y resultó que el «novato» hacía desaparecer, en cuanto surgía sobre la pantalla, a todos los intérpretes masculinos del reparto... Lionel se frotaba las manos de gusto. Acababa de lanzar al mundo cinematográfico un valor indiscutible, un galán-actor de personalidad sorprendente.

Hay también otra creencia errónea. La de que Clark Gable es un hombre poco refinado. Muchos aficionados al cine le consideran como un galán simpático, pero galán. Otros dudan de su cultura, que la suponen inferior a la de los galanes almibarados. Y es lo cierto que posee un título académico y que su gran afición por la lectura, desde niño, le ha dado conocimientos tan varios como útiles. Es un hombre de sociedad, que acapara la conversación de las reuniones, por muy distinguidas que sean, y la lleva por donde quiere, con una amenidad que revela ingenio excepcional.

Ha hecho muchos papeles rudos, cierto; pero no es culpa suya. Gable es capaz de causar sensación en papeles de alta comedia, en papeles de hombre elegante y mundano. Lo mismo que es capaz de lo dramático y de lo cómico. Clark Gable es un actor de positivo talento. Un hombre superior, en una palabra.

* *

Mi querido y admirado director: ¿Habíamos ya dicho mucho sobre Clark Gable? Cierto. Pero no lo habíamos dicho todo.

SANTIAGO AGUILAR

¿Clark Gable galán romántico? Basta que se lo exija ser un papel confiado a su talento de actor. Gable se presta a todas las psicologías del ser humano porque posee una aguda sensibilidad. Vedle hacer el amor a Carole Lombard, como un enamorado refinado y rendido

Dentro de un correcto frac, Clark Gable es el hombre de mundo que muchos no suponen. Su gesto no tiene siempre la picardía siniestra del «gangster». Sabe, también, meditar sobre la vida como un perfecto «gentleman»

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Siluetas vivas del film

El "villano" Vicente Padula *ha llegado a Madrid*

Horsa. Alfonso?

—Diga.

—¿Vicente Padula?

—Está en el comedor.

—Avísele que se ponga al aparato.

.....

—¿Quién?

—¿Padula?... Aquí, un reportero de CINEGRAMAS.

—¡Caramba! Le felicito por la Revista. Es una maravilla que honra a la Prensa cinematográfica de España...

—Agradecido. Dígame: ¿podemos hablar esta misma noche?

—¿Cómo no? Eso no se pregunta. Dentro de media hora me tiene a su disposición, aquí o donde quiera.

—Donde usted guste...

—¿Le parece bien Pidoux?

—Muy bien.

—Entonces, hasta ahora mismo. Allí nos encontraremos...

* *

Las once.

Un hombre vestido de obscuro, correcto, erguido, sin afectación, sonriente bajo el bigotillo recortado—único aditamento capilar que lucen en el rostro los donjuanes de hoy—, entra en Pidoux.

Le reconozco. Es el mismo que en tantos films de habla hispana ha interpretado tipos diversos de psicología morbosa e inquietante. El «villano» de los argumentos modernos: elegante, refinado, audaz, desapresivo.

—¡Padula!

Acude, complacido de estrechar una mano desconocida que se le tiende en este Madrid hospitalario. La mano que va a escribir, sobre la misma mesa del café nocturno, una verídica interviú. (La emoción del saludo no es por el hombre acogedor, ni por el amigo posible. Es por CINEGRAMAS, que va a pulsarle el latido de su personalidad aventurera para sus miles de ávidos lectores...)

* *

—¿Por vez primera en Madrid?...

—No. Hace catorce años (tenía yo entonces diez y ocho) pisé esta ciudad maravillosa, y en circunstancias muy distintas a las de hoy...

—¿Pueden decirse y saberse?

—¡Ya lo creo! Eran tiempos de luchas juveniles y... teatrales.

—¿Procede usted del teatro?

—En Barcelona tuve que improvisarme actor de comedia. La Compañía de López Alonso fué mi tabla de salvación entonces...

—¿De dónde venía usted?

—De Buenos Aires, con rumbo a Italia. Y lo que tenía que haber sido una escala del viaje, resultó el viraje más decisivo de mi vida. Barcelona me conquistó y me retuvo, como una mujer fatal de las que orientan o desvían el destino de un hombre. Se me acabó «la plata», y me presenté ante el público del Teatro Poliorama como actor, ganando la fabulosa cantidad de diez pesetas diarias...

—Por algo se empieza. Y de Barcelona, ¿vino usted a Madrid directamente?

—No. Recorrí antes media España haciendo comedias argentinas, cuyos repartos no contaban con más argentinos nativos que yo...

—¿Es usted del mismo Buenos Aires?

—Porteño legítimo. Pero continuemos mi trayectoria teatral. De la Compañía de López Alonso pasé a la de Manrique Gil, con un repertorio de feroces melodramas. Y así vine al Teatro de la Latina, de esta capital. Hoy rememoro aquellos días, escasos de dinero, pero pródigos en ilusiones... Bueno. Aquello terminó. Volví a mi cuna, después de una enfermedad grave que tuve en Valladolid.

—¿Y Buenos Aires le recibió con buena cara?... Vamos, ya me entiende usted.

—Mi padre me dijo: «¿Ves cómo la realidad se encarga de devolver a su sitio todas las cosas forjadas por la fantasía?...» Mi padre es la lógica con envoltura humana. ¡Lo contrario de su hijo!

* *

En esto, dos muchachos de magnífico porte entran al Pidoux. Dos galanes del cinema español. Uno, Luis Arnedillo, que actuó con Gardel en la Paramount, de Joinville. El otro, Pedro Calderón de la Barca, que acaba de intervenir en *Crisis mundial*.

Vicente Padula, en el Broadway madrileño que es la Gran Vía, elogia ante nuestro colaborador Aguilar el acogedor ambiente de Madrid. En la silueta: Padula expresa especialmente para CINEGRAMAS
foto. cortés

© Biblioteca Nacional de España

Ambos vienen a Padula con los brazos abiertos, sorprendidos del hallazgo. El reportaje se complica. Ya no es un diálogo. Renuncio al interrogatorio vulgar. Mi pluma recoge datos sin orden ni concierto, surgidos de la charla, que se anima extraordinariamente cuando el *gentleman* José Chamorro engrosa la tertulia y requiere unas botellas de champán.

He aquí mis datos (filma de noticiario en la pantalla de papel):

Padula, un buen día, desembarca en Nueva York, con escasos recursos económicos. Baila el tango. Conoce a Rodolfo Valentino en el Hotel Mac Alpin. Valentino ya era famoso. Sus antecedentes de gigolo le movieron a simpatizar con el joven Padula. Fueron buenos amigos. El tan discutido «Rudy» aconsejó a Vicente el traslado a Hollywood, donde hizo «extras» distinguidos, primero, y después pequeños papeles de «traidor».

Padula conoce muchos secretos de Hollywood. Pero eso no interesa por hoy... Hay que seguirle hasta el advenimiento del cine sonoro, que fué su gran oportunidad de actor. Trabajó en películas de habla inglesa. Después, claro, se aprovechó para el reparto de las que requerían intérpretes que conocieran el castellano. Y actuó en *El cuerpo del delito* (con Pereda, María Alba, Segurola, Antonio Moreno, María Calvo, Torena, Barry Norton y Carlos Villarías: un reparto fenomenal). Después, *Amor audaz*, con Rosita Moreno; *La fuerza del querer*, con María Alba y Segurola; *Gente alegre*, con Rosita Moreno; *El prendido*, con Juan de Landa; *Del mismo barro*, con Mona María, y *Monsieur Le Fox*, con Rosita Ballesteros y Luis Alonso.

Anita Campillo y Vicente Padula en una escena de la película «Cuesta abajo»

Vicente Padula convertido en «valet de chambre», muy ocasional, porque no es sino un pretexto para rodearse de bellezas lozanas y pimpantes...

Un momento de Vicente Padula en el film realizado en Nueva York bajo el título de «El tango en Broadway»

Vicente Padula dialogando con Carlos Gardel en el film «El tango en Broadway»

• •

París. Joinville. 1932-1933. Producción Paramount en castellano. Vicente Padula llega y filma *Luces de Buenos Aires* y *Melodía de arrabal*, con Carlos Gardel. De París, otra vez a Buenos Aires, donde la producción nacional le acapara como protagonista de *¡Taponazo!*, con M. Doris y Carmen Reyes. Luego, a Berlín, para hacer un film en inglés y francés. (Padula domina cinco idiomas a la perfección.) Inmediatamente, Barcelona; a trabajar con Irusta, Fugazot y Demare, en *Aves sin rumbo*. Cable de Paramount, llamando a Nueva York urgentemente. Allí realiza tres creaciones personales, sus éxitos definitivos en la pantalla sonora: *Cuesta abajo* y *Tango en el Broadway*, en español, y *Dare light*, en inglés, con Sally O'Neil... Ahora, el chispazo de inspiración, o el capricho de un hombre que no puede soltar del todo sus amarras: ¡A España, por la tercera vez!... (A la tercera va la vencida.)

• •

Padula se encuentra a gusto en Madrid, esperando acontecimientos. (Dos proposiciones: Nueva York y Buenos Aires.) El gran artista bonaerense preferiría ultimar un proyecto que le han expuesto ayer para hacer películas en España. Es su sueño dorado. Le atrae el carácter de la gente, la fisonomía de las ciudades y, sobre todo, la belleza y simpatía de las mujeres...

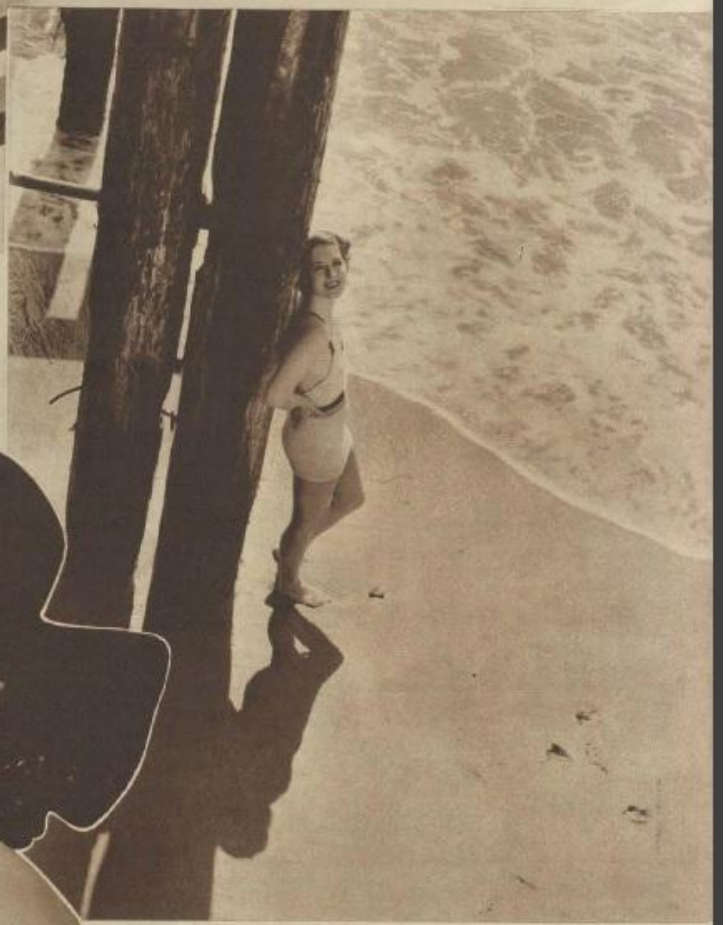
—Mire, Aguilar: ¡esto es la Gloria! Las chicas madrileñas tienen un encanto único, que seduce, que subyuga sin remedio. Sería triste tener que abandonar esto sin saborearlo del todo, como merece. (Fíjese en aquella morena, a lo Kay Francis...)

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Bastidores del teatro de imágenes

El maravilloso secreto de Norma Shearer



Norma Shearer tiene un secreto...

Pero no un secreto de belleza, de los que sirven de pie a las publicidades escandalosas. No un secreto de alquimia de tocador. Es un secreto serio y auténtico. Un secreto de Arte, con mayúscula.

Ella, que asoma a la pantalla el rostro más ideal que puede soñarse, no tiene que preocuparse de su belleza. (De esto ya hablaremos también detenidamente hoy mismo.) Pero sí de su prestigio de gran figura del cinema que acepta la obligación de resistir comparaciones con los nuevos ídolos, que llegan con arrestos pujantes a la lucha.

Y su secreto consiste en mantenerse incólume sobre la brillante altura de su eminencia de intérprete, con la serena majestad de una diosa en el Olimpo. ¿A costa de qué recursos? ¿Cuáles son sus armas? El secreto radica ahí, precisamente. El maravilloso secreto de Norma Shearer...

Norma Shearer no sólo es una de las estrellas más hermosas de la pantalla, sino también una de las más elegantes. Vedla aquí luciendo un original sombrero

Norma Shearer, la bellísima, tomando el sol después del baño

• •

¡Recursos! ¡Armas!... Hablando de Norma, cualquier documentado responderá enseguida, con la paradoja efectista de una pregunta:

—¿No es esposa de Irving Thalberg?

Verdad. Y ser la señora Thalberg supone, en el reino convencional de Cinelandia, disponer de las máximas influencias; poseer los más amplios medios de expresión artística; elegir asuntos e intérpretes; trabajar, en suma, con todas las garantías de lucimiento personal.

Pero de esto es de lo que no usa ni abusa Norma Shearer, y de lo que queremos hablar a nuestros lectores para descubrirles el maravilloso secreto de arte que ella guarda avaramente, para satisfacer su propia estima-

© Biblioteca Nacional de España

ción y su íntimo orgullo. Sí, señor documentado: Norma es la mujer legítima de uno de los más poderosos magnates de la industria del cine. Lo es hoy. Pero no lo era ayer..., ayer, cuando los públicos se deleitaban con su arte de limpias facetas, elevando a la categoría de creaciones sus tipos de ingenua moderna con un fondo sentimental puro, sin degenerar en sensiblería.

• •

¿Recuerdas aún *La secretaria*?

¡Claro! Sería imperdonable que hubieras olvidado su revelación sorprendente en un papel lleno de donaire femenino y de sutil psicología.

Su nombre pasó del anonimato a la celebridad con aquella sola película maestra. Norma Shearer fué el modelo que tomaron las muchachas de entonces. Se peinaron, se vistieron como ella. La imitaban hasta donde podían, en su simpatía fácil, elegante, suave, formada de un prodigio de espontaneidad.

La secretaria fué el patrón de moda de toda una temporada. Tú recuerdas el éxito y su influencia decisiva sobre el carácter de las muchachas de aquellos días lejanos. Los días en que Norma, soltera, sin tener siquiera amistad con el «omnipotente» Thalberg, triunfaba y se imponía por la fuerza de un precioso secreto, que era el de su arte personal y auténtico.

Tú recuerdas todo esto, que pertenece ya a la historia del cinema—mudo entonces—, y sin embargo, hoy sólo parecías acordarte de que Norma ha llegado a ser la mujer de un magnate, para justificar sus triunfos y su preponderancia.

No. No es más fácil el éxito para la Shearer hoy... Su secreto consiste en que ella no quiere que lo sea, para no engañarse a sí misma.

¿Querrás creer que su marido no interviene para nada en lo concerniente a sus contratos? Si supieras lo delicada y susceptible que ella es respecto a su arte, no tendría necesidad de decírtelo... (Piensa que por algo existe.)

No necesita trabajar. Tú lo sabes. Y sabes también que ha constituído un hogar que es su dicha privada, fructificada en carne de su carne... ¿Por qué se expone entonces al juicio del público, que no perdona nunca *nada a nadie!* Sencillamente, porque se siente artista a la par que mujer, y no sería feliz del todo si no pudiera conseguir nuevos triunfos que añadir a los, por ya obtenidos, inamovibles... Por eso, cuando trabaja, no es la señora Thalberg. Entonces—no se te olvide—Thalberg es *el marido de Norma Shearer*.

• •

Ya conoces el maravilloso secreto de la actriz romántica por excelencia, la que hoy, después de su triunfo apoteósico en *La llama eterna*, encarna de prodigiosa manera los tipos de la época más sensible, las mujeres del XIX... (Bien reciente está su creación de *Las vírgenes de Wimpole Street.*)

Hoy, ¿igual que ayer? Más aún: el ayer ha sido superado. Norma está más bella que nunca. No hay artista que exhiba los «primeros planos» que ella afronta, de una perfección insuperable de rasgos fisonómicos, de una poesía sublime de expresión.

Ese es el secreto de Norma Shearer, esposa de Irving Thalberg. Que sabe olvidarse, en aras de su arte maravilloso, de su privilegiada posición social, a la que ha llegado, precisamente, por el propio mérito de su espiritual aristocracia de artista.

SANTIAGO AGUILAR

Norma Shearer con el atuendo, colmado de nostálgicas y dulces evocaciones, que lucе en «Las vírgenes de Wimpole Street»

Norma Shearer no es aquí la «star» famosa, sino mistress Thalberg, que ha hecho un alto en su paseo cotidiano. Dos «fieros» canes protegen a su bella amita

SILUETAS DEL FILM

Arturito Girelli

El «Chiquilín» español, quiere ser bandido ó general.

Maruchi Fresno, la admirable e inteligente actriz española de la pantalla, con Arturito Girelli, nuestro precoz actorcito...

Arturito Girelli remedando ya a los «babys» prodigios de Hollywood, muestra su auto con gesto engañoso, como si fuera suyo... (Pero estamos en el secreto: aquí no se pagan sueldos fantásticos ni a las personas mayores...) →

AVANZANDO por el pasillo del patio de butacas del Cinema Bilbao—reportaje adelante—, veo sobre la pantalla a un niño de muy escasa edad, de cabellos ensortijados e inteligente semblante, que salta de su lecho para ver si llegan los Reyes Magos. Entonces se interrumpe la proyección. Se ilumina el escenario súbitamente, huyen las sombras mágicas de la pantalla y surge ante ella la figurilla viva del mismo niño—el *baby* prodigioso—, como escapado del lienzo de imágenes. Sostiene con delicioso candor una vela encendida en su diestra, y dice con voz que adquiere sonidos de querube travieso:

—Respetable público: Deseo que mi trabajo os guste. Muchas gracias. Adiós.

Y Arturito Girelli—él es, en plena proyección de *Sor Angélica*—tira con sus manitas inocentes beso tras beso al público, que aplaude entusiasmado, legítimamente conmovido.

• •

El niño Girelli acaba de terminar su actuación de noche en la semana de su presentación personal al público de Madrid, que le ha hecho objeto de sus simpatías. En el improvisado *camerino*, una señora de belleza serena y matronil—muy a lo Tiziano—viste al diminuto actor su trajecito de calle. Mientras, las manos infantiles e inquietas se apoderan con rapidez de una pistola. No os alarméis, lectores. Se trata de un juguete. Un juguete perfecto, que asustaría a cualquier timorato, porque su travieso dueño lo empuña decididamente, apunta al visitante—que soy yo—y aprieta el gatillo. ¡Pum! El fulminante explota, entre las risas atropelladas del bélico angelote. Y su madre—doña María Conradt, de nacionalidad alemana—me informa:

—Las armas son su delirio. Tiene ya tres escopetas y cinco pistolas de distintas formas y varios calibres. Todo el día se lo pasa asustando a los otros niños y a los viejos de la vecindad.

—¿Cuántos años tiene el arrapiezo?—interrumpo.

—Cuatro y unos meses.

—Pues promete el nene que es una bendición, señora.

—Yo creo que Arturito va a ser bandido o general.

—Desde luego. Como siga así, en cuanto pueda afeitarse la barba va a jugar al fútbol con bombas de melinita.

• •

Arturito Girelli, el niño-actor que se ve a las puertas de la popularidad a la edad dichosa en que todavía no se aprende la cartilla y en que todas las mujeres le besuquean a uno con ruidosos transportes de admiración, sobrelleva su precocidad sin ese aspecto grave e impresionante de los pequeños pianistas que aporrean las teclas ante auditorios extasiados. Arturito se contenta con aporrear cosas mucho más vulgares que un piano. Su inquietud y su vivacidad se traducen en disposiciones prácticas, al unísono con los tiempos que corremos: subirse lindamente a las barbas de las personas mayores y no sentir rubor ni ante el lucero del alba. Su desparpajo es tal, que la primera vez que pisó un Estudio de cine, al decirle el director, protectoramente:

—¿No te asustarás de las luces, verdad, riquín?

Obtuvo la siguiente respuesta textual de sus inocentes labios:

—¡A mí no me asusta ni un cañón!

Y es que hasta en la más tierna infancia se echa de ver hoy, como dicen los escritores cursis, «una progresiva regresión hacia el romanticismo».

• •

El afortunado papá de la criatura, don Víctor Girelli, hombre joven y de correcto trato, nacido en el Tirol, me refiere con gran sencillez cómo Arturito se convirtió en artista de la pantalla. Fué en Barcelona, en un momento de gravedad económica para los padres, cuyo pequeño negocio industrial había sufrido un revés irresistible. El niño fué entregado a unos íntimos suyos, matrimonio de espléndida posición, que le tenían a cuerpo de rey. Pero alguien animó a los autores de sus días a probar fortuna acudiendo a la llamada de un anuncio en que se ofrecía trabajo para una película al niño de tres o cuatro años capaz de interpretar un papel de cierta importancia. ¡Tal vez Arturito, que parecía tan listo y que era tan guapo, sirviera para el cine y resultara un Jackie Coogan con todas las de la ley; mejor dicho, con todo el oro de ley que ellos necesitaban para rehacer su hogar!

La tentación era poderosa, pintada con los más vivos colores de la fantasía mediterránea. (La influencia del Manzanares, por ejemplo, hubiera sido mucho más modesta, como cumple a la gran diferencia que hay entre un mar aventurero y un aprendiz de río.) Y allá se fueron los padres, con la recóndita esperanza del triunfo, a presentar su retoño a Francisco Gargallo, que se aprestaba a dirigir entonces *Sor Angélica*, y andaba loco buscando un «Andresín» de su gusto. «Andresín» era el eje sentimental del asunto de la película, muy de folletín a lo Luis de Val, y las escenas cumbres podían fallar si no se encontraba un nene con aptitudes precocísimas de memoria y obediencia, pues había en el papel que se le destinaba frases y gestos imprescindibles que llegarían sin remedio al corazón de las gentes ingenuas, asegurando el éxito comercial del film.

Y Arturito Girelli no sólo fué elegido entre más de doscientos niños aspirantes, sino que asombró al propio director y a los artistas del reparto en la prueba decisiva realizada ante la cámara sonora. Los padres tuvieron que firmar su primer contrato cinematográfico por la cantidad de quinientas pesetas, que si no podían devolverles su bienestar económico, abrían, cuando menos, de par en par las doradas puertas de la esperanza a un porvenir completamente insospechado...

• •

A partir del estreno de *Sor Angélica*, Arturito Girelli se convirtió en una persona importante, a quien muchos transeúntes paran en la calle para darle besos o bombones, y a quien la gente menuda que no ve más horizonte que las zapatillas de «padre y muy señor mío» de su señor padre, envidia con todos los aledaños de su alma infantil...

Arturito, rubio, vivaracho, sociable y decidor, está físicamente entre Baby Le Roy—el campeón de las precocidades, sin *challenger* posible—y Jackie Cooper. Opinan sus padres que no ha dado de sí todavía cuanto lleva dentro, porque le suponen muy capaz de desempeñar un *rôle* de tanta importancia como lo fué el de *Chiquilín* en la inolvidable película de *Charlot, El chico*. Su retentiva es formidable y posee un oído privilegiado. Para que lo comprueben, le piden que cante un estribillo catalán que oyó, una sola vez, en Barcelona, y que aprendió como un papagayo. No se hace repetir el ruego: y canta, la canción popular que las *colles* de excursionistas entonan al bajar del Tibidabo.

• •

Después de *Sor Angélica*, Arturito Girelli ha actuado en otra película nacional: *Vidas rotas*, dirigida por Eusebio Fernández Ardavín. Su nuevo trabajo ha resultado perfecto. Bien es verdad que su sueldo ha sido aumentado a mil doscientas pesetas. ¡Bravo, Arturito!

No es para echar coche, desde luego. Aunque al salir a la calle de Fuencarral el actor en miniatura se nos va como un rayo hacia un *auto* parado en la acera y se pone en actitud de saludo, para llamar la atención de los transeúntes, abrazado a uno de los faros. Tal vez Arturito, remedando a los *babys* prodigio de Hollywood, muestra el vehículo con un gesto engañoso, como si fuera suyo... (Pero estamos en el secreto. ¡Aquí no se pagan sueldos fantásticos ni a las personas con toda la barba!...)

SANTIAGO AGUILAR

Arturito, con el pitillo en la boca como un hombrecito, me grita al tiempo que me enseñona con un revólver: «¡Arriba las manos!» Y yo le obedezco, «horrorizado» ante el gesto terriblemente cándoroso del rostro del chiquillo...

Entre frase y frase, Arturito Girelli tira de pitillo y lo enciende con su propio mechero, en tanto que muy reposadamente va contestando a las preguntas del reportero...

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Cómo y porqué Jean Murat, no se reconoce a sí mismo

Idolos del cinema europeo

Era en los días lejanos del séptimo arte, cuando no podía sospecharse siquiera que un nuevo invento iba a trastrocar todo su engranaje y a derribar muchas figuras que parecían incommovibles. La época cumbre del cinema mudo.

Aquel mes de Marzo fué crudísimo en París. Los clientes de Borrás Glacier, del Faubourg Montmartre, casi todos españoles y sudamericanos, no sabíamos cómo combatir el frío que se metía en los huesos a cada esquina del bulevar.

Vecino de mesa—que ocupábamos: un peluquero catalán, un gigolo madrileño, un brasileño y dos bonaerenses—era un muchacho alto, delgado, de pálida morenez enfermiza, de facciones poco expresivas, precisamente por lo correctas. Habíamos comentado entre nosotros la seriedad casi melancólica de aquel desconocido, demasiado correcto y callado, que nos saludaba siempre, al entrar y al salir, con una ligera inclinación de cabeza.

Hablaba en francés, sin acento dialéctico, con las camareras del restaurante, y rara vez con el encargado, un mallorquín convertido en castizo parisién al cabo de doce años de estancia en la capital del mundo.

Daba la impresión aquel joven de haber sufrido una definitiva contrariedad que ensombrecía su juventud. La belleza de sus facciones impedía que el brillo varonil de los ojos saliera su actitud constante de decaimiento físico... ¿Reveses de amor o de fortuna? Podría contestarse, como D'Annunzio: «Quizá sí, quizá no...»

No. Ni contrariedades amorosas, ni estrecheces económicas. El correcto desconocido había sufrido un fracaso de arte. Un fracaso cinematográfico...

¿Cómo pudimos llegar a averiguarlo nosotros? Casualmente, como suceden estas cosas, y cuando ya no nos preocupábamos lo más mínimo del vecino de mesa, a quien acertamos a denominar *el Comendador*...

Una noche—las ocho, poco más o menos—, en ocasión de hallarnos cenando, entró decidida una mujer ya otoñal, elegantemente vestida, que se dirigió al desconocido, llamándole en alta voz:

—¡Jeán!...

El pareció turbarse. Se repuso pronto, y cedió su sitio a la recién llegada. Inmediatamente, uno de los dos argentinos de nuestra mesa nos reveló, en tono contenido y misterioso:

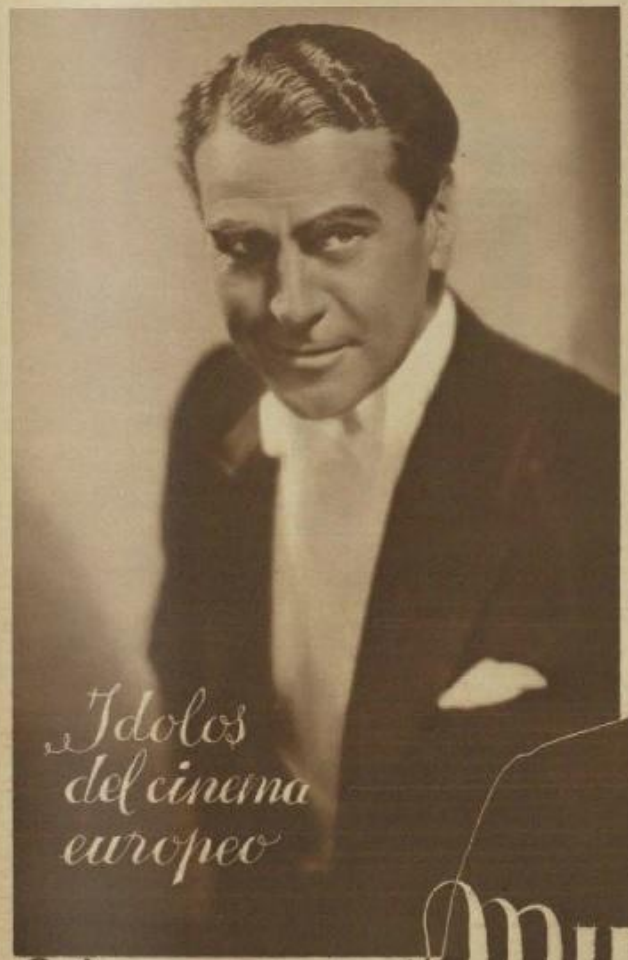
—¡Esa es Lily! Fué una gran mujer. Tiene mucho dinero. Habla varios idiomas. Es muy influyente y viaja con gran frecuencia. Dicen que actuó de espía internacional, y le han puesto un apodo que a ella le molesta mucho: *la Mata Hari*... Tapadme para que no me vea...

En tanto, el llamado Jeán y Lily departían animadamente. Ella le miraba con aire cariñoso y compasivo. Se quitó los guantes y le brilló un solitario magnífico, excepcional por la pureza de sus luces... Nuestro comensal continuó sus interesantes revelaciones:

—Hacía tiempo que Lily faltaba de París. Somos bastante amigos. Sabiendo que ya ha vuelto, mañana sé donde encontrarla, a las cinco de la tarde. Yo averiguaré quién es ese Jeán. Os lo prometo...

* *

Efectivamente, a la noche siguiente supimos que el apellido de Jeán era Murat y que había figurado nada menos que a la cabeza del reparto de un film dirigido por un célebre director, enamorado de sus cualidades fotogénicas. (Aquella época, no se olvide, era la del triunfo de los galanes afeminados). Jeán Murat, a quien se lanzaba como un hallazgo sensacional, fracasó



Dos retratos de Jeán Murat, en los que se advierte la varonil prestancia actual de este gran actor en pleno triunfo, lejos ya los días amargos y desilusionados del fracaso que no se repitió...

sin más atenuantes que las de su inexperiencia ante la cámara. Resultó frío, borroso, sin prestancia alguna. La película, cuyo argumento se apoyaba casi por entero en la labor del galán, decepcionó a todos. El famosísimo realizador sufrió tan serio revés en su carrera, que desde entonces no ha vuelto a producir para el cine.

Fué rudo el golpe para un muchacho como Jeán Murat, guapo y envidiado,—hasta el estreno—, que se había visto elegido por un director de talento prepotente y que había comenzado la senda cinematográfica por donde muchos la terminan... Su dolor fué acerbo y le hizo huir de todos y de todo.

Su amiga Lily, que le quería desinteresadamente, quizá pre-intiendo en Jeán un actor para el futuro, llegaba a París con la máxima oportunidad. El galán de tan desgraciado debut en la pantalla pensaba, incluso, arrojarse a las sucias agua del Sena... Lily animó aquellas horas amargas de Jeán Murat, haciéndole volver a concebir esperanzas y proponiéndole un plan progresivo de cambio de personalidad—en lo moral y en lo físico—, que fué aceptado por su amigo y puesto en práctica inmediatamente...

He aquí a Jeán Murat en tres de las últimas producciones de este admirado actor, dado a conocer en la presente temporada. Arriba: con Marie Glory, en «La taquimeca se casa». A la izquierda: con Simone Darrieux, en «Un cierto señor Grant». Y abajo: con Marie Bell, en «El hombre del Hispano»

• •

¿En qué consistió el plan de resurgimiento ideado por la inteligentísima Lily, mujer de superior capacidad, como buena parisiense?... De ello tuvimos frecuentes y fidedignas noticias. Jeán Murat comenzó una vida de severo régimen higiénico. Madrugaba mucho y hacía toda clase de deportes violentos. Lily quiso templarle en lo peligroso y audaz, para desterrar de su carácter lo que había de débil, de egoísta, de refinado; le hizo fuerte de músculos y decidido de corazón. No le consintió un solo desmayo de ánimo. Le hizo tomar el yodo del mar y los rayos del sol, hasta que se curtió su rostro, antes pálido e inexpresivo...

Aquella mujer de inteligencia maravillosa fué una profesora ideal de energía. Poco a poco, su dócil discípulo se fué convirtiendo en otro hombre muy distinto. Sus facciones se iban haciendo imperiosamente varoniles, y sus ojos adquirieron una singular prestancia de mirada, después de muchos días de ejercicios ópticos, propios de hipnotizador, frente al espejo. Lily le vigilaba incansable, para evitar en él una blandura cualquiera de carácter. Le hizo casi rudo, despreocupado en el vestir. Hasta se alegró de que un día sostuviera peligrosa pendencia con un marinero fuerte y embriagado, que viéndose dominado echó mano de puñal; Jeán, hábil y sereno, desvió el viaje del arma y tendió en el suelo, de un puñetazo definitivo, a su agresor...

Pasaron tres años. Del Jeán Murat que conocimos en Borrás Glacier no quedaba ni la memoria, porque ya la profesión le había olvidado. Su ausencia radical consiguió hacer callar las bocas murmuradoras. Nosotros, la «peña» del restaurante del Faubourg Montmartre, supimos que era él por la propia Lily, que se acercó a presentárnoslo, llena de orgullo... Bien legítimo, porque la transformación superaba a todo lo imaginable. Jeán volvía convertido en un hombre de complexión atlética, mirada franca y simpática, y rostro varonil. Parecía, eso sí, mucho menos joven de lo que era en realidad; pero ello agradaba a Lily, porque había comprobado que los grandes galanes del cine yanqui tienen o afectan una madurez que atrae a las mujeres mucho más que el exceso de juventud...

• •

Una nueva vida artística surgió para Jeán Murat. Su reaparición en el lienzo animado fué un triunfo que no le regateó nadie. La crítica apreciaba en él, por cierto, todas las cualidades que habíanle faltado en su debut, de tan triste memoria. Se le llamaba el galán varonil por excelencias...

Hoy, que es un ídolo del cinema europeo, Jeán Murat no se reconoce a sí mismo cuando recuerda los lejanos tiempos en que, dejándose arrastrar por su debilidad, pensaba en un suicidio liberador...

¿Y Lily?... Nada sabemos de ella. Quizá siga desde un país remoto la trayectoria triunfal de una vida que no es sino la obra maestra de la suya...

SANTIAGO AGUILAR

Semblanzas de protagonistas

Katharine Hepburn la fea encantadora

Es la mesa de la Redacción se apilan cartas y cartas de lectores—más ellas que ellos—, que preguntan, que ruegan, que exigen una semblanza de Katharine Hepburn, la nueva estrella que ha venido a inquietar el firmamento cinematográfico cuando parecía más en reposo.

Nuestro deber se basa en la complacencia de los queridos favorecedores, que han hecho de CINEGRAMAS su fuente predilecta de información. Vamos a pergeñar con toda sinceridad la semblanza de Katharine Hepburn, artista de cuya carrera poseemos datos y de cuya personalidad hemos guardado cuidadosamente las más íntimas sensaciones, que no serán justas, pero sí sinceras.

• •

Tiemblen, preocúpense las mujeres bonitas. Katharine Hepburn ha inventado una nueva y sensacional coquetería: la de ser fea y hacer de ello ostentación valerosa y continua. El mundo se ha sobrecogido de admiración ante esta mujer, hecha de sinceridad palpitante, de franqueza audaz e invencible. Es una rebelde que se ha apoderado del cuadrilátero de las pantallas y lo ha convertido en sábana de su lecho, en el colmo de la intimidad. Un alma que nos recibe en la alcoba, sin ceremonia, con ese pudor formidable que no necesita de barreras ni tapujos, porque es un auténtico pudor de diez y ocho quilates—como diría Pitigrilli—, que se defiende por sí solo. La fea Katharine pone en un brete a las bellezas de alquimia, a las histéricas que envuelven en maquillaje, a la par que su epidermis, su espíritu exiguo. Ella es fea, sí; pero lo sabe y lo quiere ser con todas sus consecuencias, sin pretender llevarle la contraria a la sabia Natura. ¿Para qué afeites engañosos si luego la ficticia belleza se ha de derretir bajo el sol o contra el aire, dejando el rostro como una carátula grotesca? ¿No es mejor enseñar lo primero los defectos físicos irremediables, como el enfermo ansioso de mejoría muestra su mal, todo su mal, para no equivocar al médico que le asiste? Esto hace Katharine Hepburn en el blanco quirófano de la pantalla. Y una mujer que así desnuda su cuerpo, por propia voluntad, ¿considerará sacrificio desnudar su alma también?

Katharine Hepburn no ha querido siquiera variar su apellido, poco eufónico, poco suave, poco comercial. Dice que ella es hija de Hepburn —el doctor Thomas Hepburn, de la ciudad de Hartford—y que no puede renegar de su honroso origen. ¡He aquí el primer chispazo de un carácter genial, que ataca a los convencionalismos frente a frente! Toda la adolescencia de Katharine ha sido una trayectoria de rebeldías. Fué actriz de Compañías infantiles, pero siempre «primera actriz». Luego, en los clubs teatrales, chocaba siempre con la rutina de los directores de escena. Ella, al representar un papel, no estaba atenta a la técnica, sino a su impulso del momento; no medía las frases, ni los pasos, ni las actitudes. Huía del oficio en una escapada de liberación hacia el Arte. Y lo mismo ocurrió cuando, de un salto, pasó al tablado profesional. Hablaba, accionaba y sentía libremente, sin metrónomo ni cronómetro: su compás, su ritmo, eran los de la vida misma que latía en su torno no los que la vida mal copiada de las obras de teatro quería imponerle. Fué la desesperación aguda de los «maestros», que la exigían *declamar* y no hablar, *fingir* y no sentir. Afrontó las más severas censuras. Encajó, sin pestañear, los *uppercut* de la vulgaridad ambiente. Además, *era fea*. No tenía bellos labios que invitaran al beso; no había en sus ojos promesas de fácil rendición; no llamaba la atención en las calles; no hacía palidecer de deseo a los donjuanes maduros. Pero Katharine seguía su senda, sin lágrimas ni lamentaciones inútiles. Con el peso de su voluminosa sinceridad a cuestas.

Katharine Hepburn, la fea encantadora, prodigio de expresión y de arte personalísimo, con Adolfo Menjou, en una alegre escena peliculesca

• •

Nunca cobró Katharine, la indómita, más de una semana de nómina en los teatros. Se habían empeñado los directores de escena en hacerle odiar la profesión escogida. Se desesperaban con aquel temperamento desbordante e irrespetuoso para con todas las normas clásicas. No adivinaban que aquello era la verdad. Lo nuevo, lo arrollador, lo sublime... Lo que surgió, como la avalancha que rompe el dique, cuando la «indisciplinada actriz» fué vista en un teatro del Broadway por un productor famoso y conquistada para el cinema, teatro sin horizontes que le prometían un campo infinito de experimentación. Frente a las cámaras de rodaje, y entre los muros de corcho de los Estudios cinematográficos, Katharine Hepburn pudo trabajar a gusto, abiertas todas las espitas generosas de su temperamento. Su debut produjo verdadero asombro. Era protagonista de aquel film de su bautismo de arte nada menos que John Barrymore. Pero en la proyección, la protagonista resultó ella. Y se le dió ocasión de probar que no había sido casual su triunfo en *Hacia las alturas*, película dirigida por Dorothy Arzner. De allí a aquí—un espacio breve—, la gloria, la popularidad, el premio a su tesón indomable en la lucha. Katharine Hepburn sorprendía, subyugaba, vencía con aquella manera incomparable de actuar. ¿Actuar? No. ¡Mal dicho! *Vivir*. Esta es la palabra: vivir toda entera la vida del personaje interpretado. Pero vivirla como Katharine Hepburn la hubiera vivido de ser ella el personaje verdadero en carne y alma en la vida real.

Katharine Hepburn, la excepcional estrella del film, que ha hecho de su arte y de su vida la máxima expresión de la sinceridad...

• •

¡La fea sublime! No puede ser calificada de otra forma. (Es la que Katharine considera justa y agradece). Una fea que se sublimiza y llega a parecer bellísima, radiante de atracción irresistible, por el influjo de su espíritu. La habéis visto, ¿verdad?, en *Las cuatro hermanitas*. ¿Podéis acaso olvidarla? ¿No recordáis sus menores gestos, sus miradas, sus movimientos, su atavío, el tono de su voz, la música de alguna de sus frases, la suprema poesía de sus pausas, la tensión de sus besos, el rumor de su llanto? Sí. Lo recordáis todo con la precisión de algo grabado en la mente y el corazón. A ella no se la puede olvidar. Ni su boca grande, grande. Ni sus ojos verdosos, a un tiempo claros y profundos, como lagos. Ni sus cabellos alocanados, que se agitan como llamas. Ni su cuerpo, de una milagrosa elasticidad que hace goma de la carne. Al principio, en su primera escena, os pareció rara, extravagante quizá. (Fea, desde luego, sin atenuantes). Luego reparasteis en un gesto, de un brillo de relámpago en la pantalla. Después descubristeis que venía a vosotros toda ella, de arriba abajo, escapada de la proyección, como esas nubes que en lo alto del monte descienden a posarse sobre los riscos con humedad de óculos. Katharine Hepburn os había entregado su alma con esa sinceridad que la ha convertido a ella, a la fea sublime, en ídolo del mundo.

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Joán Crawford y Clark Gable, en un apasionado momento de su último film, muy desconocido de nuestro público

Bastidores del teatro de imágenes

La verdadera personalidad de Joan Crawford

Más que artículos y biografías, por mucha verdad que en ellos se contenga, revela el carácter, el ayer íntimo de Joán Crawford, su película de éxito fulminante, *Alma de bailarina*. En su argumento, dinámico, bello, humano, convincente, se contiene el espíritu todo de esa mujer excepcional, prototipo femenino del siglo nuestro. En su acción, poblada de contrastes, de gestos casi heroicos de la lucha por el nombre y por la personalidad, se han volcado no pocas anécdotas de la existencia de la protagonista, pródiga en lances emotivos.

Yo, que no ignoraba el fondo y el propósito del film, he ido a verlo muchas veces. Y he estudiado sobre la tela de la proyección la fuerte y extraña psicología de Joán Crawford, comprobando cuantos datos poseía sobre su verdadera personalidad. Sobre su doble personalidad: de artista—de bailarina y actriz—y de mujer.

* *

Tiene, en verdad, cuerpo y alma de bailarina. De danzarina rubia, estilizada, excitante, voluntariosa y ambiciosa, como la *Thaïs* de Anatole France, antorcha en la noche del más loco y glorioso pecado. Ella, en otros siglos, en la cultura maravillosa de otras civilizaciones, hubiera llegado a ser favorita de emperadores, dominadora de pueblos, personaje privado de la Historia, ídolo vivo—perpetuado en mármoles y bronces, rival de los efebos griegos y de las matronas romanas. Ella, Joan Crawford, la de cabellos alemanados y ensortijados, como los de las meretrisanas de Alejandría, ha nacido para bailar, para ser amada y admirada, para inquietar a los hombres y embelesar a las mujeres, para agostar las más costosas flores y empalidecer las joyas más brillantes. Para vivir, gozar y triunfar, en una palabra, envuelta en sedas y rociada de perfumes, con su palpitante cuerpo y su alma ligera de bailarina.

* *

Joán estuvo en un internado, cuando se llamaba Lucille, y su apellido—que ha olvidado ya—era vulgar, de campesina. Su vida de colegiala fué azarosa. Las compañeras envidiaban su inquietud de ave encerrada que quiere volar, volar... Fué la más pobre de todas, la menos señoritas: pero llevaba, bajo su uniforme, una ambición inmensa y sublime. Sus camisas burdas, en las horas íntimas del sueño y del despertezo, ocultaban la euritmia prodigiosa de un cuerpo formado con nervios de goma, vibrátiles, irrecluctibles. Un cuerpo de armonías ocultas y profundas—como las de una sinfonía beethoveniana—que iba a ser su fortuna luego, ceñido por los *maillots* de playa... en los escenarios giratorios de revista. Joán, que se escapaba del internado por las noches... no en busca de la luna verdadera, sino de la del escaparate de las vanidades, se esfumó definitivamente una noche de primavera. Vino el día, y el sol entró al dormitorio con bárbara impudicia, acostándose sobre el único lecho vacío...

* *

La colegiala fugitiva halló en los *cafetines* de las *girls* un calor de hogar. De ramplón hogar, en que el omnímodo *régisseur* llamaba alijase a las bailarinas adolescentes, prodigando caricias más o menos paternales. Joán vistió sus primeras camisas de seda, en venganza cumplida de las estameñas del colegio. Sus pupilas desmesuradas, bajo el abanico nervioso de las pestañas, no cesaron de espiar los movimientos de la primera bailarina, de la *vedette* dichosa, a quien traía y llevaba al teatro un Cadillac de charol y plata. Y bailó un día como ella, mejor que ella, acaso prendiendo el dinamismo de su cuerpo joven, prieto e incansable, en el fuego sacro de su alma de bailarina. Y el *régisseur*, que la odiaba sordamente por su resistencia sistemática a los escarceos spaferosos, no tuvo más remedio que arrancarla del montón anónimo y dejarla, junto a las candilejas, con sus piernas desnudas y bellísimas en un temblor de inspiración ante el *charles* diabólico...

* *

Ella bailaba sobre un círculo de triunfos, y no obstante, esperaba su hora, la definitiva, la que le anunciaba interiormente un r u m o r de presagio. Tuvo amigos, pero no amantes. Guardaba su virtud como algo que iba a cotizarse muy caro en el mercado estúpidamente canallesco del mundo. No faltó quien sopló la calumnia sobre la brasa de la envidia y del despecho. Se vió cercada por un incendio de mala fama, crepitante, voraz... Ella bailó, ingrávida, incólume, entre las llamas peligrosas que querían reducir a cenizas todo el bello edificio de su ambición. Y unos brazos se abrieron para cerrarse después de recibirla en aquella alianza del fuego, única y terrible. Los brazos de un hombre m u y joven, muy rico y... muy enamorado. (El príncipe azul de sus sueños de bailarina...)

* *

El hijo de Douglas adoró aquel cuerpo y comprendió aquel alma rebelde, orgullosa, valiente. Fué su icono de carne viva y espíritu insumiso. Le dió todo. Todo. Hasta su nombre, de una aristocracia cinematográfica que infundía respeto. Ella no dejó de ser bailarina. La bailarina por antonomasia. Pero bailó en los escenarios mágicos de la pantalla. Y de paso cristalizó en actriz, lentamente, sigilosamente. Para sorprender al mundo, que sólo había reparado en su cuerpo armonioso de bailarina, sin sospechar que lo hacía latir un alma tan libre, que no encontraba espacio para sus infinitas ambiciones, que no se conformaba con la jaula de oro—pero jaula, al fin—de un casamiento ventajoso y espectacular, insuperable escándalo de Hollywood.

* *

Y fué actriz. Mostró su belleza modernísima con palpitaciones de pasión, de alegría o de llanto, convirtiendo los estados de alma en adornos del cuerpo, y a la inversa... Y al mismo tiempo fué esposa. Se dejó arrullar en el hogar claro y cómodo, refugio de estallantes juventudes. Se dejó amar. (Que no es lo mismo que amar.) Y en su bonito espléndido y en su fastuoso tren de exhibición, ella era feliz a su modo... No entregándose del todo nunca. Reservando todavía energías de ambición para el ritmo de su cuerpo y para el indomable orgullo de su alma de bailarina... (Ambición: he aquí la verdadera personalidad de Joán Crawford, resorte infalible de su triunfo y de su fortuna.) SANTIAGO AGUILAR

El rostro lleno de personalidad, de carácter, de Joán Crawford, ofrécese en esta foto en toda su desconcertante y original belleza

© Biblioteca Nacional de España

Bastidores del teatro de imágenes

La verdadera personalidad de Joan Crawford

La artista admirable tiene una gran fe en sí misma y una extraordinaria ambición

Hemos llegado a una fibra de ambición que late, y que siempre ha latido, en Joán Crawford, la estatua de carne viva. Nos detuvimos ante esa fibra reveladora, acusadora de su exacta personalidad. Joán es, por todo y sobre todo, una mujer ambiciosa. Como tenemos la evidencia, nada nos extrañará a lo largo de la trayectoria de su vida, perenne aventura, novela insuperable; nada nos extrañará de su carácter, de su rebeldía, de su audacia... Ella ha modelado su destino con la misma precisión que la Naturaleza ha modelado su cuerpo de moderna Venus. No ha mirado jamás a las márgenes del camino, siempre de cara al porvenir, sin volver la cabeza al pasado. Ha sido agudamente sincera, quebrando en las duras aristas de su carácter los obstáculos de la marcha. Bella, fuerte, ágil, ha saltado sobre las conveniencias del prójimo como un efebo de Olimpiada. No ha pensado nunca en el fracaso, en la renuncia, en la humillación. ¡Soberbio ejemplo de toda una mujer, superior a tantos y tantos hombres en la decadencia del siglo! Joán Crawford se ha hecho a sí misma, paso a paso, con una invencible tenacidad digna de su triunfo. Se le ha llamado orgullosa, ególatra, incluso insensible y cruel. ¿Por qué? Porque no ha necesitado de nadie, porque no se ha mostrado débil ante los ojos ajenos, ojos malsanos, preñados de envidia, bizcos de vulgaridad, legañosos de impotencia. El prójimo comprende, si acaso, el odio de un rebelde, pero no el desprecio o la indiferencia de un triunfador. Joán, victoriosa y magnífica, rodeada de poder y de lujo, ha vengado los fracasos de innumerables víctimas de ese Moloch estúpido y fatal que nos rodea. Ella ha hecho pagar, con creces, con un interés exorbitante, la caída inútil de mil desgraciadas que fueron a la lucha ofreciendo el corazón, de mil engañadas que se arrastraron por el fango sin provecho y sin honra, de mil mártires cuyo anónimo sacrificio pocos conocen y nadie compadece... Por eso es grande y noble la ambición de Joán Crawford. Grande, por lo que tiene de infinita y sólida. Noble, por lo que en ella se contiene de sublime venganza...

* *

Vamos conociendo a Joán Crawford a través del ejemplo de su ruta. La hemos visto en un colegio de Kansas como la educanda más pobre. (Servía la mesa de sus compañeras con una dignidad extraña que le brillaba en los inmensos ojos y que fruncía su boca grande.) Una *Cenicienta* que esperaba vestirse, lo más pronto que pudiera, el traje deslumbrante del hada del bosque, mediante la varita mágica de su voluntad. Luego, corista del Broadway, perdida, militarizada en el fárrago de jóvenes cuerpos y rubias cabezas, siguió pensando que saldría del montón en un crítico día. Y así era salvajemente feliz, independiente en absoluto, como no perdía su tiempo, vigilante, despierta, sin gastar su sensibilidad ni entregar su belleza, reservándose para un futuro «suyo» que valiese la pena de vivirlo, considerando su presente como un pasajero tributo al esplendor del mañana. Sus compañeras de teatro, cabecitas vacías de sentido, alondras fáciles o complicadas histéricas, no comprendían «aquello» que tenía en Joán todo el aspecto de un inútil sacrificio de espléndida y cálida juventud. Ellas se complicaban con amoríos de estudiantes, periodistas o artistas pobres, o con protecciones engañosas de ricos comprometidos, en tanto que Joán se daba, entera y sin vacilación, a la ingratitud del trabajo escénico. En los ensayos era la primera que comprendía el deseo del maestro que montaba el *ballet*. En el escenario era la más atenta a la batuta del director. Ella sentía la música de la orquesta en el cordaje oculto de sus nervios, como una antena propicia. Muchas veces, puesta a la cabeza del conjunto, se creyó que bailaba despegada de él, para un público que la conocía y que había acudido a verla. En la armónica embriaguez de la danza desaparecían de su lado las mecánicas *girls*. Quedaba ella sola, ardiendo en el fuego sagrado del ritmo que hacía casta y transparente su maravillosa semidesnudez. Otras veces, al llegar a la función de noche, se quedaba un momento contemplando las letras luminosas que grababan, con un parpadeo nervioso, el nombre de la *vedette*. Poco a poco aquellas letras escandalosas que hendían la obscuridad en zigzagueo de centellas falsas, se iban tornando en otras letras que, reunidas, gritaban así: JOÁN CRAWFORD... La ilusión óptica daba a Joán arrestos para llegar al *comienzo* colectivo con un aire de auténtica *vedette* nacida en la fachada de un templo frívolo del Broadway, en la magia de la noche neoyorquina. Y cuando, al desnudarse, sus compañeras le decían: «Joán, ¿estás enamorada?...», respondíales con una íntima convicción: «Sí... Locamente enamorada, porque su amor existía y alimentaba de ilusión todas sus horas. Pero no era el único amor que ellas podían comprender, sino otro mucho más amplio: el amor de su arte...

* *

Todo este detenido estudio de lo que ya habíamos dicho, sintéticamente, de Joán Crawford, lo realizamos hoy por complacer a una gentil lectora que nos suplica, en un párrafo de su carta, que concedamos extensión al tema. «Yo opino—nos escribe—que la vida de tan famosa actriz de la pantalla no puede compendiarse en un artículo. Joán Crawford tiene admiradoras hasta en los pueblos más insignificantes de España—yo, entre ellas—, y habrán leído CINEGRAMAS con verdadera alegría; pero no están satisfechas, lo adivino. Por eso me atrevo a suplicarles que concedan a su personalidad todo el espacio necesario, en la seguridad de que han de agradecérselo muchísimas lectoras—yo, entre ellas—que no conocen los íntimos detalles de una vida que encierra tantas enseñanzas para la mujer de hoy...» Tiene razón nuestra inteligente y sincera comunicante. Habíamos trazado unas líneas de rápida impresión psicológica en el pasado número, sin pretender escribir la biografía de Joán Crawford. Pero nosotros mismos nos emprendimos viendo el trabajo ya impreso, que no podía quedar así, in cortesía, sin seguir a la célebre artista hasta el final de su camino tras la gloria y la fortuna, el estudio de su apasionante y original personalidad de triunfadora, sin desmenuzar, en íntimos e inéditos detalles, la obra admirable que supone su vida. Nos satisface haber coincidido con el pensamiento de una lectora que dice representar el de otras muchas devotas de Joán Crawford, considerada en todo el mundo como un símbolo del siglo y tomada como patrón ideal de las mujeres que aman la independencia, porque en su práctica—arriesgada y difícil—ven la piedra de toque de la verdadera virtud. Puede decirse, sin temor alguno, que ninguna actriz del cinema ha sido capaz de tantas y tan sorprendentes transformaciones como la Crawford. Su existencia, en acontecimientos, supera a la novela mejor imaginada. Como que es, sencillamente, la ruta aventurera de una mujer excepcional que se ha hecho a sí misma, sin una vacilación, sin una claudicación, sin admitir una sola ayuda insegura o sospechosa. Por fuerza ha de interesar el itinerario de un alma y un carácter así a nuestras lectoras por lo que tiene de lección y de estímulo. Y es nuestro deber—y nuestra satisfacción, a la par—no regatear un aliento y una enseñanza que tan cerca están de nuestras manos pecadoras...

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Siluetas del «film»

Conrad Veidt

mago auténtico de la caracterización

← He aquí el rostro auténtico de Conrad Veidt, el gran actor del cinema europeo, libre del maquillaje y de las caracterizaciones a través de las cuales nos es conocido

Una de las caracterizaciones de Conrad Veidt en «Ambición»

Se ha hablado demasiado de caracterizaciones en el cine, y se ha dado excesiva importancia a intérpretes bien pertrechados de audacia y de maletines de maquillaje, pero sin otro mérito personal que el de ser tuertos en país de ciegos; es decir, haber comprendido, con comercial oportunidad, que no ser «bonito» en la pantalla, sino todo lo contrario, buscar las más feas y repulsivas máscaras para la actuación ante las cámaras de rodaje, ofrecía horizontes vastos de medro y de popularidad, precisamente porque esta clase de gloria no parece tan angustiva como la de los galanes o la de los actores cómicos, y se apetece menos.

Los artistas de la caracterización no sufren competencias despiadadas, porque la mayoría de los aficionados les conceden una importancia gratuita, suponiendo que su labor está llena de dificultades y que requiere una técnica de veterana gloriosa.

Bien pocos sospechan que el éxito de los pretendidos «magos de la caracterización» se debe, casi en exclusivo, a los anónimos artistas de los *sets*, los obreros que hacen y colocan pelucas y combinan los colores del maquillaje; en una palabra: a los modestos ayudantes, que no reciben jamás ni un átomo del triunfo del «genial actor», a quien todo se sirve con cómoda exactitud, para que con su sola presencia en la pantalla, dentro de los films truculentos, produzcan un calofrío de pavor en las salas de proyección a que acuden los auditorios ingenuos.

* *

Es difícil, sí, ser actor de carácter, tanto en el cinema como en el teatro, o quizá más. Expresar situaciones complejas y críticas del «yo» con juego óptico o muscular, con «reflejos de almas», con sentimiento e inteligencia, con temperamento y autosugestión. Eso sí es arte. (El Emil Jannings de *Varieté*, por ejemplo; el Wallace Beery de *¡Viva Villa!* o de *Champ.*) Pero desfigurarse el rostro hasta el extremo de no poder dar matices de expresión a la fisonomía, limitándose a *un solo efecto*, en el que cooperan la «truca» y las luces, eso no es arte. Arte de intérprete que apresa un personaje y lo hace suyo, en cuerpo y alma. Arte de actor, en suma.

¿Cuántas veces no hemos leído que Zutano de Tal es un «mago de la caracterización», un hombre de cien o de mil caras, un fenómeno del cambio de personalidad?

Y lo peor es que, al compás de las lógicas propagandas de la industria del cine, se imponga como arte, como dechado de maestría, un oficio mecánico y artificioso, sin mérito alguno, propio de fiesta carnavalesca por su aparato, siempre grotesco.

Y, sin embargo, rara vez se ha oído entre nosotros una recordación del único artista de las caracterizaciones cinematográficas, del actor que puede ser reputado como «mago auténtico de la caracterización» porque no deja de ser *actor*, en modo alguno, bajo las pelucas, el *maquillage* y las pinturas. Al contrario, en él todo bagaje artificioso, toda máscara, es un aliado fiel y sumiso de su arte, personalísimo siempre, a través de las figuras que haya de encarnar. Ese hombre se llama Conrad Veidt, y es el actor europeo de más distintas y valiosas facetas. Sus múltiples cualidades le permiten abarcar las más opuestas psicologías y los más complicados personajes, imprimiendo a su trabajo perfecto un sello de propia e indiscutible creación.

* *

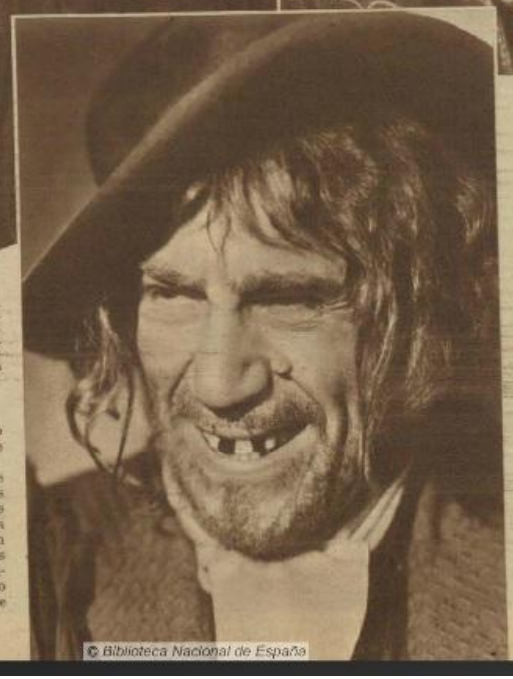
¡Conrad Veidt! Un nombre prestigioso y admirado; pero no tan popular que acuda a los labios de la masa sin una previa búsqueda de recuerdos, sin un esfuerzo mental. A Conrad Veidt no se le ha llamado todavía —por suerte— «el hombre de las mil y pico de efigies». Podría llamársele «el actor de las sensaciones infinitas». Pero esa denominación ya no llegaría al vulgo, que quiere que su saber le entre por los oídos y no por los sentidos.

Nuestro deber, hoy, es hacer justicia al artista magnífico que sabe caracterizarse tanto y tan bien como el primero; al actor prodigioso, que no hace de la caracterización una ley, una dictadura, sino un recurso accidental. Conrad Veidt se maquilla, pero no es una máscara.

Late bajo sus caretas su espíritu vigoroso de compositor de tipos humanos.

No se le escriben papeles *ad hoc* para su facilidad en desfigurarse, en hacer desaparecer su pro-

Ofrecemos a nuestros lectores en esta página tres admirables facetas del arte maravilloso de que hace gala Conrad Veidt en «Ambición»



© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

El certero lápiz de Herreros, el gran dibujante, ha captado, con fidelidad admirable, los rasgos fisonómicos de Conrad Veidt

pia fisonomía; él se caracteriza porque el papel, no de acuerdo con sus medios físicos, lo exige.

Que no es lo mismo *lucirse* que *sacrificarse*, tanto en el arte como en la vida.

El caso de Conrad Veidt es único en el cinema, porque sus caracterizaciones no son *el fin*, sino *el medio* para conseguir sus sólidos triunfos, que se cuentan por actuaciones, sin un descanso en su carrera laboriosa y eficaz.

Su caja de maquillaje no es el «sésamo, ábrete» que le proporciona las victorias más legales del cine; es, si acaso, el vehículo conductor, el material que las esboza, pero no el *todo*—la inspiración, el espíritu y la inteligencia—que las construye.

Conrad Veidt, además, no es el actor obstinado en un solo tipo. (Porque hay artistas que a lo largo de su labor no hacen sino repetir una creación afortunada.) Conrad Veidt es también el intérprete lleno de una magnífica diversidad, de una riqueza de recursos y de matices que le permiten abordar con el mismo acierto personajes de una psicología muy distinta, de un aspecto y de un espíritu profundamente diferenciados.

* *

El hombre que vio fué una revelación. *Rasputín*, un asombro.

Conrad Veidt, hasta en papeles de segundo orden, que no rechaza porque no conoce la soberbia y porque su mayor orgullo es el de su disciplina, produce siempre una emoción inolvidable, que se graba con caracteres decisivos.

Es el actor de poderosos medios de expresión que, al natural, sin maquillaje alguno, puede conseguir una realización perfecta de tipo simpático o avieso, de hombre bueno o de asesino.

Sus facciones tienen una flexibilidad que lo permite, sin más esfuerzo que el de su atención; su espíritu posee una agilidad que le sitúa a cada momento de su trabajo, a cada distinta escena, en el lugar exacto que por la psicología del tipo le corresponde.

En *Ambición*, su último trabajo para la pantalla, Conrad Veidt abarca las más encontradas y peligrosas situaciones de actor; a lo largo de la acción, pródiga en emotividad pura, sin «trucos» ni «latiguillos» alguno, aparece caracterizado de varias maneras, desde *el galán* al *monstruo*. En todas es sincero, grande, eficiente, magistral. Nadie ha hecho, hasta hoy, nada parecido.

Los públicos se rendirán ante la varita encantada de este auténtico mago de la caracterización.

SANTIAGO AGUILAR

En «Ambición», el arte de Conrad Veidt logra su máxima culminación. He aquí otra foto del último film del genial artista ↓

© Biblioteca Nacional de España

Bastidores del teatro de imágenes

Joan Crawford

que aun no ha encontrado al hombre con quien soñó en su infancia

VAMOS a salir al paso de los que creen que Joán Crawford es un ser materialista, excesivamente apegada a las cosas terrenas y a las vanidades del mundo. Su carácter ambicioso le ha dado demasiado aspecto—falso, superficial—de mujer poco o nada sensible. Pero, en el fondo—vamos a demostrarlo—existe un sedimento grande de espiritualismo. El propio de una artista refinada y estudiosa que busca en sus concepciones lo que no ha encontrado en su propia vida. ¡Ah, pero... es tan difícil descubrir sus sentimientos ocultos, avaramente hurtados a la mirada de las gentes! Su temperamento fuerte y batallador evita por todos los medios aquellos indicios que pudieran revelar al vulgo lo que ella piensa y siente en sus minutos de soledad, en que ya no pertenece a nadie, ni aun a sí misma... Muchos periodistas se han quejado de la aparente brusquedad de la Crawford, cuando han pretendido convertir sus estilográficas en bisturís indiscretos. No la conocen bien. A ella hay que irle con una enorme sinceridad a cuestas. Decirle: «Joán: vengo a usted a resolver, si es posible, una duda íntima. Sospecho que no es usted lo que parece; no tengo ningún derecho a confesarla; pero si padezco una inmensa curiosidad por saber algún detalle de su vida privada que confirme o niegue mis suposiciones...»

Joán posee un secreto espiritual. Vamos a exponerlo inmediatamente: el de no haber encontrado el hombre que ella ha soñado—y esperado—desde su infancia. En los días lejanos de su aprendizaje de corista en un *cabaret* de Detroit tuvo el novio que admite toda muchacha de diez y seis años. Un imberbe que exhibía la blanca y fuerte dentadura masticadora de goma y que silbaba la última cancioncilla ligera de moda en la ciudad. Era una promesa de hombre vulgar que llegaría a probo empleado y a padre de cinco hijos. Para él, la aventura de llamar novia a una linda corista de *cabaret*—un poco delgada, de rodillas huesudas—era el colmo de su historial amoroso de Don Juan provinciano... Sin sospechar que Joán le soportaba como un conejillo de Indias, dócilmente entregado a sus experimentos. No pudo besarla. La tomó sus manos en caricia mojil, alguna vez, mientras ella miraba a lo lejos, sin pestañear, con sus pupilas ansiosas de horizonte... Y el muchacho acabó por sentir la desgarradura honda del cariño, un día triste e inolvidable en que Joán le dijo que se marchaba de Detroit para acercarse, poco a poco, a Broadway, su meta de ambiciones...

Aquella había sido una experiencia. Y se preguntaba Joán, en el tren, comiendo un *sandwich*: «¿Y ese tonto ha sido mi novio..., *mi novio* sin haber dejado en mí la menor huella? Y el amor ¿es esto?...» Para ella, el amor tenía que ser una cosa grande, infinita, que llenara los ojos de lágrimas dichosas, que embriagara el corazón hasta el delirio, que iluminara de color de rosa todo lo visible, envolviendo el feo entramado de las cosas terrenas... Así lo había leído y así lo presentía. Seguía preguntándose: «¿Y *eso* es un hombre?... (No, los hombres no podían ser así de débiles, de insignificantes, porque ella, que era una niña, se sentía *más fuerte* que él.) ¿Serán todos así?...» Y se prometía atraer la atención de un hombre hecho y derecho, de los que la miraban fijamente, con una sonrisa juguetona, a ver si junto a su experiencia se sentía, al fin, mujer, por la fuerza irresistible de aquello que todas sus compañeras denominaban amor...

* *

La música ha sido siempre la afición dominante de Joán Crawford. Todavía recuerda—mejor que al primer novio—la antigua melodía titulada *El vuelo de las brujas*, que aprendió a los ocho años... Nada como la música—el baile y el canto—enerva y hace soñar a esta mujer desconcertante, que ha sido tildada de materialista incluso por las personas de su trato íntimo... Y un músico fué—un director de orquesta—su segunda experiencia en el campo del amor. Un hombre dominante, acostumbrado a mandar y ser obedecido, frisando en la cuarentena, bien llevada en sus sienes grises y sus ojos escrutadores. Tenía una mirada dura, de reflejos acerados, que hizo a Joán fijarse en él y desear su íntima amistad. Aquello parecía, debía ser, *un hombre*... Un hombre que advirtió el interés de la pequeña y que la invitó a merendar, después del ensayo. La primera entrevista dió esperanzas a la curiosa ingenua. El director hablaba con desenvoltura, con suficiencia, con acento. Había corrido mucho. Dijérase que en sus labios sensuales había cicatrices de tanto beso de mujer rendida... Era, tal vez, un cansado de los fáciles favores. La miraba casi con compasión, de abajo arriba, con una sonrisa de canalla arrepentido que no quiere coger la nueva y fresca presa. Al salir del restaurante, Joán se sintió asida del antebrazo, y así fueron por las calles céntricas, hasta el *cabaret*... Fueron novios, escandalosamente censurados. Y cuando la pequeña Crawford creía haber hallado el hombre superior capaz de envolverla en su hombría, una noche estival, que hacía de mujeres ni del amor! Eres un hipócrita, un fatuo peligroso que no ha conseguido amo mujeres exceso o sin inteligencia. ¡En este plan, antes que a ti, prefiriría a un tramoyista, porque tú no eres digno de vivir del arte!...» Así terminó la segunda experiencia. Joán se había comportado como un Detroit, superando al *hombre*. Seguía sin hallar el amor que se creía con derecho a disfrutar. Y acudió a refugiarse en la música, el gran lenitivo de las almas indomables. Vamos a seguirla en su ruta, paso a paso, y veremos cómo, a través de sucesivas experiencias, Joán Crawford no ha podido encontrar al hombre con quien ella soñó desde su infancia...

SANTIAGO AGUILAR

2. La maravillosa escultura de Joán Crawford se ofrece, con los brazos abiertos, ante la realidad de su victoria en el arte y en la vida... Fe la misma que en un colegio de Kansas servía la mesa de sus compañeros como una Cenicienta que esperaba con fe su transformación en hada...

3. Joán Crawford gusta de cierta excentricidad, no exenta de elegancia, en su atavío. En esta fotografía luce un original traje expresamente diseñado para ella por un figurinista de Hollywood

1. El rostro de Joán Crawford, de una belleza excepcional, puede resistir, sin quebranto de su hermosura, la dura prueba de los primeros planos. Vedla aquí, de frente y de perfil, bajo la pupila escrutadora e implacable del objetivo cerrano...

4. Edward Arnold, Clarence Brown y Francisco Tunc conversan con Joán Crawford, de sobremesa, acerca de los diversos detalles de un próximo film de la celebrada es-

© Biblioteca Nacional de España

Primavera de estrellas

Las cuatro flores mas bellas del jardin cinematográfico

La magnolia (Greta Garbo)

Ha llegado el hada Primavera con su cortejo florido. Huelen intensamente las acacias. Las azoteas se iluminan de colores fragantes. Las muchachas ilusionadas riegan sus macetas al sol, palpitando de juventud dentro de las batas ligeras. Nosotros vamos, en la mañana perfumada de voluptuosidad, al jardín de las estrellas cinematográficas, a elegir las flores que más halaguen nuestra vista o nuestro olfato. Será una interviú grata, propia del tiempo. Seguidnos, lectores, porque deseamos vuestra preciosa ayuda en esta búsqueda, que debiera ser contada—cantada, mejor—por el papá Rubén, redivivo...

* *

Llama nuestra atención y nos atrae, al instante, una magnolia blanca y abierta, de olor penetrante y exótico. Su corola adquiere la forma de una cabeza muy conocida de mujer. Cabellos revueltos, boca grande, afilada en las comisuras; nariz de aletas vibrátiles, ojos cargados de misterio, abatidos por el peso de las espesas pestañas; frente inteligente y pensativa: Greta Garbo. La excelsa, la delicada y genial intérprete de tantos tipos femeninos inolvidables. Convertida en una de las flores más aristocráticas y sensibles, como cumple a su espíritu de quintaesencia. Una magnolia que quisiéramos guardar cuidadosamente en el búcaro de nuestra más íntima ilusión. Es la magnolia del sentimiento. Le preguntamos devotamente si se halla a gusto en el ángulo del jardín de las estrellas. Ella nos responde que había soñado muchas veces, como en los cuentos de magia, convertirse en una gran magnolia cuya blancura y cuyo perfume atrajeran a las almas capaces de ir a descubrirla en su retiro florido y de adorarla y comprenderla en silencio, así, en toda su pura sencillez, vestida como una novia ilusionada y feliz... (Ya sabéis cuál es la flor preferida de Greta Garbo en sus sueños de mujer.)

La gardenia (Joán Crawford)

Una gardenia en el ojal y sentimos descendientes del caballero Casanova, que llevaba en sus venas—no se olvide—muchas gotas de sangre aragonesa... Esto pensamos al contemplar a Joán Crawford, que nos sonríe, abriendo la boca grande y abriendo las grandes pupilas. Convertida en bellísima gardenia, nos evoca las noches de club, en que los trajes ponen su nota de uniforme severo rompiendo la policromía de los largos y vaporosos vestidos femeniles; evoca el rumor de amorios furtivos, junto a la balaustrada, de cara a la luna indiscreta, y el hervir del champagne; evoca el jardincillo que guarda el eco sutil de un primer beso que no es ingenuo porque lo alimenta una pasión refinada, rebelde a la tiranía del Destino, y que guarda también las ágiles escalas musicales de una risa coqueta; evoca el mundo elegante que sabe disfrazar sus sentimientos, sometiéndose a una disciplina diplomática... Gardenia-Crawford nos refiere sus inquietudes, su gran afán de vida, su deseo de gustar, su hambre insaciada de triunfos. Es una flor de exhibición que busca, cara a cara, a la gente, para leer su odio, su afecto o su envidia; para saber inmediatamente si aun posee juventud, si aun se la considera como un objeto de alto precio... Metida en su flor predilecta, Joán Crawford sonríe y ríe, como la propia primavera recién llegada. (Para ella, gardenia del mundo, es la vida, y el aire, y la luz...)

La orquídea (Norma Shearer)

El jardín primoroso tiene una estufa que no podía faltar. Y dentro nos llama una orquídea delicada y maravillosa, ofrecida como una joya de fabuloso valor, guardada y vigilada con todas las atenciones que merece su preciosa existencia. Acudimos a verla lo más cerca posible, conteniendo nuestro aliento por no hollar su belleza feble, romántica, sobrehumana... Es Norma Shearer. Flor exquisita, orquídea de la emoción, sublime antena de la sensibilidad. En la desnuda barbarie del siglo esta orquídea supone el hallazgo de algo que parecía muerto para siempre: un espíritu puro, incontaminado, inmaculado... La orquídea recibe el beso matinal a través de los vidrios de la estufa, agradeciendo sus amorosas calorías. Se ha aislado de la materia, del perjudicial contacto del aire libre; pero es muy dichosa — mucho — siendo prisionera en el jardín de ensueño. Toda ella vive en una ilusionada fantasía, en un ambiente ficticio—pero maravilloso—que no rozan su alma de seda. Norma Shearer, flor de estufa, agradece nuestra visita primaveral, nuestros mudos elogios. Nos sabe artistas, capaces de vibrar, como un salterio, al impulso de las nobles emociones: la música, la poesía, el buen cinema, el buen amor... Nos sabe devotos de su belleza exquisita y de su corazón sensible. De su arte, perfumado de divinidad... (Norma Shearer tiene por algo un sitio aparte en este encantado jardín de las estrellas...)

La rosa (Joán Harlow)

Al salir de la estufa, nuestra vista sorprende la fragancia llamativa y juvenil de una rosa doble—roja y blanca—cuyo perfume, de lejos, embriaga ya nuestros sentidos. Pasamos sin querer jacintos y dalias, para llegar a ella lo antes posible y recrearnos en su fresca exuberancia irresistible. (Tierna y al par rotunda flor que guarda la belleza sen flors de Joán Harlowl... Es una doble rosa — rosa fuerte, arriba; rosa pálida, abajo — que indica la viveza de una cabeza alegre en un cuerpo púber. Joán Harlow, rosa del jardín ilusionado, parece burlarse de nuestro asombro. Al saludarla, nos interrumpe, invitándonos a acortar la distancia. Se sabe segura en su derroche anestesiante de juventud. Se siente vencedora porque adivina en nuestros ojos la incertidumbre, el súbito respeto a su belleza, verdadera y audaz. Pero nos reponemos de la impresión, al fin, oyendo su charla cascabelera como una orquesta—bien afinada—de simpatía cumbre. Y tomando en las manos su cabeza florida, acercamos nuestros labios a los suyos, de pétalos rosados, poniendo un beso de estallante admiración, mientras el prieto y oloroso capullo de su cuerpo se estremece, momentáneamente vencido... (¡No podían faltar abejorros en torno de la doble rosa de Joán Harlow!...)

* *

Salimos del jardín mitad alegres, mitad tristes. El anuncio deslumbrante y enervador del hada Primavera nos hace recordar las otras primaveras pasadas, que creíamos insuperables de emoción, de belleza y de felicidad. Esta otra primavera que llega tan aprisa, llena de color y de perfume, nos hace dudar en la elección de nuestra flor preferida, la que venimos a buscar al jardín de las estrellas. No sabemos por cuál hemos de volver, definitivamente, para adornar nuestra íntima devoción: si por la magnolia, la gardenia, la orquídea o la rosa... (Lectores, ayudadnos en esta tortura insuperable de elegir del jardín cinematográfico la más bella flor...)

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Bastidores del teatro de imágenes

Joan Crawford

encuentra buscando el amor, la fortuna y el triunfo.

— Joán, prodigio de personal elegancia, ha lanzado las más sencillas y también las más llamativas modas del vestido femenino... Una de sus «toilettes» famosas en Hollywood y en el mundo entero...

Un gesto expresivo, de hondas inquietudes dramáticas, de la que hoy es eximia actriz del cinema, Joán Crawford, en una de sus últimas creaciones

No sospechábamos que nuestra incursión en la vida artística y privada de Joán Crawford iba a producir tal revuelo entre nuestras gentiles y amables lectoras.

Recibimos cartas que nos animan a proseguir en el tono de franca apreciación con que exponemos y comentamos los hechos de una existencia que no ha sido juzgada ni comprendida del todo. Joán Crawford es un ídolo femenino en España. Sus admiradoras tenían oculta una infinita curiosidad, que se ha desatado ante nuestro intento de escribir una biografía sintética, sin prejuicios, sin que la fantasía colabore para nada, llegando al fondo de los acontecimientos con la serenidad del buceador que lleva bien ajustada la escafandra del propio juicio en el profundo examen. Vamos a creer, ante las cartas que nos llegan, que la Crawford es un personaje inédito, casi misterioso, que desconcierta y atrae a nuestras aficionadas al cine. Nunca ha resultado tan grato a nuestro deber de informadores, sabiendo que nuestras páginas son esperadas con ansiedad y leídas con tanta devoción por un público adorable, digno de todos los esfuerzos. No ya por galantería, sino porque adivinamos que ellas son inteligentes, como muchachas modernas, prolongamos gus-

tosos un reportaje al que no pensamos dedicar excepcional espacio en estas páginas, que no tienen otro objeto que el de deleitar o ilustrar a sus lectores...

* *

Dejamos desilusionada a Joán Crawford con su segundo experimento de los hombres, sintiéndose superior al patrón-hombre sometido a su análisis. Pero dentro de aquella joven desilusión latía la esperanza de encontrar lo buscado. ¡Había tanto tiempo por delante!... Y eran tan ágiles sus alas para extender el vuelo hacia su ideal de mujer... Una línea recta hacia el Broadway, camino del amor. La propia Joán ha dicho en una reciente ocasión: «Yo sabía que había de triunfar, pronto o tarde, porque estaba dispuesta a aprender todo lo necesario para que mi afición y mi temperamento pudieran, con la técnica del arte, imprescindible, manifestarse sobre la escena. *Podía* triunfar; luego *debía* ayudarme a mí misma. Mi aspiración constante era la de bailar, tanto con la cabeza como con los pies... Y aquí estoy, mucho más lejos de mi meta de bailarina, convertida en actriz. Pero no estoy satisfecha todavía. Creo que no lo estaré hasta que haya desterrado por completo mi fama de mujer frívola, sólo capaz de vestir con atrevimiento y bailar con desenvoltura. El día que los públicos me nombren con respeto artístico, *sin acordarse de que soy bailarina*, ese día Joán Crawford será Joán Crawford...» Admirables palabras que hemos recogido no sin emoción. Porque pensamos que esta mujer, que personifica maravillosamente a las mujeres de su tiempo, se hubiera extraviado en el camino de su noble ambición artística si hubiera encontrado su ideal amoroso, su ilusión de amor, a que su belleza y su juventud tenían un perfectísimo derecho.

* *

¿Vais conociendo a Joán? Pues entonces podréis suponer que si hubiera encontrado, en aquellos días de lucha por el porvenir, de su «marcha sobre Broadway», al hombre soñado, su destino hubiera tenido que ser muy otro. Ella, enamorada de veras, vendados sus ojos, ¿habría encontrado la meta del triunfo, que exige casi siempre, como primer sacrificio, el del propio corazón? No. A no ser que el hombre amado fuera capaz de ayudarla en el impulso heroico, sometiéndose hasta casi desaparecer. Y eso no puede realizarse sin menoscabo de la hombría. Un verdadero hombre—meditad sobre esta magnífica palabra, lectoras—se siente siempre capaz de bastarse para su mujer elegida. Y allí hubiera acabado una carrera que se prometía triunfal. Porque el amor satisfecho, casi nunca conduce a las glorias mundanas ni a la fortuna material. El amor—el que buscaba la corista de Detroit y la *girl* del Broadway—es casi siempre una cosa triste y pobre, que amputa las ilusiones que vayan más allá de la intimidad y del egoísmo de la mutua posesión. Si hay gloria, es una gloria imaginada, encerrada entre las cuatro paredes de un dormitorio: una gloria precaria, una gloria raquítica de *dos* para *dos;* no la gloria de *uno para mil*, que es la gloria del mundo, deslumbrante y estrepitosa.

* *

Joán, por suerte, no encontró al hombre y no encontró el amor. Se creyó enamorada alguna vez, para prontamente volver a sentirse desorientada. Tuvo amores con un bailarín guapo, elegante, cuyo exterior atrajo su interés femenino. Era un hombre joven, limpio y discreto, que no contaba jamás sus aventuras. Sus ojos verdes tenían una dulzura extraña. Sabía sonreír, pero no reír. Hablaba poco, a media voz, en un registro pastoso y grave, de varonil encanto. Bailaba con gran sencillez, con un ritmo exacto y natural. No tenía necesidad de fijarse en las mujeres, porque ellas iban voluntariamente a él, sin rodeos. No era necesario que se molestase en amar, porque ellas no le pedían sino que se dejase que le amaran. Recibía a unas y otras sin sorpresa, como la cosa más lógica del mundo. Y recibió a Joán. Pero no pudo concederle mucho tiempo de su trato. La «ingenua» se había equivocado al pretender ser «la única» entre todas. La conceptuó como una chiquilla sin experiencia, que tenía ganas de jugar al escondite. Además, era delgada y pálida: todo lo contrario de su gusto, desarrollado en suculentos banquetes amorosos... Joán lloró por la mañana. Por la tarde, las lágrimas habían borrado su pasión curiosa por el bello autómata del baile y del amor. Tampoco era un hombre aquel Adonis pasivo, todo superficie, acostumbrado a dejarse querer por las mujeres. El nuevo desengaño fué anuncio de una alegría: ¡el Broadway, con sus luces zigzagueantes, con sus noches ruidosas y sus frívolos desfiles! Había perdido un ideal humano y encontraba su ideal —mucho más estable—de artista. Joán, camino del amor, había llegado al Broadway, que iba a ser muy pronto la realidad de su triunfo y de su fortuna.

* *

Bailó Joán con toda su alma. Fué advertida y destacada del montón de bellezas anónimas, porque era más que una bella mujer: una grácil bailarina, cuyas piernas desnudas desarrollaban el propio dinamismo del Broadway febril. Durante aquella transformación no tuvo tiempo para amar a nadie, porque sólo estaba pendiente de sí misma. Los primeros admiradores que llegaron a *su camerino* con flores y regalos le parecieron todos iguales, deliciosos lacayos de su encumbramiento, uniformados de lisonja. Les oyó como una música monótona, aunque grata, que viene de lejos. Les sonrió y no les vió, porque la emoción del éxito palpable los hacía borrosos y distantes. Después pudo recapacitar, acostumbrarse al aplauso y a la adulación. Y se fijó en el señor empresario. El señor empresario la llamaba «mi descubrimiento», «mi divina Joán», «mi niña bonita»... Y se sintió besada en las mejillas por un hombre que podía ser su padre. La nueva vedette del Broadway no se indignó entonces. Recordó al bailarín guapo que se dejaba querer. Y ella fué, desde aquel momento, la bailarina que se dejaba besar. Algo había que conceder al señorón robusto y bien perfumado que había lanzado su cuerpo de moderna danzarina a la áurea vorágine del Broadway escandaloso y temible, trampolín mágico de la popularidad. Aquel señor, realmente, tenía un íntimo y legítimo derecho de amarla y besarla... como un padre.

SANTIAGO AGUILAR

Exacta y sugestiva evocación de los primeros tiempos de Joán Crawford como corista del teatro frívolo... Ved su gesto rebelde ante el director, que intenta, tal vez, conseguir algo que ella jamás ha concedido por la fuerza...

Bastidores del teatro de imágenes

Una venganza de Joan Crawford

que se convierte en velo nupcial

Tenía la modernísima Joán que soñadirse al *carrousel* vertiginoso del cinema, sin remedio. A poco de su triunfo como danzarina le presentaron un contrato que la entronizaba en Hollywood, la ciudad de las mentiras mil y una... Aventura incierta de su vida libre, a prueba de ambiciones. Había que tentar a ese Moloch del celuloide, que pone cara de sátiro vencido a las jovencitas sabrosas, de breve cintura y senos de copa invertida, con la boca fresca y el cerebro a pájaros. Nuestra despierta Joán llegó con su cuerpo andrógino de bailarina, sus labios malignos y sus ojos misteriosos de mar en calma. Había que sorprender primero y escandalizar después para no dejar tiempo a la indiferencia de aquella familia arbitraria y peligrosa, cuya sonrisa fingida daba miedo. Había que vencer aquel ejército de invisibles orgullos que pondría cerco a su juventud fresca y ágil, nadando con denuedo en las aguas turbias de sus pasiones. Había que llamar de tú, de buenas a primeras, a la ciudad invercconda, envuelta en sedas y perfumes como una cortesana. Había que devolverles su vicio gota a gota, como un veneno, o grano a grano, como un clepsidra... Joán prendió fuego a la pólvora de su personalidad y se trazó los figurines de sus propios vestidos, para no parecerse a ninguna de las bellas *standard* que acudían a las fiestas artificiosas, y exhibió, en actitudes de danza clásica, las líneas audaces de su cuerpo sobre la playa de Santa Mónica, desfile de afroditas que comían muy poco y soñaban demasiado. Pronto se hizo señalar con el dedo y mirar con avaricia. Se la llamó extravagante, descocada, pretenciosa. Corrió su nombre como un reguero de escándalo. Una de las mujeres más ricas e influyentes de Hollywood, creadora de la «aristocracia» del séptimo arte, profetizó así: «Esta chica se pasa de lista, pero no deja de ser una provinciana en el fondo. Quiere empezar por donde terminan muchas, y volverá a los teatros frívolos a enseñar sus muslos escuálidos. Para ser artista de cine le falta lo principal: el talento, y para ser mujer, le sobra desvergüenza...»

• •

Desde que aquellas terribles palabras llegaron a sus oídos, Joán no pensó en otra cosa que en acercarse, fuese como fuese, al muro que la convencional «aristocracia» del cine había interpuesto en su senda. Ella, tildada de mal educada y de impúdica, se juró pertenecer al seno que la había repudiado como una mercancía indeseable. Y se sirvió de su belleza excitante y extraña, y de su propia adversa reputación. Hizo armas de lo mismo que se esgrimía en su contra, exagerando la apariencia de perversidad que tanto había alarmado a los «aristócratas» de aquel pequeño mundo de falsos semidioses. Dió la sensación de admitir, cada día, un nuevo amante. Las mujeres la odiaban, pero inquietaba a los hombres, que empalidecían viendo de cerca la curva de su espalda o las firmes mazorcas de su pecho. Su trabajo en las primeras películas fué tachado de incorrecto e intranscendental. «¡Carne de escenario y de *cabaret*, después de todo!», decían. Pero... comenzaron a llegar cartas al Estudio, redactadas por admiradores, abrasados en un fuego de voluptuosidad devoradora. Y las taquillas—sagrario de religión comercial—se llenaron de plata, allí donde su imagen se exhibía inquieta y excitante, como una golosina nueva. Joán Crawford aumentaba el dividendo de su editora. Estaba salvada, asegurada, mientras tuviera su público» fuera del círculo vicioso de Hollywood.

Fué proclamada, por los esclavos del deseo, «Venus de Hollywood». (Es decir: la Venus del siglo, del nuestro, tan distinta de la novia de Adonis.) Y la gran verdad de aquella su mentira fué conservarse íntegra en aquella desatada marejada de pasiones feroces que se enroscaban a sus piernas de bacante. Fué permanecer incólume entre las llamas de lujuria que lamían sus flancos. Fué la de sentirse salvajemente pura en su lecho, como una venganza de diosa que arrojar al rostro de las verdaderas impuras...

• •

Hollywood trepidaba bajo los pies de aquella bailarina sublime, disfrazada de hetaira, que partía en pedazos todos los convencionalismos. Se avecinaba el escándalo decisivo y sensacional que iba a asegurar su triunfo. Lentamente, un muchacho, codiciado por todas las solteras de aquella sociedad alimentada de materialismo, se enamoró de la rebelde Joán Crawford, se sintió perdido en los rizos perfumados de su cabellera aleonada, en la luz de bengala de sus pupilas marinas, en la euritmia incansable de sus músculos. Era, por cierto, el heredero, el hijo mimado del matrimonio que ostentaba la supremacía aristocrática—fama y dólares—de la ciudad de las mil y una mentiras... Era un muchacho impresionable, que apeteció locamente aquello que le estaba vedado, lo que horrorizaba a sus padres y amigos, lo que no se le había ofrecido en la cómoda bandeja de la influencia de su nombre y apellidos célebres. Amó y deseó a la

intrusa que pasaba por su lado sin siquiera mirarle, con su cohorte de idólatras, que dejaba una estela de voraz fanatismo. Lloró al sentirse—¡él, predilecto de la coqueta Fortuna!—insignificante al lado de aquella mujer, que se reputaba como de fácil posesión si se despertaba su capricho, de aquella bailarina de origen obscuro, de quien se habían dicho los mayores horrores, poniéndola como modelo de frivolidad... El, hijo de Douglas Fairbanks y de Mary Pickford, los dignificadores de Hollywood, era nadie» ante una aventurera que sus padres nombraban con desprecio, apoyado en su pública fama. Y lo que era peor aún: él no la encontraba, para sí, para sus adentros, como la pintaban aquellos timoratos o aquellas envidiosas; muy distinta la sentía en su corazón, en las agitadas soledades de su alma, en la ilusión creciente de sus años mozos. Cuanto más la observaba, más creía que no era lo que decía la gente, como un secreto presentimiento que solidificaba su pasión. La llamaban vulgar, interesada y poco escrupulosa, y él veía en ella un ser superior, indiferente a los intereses ajenos y de un refinamiento inaudito. Toda su voluntad de enamorado incurable—el amor no es sino una enfermedad—se tendió hacia Joán como a su tabla de salvación. Le era imposible vivir en aquella proximidad que la hacía, empero, tan lejana. Y consiguió ser su pareja de baile, en una fiesta íntima y nocturna. La tuvo en sus brazos y se sintió tan tremendamente feliz, que deslizó en sus oídos las dos palabras más necias—y más maravillosas—del mundo: «Te quiero...»

* *

Joán no aceptó el cariño impetuoso del adolescente. Le daba lástima haber herido, tan hondo, en el retoño de sus potentes adversarios. Por un momento se olvidó de su esperada venganza, que el Destino le procuraba con excesiva facilidad. ¿Para qué truncar un hogar feliz, si no amaba, en absoluto, al hijo de Douglas y de Mary? ¡Bah! Ella triunfaba en la pantalla y en la vida, sin necesidad de hacer daño a nadie, excepto a sí misma.... (Meditadlo, lectoras.) Pero Fairbanks hijo, con las más vivas demostraciones, llegó a inquietarla. Su preocupación fué seria al oírle decir, con lágrimas varoniles en los ojos iluminados de verdad: «Debes creerme y quererme, Joán, porque nadie te quiere ni cree en ti como yo. No puedes ser tan cruel que te niegues a casarte conmigo. Ya sé que eres buena y que no te merezco; pero te pido que seas mi esposa porque no puedo vivir sin ti...» Ella, conturbada, a pesar suyo, intentó disuadirle. Pero iba notando el despertar de una simpatía viva de agradecimiento hacia el homenaje de amor de aquel muchacho, tan rebelde, aunque de distinto modo, como ella era. Y sus relaciones entraron en la fase decisiva, precipitada por el escándalo mayúsculo creado en su torno. Los padres y familiares de Douglas recurrieron a todos los medios para evitar «la gran desgracia» cernida sobre el «hogar modelo» de Hollywood. Pero todo fué inútil. Joán Crawford extendió su blanco velo nupcial sobre el ágil y elegante cuerpo de bailarina que había vibrado de fantásticas ambiciones en los escenarios del Broadway...

SANTIAGO AGUILAR

Joán Crawford, con su cuerpo andrógino de bailarina, sus labios malignos y sus ojos misteriosos de mar en calma...

Joán Crawford hizo armas de lo mismo que se esgrimía en su contra, exagerando la apariencia de perversidad que tanto había alarmado a los aristócratas de aquel pequeño mundo de falsos semidioses

© Biblioteca Nacional de España

Bastidores del teatro de imágenes

Itinerario conyugal de Joan Crawford con cinco segundos de parada en su divorcio...

de colegiala cenicienta; pero le faltaba aún mucho que recorrer de su camino de artista. No era la mejor actriz de Hollywood. Tenía su público y contaba con una legión de admiradores de su elegante belleza; mas no podía conseguir papeles de protagonista dramática, a lo Greta Garbo... ¡Greta! He aquí el nombre mágico que espoleaba su deseo de ser una intérprete romántica y perfecta, capaz de conmover a las muchedumbres del cine en primeros planos de larga duración, viviendo historias amorosas como *Ana Karenina* o *El demonio y la carne*... Tales pensamientos acompañaron a nuestra heroína en los días y meses de la luna de miel. Y nuestras lectoras preguntarán, sin poder contenerse: ¿Se portó como una buena esposa? ¿Hizo feliz a su marido?» Sí. Supo ser cariñosa, solícita, amable

He aquí tres expresivas fases de la vida de Joán Crawford. En los días felices de su idilio con el hijo de Douglas. Sonrisa escéptica de mujer que no cree en el amor... Lágrimas Gigidas y falso gesto de amargura en el «crane»...

Una nueva vida comenzó para Joán. Se sintió—¡al fin!—en la meta, de cara a todas las hipocresías y bajezas humanas, con un gesto de desdén en la boca, convertida de arriba abajo en una gran dama, asegurado el porvenir... ¿Y su arte, por el que tanto había luchado y resistido? Su arte lo guardaría muy hondo, como algo que sólo a ella pertenecía e importaba. No habían terminado allí, en el espectacular casamiento, sus ambiciones. Se hallaba, cierto, en la meta de cuanto soñó para su carrera de mujer—un marido joven, no feo, amante, muy rico, de célebres apellidos—desde los días

y, sobre todo, femenina. Sus *tenues* diurnas y sus *deshabillés* en las noches de progresiva intimidad fueron renovadas continua y cuidadosamente, porque Joán sabía muy bien que el hombre es un animal egoísta e impresionable en el amor, que ha de entrarle por los ojos para no desear otras mujeres. Ella era, cada velada, una mujer nueva, de distinto peinado y de vestido que para nada recordaba al anterior... Anonadaba, confundía al joven esposo enamorado, que no se cansaba de verla y de besarla, hallando en-

© Biblioteca Nacional de España

cantos desconocidos en aquel cuerpo de líneas nerviosas, y refinamientos increíbles en aquel espíritu que se había templado en los peores ambientes de la vida. Durante algún tiempo, el matrimonio «que traía de cabeza a Hollywood» se refugió en su nido, desarrollando un plan de alejamiento sensacional que desesperaba a los impacientes y curiosos. Las puertas de su casa tuvieron un hermetismo inviolable, incluso para las amistades preferidas. La pareja de tórtolos fué cruel con el prójimo avariento de malsanas sensaciones. Hizo varias escapadas a las islas del Pacífico, con tan buena organización de disimulo, que nadie pudo advertirlo ni aun sospecharlo. En fin, cuando Joán creyó que era ya oportuna la vuelta a su ambiente social, aparecieron en los sitios de reunión, muy cogidos del brazo, repartiendo saludos y sonrisas. La gentil casada, más juvenil y esbelta que nunca, se inclinaba graciosamente cada vez que oía exclamar: «¡Mistress Fairbanks!» Después seguía adelante, con su andar rítmico de danzarina, con las grandes pupilas tan abiertas que parecían mirar a todos y no veían a nadie.

* *

Fué admirado el tacto exquisito que Joán Crawford demostró en su matrimonio cuando tuvo que enfrentarse a ese monstruo de idiotez y de maldad que es el vulgo. Nadie pudo hablar mal de ella, en cuanto a fidelidad, «antiguas costumbres» de la que se ha perdido la noción en Hollywood. Podía criticársele el pasado y hacer vaticinios aviesos sobre su futuro; pero en el presente no cabía una brizna de murmuración. Así pasaron años. Años estériles de amor, que no dieron al hijo de Douglas un hijo de su ídolo de carne, el fruto esperado de sus nupciales delirios. Y esta contrariedad nada prevista originó los primeros disgustos en el seno del matrimonio, de aquel hogar frío, porque faltaba el calor de un cuerpecito inocente y el eco de una vocecita que gritara: «¡Papá!, ¡Mamá!...». Como allí, en aquel suntuoso tálamo sólo había uno—de dos—que estuviera realmente enamorado, la esterilidad descubrió que la dicha había sido artificial y pasajera. Joán decidió hacer vida aparte,

La preocupación de Joán Crawford ha sido siempre Greta Garbo, a quien considera la artista más sublime de todos los tiempos. Vedla aquí, en esta escena con Franchot Tone, cómo recuerda en la actitud y en el atavío a la divina esfinge de Suecia. En cuanto a Franchot Tone, en el próximo número revelaremos por qué ha llegado a ser el galán amoroso de la Crawford en la vida real...

Ricardo Cortez, que fué elegido por Joán Crawford para su experimento de mujer que se quiere divorciar del marido, y que sea éste quien pida el divorcio...

dentro del propio domicilio conyugal, y a ello no se opuso Douglas (Jr.), porque seguía tan enamorado como en la noche célebre del baile. Nadie tampoco se apercibió del peligroso giro que tomaba aquel hogar sin retoños, pero aparentemente tranquilo y feliz. Joán aprovechó el divorcio moral con su marido para dedicarse con más ardimiento que nunca al arte del cinema, que había evolucionado de modo radical con el advenimiento de la cámara sonora. Y aprendió a declamar, corrigiendo con voluntad inflexible sus defectos de pronunciación. Sus apariciones de entonces en la pantalla marcaron éxitos de escándalo. Se atrevió a pulsar el cordaje dramático, y se vió alentada por la crítica. Un día, a consecuencia de algo que no nos es posible revelar, Joán se sintió ofendida por su marido. Y la escena, sin violencia aparente, tuvo un carácter irrevocable de ruptura. Sin embargo, no se pidió el divorcio. Quizá él, ilusionado en el fondo todavía, confiara en un regreso a la dulce intimidad de antes. Pero Joán Crawford es una mujer que no perdona jamás una falta de delicadeza, que ella había creído advertir en su esposo, de conducta irreprochable hasta allí. Y quiso obligarle a desligarse del imposible hogar usando de una libertad excesiva en sus costumbres, acudiendo a los sitios de diversión pública, abriendo una amistad sospechosa con Ricardo Cortez, el viudo de Alma Rubens, a quien eligió por pareja de baile y de paseos. Ricardo Cortez se dejó ganar por aquel interés de mujer tan famosa, influyente y codiciada. Se hizo, quizá, demasiadas ilusiones, como la gente, que ya pensaba en un divorcio escandaloso, seguido de himeneo. Y la verdad de todo fué que, una vez divorciada, la Crawford se mostró fría e indiferente con Cortez, y se retiró muy sabiamente a una vida casera, en el *bungalow* de una amiga, veterana del séptimo arte y del amor de los hombres.

El divorcio de Joán y Douglas, hijo, dejó satisfechos a los «caimanes» de Cinelandia. ¡Al fin se había desmoronado aquel castillo de naipes que parecía invulnerable a sus feroces soplidos!... ¡Ja, ja, ja, ja!... Y reían, alegrándose de que la altiva no se llamara ya mistress Fairbanks, y enorgulleciéndose de su sabiduría de profetas. Pero... (Y este «pero» merece capítulo aparte.)

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Bastidores del teatro de imágenes

Joan Crawford ó del divorcio al amor pasando por Franchot Tone

Hemos llegado, en la vida movible y ejemplar—llena de ejemplos que pueden ser imitados cuando el carácter responda a la intención—de Joán Crawford, a un hombre cuyo nombre supo ligarse al de la estrella con fuertes raíces: Franchot Tone... Este galán, que tanta y tan rápida aceptación obtuvo en Hollywood actuando precisamente en segundos papeles, iba a ser el «segundo» o «segundón» de los amadores de Joán, el sucesor afortunado de Ricardo Cortez, cuando éste retiró el cerco de la codiciable divorciada. Los aderezadores de escándalos en Cinelandia, cuyo cotilleo no llega a ser nunca sagacidad sutil ni ingeniosa causticidad, observaron que Joán admitía de muy buen grado una amistad nueva e inesperada. Y dijeron: «El sonante inmediato de la ex señora Fairbanks, *juniors*, en vez de pensar: ¿Será un simple acompañante de turno?...» Porque el *flirt*, que en Norteamérica no se da con la frecuencia que se da en Francia, suele revestir los mismos caracteres que un idilio auténtico, y engaña siempre a los bobos y a los fisgones. No. Aquello no fué, en sus principios, sino una inofensiva amistad. Por parte de Franchot Tone existió la natural ambición—bien oculta—de conseguir el interés de una de las más poderosas mujeres del mercado cinematográfico. Tuvo la suerte de acercarse a ella en un momento propicio, cuando la semidiosa se mostraba accesible y sonriente, aparentemente satisfecha de su divorcio y haciendo gala de su infinita libertad. Y tuvo el enorme acierto de mostrarse, ante todo, enamorado de la artista, más que de la mujer. ¡Gran psicólogo de la fémina este muchacho, a quien ya el cabello clarea prematuramente! Y decimos psicólogo porque no le creemos sinceramente convencido de aquello que deslizó en el oído de la mujer tan bien cercada. (Más encendidos elogios tributó a Greta Garbo, y más desinteresados, puesto que no llegaron a ella directamente...) La plaza sitiada capituló por su flanco más sensible. Estaba la Crawford ahita de suspiros, de piropos, de promesas y de juramentos. Necesitaba otra adoración, otras frases... Y Franchot la adoró y la habló como actriz capaz de sublimidades reservadas al genio. Fué, en apariencia al menos, un fetichista de su arte, que reconocía «sin par» e «irresistibles». Y cuando la halagada, en un momento de pasajera dejadez en pruebas, le tendía los labios amigos, él—Franchot Tone, un «segundo», un «segundón», que pasaba a primer plano en la vida antes que en la pantalla—sabía huir del beso con elegancia, con una especie de pudor varonil, casi ofendido de que su admiración se tomara en sentido carnal.

* *

Joán Crawford, a su vez, fijóse en la interpretación que sabía dar Franchot Tone a los papeles que se le encomendaban por entonces, y encontró matices y aciertos de detalle que no regateó en aplaudir con el público. Pero que aplaudiese ella era mucho más interesante aún para el novel galán, a quien la Casa productora concedió hasta allí una importancia relativa dentro de sus elencos insuperables. Y pronto se vieron los efectos de aquel aplauso entre muchos aplausos. Todo es así en la vida... Franchot, protegido por Joán, subió de categoría como la espuma. Y cuanto más conseguía en su rápida carrera, más abrumado se mostraba ante su «madrina de arte», más impotente se reconocía para llegar a su altura cumbre de intérprete trágica y genial. Por tal derrotero se tenía que llegar a una meta, pacientemente esperada por el canto conductor. Joán clasificó a Tone como hombre inteligentes, de un mecanismo cerebral perfecto, de una sensibilidad exquisita y de una hábil política para tratar a la gente que le rodease. Eso sí: hay que reconocer que Franchot Tone tiene un don especial de simpatía, de conversador ágil—y mordaz, si es preciso—, y que a su lado nadie puede caer en el aburrimiento. La Crawford se dió cuenta, aparte de las cualidades morales que creyó hallar en él y que acabamos de enumerar, de que jamás había tratado a un hombre tan ameno, tan útil

Hay un algo en las facciones de Franchot Tone que puede poner en guardia a las mujeres que le admiren... Su mirada, alegre, se va transformando en melódula cuando se la resiste algún tiempo...

© Biblioteca Nacional de España

para los parentesis de la vida cotidiana en que no se tiene nada que hacer... El trato, muy reciente y tan distinto, de Ricardo Cortez favoreció de rechazo al vispado Franchot, muchacho bullidor, alegre, ocurrente, siempre animador y dispuesto a divertirse, pero dentro de los límites de la corrección y de la decencia. Tone es un muchacho que adora el lado ruidoso de la vida y que no ha podido jamás estar solo más de un minuto.

Es el hombre sociable por excelencia. ¿Comprendéis, lectoras amables, que interesase a Joan Crawford, la eterna buscadora de sensaciones, la condenada a no hallar un hombre de su gusto? Si halagaba su fondo y su superficie, ¿por qué no iba a probar, si en sus brazos venía al fin el verdadero amor, meta ideal y única de toda mujer que sea *mujer!*. Y fué ella la que dijo las clásicas palabras reveladoras, que tienen una música inapresable en notas del pentagrama: «Estoy enamorada de ti...» Franchot las oyó—escuchó la música sin melodía, pero mil veces más embriagadora que la melodía misma—, abriendo en sonrisa su boca grande, de dientes no muy blancos, que le da un aspecto de simpático «peligroso». Y la tomó en sus brazos con una suave naturalidad de cosa prevista; mejor dicho, inevitable...

* *

Creo que os vais dando una idea sobre Franchot Tone, el amor inventados de Joán, ¿verdad, lectoras? Es más: sois tan despiertas en estas cosas de los hombres, aunque sólo sea por intuición, que mirando su efigie detenidamente en las fotografías que ilustran estas páginas, habéis observado un algo—en sus facciones, en su expresión—que os pone en guardia. Su mirada, alegre, se va transformando en malévola cuando se la resiste algún tiempo. Sus labios, finos y alargados como hojas de puñal, terminan en un pliegue que forma ángulo agudo; por eso su sonrisa, franca al principio, parece después burlona. Joan, afortunadamente, será *siempre Joan*, y supo ver, poco a poco, estos efectos curiosos de la fisonomía del amado, efectos que también observaba en su carácter. Bien es verdad que el descubrimiento no enfrió, de buenas a primeras, su amor naciente. Le gustaba aquel hombre, *y se* lo había dicho. Pero le estudiaba. ¿Cómo no, si ella había pasado lo mejor de su existencia queriendo

Franchot Tone sólo había sido en la senda de Joán Crawford, plagada de heroísmos y renunciaciones, un accidente leve, sin importancia. De ninguna manera una desilusión capaz de dejar huella en su alma rebelde...

...Y fué ella la que dijo las clásicas palabras reveladoras, que tienen una música inapresable en notas del pentagrama: «Estoy enamorada de ti...»

He aquí, dulcemente abrazada, a la pareja que envidió Hollywood durante algún tiempo, hasta que Joán pudo comprobar que su ideal de hombre no era Franchot Tone tampoco, como no lo habían sido antes Douglas Fairbanks (hijo) y Ricardo Cortez

No hay desilusión capaz de dejar huella en el alma rebelde de Joán Crawford... Su desencanto al comprobar que Franchot Tone no podía ser en su vida la pasión soñada y definitiva, le dijo simplemente: «Me he equivocado contigo. Perdona...»

llegar a los más ocultos recovecos del alma masculina?

Y un día, de pronto, los elogios de su novio hacia su arte de actriz le sonaron a calculada adulación. Y su habilidad para distraer a las gentes ociosas, bufonería. Y su simpatía, falsedad. Y su modestia, mala intención. ¡Ah! ¡Aquí tenemos ya a nuestra Crawford en su propia salsa! Habíamos creído también, visto el derrotero del nuevo idilio, que sonaba la hora del amor para ella, que había encontrado en su ruta al hombre tantas veces soñado y tantos años esperado. Pero... ¡no! Aquí está su negativa al requerimiento de matrimonio hecho por Franchot cuando esperaba que todo el camino iba a ser ya de rosas, que todo el monte era orégano, para decirlo con más gráfica vulgaridad... «Me he equivocado contigo. Perdona. Yo soy una mujer que sé demasiado o que tal vez no sé lo que quiero...» (Esa fué la respuesta al galán de la boca grande, que pronto será calvo...) Joan Crawford, a partir de aquel momento—tan suyo—siguió adelante, adelante, en busca del amor. Franchot Tone sólo había sido en su senda, plagada de heroísmos y de renunciaciones, un accidente leve, sin importancia.

De ninguna manera una desilusión capaz de dejar huella en su alma rebelde.

SANTIAGO AGUILAR

BASTIDORES DEL teatro de imagenes

Edna Purviance

la única verdadera enamorada de CHARLOT

Así era Edna Purviance en la época de su conocimiento fortuito con Charlie Chaplin. En esta fotografía, sin apoyo ni retoque, Edna aparece con toda la sinceridad que ha caracterizado siempre su vida, vestida a la moda que ahora nos parece absurda y antiestética. Pero su sonrisa es la misma... La bella y luminosa sonrisa de la única y verdadera enamorada de «Charlot». A la derecha: «Charlot» y Virginia Cherril en «Luces de la ciudad».

Una mujer con nombre casi de volcán

Con gran frecuencia recuerda Charlie Chaplin sus días —maravillosos de evocación—de la Essanay Company. Sus amigos íntimos—¡tan pocos!—llevan la conversación, diestramente, al terreno del pasado, por el que más gusta discurrir al genio del cinema. Y es que—todo hay que decirlo—fué entonces cuando él tuvo la suerte de encontrar su verdadera estrella, la estrella buena de su vida. Hay un nombre de mujer que obra como perfumado sedante sobre su alma, tan duramente castigada y herida por las mujeres. Ese nombre, que puede escribirse con letras de oro en el camino del éxtasis, no es un misterio para nadie. Es el nombre dulcemente aureolado de popularidad en un tiempo junto a la suya. El nombre para él y para los suyos venerado y familiar, lealmente querido dentro de las paredes del domicilio propio. Un nombre de mujer que, siendo casi idéntico al de un volcán famoso—el *Etna*, en Sicilia—, es para *Charlot* y para su casa un nombre de paz y de remanso, de bienestar y de deleite: *Edna*.

El volcán se convierte en nube

La mujer de nombre parecido al del volcán siciliano ha sido también la única que no ha sucumbido al «pobre hombre» Chaplin en el fuego de la pasión. El, tan apasionado, tan vehemente admirador y tan víctima de las peligrosas hijas de Eva; él, tan propicio a cualquier idilio, mejor cuanto más disparatado, no miró jamás a Edna—Edna Purviance—con ojos ni intenciones de amor. Pudo y supo descubrirla, admirarla y encumbrarla; pero nunca desearla como a una mujer bonita y graciosa, atractiva y juvenil. Edna ha sido para él—paradojas del genio mortal—no una mujer de carne—de realidad—, sino de nube—de ilusión—. Un hombre tan inflamable como el *Charlot* de la juventud—tanto como el *Charlot* de la madurez, de ahora—fué capaz de aspirar el aliento de una bella muchacha en flor, de abrazarla y besarla frente a las cámaras de rodaje, bajo la lluvia de fuego de los focos. Y fué incapaz de repetirlo fuera del Estudio, de dar y gozar aquellas caricias fuera del terreno acotado de la ficción.

La rubia de ojos color de cielo con sol

Si hubieran conturbado a Charlie los encantos mil de Edna Purviance, seguramente el mundo no se solazaría aún con la serie de doce películas que hizo en

la Essanay, doce monumentos de humor que no pueden superarse, ni igualarse siquiera. ¿De dónde vino un hada así, capaz de frenar los impulsos de un hombre de tan poca voluntad para las lides amorosas como *Charlot*? Ambos se conocieron en una reunión vulgar y extraña a un tiempo, en que se mezclaron artistas de cine, industriales, banqueros, horteras, oficinistas y comerciantes. El astro de la Essanay—poderosa editora entonces—estaba a la sazón muy contento porque veía largo y ancho su porvenir y se había olvidado de su errabundia por los circos y *music-halls*. Presentía que la lucha por la vida iba a ser, de allí en adelante, una fácil lucha entablada sobre el tapiz de la comodidad, con el árbitro y el público a favor. Su nombre era apetecido, buscado y repetido por doquier. Su trabajo admiraba a sus propios compañeros y satisfacía a los directores y editores. El público del mundo se interesaba por su personalidad y recibía cartas de pequeños idólatras, escritas a hurtadillas en el colegio. ¡Era casi feliz! Casi, porque en su alma inquieta, sedienta de ideal, faltaba el apoyo y el calor de un sentimiento tierno y fiel, una amistad sincera, íntima y alegre, con quien participar de los triunfos y comentar las deficiencias del trabajo. Quería amistad, no amor. Y, sin embargo, fué a pedírsela a una mujer, una joven de veinte años escasos, rubia, de ojos color de cielo con sol y sonrisa ingenua. Se habían mirado con simpatía natural al principio. El la había examinado de frente, de espalda, de perfil, atado a su delicia de fresca juventud como por un hilo invisible, mientras hablaba con unos y con otros. Se hizo presentar a ella de pronto, y surgió, fluidamente, la primera charla, en un ángulo propicio del salón.

Ante una muchacha sin complicaciones

—Señorita, es esta la primera vez que la veo, que tengo el honor y el placer de conocerla, y, sin embargo, me parece que nos conocemos de muy antiguo, de toda la vida. ¿Se explica usted ahora mi deseo de que seamos amigos, muy buenos amigos? ¿Cree usted que podremos serlo?

—¿Por qué no, mister Chaplin?

—Tenía miedo, se lo juro, de que fuera usted una muchacha comprometida ya. Al tenerla cerca de mí, lo primero que he necesitado mirar han sido sus manos. Sus dedos, mejor dicho.

—¿Para ver si llevaba algún anillo de promesa? ¡Tiene gracia!

—Exactamente, señorita.

—Pues pudiera ser, ¿por qué no?, señor adivino, que una servidora tuviera compromisos ocultos, de esos que se llevan en el corazón y no en los dedos.

—En sus ojos he leído que lleva y goza una existencia tranquila. Que es usted una muchacha sin complicaciones. ¿Es mucho leer?

"Usted no es una mujer vulgar"

—No es mucho leer, lo confieso. Yo también leo en sus ojos que es usted fuera de la pantalla tan guasón como dentro de ella. ¡Lo que me van a envidiar, mañana, mis dependientes cuando les diga que he hablado mano a mano con *Charlot*!

—Edna, esta noche quiero que hablemos completamente en serio. Ha dicho usted «mis dependientes». ¿Es que tiene usted el cargo de encargada de algún almacén?

—Soy sencillamente socia colaboradora, socia industrial de un capitalista, hombre de negocios en gran escala. Me encanta esa clase de trabajo y se me pasa el tiempo volando en la oficina.

—¡Es usted encantadora, señorita Purviance! Y esto no le suene a música de adulación, porque me voy a permitir ahora la grosería de decirle que ha tomado usted un camino completamente equivocado en su vida.

—¿Cómo? Si es broma, puede pasar.

—Nada de bromas, señorita. Nunca he hablado tan en serio. Y si lo hago es porque adivino que usted no es una mujer vulgar, aunque se esfuerce en demostrármelo.

Dos preguntas en la vida de una soltera independiente

—¡No lo seré, digo yo, cuando hago enfadarse, tan sin motivo y a los pocos minutos de conocerme, a un artista tan grande como usted!

—Pues ese artista, como usted dice, quiere pedir una cosa: que deje usted los negocios mañana mismo. Yo le aseguro que no ha de pesarle nunca.

—¿Dejarlos? ¿Pero para qué? Me va muy bien con ellos y soy una muchacha independiente. Usted sabe lo que esto supone hoy. No tengo miedo al porvenir, aunque me quede soltera para siempre, porque sé ganarme la vida. ¿Le parece a usted poco?

—¡Muy poco, Edna, muy poco! Usted ha nacido para algo mucho más grande que la lucha prosaica y anónima. Usted tiene que luchar, porque sabe y porque se lo exige su propio temperamento. Pero luchará usted conmigo, a mi lado, en el terreno del arte, que es para lo que usted ha nacido, aunque no lo sospeche siquiera.

—Mister Chaplin, no entiendo lo que quiere decir.

—Sépalo en dos palabras. En una pregunta que voy a hacerle inmediatamente: ¿Quiere usted ser artista de cine?

—¿Yo? Pero...

—Otra pregunta: ¿Querría usted ser la compañera de trabajo de *Charlot*?

(La respuesta, en el próximo número.)

SANTIAGO AGUILAR

«El circo», creación cumbre del genial «Charlot», tuvo también próximos, con una proximidad que suponía un grave riesgo sentimental para la apasionada Edna Purviance, a ésta y Charlie Chaplin... A cada filin en que actuaban juntos, más y más se encendía el amor en el pecho de Edna

Bastidores del teatro de imágenes

Edna Purviance

la única y verdadera enamorada de Charlot

De rodillas y a tus pies...

La ingenua Edna no pudo menos que responder al ya célebre mimo con otra pregunta:

—¿Merece mi inexperiencia que se burle usted de mi hasta tal punto?

—Señorita, no se trata de burlas, ni siquiera de inocentes bromas. En serio, completamente en serio, vuelvo a preguntarle si quiere dedicarse al cine y ser mi compañera en mi próxima película.

—¡Por Dios! ¡Yo no valgo para eso!... En mi vida he pensado en semejante cosa. Yo soy, ya lo ve usted mejor que yo misma, una chica provinciana y trabajadora; eso sí, incapaz de hacer una gracia, y menos delante de personas desconocidas.

—Usted es una artista natural, verdadera. ¡No hay más que ver sus ojos, sus gestos, llenos de movilidad y de expresión! ¡Riase usted!

—Estoy completamente azorada, abrumada. Perdone. Voy a retirarme.

—¿Cómo? Edna, no me va usted a obligar a que haga el ridículo poniéndome de rodillas para suplicarle que no se vaya, que me escuche unas cuantas palabras todavía.

Las diabluras de "Charlot"

—Mister Chaplin, conce dido. No me voy.

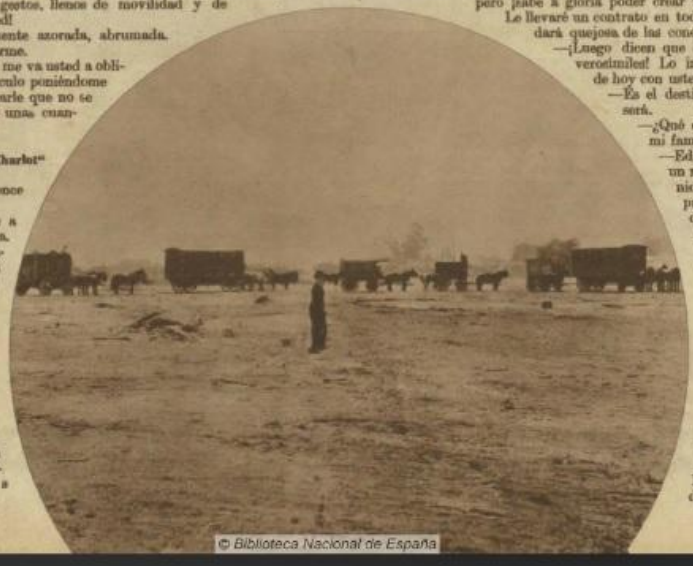
—Y además vamos a bailar juntos ahora. ¿No?... ¡Muchas gracias! ¡Oh, qué bien baila usted, Edna! Parece que llevo en mis brazos una nube. Sí, no se ría. Una nube ligera, blanca.

—¿Una nube de verano?

—De primavera, mejor. Pero nos estamos poniendo cursis. Volvamos al tema. ¿Sabe usted que he tenido mucha suerte con haber venido a esta cachupinada?

«Charlot», en las playas californianas, trata de desterrar de su imaginación la nostálgica melancolía que le atenaza de consuno. Vedle aquí con Telma Todd, la deliciosa rubia, gozando de las delicias del sol y del mar...

En la escena final de «El circo» Charlie Chaplin rememora su amistad con la «casi hermana» Edna Purviance, la única mujer que le hubiera hecho feliz... El se queda inmensamente solo, en el centro de lo que fué pista del circo alegre y bullicioso, mientras la caravana, dispuesta para partir, desfila lentamente...



—Y yo, por lo visto...

—¡Perdón! Ese mastodonte me ha obligado a pisarla, señorita... Pues sí, he tenido una suerte bárbara. Andaba loco buscando protagonista para mi nuevo film con la Essanay Company, y ya ve..., aquí la tengo, tan cerca...

—Pero, ¿usted se ha propuesto que yo me lo crea esta noche? ¿Y voy a fiarme de *Charlot*, que tantas diabluras hace en la pantalla?.

Los Otelos de guardarropía

—Mañana, por la tarde, nos veremos, señorita; mejor dicho, amiga. Porque ya somos buenos amigos, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Pues... váyase preparando para la nueva clase de existencia que le espera en el Estudio. Es un trabajo duro; pero ¡sabe a gloria poder crear un personaje y vivirlo! Le llevaré un contrato en toda regla. Usted no quedará quejosa de las condiciones; firmará, y...

—¡Luego dicen que algunas novelas son inverosímiles! Lo increíble es mi aventura de hoy con usted.

—Es el destino. Tenía que ser. Y será.

—¿Qué dirán mis amistades..., mi familia?

—Edna, yo he sido siempre un rebelde. No me he detenido jamás a escuchar al prójimo. El que oye a los demás está perdido. No haga usted caso de nada ni de nadie. Va usted a cambiar de profesión. Eso es todo, y no le importa a ninguna. Digo, creo yo. ¡A lo mejor hay una personilla por ahí que desbarata el cotarro! Tengo miedo de los Otelos de guardarropía...

Compañera soñada y actriz ideal

En la Essanay, mientras duraron las primeras pruebas de la nueva artista, se había censurado sin gran recato el «capricho» de *Charlot*. Aquellos días en que Edna no daba pie con bola ante las cámaras hubieran desanimado a otro que no poseyese un criterio tan firme como el de Charlie. Los directivos, los compañeros, los comparsas, la tramoya, todos desconfiaron de la provinciana y la sancionaron como «inútil»...

Su descubridor, sin influirse del ambiente, la iba aleccionando con una paciencia insuperable; la corregía gesto por gesto y actitud por actitud; la animaba cariñosamente; y luego, en los descansos, sentado junto a ella o a sus pies, en la postura oriental, que parece incómoda y es sencillamente la más descansada, le pedía perdón por haberla molestado tanto. Edna, con su belleza de ésfera frívolidad, trataba de disuadirle del empeño, de relegarle del compromiso contraído tan tontamente.

Sus frases de dulce decaimiento y de sincera renuncia no conseguían sino enardecer más a *Charlot*, que acababa por exclamar, con toda «alma y toda su fe:

—¡Tú serás, muy pronto, mi compañera soñada, mi actriz ideal!

Otro momento de «Charlot» en «El circo». Con su gracia melancólica y genial, «Charlot» es en esta película, como en todas, el artista señero, grandioso e incomparable...

He aquí a «Charlot» en una escena de «La cava de la ciudad», con Virginia Cherrill, una de sus predilectas compañeras de trabajo

Amor que oculta al amor

Así fué. Edna llegó a confiarse y a crecerse hasta el punto de que en su primer papel asombró a sus propios detractores, que no esperaban, ni mucho menos, aquella soltura ni aquella naturalidad, finamente caricaturesca. Se dieron al formidable descubridor y forjador todo género de excusas y satisfacciones, y Edna fué a la cabeza de sucesivos repartos, con el bien ganado honor de la unanimidad. Por entonces, la Lone Star Mutual hizo un contrato, por doce películas, con el triunfador Charlie Chaplin, que dejó, y no sin pena, los Estudios de la Essanay, en que había edificado, fotograma a fotograma, su celebridad definitiva. Ni que decir tiene que Edna Purviance, la flamante Edna, fué impuesta, acto seguido, como su pareja imprescindible para los doce futuros films. Y ambos, sumidos en una armonía ejemplar que se interpretaba equivocamente por cuantos les rodeaban, contribuyendo a una falsa leyenda de amor, fueron planeando y realizando película tras película, mes tras mes, atentos a su trabajo de tal manera, que no tenían tiempo de hacerse el amor sino en las escenas que fingían frente al objetivo. (He aquí cómo, por tanto, al acercarse al amor dos seres pueden no advertir su presencia y alejarse de él para siempre...)

Como una verdadera enamorada

Aquellas doce películas han sido llamadas, mucho después, las doce estaciones de la Mutual, por lo que tienen de imperecederas entre los devotos del séptimo arte, verdadera religión del siglo... ¡Esfuerzo genial e increíble en el que *Charlot* fué de la mano por todo el mundo con la rubita Edna, la compañera ingenua, fiel y sumisa, la musa inspiradora, la casi hermana Edna. El triunfo apoteósico de aquellas doce culminaciones charlotianas —entre ellas, *Charlot, bombero*; *Charlot, rey del patín*; *Charlot en la calle de la Paz*, *Charlot, maquinista*—correspondió, en su mitad, a la hacendosa y adaptable y modestísima Edna Purviance. No sólo por su aportación personal, por el brillo de pureza de su arte, sino por su colaboración espiritual e íntima, ella fué la que encendió la alegre luz dentro del sublime payaso, empequeñeciéndose con gusto para darle mayor grandeza, supeditando su fresca belleza física al éxito del «truco» o de la cómica situación, animando su alma, sensible hasta el colmo, con sus propias morales claudicaciones; cuidándole y mirándose en él como una hermana buena, como una amiga sincera, como una verdadera enamorada que de antemano renuncia a su amor.

Oro y cielo, cielo y oro

Edna lo fué *todo* para *Charlot* en aquel año feliz, laborioso y vertiginoso, de la vida del genio. El apenas pudo enterarse, precisamente por tocar tan de cerca la ventura en que no podía creer su recóndito escepticismo perjudicial. Tan próxima la tuvo, que no pudo verla con los ojos de la distancia, que son los que todo lo embellecen. Ahora, cuando el tiempo ha abierto una distancia honda entre ambos, sí la ve con la claridad tardía y fatal del recuerdo. El recuerdo, triste y alegre a la vez, de *algo* que pudo ser, que debió ser, quizá, su felicidad auténtica y única, de la mano de una muchacha ingenua, rubia y de ojos azules—oro y cielo—, que le dió las más puras emociones y las más sencillas alegrías en medio de su triunfo áureo y cumbre—cielo y oro—, en el que iba a faltar, ya para siempre, la cosa más divina entre todo lo humano: un amor de mujer.

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Cómo se filma una producción nacional

El primer día de rodaje de "Don Quintín, el amargao"

¿Un escenario para René Clair?

Hay que madrugar. He aquí la primera dificultad que el cinema presenta a los artistas de teatro... y a los periodistas. Pero, en fin, el sacrificio por la profesión y la afición—esta vez da la mano, como héroes de un cuento de Perrault—puede convertirse en placer. La mañana trae un despertar de lágrimas. La lluvia fina de Mayo saca brillos al impermeable y deja mate el betún de los zapatos. Pasan las churreras y los traperos con un matiz de novedad. Madrugar, no cabe duda, es darse de cara con la ciudad inédita que huele a café tostado y a valvo de tahona. Nos sentimos más ligeros, más capaces de pensar en algo útil que en las horas pesantes y negras del *cabaret* o del *parchessi*. Tiene honores de viaje el trayecto a los Estudios de la Ciudad Lineal. Pasado el poblado de las Ventas, la curva de la avenida de Arturo Soria nos trae frescos olores de jardín, que descubren a la cuitada señorita Primavera bajo los tristes ropajes otoñales. Esta avenida de hoteles con rótulos cursis—*Villa Florita, Villa Paca*—no se parece ¿verdad, Jardielito Poncela? a Culver City; pero se acerca al Hollywood madrileño que soñó Sobrevila... (¿Os acordáis de Nemesio M. Sobrevila, el director vasco de *El sexto sentido!*) Los Estudios cinematográficos de la C. E. A., a la vista. Tras la verja, un cancerbero sin uniforme, pero con barba respetable, nos cierra el paso. Exactamente igual que en Cinelandia. La ilusión es perfecta. Fuera, una triple hilera de autos aguanta pacientemente el *sirimiri*. Pasamos al *hall* que da acceso a las galerías de rodaje, con la cartera bajo el brazo; pero no tenemos facha—ni ficha—de ministros. Unos grandes letreros repiten: «Silencio», la palabra sagrada—el tabú—del cinema sonoro. Pasamos al set. Y primera sorpresa. ¿Qué es esto? ¿Hemos vuelto a salir a la calle, en un juego de laberinto de feria? Pero no. Esta calle que pisamos tiene los faroles encendidos. Es de noche. Una noche de barrio bajos, tan típica, tan castiza, que está pidiendo cobetes de verbena y flor de albahaca. Toda la gran nave del Estudio, de punta a punta, se ha convertido en un trozo del Madrid de Carlos Arniches. En el centro de la calle, una fuente chata, con farola de tres brazos. Hay muestras de tiendas, bocacalles que asoman, portales de un siglo, ropa colgada, balcones con los visillos de cretona corridos—atalaya de las scotillas del barrio—, aceras tortuosas y adoquines que ya quisiéramos para andar por la villa del oso, etc.: ¡como que son de corcho y se les puede pisar impunemente!... Un prodigio de decorado para el primer film nacional de Filmófono. Estrechamos la mano de su autor, José María Torres. El Estudio tiene, en este momento, un matiz grato, delicioso, sugeridor. La calle, iluminada con pericia de contrastes, espera a los intérpretes, a los tipos del archipopular sainete que ha tenido su asiento triunfal en todos los teatros de España. El decorado, que es el más importante de cuantos recordamos haber visto en los Estudios nacionales, parece, entornando la vista, para no leer los rótulos castizos que campean sobre las tiendas, una decoración de René Clair, un escenario para René Clair...

Fernando de Granada, Ana María Custodio y Alfonso Muñoz, en el film de Luis Marquina «Don Quintín, el amargao», primera producción española de Filmófono

Dos figurantes protagonistas

Las nueve. Luis Marquina mira su cronómetro de pulsera, para cerciorarse de la hora. Da unas órdenes sin gritar, sin afán de que sepamos que es el director de la película, o sea, la suprema autoridad dentro del Estudio. Además, Marquina no se viste «de director» tampoco: un traje claro,

El magnífico decorado de José María Torres en el nuevo film nacional «Don Quintín, el amargao», digno del propio de una producción de René Clair

Ana María Custodio se asoma al balcón, en la noche de barrios bajos madrileños... Parece que van a oírse coplas verbeneras y a olerse perfumes de albahaca en esta íntima escena, llena de sabor, de «Don Quintín, el amargao»

hoy pisa estos madrileñísimos Estudios. (Como nosotros, testigos de vista, somos los únicos que no pintamos nada aquí.) Listo todo. Se hace un ensayo. El micrófono, balanceándose en su largo mástil, como un diminuto simio en una liana, recoge las primeras frases de la adaptación del archipopular sainete de Carlos Arniches y el maestro Guerrero. La escena tiene una iluminación bien contrastada, que recorta las figuras sobre el fondo del decorado. Lucas de la Peña da el visto bueno del sonido. ¡A rodar! Suenan los timbres sordos que reclaman silencio. Peña grita: «¡Motor!» Y suena la claqueta, subrayando el número de la escena que se va a impresionar con la advertencia de «primeras, por si hubiera una o más repeticiones. Contenemos la respiración. Nadie fuma. Todas las miradas convergen sobre los protagonistas, bañados en luz. La escena es sencilla y sale admirablemente, con plena sensación de realidad. Marquina exclama: «¡Buena!» Se apagan los arcos. Se habla. Se mueven las figuras que antes permanecieron inmóviles como estatuas. Nuevo desplazamiento. La cámara sonora es conducida al lado opuesto de la nave. Ahora el director requiere a sus activos *régisseurs:* «A ver, los figurantes que os encargué anoche. ¿Están listos?» Martín y Cejuela asienten. El segundo de ellos, o sea, el popular Cejuela, hombre que conoce al dedillo el anecdotario de nuestra cinematografía, desaparece un momento y vuelve seguido de dos hombres vestidos con irreprochable propiedad de soldados de artillería. Deben ser figurantes acostumbrados ya a trabajar, porque andan con soltura por entre los cables tendidos y los soportes. El director se acerca a ellos, les mira de arriba abajo y hace un signo de aprobación. Les explica brevemente lo que han de hacer y se ensaya la escena. Bien. A rodar, inmediatamente. Nuevo sumergirse en el silencio, catarata de luz, respiraciones contenidas, claqueta... Marquina está satisfecho. Llama a Martín: «¡Muy bien estos dos figurantes! Así da gusto. Y visten de tal forma, que parece que acaban de dejar el cuartel...» Cejuela no puede contener la risa: «¡Como que los hemos cazado a lazo en el cuartel de la Montaña! Son dos quintos que valen cualquier cosa...» Nos acer-

La primera escena rodada para «Don Quintín, el amargao» por sus protagonistas Ana María Custodio y Alfonso Muñoz

de mañana; cabeza desnuda y gafas. He aquí un hombre que se atreve a dirigir films sin uniforme, sin exotismos. Un director español. Va a comenzar el rodaje de *Don Quintín, el amargao* dentro de un momento. Está dispuesto todo. El ingeniero de sonido, León Lucas de la Peña, en el control; José María Beltrán, operador, en la máquina o cámara; Fernando Guerrero, electricista, al cuido de los arcos y de la instalación; los *régisseurs* Martín y Cejuela, de un lado para otro, con el dinamismo propio de su cargo enciclopédico; Manolo Novoa, al pie de su trípode, para hacer las fotografías fijas... Dos artistas hay en el *plateau* esta mañana, que puede ser memorable en la historia de nuestra producción cinematográfica: Ana María Custodio y Alfonso Muñoz, principales intérpretes de *Don Quintín, el amargao*. Acaban de ser maquillados por Mr. Kraff, el único extranjero que

camos a dar cigarrillos a los dos reclutas que acaban de recibir el bautismo cinematográfico. Son dos muchachos avispados, que no se sorprenden por nada. Conversan y fuman con nosotros, fuera de la nave, camino del *hall*, sin darle importancia a Sevilla ni al Guadalquivir. Dicen que esto del «cine» es una juerga que trae locas a las «gachis», pero que no tiene ningún mérito. Cobran con gesto displicente y salen cogidos del brazo. Les preguntamos que adónde van, y responden que al Mercado de Olavide, donde tienen cita con dos cocineras... Nos quedamos en la puerta de la verja, hasta que desaparecen, avenida abajo, los dos figurantes improvisados que se han portado como protagonistas mejor que muchos protagonistas...

SANTIAGO AGUILAR

Una clásica bronca, reproducida con sorprendente verismo en los Estudios de la C. E. A. para la primera película nacional de Filmófono, «Don Quintín, el amargao»

Ídolos que se fueron

El amuleto milagroso de Rodolfo VALENTINO

Un hecho en el que la Policía de Hollywood ha tenido intervención sitúa de nuevo en el primer plano de la actualidad la figura de Rodolfo Valentino

Beltrán Masses, el gran pintor español, durante uno de sus viajes a Norteamérica, hizo este retrato a Rodolfo Valentino ↓

"El culto misterioso"

No hace muchos días que los periódicos de todo el mundo dieron una noticia extravagante de algo acaecido en Hollywood en torno del recuerdo del que fué ídolo de la pantalla, Rodolfo Valentino. Parece ser que la Policía había tomado cartas en un llamado culto misterioso, que ejercían varias personas—entre ellas, conocidas figuras del cinema—, y consistente en hacer del recuerdo del galán italiano una religión secreta, erigiendo un altar con su efigie e invocando su espíritu en una mezcla extraña de espiritismo y fetichismo incomprensible en nuestros tiempos de civilización. Con tal motivo, el nombre de Rodolfo Valentino—llamado, en realidad, Rodolfo Guglielmi D'Antonguolla—ha vuelto a ocupar un primer plano de actualidad, causando el asombro de quienes no conciben tan dilatada supervivencia en un ídolo que se fué, en una sombra que parece no tiene derecho al reposo ni más allá de la tumba. Ningún artista del cinema, fallecido o retirado, ha prolongado su memoria nueve años después, salvo alguna cita aislada y ligera, como la Bertini, Wallace Reid o Bárbara la Marr... Jamás se ha dado el caso de Valentino, que motivó el suicidio de varias mujeres—una de ellas, hará dos o tres años, se mató ante su propio nicho, en Hollywood—, y que ahora pone un remate de locura con la creación, nada menos, que de una secta religiosa por personas que si no están en su sano juicio, sí poseen indudables dotes de cultura y una categoría social reconocida. No es para ser tomado a broma el caso, sino para estudiarlo con toda curiosidad, por lo que tiene de insólito. Yo, reportero que sirve a su vez las curiosidades de su público, dejo este estudio para otra ocasión; ahora voy a referir a mis lectores la historia real y verdadera, que parece fantasía, de un hecho de carácter sobrenatural que vivió Rodolfo Valentino y que me ha contado un testigo presencial, cuyo nombre ha tenido la gentileza de no prohibirme de dar aquí, en estas páginas de su predilección. Se llama el testigo don Víctor Revilla Urquiola y fué amigo y favorecedor de Valentino en Nueva York, cuando llegó, procedente de Europa, en el paquebote *Cleveland*... Pero voy a calmar la impaciencia de los lectores entrando en materia sin más preámbulos inútiles...

El "brujo" del paquebote "Cleveland"

Rodolfo Valentino, por aquellos días, acababa de disipar una pequeña herencia. ¿Dónde? Esto no se pregunta: ¡en París! En el París de entonces, ruidoso, encendido, embriagador, lleno de vicio, de alegría y de arte. Rodolfo era un muchacho mal preparado para enfrentarse con la vida: le gustaban el lujo y las mujeres aventureras; latía en él una gran ambición, pero no sabía trabajar en nada ni era capaz de emprender cualquier negocio, por poco arriesgado que fuese... Cuando se vió con los últimos billetes en el bolsillo, tuvo miedo. ¿Qué hacer? ¿Volver a su casa del lejano y aburridísimo pueblo de Castellanetta (Italia)? No, eso nunca. Intentó, a la desesperada, colocarse en París. Pero no dominaba el idioma. Sus conocimientos de agricultura y jardinería eran perfectamente inútiles. No se le ocurrió dedicarse a bailarín—los *gigolos* morenos tenían mucha aceptación en aquella época de furor del tango argentino—porque le hubiera parecido denigrante, superior a sus fuerzas, mostrarse de tal guisa ante quienes había deslumbrado con sus prodigalidades y su aire de príncipe bohemio hacía poco. No. Tenía que huir de la Ciudad Luz con tiempo de que su derrota no fuera advertida. Además, París no era sitio para trabajar, sino para holgar. Para trabajar, para labrarse un destino rápido, había que ir al país del dólar. Nueva York había sido su sueño siempre, sin saber por qué; pero no fué cuando se vió dueño de su herencia paterna por no embarcarse, por no cruzar el Atlántico. (París estaba más cerca—y se iba por tierra firme.) Ahora, sí; ahora Nueva York le parecía una redentora ruta para su ambiciosa juventud de meridional. Contó su último dinero; vendió y empeñó algunas cosas de su uso no obligado. Hizo números. Pidió precio de pasaje a una agencia de turismo. Podía ir en tercera clase en el paquebote *Cleveland*, que zarpaba del Havre al día siguiente. No lo pensó más. Después de pagarse el viaje, le quedarían para entrar triunfalmente en Nueva York unos trescientos francos. Menos era nada. Conque ¡pecho al agua y a decir adiós a París, la cortesana siempre joven!... Ya en el barco, de buena gana hubiera desistido de tan larga y arriesgada travesía. (Arriesgada, por lo que suponía apearse luego en una ciudad inmensa y desconocida. Cierto que sabía hablar discretamente el inglés, pero...) El, que quiso pertenecer a la Marina, de donde lo desecharon por no dar suficiente perímetro torácico y por tener una irregularidad en el ojo izquierdo, sufrió los horrores del mareo nada más salir el paquebote a alta mar. El viaje comenzó triste. Ni hablaba ni miraba a sus compañeros de travesía. Todas las mujeres eran casadas y de aspecto triste y vulgar. Ni siquiera le quedaba el consuelo de una aventurilla a bordo, de esas que se disipan como humo al pisar tierra firme... De lejos, veía asomada alguna vez a alguna viajera elegantísima, de primera clase, y su distante belleza le hacía daño, con amarguras abrasadoras de odio hacia todo lo que había perdido... Sin embargo, llegó a fijarse en un tipo, tan bosco y solitario como él, cuya presencia despertaba un obscuro temor en todo el pasaje. Era de edad indefinida, y vestía un traje negro y raído. Llevaba melenas y barbas, descuidadas y ligeramente canosas. Su talla aventajada y sus ojos, de un color de acero, producían un mal efecto irresistible. Además solía hablar consigo mismo y hacía signos como de cábala en el aire; leía en unos libracos con pastas de pergamino y no saludaba a nadie ni respondía al saludo de los más condescendientes. Su carácter y su aspecto le valieron el apodo de *el Brujo*, y los niños lloraban con su sola presencia. Valentino llegó, a fuerza de comprobar con la suya la rebeldía casi agresiva de aquel hombre extraño, brujo o loco, a simpatizar con él, por llevar, de paso, la contraria a los demás. Y probó a pasar por su lado, sonreírle y saludarle en voz baja. La primera vez fué inútil. La segunda, también. La tercera, *el Brujo* le miró de reojo, arrugando su entrecejo y frunciendo los labios. La cuarta, Valentino, frente a frente, cerrándole el paso, le dió los buenos días con la mejor sonrisa que pudo componer. *El Brujo* dió un paso atrás, dilató sus pupilas, cambiantes de tamaño y de color, como las de un felino, y su boca dejó escapar un gruñido sordo. Luego dió un paso hacia delante, y con energía insospechada, a juzgar por su aspecto de hombre excesivamente delgado, propinó un violento empellón a Valentino, que casi le hizo besar las maderas de cubierta...

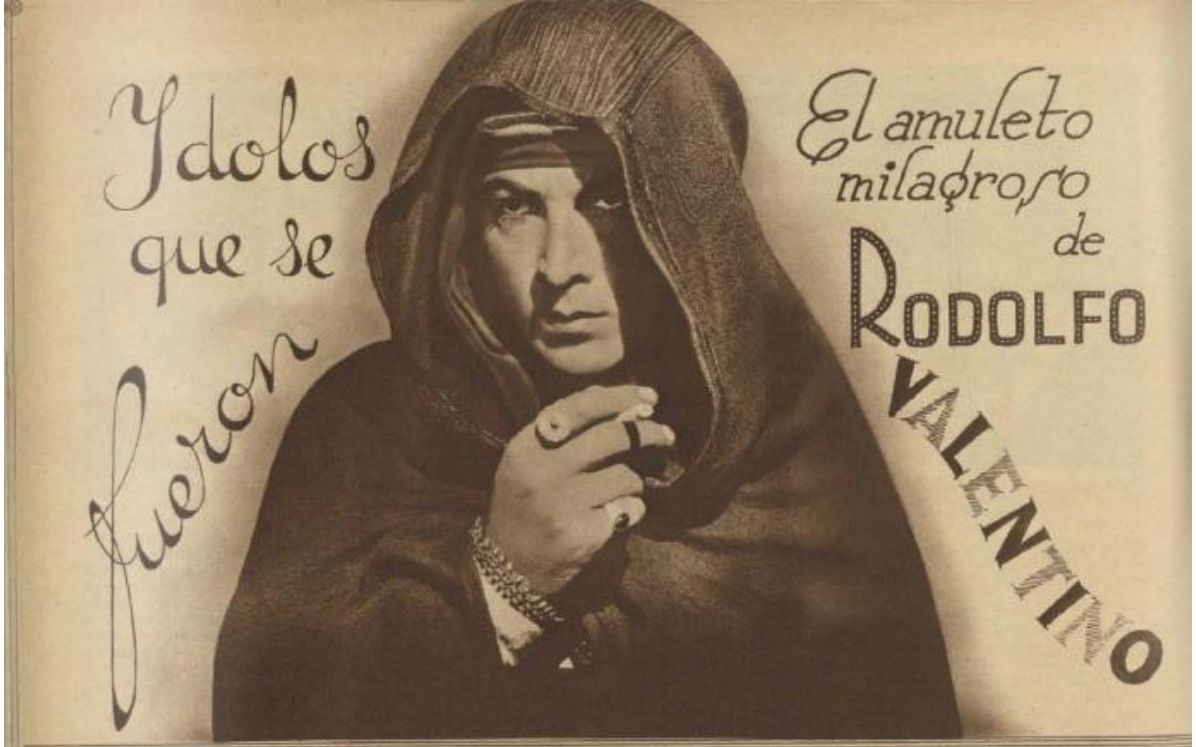
Nita Naldi fué una de las predilectas compañeras de trabajo del célebre galán cinematográfico. Aquí aparecen en una escena del film «Cobra», del que ellos fueron protagonistas

«El águila negra» dió a Rodolfo Valentino uno de sus triunfos más decisivos. Ved aquí al que fué ídolo de las mujeres con el bizarro atuendo que exhibió en aquella película

SANTIAGO AGUILAR

(Continuará en el próximo número)

© Biblioteca Nacional de España



Ydolos que se fueron

El amuleto milagroso de RODOLFO VALENTINO

El anillo de oro con piedra azul

Dejamos a Valentino, nuestro héroe, malparado frente al hombre extraño y adusto a quien el pasaje de tercera del paquebote *Cleveland*, con rumbo a Nueva York, desde El Havre, había puesto un mote pavoroso: *el Brujo*... Rodolfo, sin saber por qué, no tomó a consideración la actitud francamente hostil de aquel hombre que podía ser su padre. Incluso se interesó más por el misterio que aquella vida debía encerrar, por el secreto—tal vez monstruoso o sencillamente sentimental—que se encerraba en su alma rebelde. Dejó para otra ocasión propicia el logro de su amistad, que deseaba por un obscuro presentimiento. Y el momento llegó de una manera sorprendente, inesperada. Fue casi al fin del viaje, cuando Nueva York se divisaba a lo lejos, tras la estatua de la Libertad, con la confusión babélica de sus edificios. Acodado en la barandilla, pensativo, pesaroso del monótono viaje, sin una aventura siquiera fugaz, se iba forjando un plan para atacar la gran urbe, para él inédita, y desarrollarlo inmediatamente del desembarco, con la prisa que sus escasos fondos económicos le impelían. Únicamente su juventud, ambiciosa y optimista, pudo guiarle tan lejos de su patria a la metrópoli del dólar, al país tan distinto del suyo, al ambiente que menos podía rimar con sus gustos meridionales. Pero equivocada o no la ruta, ya no había otro remedio que aceptarla, con todas sus consecuencias. Lo imprevisto—bueno, malo o vulgar—le esperaba en aquella ciudad tentacular, moderna, dinámica, sin corazón—palabras despechadas de los vencidos—, que se adivinaba a distancia en la embocadura del Hudson... Y estando así, sumergido profundamente en sus pensamientos, sintió que alguien se instalaba sigiloso a su lado, como una sombra. No prestó atención ninguna. ¿Para qué? Conocía el pasaje, tipo por tipo, familia por familia, y su trato no le ofrecía el menor interés ya. Gente triste o alegre, pero muy diferente de sí, incapaz de comprenderle. Pero, de pronto, una mano se apoyó fuertemente en su hombro, obligándole a volver la cabeza. *El Brujo* le sonreía enigmáticamente, bajo su faz indefinible. Valentino le miró con sorpresa. ¿Estaría loco aquel hombre, que le había rechazado de forma tan violenta y que ahora buscaba su trato con una sonrisa? Iba cayendo la tarde sobre la decoración del mar. *El Brujo* se acercó más a Rodolfo y le dijo:

—Joven... No se extrañe de que venga a hablarle ahora. Todo en la vida sucede cuando ha de suceder, porque está escrito. Y si yo antes rehuí su trato fué porque no quiero perder el tiempo en lo accesorio, y esperaba este instante definitivo. Hubiera sido inútil nuestra amistad, porque yo no podía hablarle a usted de su destino hasta hoy, hasta este preciso minuto. Oígame, joven... Conozco su vida como un libro abierto. Sé su pasado y su presente. Y es su porvenir lo que yo quiero asegurar y encauzar, porque ha nacido usted bajo un signo desfavorable, cuya influencia hay que contener o vencer. A eso vamos... Mire: acaso usted no dé importancia a este anillo que ve en mi dedo. Es de oro bajo, con una sencilla piedra azul; ni siquiera una turquesa o un zafiro... Tome. Es un obsequio mío, que vale por toda una inmensa fortuna. Es un amuleto. El amuleto que le corresponde para triunfar de los días que le esperan, de lucha terrible. Le está a medida en el dedo anular. Póngaselo y no se lo quite nunca..., nunca, ni para dormir. Tenga usted fe en él. Mientras lo conserve será usted un triunfador. A sus plantas se arrodillarán las mujeres, y a su paso, los hombres palidecerán de envidia. Será usted un ídolo de carne, un semidiós, amado, rico y poderoso. Su nombre correrá de boca en boca, llegando a una celebridad superior a la de un héroe o de un rey. Pero tiemble usted si un día pierde este amuleto, o si, creyéndose inmune e infalible, lo abandona o lo da, despreciando su maravillosa influencia. Ese día comenzará su descenso rápido y morirá al poco tiempo, a despecho de su juventud y de su fortaleza física... Acuérdese siempre de mis palabras. Y ahora, adiós, joven. Hasta nunca quizá...

El amuleto que «el Brujo» entregó a Rodolfo cuando el «Cleveland» dió vista a la bahía de Nueva York, y que le fué restituído por el vasco Revilla, hacia peregrinamente en la mano del célebre galán...

Douglas Fairbanks, Jackie Coogan y Rodolfo Valentino, en un grupo colmado de cordialidad, de efusión y de compañerismo. ¡Ya están un poco lejos los días en que los nombres de estos célebres artistas invadían triunfalmente el mundo!...

El amuleto milagroso

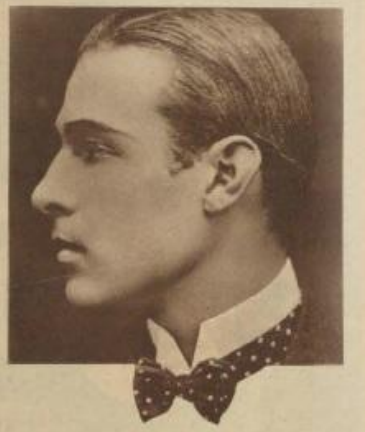
No era supersticioso entonces Rodolfo Guglielmi d'Antonguolla, convertido luego en el espiritista Rodolfo Valentino—apellido que tomó del nombre de su madre, Valentina—, y no creyó en las extravagantes profecías de aquel loco del *Cleveland*. Deambulando por las calles neoyorquinas, se miraba la vulgar sortija de oro con

piedra azul, sonriendo incrédulamente. ¡Valiente amuleto, que muy pronto—era su primer día en Nueva York—no iba a poderle sacar del aparo, al no ser objeto pignorable!... Pasó dos o tres días relativamente tranquilo. Se hospedó en una modesta pensión italiana—no en el Ritz, como han asegurado Ramond y otros apologistas de Valentino—, hasta que un conocido de su familia, antiguo emigrado, el *signor* Vittorio Pattarga, regresara de su viaje de inspección al Middle West. Hombre complaciente y compasivo, Pattarga acogió a Rodolfo en su casa, hasta encontrarle una buena colocación, como agrónomo, al servicio del potentado Cornelio Bliss, que deseaba el trazado de un jardín a la italiana en su propiedad campestre de Westhbury, en Long Island. Rodolfo había encontrado lo que buscaba, que no era tan fácil. Pero la alegría duró bien poco. La señora de Bliss, caprichosa y dominante, se empeñó en convertir el jardín flamante, recién estrenado, en campo de *golf*. Y Valentino se vió en la calle, y sin un dólar, ya que la escena sostenida con la señora de Bliss fué tan borrascosa, que el buen marido se vió precisado a arrojarle violentamente de su mansión, sin pagarle el mes que le correspondía por despido. Para colmo de contrariedad, su protector, Pattarga, se hallaba ausente de nuevo, y aquella vez por tiempo indefinido. Fué aquella noche, en que se disponía a dormir al aire libre, cuando Rodolfo conoció a Víctor Revilla Urquiola, joven vasco, que había terminado sus estudios de canto en Milán y se disponía a emprender una jira de conciertos por los Estados Unidos. Valentino entró a cenar, de «fiados», en un restaurante frecuentado por compatriotas suyos, en el que había comido varias veces los días de asueto, viniendo a Nueva York desde Westhbury. Y hubo de sentarse a la misma mesa que Revilla Urquiola. Este, que dominaba el idioma del Dante, simpatizó con Rodolfo, animándole a referirle su odisea. El joven cantante pagó los dos cubiertos e invitó a Valentino al Metropolitan, a oír a Caruso. Finalmente, le prestó dinero para que pagase tres días de pensión completa. Víctor Revilla, al día siguiente, marchaba a comenzar su *tournée*. Al despedirse, Rodolfo Valentino quiso demostrar a su amigo su agradecimiento, y en la imposibilidad de darle otra cosa, se desprendió de la sortija del *Brujo*, contándole de paso sus locas profecías y deseándole toda la suerte que a él le había augurado con tanta prodigalidad. El vasco Revilla aceptó el modesto anillo, interesándose por su rara procedencia, que tal vez le acarrease fortuna en su inminente jira de conciertos. ¡Días terribles los que siguieron en Nueva York para Rodolfo Valentino! Años después aun le espantaba recordarlos. Tuvo que dormir en los bancos del Central Park, como un vagabundo; limpió escaparates y ayudó a un trapero, sólo por la comida; barrió tiendas; hizo «colas» para obtener la sopa que se daba a los pobres en algunos centros benéficos; lavó platos en un restaurante griego de la calle 55; fué «vocesador» en el peristilo de la Bolsa... Cuando, a cambio de la comida, fué admitido como bailarín en el *restaurant-dancing* Bustanoby, respiró un poco. Allí, con su simpatía y su modestia, se granjeó el afecto de algunas de las tanguistas de la casa, que consentían durmiera en sus apartamentos, apiadadas de su situación. Pero sufría tales humillaciones en aquel ambiente de bajo vicio, que estaba deseando salir de él. Por eso, ¡qué alegría volver a encontrar a Revilla Urquiola, el cantante vasco, ya de regreso de la jira de conciertos! Alegría muy breve, porque su amigo volvía con muy poco dinero, y desilusionado por haber tenido que suspender la *tournée* a la mitad de la ruta trazada. Estaba dispuesto a cantar por los cafés de Nueva York hasta reunir los suficiente para dar el salto a Milán. Y le devolvía, desde luego, el regalo que le hizo a su marcha. Aquel maldito anillo le había dado muy mala suerte. Si no lo quería de nuevo, estaba dispuesto a tirarlo al río Hudson. Valentino tuvo una corazonada, y recobró la sortija, incluso con cierta emoción, pensando que nada más sacarla de su dedo había comenzado su miseria física y moral. «¡Quién sabe—pensó—si ahora será el momento vaticinado por *el Brujo* del *Cleveland*!...» Y, en efecto: aquella misma noche fué avisado para que acudiera al Maxim's, a sustituir a un bailarín, repentinamente enfermo. No daba crédito a lo que oía. ¿El bailarín de la última categoría actuando en Broadway?... Fué, llegó... y venció. Allí se quedó fijo. Allí se hizo pareja de la notable Joan Sawyer, creando ambos un tango espectacular, que hizo sensación en el elegante público. Allí, en fin, fué a verle y a contratarle nada menos que Bonnie Glass, la máxima estrella coreográfica del día. Rodolfo, entonces, se mostró generoso con Víctor Revilla Urquiola, ayudándole como si fuera su hermano y no consintiendo que se marchase de Norteamérica sin triunfar. Ambos, muchas veces, contemplaban el anillo, que Valentino no se quitaba del dedo, con la fe entusiasta que pudiera inspirarle un amuleto milagroso...

SANTIAGO AGUILAR

(Concluirá en el próximo número.)

El vestuario que Rodolfo Valentino lució en «El hijo del Cuid» era de tal fastuosidad, que su coste alcanzó la elevada suma de 3.750 dólares. Ved al admirado artista con uno de los atavíos que exhibió en dicho film



El perfil del Rodolfo Valentino, que encendió el amor en tanto pecho femenino e inundó de lágrimas tantos ojos bellos, cuando una muerte prematura se llevó para siempre al adorado ídolo

Valentino, cuyo rostro denotaba constantemente una íntima melancolía, tenía, sin embargo, fugaces momentos de alegría ingenua, infantil. Helo aquí obteniendo, entre sonrisas, un retrato del gran pintor español Beltrán Masses, el artista admirable que tantas veces le retrató a él

© Biblioteca Nacional de España

Carlos Gardel

su vida novelesca y su muerte trágica

Carlos Gardel, con el traje campero, era como el alma de la Argentina, como el símbolo mejor de todas aquellas canciones que él interpretaba apasionadamente

"El rey del tango", dentro y fuera de la pantalla

Al leer las noticias recibidas de Medellín (Colombia) dando cuenta de un choque de aviones, en el que había perecido, abrasado, Carlos Gardel, no pude reprimir mi emoción. Emoción íntima de quien ha conocido y tratado a la víctima prematura y ha vaticinado su muerte por accidente. Sí. De ello hace algunos años, cuando me encontraba en París en viaje de placer, y leí, por la afición que se me había despertado hacia la quiromancia científica de Giovanni Tassani, mi maestro, las manos del famoso trovero argentino. Pero... voy a ordenar el relato resucitando recuerdos que hoy son dolorosos y de una palpitante actualidad.

• •

Eran los últimos tiempos del cinema mudo, cuando no se sospechaba su gigantesca transformación. París admiraba a Augusto Genina, que rodaba las últimas escenas de *Barrio Latino* con Carmen Boni, y a Gastón Ravel, que comenzaba *El collar de la reina*. Yo iba realizando mi descubrimiento de la capital del mundo sin un plan fijo. Dormía en el Hotel du Globe, del bulevar Strasbourg, y comía en cualquier parte, donde me situara mi deambular por la gran urbe. Pero siempre tomaba café en el mismo sitio, tarde y noche: en el establecimiento de los cafés del Brasil, bien servido, y al que concurrían casi todos los hispanoamericanos con residencia fija o eventual en la Ville Lumière. Allí conocí al infortunado Carlos Gardel (Carlitos Gardel, como le llamaban cariñosamente sus muchos admiradores). El trato del artista argentino conquistaba el afecto y la confianza instantáneamente. Pocas sonrisas he visto más abiertas y más fáciles que la sonrisa de Carlos Gardel. Al saber que yo era español y profesional del arte lírico, aunque alejado de los escenarios accidentalmente, se interesó por mi amistad. Muchas, muchas veces le he acompañado hasta el Palace o el Empire, donde actuaba entonces con éxito creciente, ganando tres mil francos al día. Y nuestra conversación giraba siempre sobre la ópera, que había sido su oculta ambición de cantante. Pocas personas saben que Gardel estudió en Milán dos años como barítono; no llegó a debutar porque su voz no poseía la extensión necesaria para triunfar en los grandes escenarios, al servicio de las partituras inmortales. En tono de confidencia, aquel hombre amable y bueno, que había tenido que rectificar sus ilusiones más queridas, me expresaba su íntimo dolor por no hallarse dotado por la Naturaleza de facultades suficientes para interpretar *Rigoletto*, la obra cumbre de Titta Ruffo, de quien era un idólatra; cogiéndome del brazo, me cantaba a media voz algún trozo de la obra de Verdi... De pronto se callaba y decía:

—¡Lástima, ché! Yo siento el canto como pocos; pero no tengo bastante cruss. Otros que la tienen, «sueresen» de temperamento. Pero hay que conformarse. Mirá, esta noche te voy a cantar el *Si vous l'aviez compris*, antes de los tangos y los aires criollos. Tú me sentirás y me dirás si sé interpretar la música seria.

Y, efectivamente, sentado en mi butaca de orquesta, apartada por Gardel previamente, le veía salir vestido correctamente de *smoking* y le oía cantar al piano la melodía de Denza, que tanto interpretaron en sus conciertos los colosos Caruso y Titta Ruffo. El público, halagado por oírle cantar en francés, aplaudía a rabiar, pidiéndole el «bis». Después, visiblemente satisfecho, Gardel reaparecía vestido de gaucho, con una guitarra en la diestra, e interpretaba, acompañado por su orquestina típica, los aires argentinos que tanta fama y dinero le habían producido. Al salir del teatro, me pedía mi opinión, que consideraba valiosa. Y yo le decía que era inexplicable cómo conservaba, a través de la música popular, la «línea» del «bell cantos», adquirida en Italia. La pastosidad de su registro grave y el dominio del «falsete» en los agudos revelaban una impostación y una técnica insospechables e impropias en un cantor de tangos de tan neto estilo como él. Pero tenía razón: a su voz le faltaba el registro agudo, que jamás podía atacar a voz llena ni aun a media voz. Había tenido mucho talento pasándose al género típico, en el que era una celebridad indiscutible. Y lo que más le halagaba era que yo terminase exclamando:

—¡Eres el Titta Ruffo de los tangos Gardel!

• •

Una tarde, dos horas antes de la función del Empire, pasamos por el Café de Madrid, en los bulevares, colmados de gente. De una mesa me llamó el barítono de ópera Marcelo Nani, que se hallaba con un agente italiano tratando de un contrato para la Arena de Verona. Les presenté a Gardel. Nani, que sabía mis aficiones por la quiromancia, en la que él tenía una fe supersticiosa, me rogó le leyera las manos, a ver si las rayas misteriosas revelaban su próximo triunfo en la decisiva actuación del circo veronés. Colmé su preocupación de artista asegurándole que estaba en el más favorable momento de su vida, y que no se debía inquietar por el éxito. Gardel siguió la escena con gran curiosidad. Más tarde, camino del Empire, me dijo:

En esta escena de «El día que me quieras», Carlos Gardel, con unos dos cantares, es el intérprete apasionado de la canción popular argentina, a la que él acertó a dar más emoción que nadie

Era, además, Carlos Gardel un excelente actor cinematográfico. Vedle aquí, con Trini Ramos, en una escena de una de las películas últimamente filmadas por el gran artista

Carlos Gardel y Rosita Moreno en una escena de la película «El día que me quieras», desconocida aún en España

—Nada me habías dicho de que sabes leer las manos. Esta noche
A sondisión» de que haz de «desirmos la verdad, aunque sea desagra
Se lo prometí y cumplí. Pero... no pude ser sincero aquella vez.
mi amigo, yo leía algo terrible, marcado con huella indeleble: la
accidente fatal. La línea de la vida se cortaba en las dos manos a la
lo que leía en su destino, aunque la revelación no fuera nada grata.
En aquel momento, aun sospechando lo peor, Gardel no pensaba
seguramente, en su próximo y trágico fin. Pude rehacerme y gastarle
unas bromas oportunas, que deshicieron poco a poco su prevención.
Su carácter optimista y alegre no ofrecía campo abonado a las preocupaciones ni a los ensombrecimientos.

* *

Tiempo después de todo esto volvía yo a París por un asunto particular. Carlos Gardel se había convertido en actor cinematográfico y se hallaba en los Estudios de Joinville-le-Pont filmando *Melodía de arrabal*. Huelga decir que fuí a verle y que me recibió con muestras de sincera alegría. Era un hombre que se daba por entero a sus afectos y que nada estimaba tanto como una buena amistad. Me permitió estar en el set mientras se rodaban las escenas de la nueva película, y el la impresión del que iba a ser popularísimo tango *Silencio en la noche*. Todos los presentes juntamos nuestras manos en un aplauso para premiar su arte en plenitud, su dicción maravillosa, el sentimiento que sabía comunicar como nadie al oyente. (Más tarde, en Madrid, habría de suspenderse la proyección para dejar desahogar el entusiasmo del público y repetirse la escena cantada, como en un teatro. Lo mismo que ocurrió con su primera película definitivamente al arte. *Espérame*, tenía aspectos de recuperar lo perdido con su nueva producción. Aquella noche estaba más alegre y jovial que nunca, y nos fuimos a bailar a la Coupole. Nos acompañaba un muchacho español de veintiséis años, magnífica figura de galán, de carácter muy franco, como buen aragonés: Luis Arnedillo, que hacía un papel importante en la tercera película de Gardel. Este le distinguía mucho y solía decirle, con aquel su acento profundo y pastoso, tan simpático y varonil:

—¡Qué rica edad tienes, Arnedillo!... Cuando pienso que puedo ser tu padre...

Pero guárdame el secreto, que no se enteren mis admiradoras...

Gardel no era, en efecto, tan joven como parecía, gracias a su vida metódica y a su carencia de vicios. La única pasión que le arrastraba, y que le había costado mucho dinero, era la de las apuestas en las carreras de caballos. En el cabaret fué saludada la presencia de Carlos con un largo rumor de expectación y de simpatía. París sabe mimar a sus ídolos y permanecerles fiel como ninguna otra ciudad. El maître nos acomodó en el mejor sitio. Durante un rato hablamos y fumamos los tres, sin ocuparnos casi de lo que nos rodeaba. Gardel estaba entusiasmado, ahora más que por el cine. Nos contaba su llegada triunfal, apoteósica, a Buenos Aires, después de haberse estrenado allí su primera película; tuvo que actuar nuevamente por los teatros de Sudamérica, entre tempestades de aplausos. El príncipe de Gales, que viajaba entonces por allí, le puso por su propia mano una condecoración, como premio de su arte exquisito, que estilizaba las melodías populares argentinas y las imponía en todo el mundo. Le pregunté si se había olvidado ya de la ópera. Gardel miró a Arnedillo y se rió con ganas de mi pregunta. ¿Como que Arnedillo, el galán de la Paramount, era también barítono y pensaba regresar a Milán, donde vivía, nada más terminarse *Melodía de arrabal*! Su amistad se apoyaba, pues, en la coincidencia de aficiones líricas. Entonces, Carlos nos reveló algo que nadie sabía, excepto nosotros, que íbamos a oirle: había conocido a una paisana —¡qué linda señorita!—, con una voz prodigiosa de soprano ligera, y la había enviado a Milán a estudiar con el mejor maestro, sufragando todos sus gastos. Aquella muchachita, cuyo retrato extrajo Gardel de la cartera y nos lo mostró con acusador deleite, era el amor oculto y maravilloso de su existencia. La quería con un frenesí que arrancaba lágrimas a sus ojos cuando la recordaba tan bella, tan inocente, tan enamorada de él. Únicamente le preocupaba la gran diferencia de sus edades. Ella era una niña, una tierna flor en capullo, que perfumaba casi de pecado su pasión de hombre que había traspuesto de sobra los cuarenta. Aquella noche Carlos se transfiguraba hablando de su protegida. Todo lo ambicionaba ahora para ofrecérselo, para crecerse digno de su amor infinito y puro. La vida novelesca de Carlos Gardel desfiló por la Coupole, evocada por el verbo cálido del propio protagonista y héroe; no era argentino realmente, sino del mediodía francés; pero se había educado en la ciudad del Plata; allí tuvo que vocear periódicos para ayudar a sus padres, sin sospechar ni por lo más remoto que aquella misma voz iba a conmover a los públicos del mundo entero pasados muchos años; allí se aficionó a la música oyendo las fiestas popalacheras, con tremar de violines y acordes profundos de bandoneón, entre gauchos y cayendoreses; allí debutó en una Compañía modestísima de zarzuela, haciendo papeles insignificantes; de allí partió para el Brasil con Mariño y Alippi, los grandes artistas argentinos, y de allí tomó la ruta de Milán, larga y llena de promesas. Carlos Gardel conocía toda Europa, donde casi no había teatro en que no hubiera impuesto el estilo de las canciones criollas, gracias al estilo serio de su voz; además, tenía facilidad para pensar melodías, que silbaba mientras un músico las recogía cuidadosamente sobre el papel pautado. Ahora le parecía un sueño todo el pretérito de su vida novelesca, cuyo relato fiel requería las páginas de un grueso tomo de lectura. En fin, para artista de cine, ganaba mucha «plata» y tenía aún mucho terreno por delante que recorrer! Al llegar a esta parte de mi confidencia, no pude menos que estremecerme, recordando el signo fatídico que había descubierto en sus manos en la primera etapa de nuestra amistad. Y pensando que aquel héroe, formado por su propio esfuerzo, que caminaba sobre una alfombra de rosas, iba a desaparecer pronto y de una manera cruel, me entraba hacia él una infinita compasión. El público de la Coupole empezó a pedir, a gritos, que cantase Gardel. Dos bellísimas morenas, que resultaron colombianas, por cierto, se acercaron a nuestra mesa a suplicarle a Carlos que accediese al deseo de todos. Era inevitable ya. Carlitos Gardel, el rey del tango, se alzó, dirigióse ante la orquesta, y ésta rompió a tocar el mismo tango que se había interpretado por la tarde en el Estudio, dada la circunstancia de que también la orquesta era la misma. La voz tranquila, apoyada en el pecho, dulce y varonil a un tiempo, de Carlos Gardel sonó en el recinto. ¡Qué dolor extrahumano hubo en su acento al terminar:

... silencios en la noche,
silencios en las almas!...

Hoy, evocando aquellas sus frases, de un extraño dramatismo, se produce, en efecto, un silencio en derredor. Silencio de la noche y de las almas; la noche, que espera, y las almas, que no olvidan. Silencio espantoso en torno de una masa informe y carbonizada, allá, en Medellín (Colombia). Silencio, eterno silencio en la garganta de que brotaron las mías sentimentales melodías, y que ya no volverá a cantar nunca...

SANTIAGO AGUILAR

25 de Junio de 1935.

Carlos era, en el cinema, un intérprete admirable de esas escenas de cabaret en que los aplausos del champán son un acompañamiento más a la música de la orquesta

Sin el traje campero, Carlos Gardel era un imperable hombre de mundo, con aquella gran elegancia suya que le hacía parecer como un auténtico don Juan de nuestro tiempo

En los escenarios, en las milongas de amigos, Gardel ponía toda su alma en la interpretación de esas canciones melancólicas o bravas

Ídolos que se fueron

El amuleto milagroso de Rodolfo Valentino

De Jane Davis a June Mathis. Hacia la gloria...

Eran muchas las elegantes clientes del Maxim's de Nueva York que se habían fijado en el nuevo bailarín, compañero de la famosa Bonnie Glass. Admiraban su figura, de felina agilidad, y sus ojos exóticos. Aquel italiano era correcto en su trato con las damas; su galantería exquisita contrastaba con las maneras, un tanto deportivas y rudas, de los muchachos yanquis. (Los hombres han llamado *scurvi* a Valentino. Las mujeres, nunca. Y ellas son las que entienden de estas cosas...) Pero una, sobre todo, se distinguió en obsequio a Rodolfo: Jane Davis. Fueron muy buenos amigos. Ella, que tenía amistades y relaciones en Hollywood, fué la primera persona que le dijo que su porvenir estaba en el cine. El ex agrónomo de Castellanetta oyó la profecía sin concederle importancia. Estaba satisfecho con su presente, y ya quisiera que su porvenir no fuera peor. El empresario de Bellas Artes le contrata para que alterne sus exhibiciones con las del Maxim's. Todo va viento en popa. Jane Davis se despide. Parte para California y recomienda a Valentino que vaya allí cuanto antes. El promete ir a verla a la primera ocasión que se presente. Otra despedida sensible: Victor Revilla Urquiola, su íntimo amigo, ha conseguido que le renueven su pensión para el estudio del difícil arte del canto, y hace sus maletas con rumbo a Italia, a Milán... Rodolfo le encarga vaya a Castellanetta a saludar a su familia: a la señora Valentina d'Antonguolla, viuda de Guglielmi, y a su hermano Alfredo. El tenor Revilla, a su vez, le advierte que cuide del amuleto milagroso, que es tanto como cuidar de su propia fortuna. Pero la separación no llega a realizarse. Vienen a contratar a Rodolfo para una Compañía solvente de opereta, en jira bien organizada, y se le ocurre presentar a su amigo, por si encaja en el elenco. Le oyen y lo adquieren para

«Cobra» fué una de las películas en que más netamente triunfó el arte admirable de Rodolfo Valentino. He aquí al gran actor, con Nita Naldi, en uno de los momentos apasionados de aquella película

interpretar algunos números líricos. La partida es agradable. La jira, lenta y beneficiosa. Bajan hacia el Sur. Y un día, lo inevitable: ¡San Francisco de California! Es decir, muy cerca de Jane Davis, la norteamericana de trato maravilloso, a quien deseaba ver de nuevo. (¡Oh, aquel amor

Ante el hotel en que murió el ídolo, el público formaba colas larguísimas para ver el cadáver del que tantas veces apasionó a las multitudes desde la pantalla...

de un mes, que tuvo todo el perfume sincero de una amistad, imposible en los países latinos de Europa!...) La escribió enseguida. Y ella vino a San Francisco a verle, en avisarle, con la gracia oportunidad con que hacía siempre las cosas aquella mujer elegante e inteligente. Fueron unos días dichosos, continuación de aquellos inolvidables de Nueva York. Y, claro..., cuando llegó la hora de torcer la ruta para abandonar California con dirección al Far-West, Rodolfo se separó de la Compañía de opereta y de su amigo Revilla Urquiola, ya encanallado y curtido de éxitos. Inmediatamente, nada más dejar la Compañía, con harto sentimiento de los compañeros y del director, contratan a Rodolfo para bailar en el Alkázar, y le ofrecen lecciones particulares. (Sigue la sortija-amuleto en su dedo. No ya en el anular, sino en el meñique, porque, más hombre, se le ha desarrollado más la mano.) Jane Davis comienza a sentirse celosa como una meridional. ¡Admiran demasiado a su profesor las clientes del Alkázar! Y un día plantea la cuestión: ella vive en Los Angeles, y debe volver, para atender a sus negocios. Pero no sola. Y Valentino, ilusionado, se despide del Alkázar y abandona San Francisco para seguir a la persona que se ha apoderado de toda su voluntad. En Los Angeles, ella no consiente que él se contrate como bailarín; podría perjudicar su carrera cinematográfica. Y le brinda, a título de préstamo, su dinero, para resistir hasta el momento oportuno de su debut en la pantalla. Valentino no sabe negarse, y comienza a pedir trabajo en los Estudios de Hollywood, tan cercano a Los Angeles, que pueden considerarse barrio uno de otro, mejor que poblaciones distintas. Se ha escrito, erróneamente, que Valentino trabajó de extra. No es cierto. Su aparición en la pantalla fué con un papel importante en *La novela de un canalla*, de la Vitagraph. Después hizo, con Carmel Myers, *Toda la noche*... (Estamos en 1918.)

a fuego, Emmett Flynn le confía un papel heroico en *La mujer casada*, película que se interrumpe por dificultad de orden pecuniario; interrupción que precisamente iba a poner a Rodolfo en el disparadero del triunfo definitivo, porque June Mathis, íntima amiga de Jane Davis, se fija en él como el tipo soñado para el papel de Julio Desnoyers de la adaptación que acaba de realizar de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, y lo presenta en los Estudios de Metro-Goldwyn, en Culver City, al director Rex Ingram. Rodolfo Valentino ha llegado ya a su meta. A la que *el Brujo* del paquebote *Cleveland* le aseguró llegaría, convirtiéndose en ídolo de las multitudes...

La última escena de "El hijo del caíd". Hacia la muerte

Vamos a pasar por alto la trayectoria triunfal de Rodolfo Valentino como galán de la pantalla, por no hacer interminable este reportaje de ambiente retrospectivo. Y vamos a encontrarle nuevamente en pleno rodaje de la que iba a ser su última creación: *El hijo del caíd* (1926). Vamos antes a satisfacer una pregunta que adivinamos en los labios de nuestras bellas lectoras: ¿Qué fué de Jane Davis? Este personaje femenino, muy poco citado en las biografías de Valentino, se esfumó de la vida del héroe en el momento de su triunfo. Desapareció como viniera, como un hada. Aquella mujer singular tenía demasiado talento. Supo comprender que la gloria trae aparejadas muchas cosas que ella, íntegra mujer, no soportaría en plan de amante o de esposa del ídolo. Y le dejó en libertad. Alguien dijo que se había casado en Filadelfia poco después.

Y ahora sigamos la historia verídica del amuleto milagroso. Valentino pone toda su alma en la interpretación de *El hijo del caíd*. La gente supone que Pola Negri es su prometida y que se ha señalado incluso la fecha del sensacional enlace. Con tal motivo, Pola es la mujer más envidiada de Hollywood. ¡Hay tantas ambiciosas que se creían las insustituibles para el célebre galán de galanes!... Una tarde, en plena fiebre de trabajo en el Estudio, Rodolfo se dispone a filmar una escena dramática. Tiene que realizar un gran esfuerzo físico, porque hay que dar realidad a la desesperada lucha que marca el guión. Y se fija de pronto en la sortija-amuleto que le diera *el Brujo* el día de su llegada a Norteamérica. No quiere exponer el preciado anillo a las violencias de la lucha que le espera, en que ha de golpear y ser golpeado denodadamente. Podría romperse la piedra azul, o saltar y perderse en el fárrago del Estudio. Pide un momento al director. Abre su *camerino*. Abre también un pequeño joyero, y en él deposita amorosamente el anillo. Cierra el joyero y la puerta del *camerino* con todo cuidado. Y se guarda las dos llaves en el bolsillo del pantalón de *sheick*, ricamente bordado. ¡A rodar! La escena es una maravilla de realismo, y Rodolfo pelea con un ardor salvaje, lesionando a un comparsa. Todo es alegría en el Estudio. ¡Acaba de filmarse *El hijo del caíd!* Abrazos, besos, enhorabuenas, palmaditas en la espalda, hasta *hurras* y discursos inspira el feliz momento. Valentino se dirige a su *camerino* para desnudarse y desmaquillarse. Mejor dicho, a volverse a poner la modesta sortija de oro bajo con piedra azul; eso, lo primero, antes que nada. Pero le aguarda una dolorosa sorpresa. ¡La sortija ha desaparecido! Sus gritos de asombro y de desesperación llenan el Estudio, rebosante de regocijo hace muy poco. ¿Quién se ha llevado el anillo? Se cierran las puertas del Estudio y se efectúa un registro que dura una hora. Todo inútil. Alguien ha robado la sortija-amuleto, utilizando llaves idénticas a las guardadas por Rodolfo en el bolsillo de su pantalón, y ha salido de la nave tranquilamente, antes de acabar la escena cuyo rodaje acapara toda la atención de los allí reunidos. Rodolfo se deja caer, desalentado, sobre una butaca, y deja que le desnuden. ¡Es horrible! ¡Qué venganza más ruin o qué broma de más mal gusto! Todos se desviven a consolarle, a hacerle concebir esperanzas. La sortija tiene que aparecer. La sustracción ha obedecido, sin duda, a una venganza personal o a un afán de lucro de alguien que supusiera lo crecido de la gratificación al devolverla a su dueño. Este se irrita cuando piensa en su desgraciada previsión, que le hizo quitar el anillo de su dedo, ofreciendo el amuleto maravilloso a persona que esperaba el menor momento de oportunidad para arrebatárselo. Las débiles esperanzas que alimentaba de recuperarlo se perdieron al tercer día de búsqueda infructuosa y de anuncios en todos los periódicos. Rodolfo Valentino ha hecho lo imposible por recuperar su amuleto, recordando una por una las frases terribles de *el Brujo* del *Cleveland*: «Tiemble usted si un día pierde este amuleto, o si, creyéndose inmune e infalible, lo abandona o lo da, despreciando su maravillosa influencia. Ese día comenzará su descenso rápido y morirá al poco tiempo, a despecho de su juventud y de su fortaleza física...» No hay lenitivo alguno ni distracción para su dolor, enorme, creciente, latente, desgarrante... ¡Oh, si aquello era una venganza por celos o envidia, qué certero había estado el vengador, hiriéndole en lo más sensible y haciéndole pasar un suplicio lento, continuo, cercano al enloquecimiento! Cuando los directivos del Estudio le suplican que vaya a Nueva York para asistir al estreno de *El hijo del caíd* y presentarse al público que le reclama, Rodolfo se pone en viaje maquinalmente, como un autómata. Y se hospeda en el Ambassador Hotel, triste, abatido, esperando peligros o reveses inauditos y próximos. A las once y media del día 15 de Agosto se siente enfermo, y le recogen, desvanecido, para llevarlo al Policlinic Hospital. (No es sitio ni momento éste para estudiar cuáles fueron las causas de la muerte de Valentino, muy discutidas. Para unos fué apendicitis; para otros, varios tiros disparados por una mujer misteriosa... Para el caso de la profecía de *el Brujo*, que hoy nos ocupa, es lo mismo.) Días después, ante la impotencia de los médicos, el ídolo se trunca sobre su pedestal.

SANTIAGO AGUILAR

Rodolfo Valentino, con ese arbitrario traje que los americanos han creado para sus películas de españolada

Otro de los grandes éxitos de Valentino fué «Monsieur Beaucaire». Ved al actor, en esta cinta, con Bebé Daniels

LUIS ALONSO "Gilbert Roland"

Galán de la pantalla y de la vida

El hombre que suerdió a Valentino, sin querer imitarle.—Sus amores con Clara Bow y Norma Talmadge.—Lucha y evolución de su arte.—El don Juan de Hollywood.

I

Arsiz de la muerte de Valentino, todos sus infinitos partidarios quisieron encontrar, en su deseo de recordar al ídolo desaparecido para siempre, un sustituto capaz de atraer su devoción desde la pantalla. En Hollywood, día y noche, atentos a la actualidad comercial, se buscaban parecidos y semejanzas con Valentino.

Por un momento, debido a esa fiebre, se vió rodeado de atenciones y proposiciones tentadoras el entonces modesto actor, húngaro de origen, Ricardo Cortez, y fué obligado a filmar una película destinada a «Rudolfo, con la preocupación invencible de ofrecer a la cámara el máximum de coincidencias faciales. Secretos emisarios salieron para Europa con la orden de acaparar un «doble» sensacional del bello Rodolfo. Cierto austriaco, muchacho deportista que jamás había pensado en el cine, cobró como un verdadero astro por unas pruebas—que luego no dieron el resultado apetecido—, gracias a su aspecto valentinesco. El tenor de opereta Elio Bado, de Gibraltar, que actuaba en el Palladium de Londres, llegó a percibir la suma de quince libras esterlinas diarias por dejarse anunciar como pariente de Rodolfo Valentino, con quien se le confundía en la calle y en la escena. Pero todo inútil. Pasó el tiempo, sin hallar el «sosias» providencial, y ya no se buscaba un hombre semejante en el físico, sino un artista parecido en su arte siquiera. Y surgieron nuevos galanes que triunfaban; pero ninguno llegaba a recordar la personalidad inconfundible del desaparecido. Ni John Gilbert, con su simpatía morbosa; ni Schildkraut, con su fino dramatismo galante; ni Novarro, con sus atractivos de efebo; ni Ronald Colman, con su pasmosa naturalidad, consiguieron hacer vibrar la fibra devota de los que no olvidaban al inmortal creador de *Monsieur Beaucaire*. Es más: cuando John Barrymore quiso interpretar una cinta destinada a Valentino—*Los amores de Manón*—, no pudo asimilar tampoco la personalidad incopiable del galán que había hecho soñar a todas las cabecitas románticas del mundo. Y en Hollywood seguía vacante su puesto, pese a todos los galanes triunfadores entonces. (El que había de ocuparlo poco después por derecho propio con una sola película —como Valentino— era un muchacho extras, un mejicano de padres españoles, que paseaba su miseria y su pesimismo bajo el sol de oro de la playa de Santa Mónica.)

He aquí a nuestro compatriota Luis Alonso, que con rapidez milagrosa y éxito inmenso hizo célebre en la pantalla su seudónimo de Gilbert Roland, bajo el cual ha actuado como galán frente a las estrellas más hermosas y más célebres del mundo del film

II

Un íntimo de Luis Alonso—a éste nos referíamos en el paréntesis del capítulo primero—nos ruega no digamos el título de la película en que tomó parte por vez primera, desempeñando un papel de segundo galán. Su fracaso le hizo volver, sin entusiasmo ya, al montón anónimo de los comparsas, de que pretendió salir en virtud de lo que los yanquis llaman una *chance*. Queda complacido Jack Castello, compañero de Luis en aquella época de su vida. Pero ello puede justificar—y por eso se cita aquí—el pesimismo de que hablábamos antes, ese moral vencimiento pasado en la playa, frente al Pacífico azul y bajo el dorado sol de California. Luis lleva en sus venas neta sangre española; él se considera español, aunque haya nacido en Chihuahua (Méjico). La espina de Hollywood se había clavado en el pecho de aquel muchacho de largos cabellos, caprichosamente rizados, y ojos de romántica melancolía; su pequeño fracaso había roto la fuerte cadena de su voluntad y ponía en su rostro interesante y varonil una sombra pesante de amargura. «No daba bien, no tenía personalidad»—palabras inapelables de los técnicos—, y, sin embargo, él, en lo oculto de su alma juvenil y ambiciosa, rebelde y sincera, guardaba la convicción de su valía, de su inédito temperamento de actor. Era la ilusión, que le abandonaba, lo que le producía tristeza; ya no podía confiar en un desquite; todo su porvenir, acariciado tanto tiempo y con tanta paciencia, se había perdido para siempre. Su ídolo, Valentino, había sufrido también, crudamente, las injusticias y desengaños de la vida; pero a la primera ocasión —*Los cuatro jinetes del Apocalipsis*—se convertía de mísero bailarín en príncipe de la pantalla, por un milagro de su arte, amasado con sus propios sufrimientos. El, Luis Alonso, además de pasar hambre, padecía el tormento espantoso de su irreparable derrota moral. En tanto, cuando ya él a nadie se atrevía a mirar, unos ojos de mujer le estaban observando atentamente.

Los ojos de una mujer, poderosa en Hollywood y admirada en el mundo entero, le miraban con fijeza y con interés. Había en aquellos ojos un rayo de alegría y de sorpresa, un rayo de sol de caricia y de protección, un rayo de infinita y femenina bondad. Norma Talmadge, la actriz a la sazón—sobre el año 1927—favorita de los públicos, la más inteligente artista de la pantalla, murmuraba entre dientes, con suprema delicia, un nombre novelesco, mientras observaba a Luis Alonso: Armando..., Armando Duval. Lejos estaba el muchacho de sospechar que acababa de decidirse, allí, en la playa de Santa Mónica, escenario de tantas aventuras maravillosas, su porvenir como artista de cine, precisamente en el momento de su supremo desencanto, precisamente cuando la idea del suicidio se le aparecía como único fin de su inútil juventud.

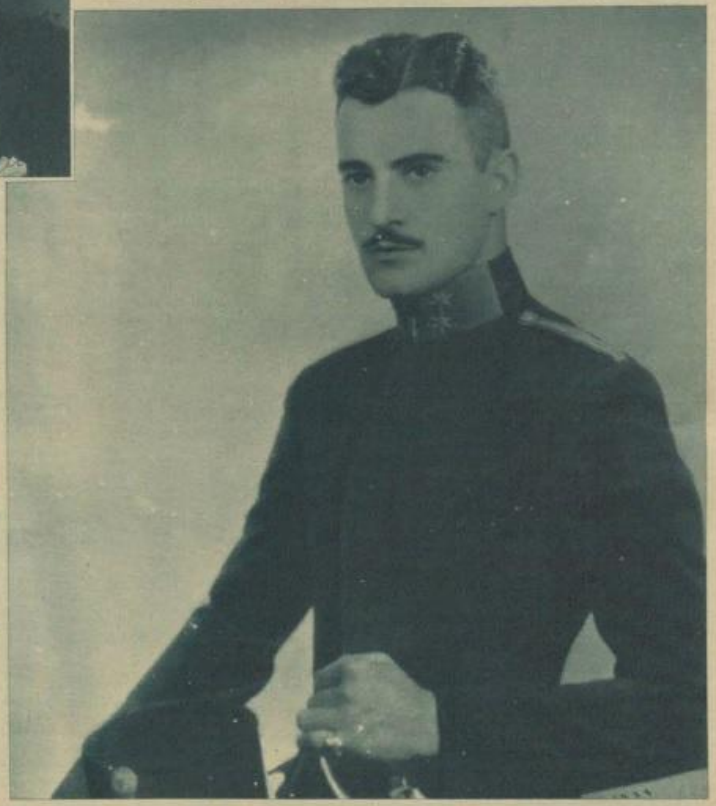
III

Ya sabía Luis Alonso de amores con mujeres del écran, pues había degustado sus nervios con muchas figurantas de tres al cuarto, de bellos cuerpos y cerebros vacíos, y sabía de la frivolidad peligrosa de la traviesa pelirroja Clara Bow. Su noviazgo con ella le había convencido de que un hombre de sangre española no podía tomar en serio a tales muchachas, acostumbradas a la infidelidad como a algo propio de su *toilette*. Clara habría sido, tal vez, sincera—a su modo—entre sus brazos de atleta; pero su coquetería invencible quitaba todo mérito al cariño que pudiera haberle dado. Luis se fué de ella sin llorar, ensombrecida su frente soñadora, cansado su corazón de sobresaltos, vencido por el esfuerzo de amar sin amor. Por eso Norma llegaba a su vida en el momento menos propicio, cuando era imposible deslumbrarle, cuando no esperaba nada ya. Y aquella terrible melancolía del «extra» atrajo con más poder a la estrella, que puso toda su alma en alfombrar de flores el camino del paria, en llevar la sonrisa a los labios del incrédulo, en proporcionar al vencido la victoria. ¡Qué tránsito, qué transformación! Luis Alonso se convertía, de la mañana a la noche, en *partenaire* de la primera actriz de Hollywood, para interpretar, bajo la dirección de Fred Niblo, una película basada en la más popular novela de Alejandro Dumas, hijo, dando calor de vida al mismo personaje que Valentino viviera en *La dama de las camelias*, con Alla Nazimova. Niblo, el gran director de *Ben Hur*, había cedido, bajo la presión firme de Norma Talmadge, que exigía a Luis para el papel de Armando. (El mágico nombre que ella pronunciara en la playa de Santa Mónica mientras miraba a un muchacho de cabeza romántica y morena, de facciones bellamente masculinas, de tipo fuerte y espigado a la par.) Fred no encontraba, por otra parte, nadie de su gusto para encarnar el héroe de Dumas, hijo. Así, que se conformó, incluso con filosofía. Se hicieron las pruebas, en las que Norma fué la verdadera directora, la inspiradora y animadora, y el nuevo galán firmó un muy halagüeño contrato. Todas las mañanas, después del baño en la playa, se iba con su protectora a Los Angeles, a encargarse ropa y comprar objetos que precisaba para su nueva vida. Su gusto, empero, era el del hombre que siempre hubiera hecho lo mismo. Llegaba a dudarse de si aquel muchacho de veintiocho años había arrastrado su penuria por todos los Estudios cinematográficos, dejando su voluntad, girón a girón, en las zar-

Luis Alonso y Catalina Bárcena, la pareja de moda hoy en los films que Hollywood edita en castellano

Catalina Bárcena y Gilbert Roland en «Una viuda romántica»

Foto curiosa de los tiempos de la búsqueda del sucesor de Valentino, en la que Luis Alonso, sin esperarlo, pasó a ocupar su vacante de galán romántico de la pantalla. Elio Bado, cuya semejanza con el llorado Rodolfo, le proporcionó un contrato en el Palladium, de Londres, por quince libras esterlinas diarias



Luis Alonso (Gilbert Roland) en «La mujer disputada»

ardiente deseo, incontenible ya. Ella era Margarita, con toda su extremada sensibilidad, con el refinamiento insuperable de un último cariño desesperado. El era Armando, entregado en cuerpo y alma a la mujer que iluminaba gloriosamente su juventud. Fred Niblo estaba excitado por el espectáculo de aquellos singulares amantes de la pantalla, cuyos transportes, besos y caricias, constituían, durante las largas escenas culminantes del film, un morboso placer para cuantas personas se hallaban en el *plateau*. Pero aquello era arte también. El verdadero arte, que es el no fingido ni premeditado: arte de improvisación, rebelde, arrollador, sublime.

hipócrita, salvo excepciones, Norma infundía valor y confianza a su protegido, estrechando a hurtadillas su mano. Comenzó la proyección. Un rumor incontenido, de admiración enfervorizada de raíz, subrayó el trabajo preliminar del nuevo y originalísimo galán de la pantalla. Cuando llegaron las escenas de amor, y, sobre todas, la de la mesa de juego, donde Luis rayó a una altura inconmensurable, su triunfo quedó asegurado. El protegido de Norma Talmadge se consagraba con una sola película—como Valentino, protegido de June Mathis, se consagró con *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*—como el galán romántico sin comparación posible, como un astro de luz propia en el difícil arte de hacer el amor ante la cámara cinematográfica. A la salida, todas o casi todas las estrellas del séptimo arte saludaron con respeto al triunfador, al doble triunfador del amor y de la vida.

Ellas, a solas con su sinceridad, las mujeres y muchachas de Hollywood, se confesaban que aquel hombre, lleno de pasión, de belleza y de juventud, era más guapo que Rodolfo Valentino y tan artista como él. (El, que no se lo había propuesto, heredaba el cetro deslumbrante del rey de los galanes del cinema.)

• •

El estreno de *Margarita Gautier* en Hollywood despertó una curiosidad inusitada, máxime que el acceso al Estudio de la United, durante la filmación de la nueva obra de Fred Niblo, había sido punto menos que imposible, incluso para los accionistas de la Casa. Luis Alonso poseía ya muchos enemigos sistemáticos, y no carecía de enemigas, mejor dicho, despechadas. El ambiente, en general, le era contrario y le consideraba como un advenedizo, como un intruso de fantástica suerte. En un palco del cinema, abarrotado de un público profesional, exigente e

xas de la ajena indiferencia. Mientras compraba corbatas de seda en casa de Schwab, Luis Alonso, reflejado sobre un espejo de la tienda, no se reconocía a sí mismo. Detrás de él, Norma Talmadge sonreía como el hada milagrosa que convierte en príncipe al niño pordiosero extraviado en el bosque, con un simple toque de su varita mágica. Ella, como un hada buena arrancada a los deliciosos cuentos de Perrault, era feliz creyéndole a él feliz. Pero él todavía no se sentía dichoso del todo, desconfiando de aquellas caramtoñas inesperadas del Destino. Aun le quedaba por demostrar si era digno de las bondades de Norma; tal vez su trabajo en *Margarita Gautier*, el esperado film de Fred Niblo, volviera a sumirle en la obscuridad terrible de los «extras», los dantescos parias de Hollywood. Mucho le quedaba por vencer en la senda, camino del triunfo primero o del fracaso definitivo. Podía pedírsele todo —decía a Norma—, menos que fuera feliz. Y entonces, para demostrarle que ya lo era hasta un punto increíble, ella, el hada buena de su vida, le echó los brazos al cuello y le ofreció sus labios, y con ellos su amor, su honor, su arte, su presente y su porvenir.

• •

Los amores de Luis y Norma fueron pronto el tema obligado de las conversaciones y de la murmuración en Hollywood. Ellos, durante el feliz rodaje de *Margarita Gautier* —*Camellia*, en su título original— juntaron la ficción con la realidad hasta confundirlas del todo. Las escenas, derroche de pasión y de ternura, no fueron sino el desahogo de sus propios sentimientos, el primer logro de su

Para festejar aquel triunfo estrepitoso, tan suyo, tan creación de su espíritu y de su cuerpo, Norma Talmadge regaló a su protegido un magnífico automóvil. (¡No iba a ser menos que John Gilbert u otros galanes, menos jóvenes y menos valiosos incluso!) Aquello tuvo la rara virtud de indignar al distraído esposo—y magnate—Schenck, y acentuó mucho la tirantez, ya de tiempo, entre él y Norma. Para poner un ligero cauterio sobre la herida causada en su dignidad de hombre de negocios, Luis filmó, después de *Margarita Gautier*, dos películas sin su protegida y amante: una con Billie Dove y otra con Mary Astor. La influencia del marido de la Talmadge era entonces enorme en Hollywood, y su venganza podía ser la de cortarle o entorpecerle el camino tan bellamente abierto ante su porvenir de artista. No obstante, y precisamente por razones imperiosas del negocio, —*les affaires sont les affaires*—, no hubo más remedio que reunir a Norma y a Luis Alonso nuevamente, en la película *La mujer disputada*. ¡Título simbólico!... La disputada al poderosísimo Schenk acabó por rebelarse contra el juego poco franco de su señor marido y, proyectó un viaje de placer, un verdadero viaje de novios, a las paradisíacas islas Hawai... Aquello fué una bomba en la Meca del cine, aunque Norma y Luis disfrazaron un poco la huida llevando como acompañanta a una tía de ella, de cierta edad y fama de virtuosa. Los tres salieron dispuestos a gozar de la vida en un clima maravilloso y en un paisaje de ensueño. Entonces el burlado marido, aconsejado por amigotes de poco meollo, preparó un plan para la vuelta de los tórtolos rebeldes, dispuesto a hundir, a toda costa, la fama escandalosa del favorito. Con aquel plan suponían él y sus interventores que el guapo y afortunado Luis Alonso tendría que abandonar Hollywood y sus alrededores para siempre. Al volver la pareja apasionada y apasionante de su deliciosa «cura de amor», Schenk hizo propalar por sus charlatanes comprados la especie truculenta de que Luis Alonso había sido raptado, en plena carretera, por unos desconocidos, y llevado a un buque sito en alta mar, donde un cirujano notable, pagado a peso de oro, le esperaba para someterle a una terrible mutilación. La absurda noticia comenzó a circular por Los Angeles, siguió a Hollywood, continuó por telégrafo a Nueva York y de allí fué a parar a la vieja y cazurrona Europa, donde, desde un principio, se acogió con reservas. Ya no se habló de otra cosa que la ejemplar venganza del marido de Norma en todo el mundo... Y cuando Luis Alonso, la víctima, apareció en público, sonriente y gallardo como siempre, muchos creyeron que disimulaba el monstruoso trance para hacer dudar del verismo de la noticia, que no podía ser comprobada así como así... La broma pesada de Schenk tuvo la virtud de aumentar la reputación artística de Gilbert Roland—así bautizado por los poco inteligentes jefes de publicidad, que quisieron hallar en él un rival de John Gilbert—y creó una malsana, pero productiva, curiosidad en torno suyo... Hasta que poco a poco se desvaneció el *bluff* y el magnate «vengador», chasqueado y corrido, se separó de la United Artists y de su esposa. Esta y Luis, mientras se llevaban a cabo las formalidades del divorcio, se fueron a tomar unas dulces vacaciones a Niza.

Luis, impenitente don Juan, lleva en brazos a una posible «víctima»: Mouna Barrie

Más tarde vinieron hasta España, y estuvieron en Madrid, con Natalie y su esposo, Buster Keatón. Pero, al fin y al cabo, la diferencia de edad y de posición trajo lo que nadie pudo conseguir: la ruptura, el desencanto de unos amores que llegaron al colmo de la pasión y de las emociones, y que se deshacían, como la espuma, en cuanto faltaba un ambiente de escándalo en su derredor y pasaban a una intimidad que la gente recibía con plena indiferencia. Además, Norma, celosa, y Luis, solícito en extremo por muchachas muy jóvenes y muy bonitas, tuvieron que sostener altercados y decirse cosas que sólo pueden atajarse con la separación. La pareja romántica de *Margarita Gautier* pasó a la historia de Hollywood como un documento curioso. Y Luis Alonso siguió su novela de hombre que ha perdido el hada buena de su vida, pero que encuentra dulces regazos en que consolarse y adormecerse bajo el recuerdo de las pasadas aventuras. Hoy es un galán de la pantalla y de la vida real, que va de una en otra boca de mujer, sin entregarse del todo. Parece que su fama de artista, que un tiempo fué tan grande como la del propio Valentino, renace ahora, poco a poco, desde los Estudios de la Fox. Su galanía, varonil y reposada, triunfará de nuevo. Lo que es difícil, no ya para él, sino para nadie, es volver a encontrar una mujer como fué Norma, toda amor y generosidad, que alfombre de rosas su camino por el solo placer de darle la más bella aventura de la juventud, a sabiendas de que luego, por razón de la propia vida, todo el maravilloso esfuerzo ha de ser inútil y estéril... — SANTIAGO AGUILAR

Carlos Gardel

EL ULTIMO IDOLO DE LAS MUJERES

Su sonrisa -dicen ellas- valía todo el oro del mundo.

Hemos recibido la siguiente carta, firmada por varias gentiles lectoras:

«Señor director de CINEGRAMAS. Muy distinguido señor nuestro: Tenemos una gran satisfacción en dirigirnos a usted para felicitarle de todo corazón por las frases y espacios dedicados al infortunado Carlos Gardel en su prestigiosa revista, en su último número. El profundo pesar que la trágica e inesperada muerte del pobre Gardel nos ha producido ha sido mitigado en parte por su revista, atenta siempre a los acontecimientos cinematográficos de actualidad; por ella hemos sabido detalles ignorados del gran artista desaparecido, que nos han emocionado, como todo lo suyo. Bien merece Gardel, mejor dicho, su memoria, que le dedique usted otra información, encargándosela al señor Aguilar, escritor moderno, que sabe lo que a nosotras nos gusta, y cuyos reportajes leemos con entusiasmo siempre. Además, fué amigo del desgraciado Carlos, y eso basta para que le tengamos verdadera simpatía. Dígale que escriba más sobre «el rey del tango», como le llamaban con justicia, y se lo agradeceremos. Nos supo a poco lo anterior. Gracias, señor director, muchas gracias. Es usted un perfecto caballero, y sabemos que nos complacerá. Y al señor Aguilar, nuestra devoción de lectoras que le siguen a través de cuanto escribe para nosotras, adivinando nuestros pensamientos... Y dígale que diga en su reportaje que la sonrisa de Carlos Gardel valía todo el oro del mundo...»

* *

Es, pues, al presente un reportaje a petición de nuestras lectoras, no satisfechas con lo que sobre Carlos Gardel, otro elegido de los dioses que se va, dijimos, ordenando nuestros recuerdos. En efecto, más detalles sabemos sobre el artista desaparecido; pero no nos pareció prudente fatigar a los lectores neutrales—los que leen nuestra revista sin una preferencia determinada, por informarse en general—con una continuación. Pero la mujer, no cabe duda, puede mucho en los países civilizados y consigue casi siempre lo que se propone. Valero de Bernabé, nuestro querido director, es hombre al agua en cuanto las lectoras de su revista le piden algo. No ha tardado ni minutos en llamarnos por teléfono y encargarnos el segundo reportaje sobre Gardel, así que ha leído la espontánea carta, llena de sinceridad femenil y deliciosa. Nosotros nos du-

© Biblioteca Nacional de España

ponemos a cumplir las órdenes del director lo más rápida y perfectamente posible. Esta vez hay que confesarlo, con placer verdadero. Carlos Gardel fué un amigo atento que hablaba español, con su acento y sus giros porteños, en la Babel parisina, y que nos acompañó por los bulevares rumorosos entonándonos, a *mezza voce*, un trozo de ópera o el «refrán» de un tango inédito. Fué un amigo alegre, sencillo, metódico, que parecía no advertir su fama deslumbrante y creciente, ni los hondos suspiros de las admiradoras. Gardel sonreía siempre, casi siempre. Ahora recordamos lo que nuestras amables comunicantes afirman de su sonrisa única: una sonrisa que «valía todo el oro del mundo...» *Todo el oro del mundo* puede ser la juventud, puede ser la simpatía. Simpatía y juventud había en la sonrisa del desaparecido Carlos... Dijo Guido da Verona de «Azyadeh, la mujer pálida»: «Su boca es lo más joven que tiene... Cuando ríe, no llega a los veinte.» Lo mismo podía decirse de Gardel, hombre que había pasado de la cuarentena hacía tiempo, y que, sin embargo, tenía una sonrisa resplandeciente y clara, de muchacho de veinte años. Una sonrisa milagrosamente juvenil, que hacía parecer más negro su pelo y más blancos sus dientes...

* *

La Prensa de estos últimos días ha registrado dos intentos de envenenamiento que han tenido por móvil la muerte de Gardel. La señorita Sancha Gallardo, de diez y nueve años, en San Juan de Puerto Rico, y la señorita Estrellita del Rigal, de veinte, en Nueva York, han rendido a la memoria del ídolo el único tributo que a su trágico fin le faltaba para asemejarse del todo al de un elegido de los dioses. Ambas muchachas no han consumado su propósito; pero su gesto desesperado se ha transmitido de confín a confín, y la United Press le ha concedido categoría de actualidad palpitante. No cabe duda de que Carlos Gardel era un ídolo de las mujeres, el último ídolo de ellas, tan impresionables y tornadizas en sus gustos... Ha sido más su muerte que su vida la que lo ha revelado, porque si ha habido dos admiradoras que han llevado su dolor a un punto espectacular y escandaloso, no hay que olvidar que serán millares y millares las que lleven hoy, silenciosa, pero amargamente, su luto en el corazón... Infinidad de muchachas de habla hispana y, lo que es más raro, de otras razas muy distintas a la suya, lloran hoy la espantosa desgracia que ha privado al mundo del mejor cantor argentino y de un actor cinematográfico que se iba imponiendo en los secretos del séptimo arte... Gardel fué el ídolo de las parisinas, no se olvide; y sus larguísimas actuaciones en el Empire y otros locales de la Ciudad Luz son tanto de admirar cuanto fueron conseguidas por un artista que cantaba en un idioma extranjero; las mujeres se lo rifaban en París, y ocurrió lo propio cuando tuvo que pasar a Londres, Berlín y Viena. Y luego, cuando llamado por la National Broadcasting Company fué a Nueva York a cantar por radio y su voz se extendió por las ochocientas estaciones de los Estados Unidos, le llovieron las cartas, las citas, los regalos y las declaraciones de amor... Gardel era un personaje romántico, que conturbaba los sueños de las *girls*, un poco ahítas de música negra, y a él acudían las irredentas soñadoras, que sólo comprendían el ritmo dulce y embriagador de los tangos, adivinando el contenido de su letra. Una vieja multimillonaria se prendó de Carlitos hasta el punto de no dejarle vivir a sol ni a sombra; valida de sus dólares, que por doquier sembraba, aquella enamorada tenaz se le aparecía a Gardel en los pasillos del hotel, en el ascensor, en el salón de ensayo de la Broadcasting, en todas partes. Una noche, al ir a acostarse, Carlos descubrió con asombro, sobre la almohada de su lecho, una corona de laurel, formada con esmeraldas y brillantes; contemplaba la fabulosa joya, cuando vió salir de debajo de la cama a su vieja admiradora... Gardel no se ablandó por el principesco obsequio, y puso a la multimillonaria en la puerta, en compañía, claro está, de la corona de esmeraldas y brillantes...

* *

Hemos ido preguntando a varias muchachas el porqué de su rendida admiración hacia el trovero argentino y estrella del cinema hispanoamericano. Antes que por su persona, ellas se han interesado por su voz, rica en matices varoniles, que les producía calofríos de emoción insuperable en sus arrastres y cadencias. Primero, la voz. Después, la sonrisa... Esas eran las armas con que Carlos Gardel vencía a la fémina de España. Y creemos que también a la de otras naciones, porque las mujeres, en el fondo, son las mismas—Eva es eterna y universal—, salvo ligeras variaciones que puedan dar el clima o la cultura. De las cinco películas que se han estrenado aquí, interpretadas por «el rey del tango», las que más han gustado a las mujeres han sido *Luces de Buenos Aires*, la primera, la de la brillante revelación, y *Melodía de arrabal*, en que se contiene el tango más dramático que se ha escrito y cuya interpretación fué un triunfo de apoteosis... No conocemos todavía sus dos últimas producciones, filmadas en Hollywood: *Tango Bar* y *El día que me quieras*. Sus admiradoras nos han pedido datos sobre ellas, para distraer su impaciencia enorme, que ha de durar hasta el día del estreno en Madrid. Podemos decir a nuestras gentiles lectoras—porque nos lo suponemos: no hay muchacha moderna y aficionada al cine que no lea CINEGRAMAS—lo único que sabemos: Carlos Gardel, el último ídolo de las mujeres, fué estilizado, espiritualizado, en Hollywood, por las manos expertas de los maquilladores, masajistas y electricistas. A Gardel le faltaba el complemento de Hollywood. *(Cuesta*

En Gardel se iba formando un actor dramático de primera categoría. En esta escena de su film «Cuesta abajo», impresionado en Nueva York, se advierte el temperamento brioso y varonil que era capaz de desarrollar ante la cámara

Carlos Gardel en una escena sentimental de su primera producción cinematográfica, «Luces de Buenos Aires», realizada en Joinville

abajo y *Tango en Broadway* fueron realizadas en Nueva York). Y Hollywood, con todo interés, acababa de crear un Gardel de atracción definitiva y arte perfecto. El mismo, al verse reproducido en la pantalla, reconoció que tenía una nueva personalidad. Hollywood transforma hombres y cerebros, almas y facciones. Y había transformado a Carlos Gardel, aprovechando hasta el colmo sus diversas y buenas cualidades de artista, mimándole como un favorito de la fama... Como un ídolo de las mujeres, que muy a poco de su gloria inmarcesible, lo mismo que todos los verdaderos ídolos de carne y hueso, ha sido robado por la Muerte, esa gran envidiosa, vieja caprichosa y terrible, que se enamora de todo lo bueno y de todo lo bello que se da en la Vida...

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Vida aventurera de un español que ha hecho cine en Francia, Inglaterra, China, Japón y Filipinas.

FERNANDO G. TOLEDO

Se confiesa para "cincgramas" y narra su vuelta al mundo

Una reciente fotografía de Fernando G. Toledo, el gran artista español con espíritu de aventurero, que ha dejado su huella de arte en todo el mundo...

Sí. A este muchacho cetrino, de pequeño bigote y enigmática sonrisa, le conozco yo.

Me lo acaban de presentar en la rotonda de Alcalá con Caballero de Gracia, en la quieta noche madrileña de estío. El me da la mano como a un desconocido. E ignora que yo le tuteé, hace años, en un café de la Gran Vía que ya no existe.

Acaban de presentármelo como un recién llegado, un hijo pródigo, que desempeña un máximo cargo dentro de una nueva productora cinematográfica de Madrid, que va a editar en breve películas directas en castellano.

Este mozo inquieto, que habla en bajo diapasón y que tiene un ligero acento exótico, no se acuerda de cuando sobre la mesa de mármol del café de la Gran Vía me trazaba, a lápiz, itinerarios de novela de Blasco Ibáñez. Tenía la obsesión, la ambición de viajar. Sus ojos, más expresivos entonces, brillaban de codicia de horizontes lejanos. Su hablar, más nervioso y cálido, era siempre de temas quiméricos y audaces, que no respetaban las distancias infinitas.

Te recuerdo, te evoco bien, Gomis. (He aquí la palabra completa de su primer apellido, hoy amputado con un punto misterioso tras la inicial.) Eras el muchacho que soñaba despierto en las vigilias cafeteriles de la ex Corte de los Milagros. Un muchacho de sonrisa pautada y cabellos ondulados de galán que se sentía atraído hacia el cine, sin dejar entrever todavía sus pretensiones.

Poseías una gran virtud. La de rozar la extravagancia sin contaminarte. Conocías a unos y otros; pero sólo me tuteabas a mí y sólo yo sabía tus proyectos. Y mientras León Artola—aspecto de león y trastienda infantil—luchaba por encontrar un capitalista para *Cumbres*, su film inédito, y la cohorte pedigüeña le halagaba y animaba con ese optimismo fenomenal de los españoles, tú estudiabas el inglés en las hojas amarillentas de un libro prestado.

Cuando estábamos los dos solos, mano a mano, yo elogiaba tu tesón por aprender un idioma de tanta utilidad. (Aunque desconfiara de que así pudieras hablarlo.) En uno de aquellos ratos a dúo me dijiste que la parte práctica del inglés te la enseñaba una buena muchacha, una inglesita de gafas con montura de oro, rubia alpina, cuyos ojos eran demasiado azules...

Yo adiviné que aquella *girl* amaba al español de los proyectos atrevidos. Adiviné que era tu musa, tu hada buena, la que se nos acerca una vez en la vida con sus manos piadosas y suple a la madre que se nos murió antes de tiempo...

(Aquella inglesita, tu Hermanita de la Caridad, fué tu suerte. Si te hubieras enamorado de una española—veinte años latían en tus venas, entonces—, tal vez a estas horas fueras un oficinista sumiso o un viajante de comercio.

Un recuerdo del paso de Fernando G. Toledo por Elstree, el Hollywood de Inglaterra, durante el rodaje del film, en castellano, «El hombre que asesinó»

© Biblioteca Nacional de España

Ella, que te dió el impulso para tu gran aventura, te liberó de las cadenas de oro...)

• •

Ha surgido el reportaje, que no tendría emoción si no hubiera esos retazos retrospectivos en mi memoria. Hoy, sentado frente a mí, me refieres tu vuelta al mundo con una sencillez que contrasta con tu fogosidad de antaño. Te ha templado el roce de otras civilizaciones y de otros países que quizá nosotros no podremos ver nunca. En tu «apartamento» solteril, presentes la ejecutoria, los documentos de tu gran aventura: fotografías, cartas, recortes de periódicos... (Antes, en tus maletas, había visto el mosaico de las etiquetas de hotel pegadas a lo largo de tu ruta, como el marchamo de tu inquietud errante...)

Nos hablamos de usted. No quiero recordarte aquella amistad de café nocturno, en que yo era un soñador y tú otro soñador del cine. ¿Para qué? Al cabo de los años voy a saber dónde fuiste aquel

He aquí un recuerdo de la feliz estancia de Fernando G. Toledo en Manila. Una noche tropical, durante la «garden party» que en su honor celebraron los socios del Germany Club

← Fernando G. Toledo, el aventurero de cine, posa ante un «policeman» de Londres y un guardia parisino, sellando una alianza internacional bajo la amenaza de una porra de tráfico. Todo realizado en los Estudios londinenses de Nettlefold...

día en que, sin despedida previa, supiste desaparecer de Madrid, con la vieja gramática inglesa bajo el brazo...

Resulta que tomaste un tren a París, y que, nada más llegar, te trasladaste a los Estudios de la Paramount, en Joinville. (Ese Joinville que desnudó un tanto José Luis Salado, con su pluma afilada.) Y, sin abandonar el usado libro que te dió la inglesita de ojos demasiado azules, te pusiste frente al máximo jefe de aquellos Estudios, y le saludaste, a quemarropa, en el idioma, mal aprendido, que era el suyo... Aquello cayó en gracia al emogol y te hizo un examen de voluntad a contraluz, en su despacho, que olía a cuero y a tabaco de Virginia...

Una hora después sabías que ganabas equis francos a la semana en los Estudios de la Paramount, de Joinville, como ayudante de dirección. (Lejos, quedaba Madrid, con sus optimistas proyectos de café y sus amargas realidades de bohemia...)

• •

Tú sabes todos los secretos de aquella etapa de los films hablados en castellano de Joinville, grotesco remedo de Hollywood. Pero eres discreto, y cauto, de una diplomacia que justifica tu errabundia productiva por el mundo.

Además, ¿merece aquello la publicidad, por muy pintoresca que resultase su información? Sería concederle honores históricos que no soñó adquirir. Adelante, Gomis; digo señor G. Toledo, muy señor mío...

De ayudante de dirección pasaste a director de diálogo. En dos años te encargaste de diez y seis películas habladas en español, de una en portugués y de otra en alemán. Aquel aprendizaje de la lucha cotidiana, junto a hombres como E. W. Emo y Leo Mitler, te proporcionó el salto a Londres, al contratarte la United Artists para hacer una película en los Estudios Nettlefold. Y, de regreso a París, hubiste de salir de nuevo para Inglaterra, contratado por la Paramount British. Y en Elstree, el laborioso barrio cinematográfico que hoy engendra producciones que

Una foto inédita de los tiempos de la producción en castellano en Joinville. Se trata de una noche en los Champs Elysées, celebrando el fin de una película de «Imperio Argentina»... En la foto aparecen: ella, su padre, Fernando G. Toledo, Tony D'Algy, Roberto Rey y otros artistas y directivos de entonces en la Paramount

asombran al mundo, trabajaste—y aprendiste—al lado del director polaco Buckowetzky...

Ganaste oro, mucho oro. Pero no perdías tu control; el mismo que aquí, en Madrid, te impidió el contagio nocivo de la «saimanía» de los eternos proyectistas. Tú guardabas ese oro, amasado con sudores bajo los arcos de los Estudios de cine, para proporcionarte el placer de tu quimera, de tu eterna ambición de viajar...

Querías conocer Hollywood, porque es la meta de todo soñador del cine. Porque es la Meca de las ilusiones de tanto idólatra del teatro de imágenes, la nueva religión del siglo, el espectáculo favorito del mundo... Y al volver a París, usando del mágico trampolín de tu dinero bien ganado y bien ahorrado, te saltaste el Atlántico y caíste sobre el propio Hollywood, con la siguiente tarjeta: «*Fernando G. Toledo, turista español.*»

• •

Con tu vida de turista en Hollywood se podría escribir un buen libro. Pero esto no es cosa mía. (Ni su reportaje, que brindo a mi querido compañero Francisco Hernández Girbal. Por algo eres uno de «los que pasaron por Hollywood»...) Allí viste y oíste cosas extraordinarias, que sólo un español—y un español como tú, concretando—puede escuchar y sorprender.

Allí aprendiste mucho, claro. Entraste en los Estudios, asististe a fiestas y *premières*, y hasta alguna vez, por un rasgo de gentileza de verdadero turista español, trabajaste como «extra». Así conociste la manera, el estilo de dirigir de los grandes realizadores y la forma de interpretar de las célebre estrellas...

Luego... Este luego requiere punto y aparte. Porque vas a hablarme de tu viaje hacia China y Japón, tocando en Filipinas, y no queda espacio en estas columnas para relatar los episodios culminantes de tu gran aventura cinematográfica, soñada y planeada sobre la mesa de mármol de un desaparecido café de la Gran Vía... Descansa, recobrade amigo, con el fatigado lector. Y hasta la semana que viene...

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

El cine en Filipinas, Japón y China, visto por un aventurero español

La vuelta al mundo de Fernando G. Toledo

La actriz filipina Makara Rocy, estrella de los estudios Philippine-Film, de Manila, y una de las figuras más destacadas de la cinematografía filipina

ESTE es un hombre—un muchacho, mejor—que tiene el sentido del equilibrio en todo. Su sonrisa pocas veces llega a ser risa; su voz no pasa de una tesitura discreta; fuma poco; bebe poco; no trasnocha casi; no tiene conflictos sentimentales. Su juventud se mantiene así, como el cordaje de la ballesta en tensión, capaz de afrontar con serenidad las situaciones y dispararse, en línea recta, hacia el enemigo. (El enemigo, en la lucha cotidiana, es el mal prójimo.)

Fernando G. Toledo me refiere ahora su vida en Filipinas, donde fuera desde Norteamérica por asuntos puramente familiares. (¿He dicho que nació en Valencia y que ha cumplido veintiocho años? Si lo dije, bien dicho está. Si no lo dije, bien vale la pena repetirlo.)

Manila, la ciudad amable y ardiente, recibió al españolito con los brazos en cruz. (Y Manila ya no es aquel paraíso de los tiempos coloniales, cuando España ondeaba su bandera bicolor en el Mar de la China. De esto hablaremos luego, me dice F. G. T.) Gente dulce y cariñosa, que lee y que se documenta mucho de las cosas del cine; conocía la ejecutoria del llegado, y le trató, desde el próximo momento, como a una personalidad del séptimo arte.

Se vió precisado a aceptar la dirección de una película tagala sin conocer el ambiente ni el idioma. Para ello le pusieron dos ayudantes, y el autor del argumento le iba traduciendo los diálogos al inglés. (Recapacitemos en esta aventura, que no puede ser sino española, de realizar una película típicas en un país desconocido.)

El film, titulado *Mga Ulila (El huérfano)*, obtuvo un éxito sensacional de crítica y público, puestos de acuerdo por una vez siquiera. A la sombra del éxito, la estancia de G. Toledo en las Islas Filipinas fué una cadena de rosas durante año y medio: fiestas, invitaciones oficiales y particulares, ofrecimientos de negocios y de matrimonios ventajosos. El aceptó aquello que le convenía sin atarle demasiado. ¡Ligaduras, no! (Mi pregunta acerca de cómo sabe el amor de las tagalas queda sin respuesta. Sin embargo, en el rostro del preguntado hay como una luz imperceptible casi, que trae a sus ojos reflejos distantes de las noches del trópico, de aquellas noches de Manila, que sigue siendo española en el fondo del corazón. Y a mi memoria acude aquella melodía, de monotonía dulce, que me enseñó un capitán que estuvo en Filipinas cuando Filipinas era España: «Era ya tarde,—y una mulata—brindaba amor...—Entre mis brazos—yo la estrechaba,—fernando juntos—un corazón...—Una mulata—dulces pedía,—y me miraba—con frenesí...,—Enternecido—con su sonrisa,—ya no me acuerdo—lo que la dí.»)

* *

Tuvo Fernando G. Toledo que dirigir otra película en Manila, con asunto de aviación, para la misma Compañía Tait Harris Productions, y con igual éxito que el obtenido por *Mga Ulila*. Pero aquello le iba reteniendo demasiado en un país exótico, cuyo cine no ha pasado de la infancia. La tentación de la China era cada vez más fuerte, y no supo resistirla ya. (¡Adiós, islas paradisíacas, que habéis perdido aquel perfume maravilloso por el que se suicidaban los funcionarios que la política de Madrid trasladaba de un plumazo a la Península; pero que todavía sois dulces y ardientes como la miel!)

China, al fin. Shanghai. 1933. Los Estudios de Star Films. (Perico Ladrón de Guevara se sentirá aludido.) G. Toledo encuentra muy atrasada la industria cinematográfica china. Todavía se impresiona en mudo. Los procedimientos son rudimentarios. Unicamente son admirables dos cosas: los intérpretes y el operador. (De este *cameraman* me enseña una tarjeta cabalística, que conserva como recuerdo. Pero, ¿cualquiera la traduce! Pongan ustedes los jeroglíficos que deseen, y tan amigos.) Algo maravilloso. Unos y otro. Su trabajo suponía una excitación de la sensibilidad, fabulosa aún para nosotros, los latinos. Los exteriores que captaba la cámara prodigiosa de aquel operador de Shanghai no los podrá olvidar nunca G. Toledo, porque jamás ha visto nada mejor en el mundo. (¡Oh, la paciencia-milagrosa de los chinos!)

Una bella escena del film japonés «Ohayo Gasamos», rodado en Kioto durante la permanencia de Fernando G. Toledo en el Japón

Fernando G. Toledo, con el director y algunos artistas del film «Ohayo Gasamos» (Buenos días), durante su rodaje en Kioto (Japón)

Una curiosa y típica escena, de maravilloso ambiente, del film japonés titulado «Namiko», rodado durante la estancia de G. de Toledo en el Japón heroico y galante

Puede decirse que en China este muchacho aventurero fué un turista, un observador curioso que apresaba paisajes y costumbres para satisfacción del propio espíritu, sin intervenir para nada en la producción cinematográfica. Muy natural. Nada podía aprender allí. Si en los mejores Estudios se trabajaba poco menos que al estilo de la histórica *Atlántida* madrileña, ¿para qué gastar tiempo y energías? Así, mi antiguo amigo y joven hombre me habla de Hong-Kong, la notable ciudad, dominio británico, que ofrece al viajero agradables sorpresas cosmopolitas; me habla de los curiosísimos *mesías*, de las danzarinas aniñadas y ágiles, de cosas mil que no tienen relación con el cinema y que, por lo tanto, no pueden interesarles a ustedes.

* *

Quedaba el Japón, heroico y galante, para el ansia de horizontes exóticos de Fernando G. Toledo. Y fué en Tokio donde tuvo la suerte de conocer a Mr. R. Omita, director de la producción japonesa de la Paramount. Un hombre inteligente y acogedor que le brinda amistad y que, después de enseñarle los mejores Estudios cinematográficos del país, le contrata como asesor de costumbres occidentales.

La decepción que acababa de sufrir en China fué compensada con creces en Japón. Es Japón una potencia del cinema, la segunda potencia mundial, así como suena. Puede comprobarlo sobre el terreno. Los Estudios sonoros de Kioto (Nikkatso Studios) le causaron asombro. La perfección de los aparatos, de las instalaciones; la belleza de los decorados; la disciplina y el orden del personal; la desenvoltura de los actores, la técnica de los directores..., todo hacía olvidar la penosa impresión de China para admirar el esfuerzo gigantesco de los japoneses, que producen más que toda Europa junta.

Su estancia en Kioto fué muy útil. Allí incluso aprendió cosas nuevas del séptimo arte, que aplicará cuando intervenga aquí de director, cosa que no le corre prisa. (Es muy joven, y su cargo hoy está por encima del de realizador artístico. El es quien ha de controlar la producción de films en castellano, eligiendo precisamente sus directores.)

Fernando G. Toledo ha dado, pues, la vuelta al mundo. Su marchamo cosmopolita no le impide sentirse español por y sobre todas las cosas. Por eso, ahora, ha recalado en Madrid. Y mientras descansa de las emociones recibidas en sus largos viajes—que quizá nosotros no podremos realizar nunca—, se prepara para volcar en celuloide cuanto ha aprendido, cuanto ha visto o experimentado. Y lo va a volcar en beneficio de su patria, que es el suyo.

SANTIAGO AGUILAR

El gran actor Ohimata y la bellísima actriz Murutomi, en una escena de la producción japonesa «Namiko», editada en los magníficos estudios cinematográficos de Kioto

La famosa actriz china del cinema—famosa en China, aunque aquí sea inédita—, Ma Ling, posando en los estudios de la Star-Film, de Shanghai

Fernando G. Toledo (x) dirigiendo unas tomas de exteriores en el mar de la China de una película de costumbres tagalas, «Mga Ulila» (El huérfano), estrenada con gran éxito en las Islas Filipinas

Rodando una escena en los Nikkatso Studios, de Kioto (Japón) de la película «Ohayo Casamos». De espalda, en la máquina y junto al operador, Fernando G. Toledo observa las figuras por el objetivo

© Biblioteca Nacional de España

Katharine HEPBURN

Otra expresión y otra actitud dolorosas de la Hepburn, la fea sublime, cuya sinceridad ante la pantalla fascina y enseñana a todos los públicos

Y SU SECRETO AMOR, ASOMBRO DEL MUNDO

Aquí no se sabe si la señorita Hartford ríe o sufre... Quizá ninguna otra exprese mejor el verdadero temperamento de Katharine Hepburn, la estrella que nadie conoce del todo como artista ni como mujer

Poco se ha escrito en España sobre esta «deo sublime» que los yanquis quieren oponer a Greta Garbo, la absorbente europea. Y hay mucho que escribir—y que meditar—sobre su vida dinámica, inquieta, rebelde. Es hora de sacar a la luz las obscuridades de su alma, que, de puro libre, se escapa a las ajenas miradas cubiertas, y toma los disfraces más diversos.

Katharine Hepburn, asombro del mundo, ha llegado a ese punto de celebridad que ciega y deslumbra, al momento peligroso en que la propia fama, al parecer sumisa, puede empañarse a la menor vacilación o claudicación de quien la posee. Pero Katharine, mejor dicho, la señorita Hartford, está tan segura de sí misma, que sube y como mujer, nunca menos.

Se ha hablado de su extraña fealdad, que se convierte fugazmente, al soplo de su espíritu creador, en belleza milagrosa e irresistible. Se ha citado su indomable carácter desde la infancia, que le hizo romper con directores rutinarios en sus primeras películas (*The Big Pond* y *Dent Takes a Holiday*), que llevó su personalidad artística a través de inseguras pruebas que no acusaban el genio de la actriz. Se ha divagado sobre su estado, suponiéndola algunos casada, y soltera otros; se ha proclamado a la ligera su físico parecido con Greta, tomando apoyo para sus puestas—y bien supuestas—imitaciones. (Es una mujer de personalidad tan poderosa y original que puede asegurarse que no se parece a ninguna.)

De origen inglés, y nacida en Norteamérica, la Hepburn es la estrella que pedía a gritos Hollywood, alarmado y dolido del triunfo de las europeas Greta Garbo y Marlène Dietrich. Es la gloriosa venganza soñada largamente. Los productores americanos han podido fumarse un gigantesco puro a la salud de la indómita Katharine, premiada con medalla de oro en la Exposición Internacional de Arte Cinematográfico celebrada en Venecia.

Pero, con todo, Katharine sigue siendo un misterio para el público y para los productores. Cada film suyo es una nueva sorpresa para unos y otros. No saben cómo encasillarla: ¿ingenua?, ¿romántica?, ¿vampiresa?, ¿frívola?, ¿dramática?... Distinta siempre. Una mujer y un carácter en cada película: *Doble sacrificio*, *Hacia las alturas*, *Gloria de un día* y *Las cuatro hermanitas*, en *Sangre gitana*, su culminación, parece la actriz que se revela del todo. Y tenemos la seguridad de que ha de parecer-

¿Qué mira la romántica estrella yanqui, de origen inglés, en el hueco de su mano? Algo de interés supremo para ella, a juzgar por la zozobrante atención del gesto...

© Biblioteca Nacional de España

nos después, en *Un aplauso para ti* (título provisional), la verdadera, la definitiva Katharine Hepburn.

Recibí algunas cartas hace tiempo, cuando hablé de ella por primera vez (de una manera puramente impresionista, lo confieso), pidiéndome datos sobre su vida privada, sobre su familia, sobre sus amores... Hasta hoy no he podido complacer a mis lectores, porque estas búsquedas son de una dificultad formidable, y más tratándose de una mujer como Katharine, que ha hecho un arte perfecto del hermetismo y del disimulo. Tengo amigos sagaces en Hollywood, que me demuestran su amistad al oficiar de detectives de aquellas artistas que me interesan. Y uno de ellos acaba de descubrir nada menos que el secreto amor de Katharine Hepburn.

* *

Gracias, buen amigo. Cuando leas estos renglones, escritos a vuela pluma en mi «oficina» bohemia del Café Internacional, teniendo tu preciosa carta delante, sabrás sonreírte con igual satisfacción que un policía que sirve una confidencia sensacional desde la sombra de su anónimo.

Katharine Hepburn tiene una debilidad, una suprema debilidad, el «talón de Aquiles», que anula su imponente fortaleza: está enamorada... Con un viejo amor sin esperanza ninguna. Un amor lejano, que fué su primer amor precisamente... El amor de la adolescencia: bello, imperioso, ciego, sin razón y sin límites; bárbaro e inexplicable como la propia vida; fatal y caprichosa como la propia Naturaleza...

Ella, la rebelde magnífica, la triunfadora que hoy puede dormir sobre los más blandos y suaves laureles, la genial dominadora de los públicos, sufre de amor, todavía, por un hombre que no se merece una sola lágrima de sus ojos fantásticos. Por el amor de un hombre vulgar, que la ha olvidado, que no ha sabido recoger la feminidad maravillosa de la actriz ni la ternura palpitante de la novia rendida. Un hombre cualquiera, que no da mérito alguno a la celebridad de la que fué, en sus brazos, una engañada más...

Se conocieron en una biblioteca pública. El acudía a estudiar sus asignaturas de ingeniero, que no podía comprarle la familia modesta. Ella, inquieta siempre, leía obras clásicas del teatro inglés, no porque no hubiera podido comprarlas con su dinero —tenía todo el que quería, y quería mucho—, sino porque se encontraba a gusto bajo la techumbre de cristal y ante el pupitre de madera sobada... No fueron amigos. El primer día que cambiaron unas frases ocasionales y corrientes cambiaron también el primer beso... No volvieron ya a la biblioteca. Buscaron los parques silenciosos o los arrabales perdidos... El no fué ingeniero. Ella olvidó a los clásicos y aprendió que se ha nacido para ser esclavo de alguien, con un ilógico placer de hundirse en la nada y dejarse morir de ilusión, de cara al infinito... Los amores aquellos duraron poco más de un año. El hombre amado halló en su senda otra mujer más atractiva, más dentro de sus necesidades, más en consonancia con su vulgaridad. Katharine le vió del brazo de su rival afortunada, y ella, tan soberbiamente rebelde, no tuvo un arranque de rebeldía... «Soy fea. Ella es bonita, aunque tal vez no sea inteligente. Puede estar tan enamorada como yo...», pensó. Y supo retreparse, en un callado y sublime sacrificio, en un supremo vencimiento, sin una sola queja. Entonces nació la actriz. Todo el fuego de su pasión truncada volcóse, con ímpetu de incendio precipitado, sobre el arte de expresar los sentimientos, transmitiéndolos, por sugestión, a los espectadores de la farsa. De ahí su convicción de que ella no representaba, sino que vivía, y que aquello—su arte bárbaro y puro—era la verdad. De ahí su rebeldía perenne y deslumbrante como un sol... De ahí el asombro legítimo del mundo ante la pelirroja Katharine Hepburn. Hoy, como ayer, la señorita Hartford es esclava de su amor primero, simple, ridículo, desgraciado, que ella considera como el más bello sueño de su vida: el que no ha de realizarse nunca. Ama todavía al mal estudiante de ingeniero, perdido en el fárrago aventurero de Norteamérica, con todos los fervores de su alma sublime, capaz de interpretar todas las sensaciones femeninas. No sabe de él, aunque lo intenta sin cesar, con un afán de monomanía incurable. Tal vez se haya casado. Tal vez se haya muerto. Y, sin embargo, Katharine está convencida de que no ha de volverle a ver jamás. Es un presentimiento de esos que imposibilitan el más débil rayo de esperanza. Aquel hombre que no la supo apreciar ni comprender, ése será siempre su ídolo oculto. Al recuerdo de sus besos insinceros y de sus palabras vulgares dedicará sus horas de trabajo, de lucha y de triunfo... Para él serán, en el silencio de sus horas solteriles, sus frases más bellas de ternura y de sacrificio. Para él levantará su propio pedestal de mujer célebre, desde el que se le ofrecerá de rodillas y los brazos en cruz, como una mártir...

SANTIAGO AGUILAR

Los ojos fantásticos, abiertos y expresivos de la rebelde Katharine, en una mirada que lleva en sí toda la fantasía de su espíritu, que acaso nadie ha sabido descifrar aún

Katharine piensa... La intérprete genial de «Sangre gitana» en su última creación, presenta su perfil, tallado en facciones de energía y su exento, sin embargo, de un encanto femenino, extraño y cautelosa

© Biblioteca Nacional de España

Conchita MONTENEGRO EN MADRID

La estrella, su mamá y su marido.

Visita inesperada.—Un perro disecado.—Las manos de la novia

Cuando asciendo entre las cuatro frágiles paredes de este modesto cohete, que no llega a estratosférico, con ruido de cables, voy pensando en la doble desilusión que causará el nuevo matrimonio cinematográfico. Los admiradores de Conchita estarán un poco alicaídos. Y las que suspiraban por Raoul Roulién—*El último varón sobre la tierra*—, habrán temido que apretarse un poco más la faja de caucho. Sí; no debían casarse estas muchachas y estos chicos cuyos retratos andan en bolsos y carteras. Son el fuego sacro de la ilusión a distancia, la pasión en conserva de celuloide, la felicidad plasmada en sombras. Y no debieran casarse como unos seres de carne y hueso. El artista de cine ha de permanecer fiel a su público, que es el que le mantiene y le paga los vicios; podrá flirtear, que eso es higiénico; pero casarse, ¡nunca! Un público celoso es peor que Otelo en el acto final de la ópera de Verdi, más refinado en su venganza. He llegado y tocado el timbre. Se abre la puerta de este pisito del barrio de Salamanca, y una doncella me mira de abajo arriba. Yo la miro de arriba abajo. ¡Caramba, no está mal la cancerbera de la mamá de la estrella casada! Mi visita, inesperada, no sorprende. La palabra «periodistas», seguida del exabrupto reportaje, se pueden proferir sin escafandra. Y una señora desenvuelta, aunque envuelta en una simpatía natural que yo diría madrileña, acude a cogerme un sombrero que no he traído y a invitarme a que pase al interior, cosa que ya he hecho, como estáis hartos de saber... Lo primero que ocupa mi atención al pisar este gabinete, sencillo y elegante a la par, es un perro disecado. Un can pequeño y lanudo, de ojos quietos, de patas bien asentadas sobre la tarima bien dada de cera Alex. (La conozco por el olor. Pasen la factura). Distraídamente, silbo al perrete y le llamo *Alex*.

—¡Qué rico tipo!—exclama una voz cargada de crepúsculos tropicales.

—Señorita, digo señora, eso es: Yo soy rico, y *Alex*, el can disecado, ¿no?

Un perfecto ladrido de dignidad perruna herida congela mi sangre. ¡Manes de *Rin-tin-tin*! Me justifico como puedo ante Conchita, vestida de blanco *tailleur*. A poco surge Raoul Roulién, como ella, o sea sin maquillaje, perdiendo el pañuelo de la americana a fuerza de querer exhibir tal vez el bordado de aquellas manos de novia que hoy son de desposada.

Cuadro familiar.—Tres preguntas bárbaras.—Las cajas de maquillaje

Francamente, si esta suegra es en su vida íntima igual que en visita, el matrimonio se acerca a esos desfiles para los que cabe una amable disculpa ajena. La mamá de Conchita Montenegro ha debido tener unos quince arrolladores, irresistibles. Es el mismo rostro de la hija, con los surcos que ha dejado la experiencia únicamente. Está en todo. Es sencilla y amable, graciosa y oportuna. La suegra ideal. ¡Este Raoul de mis pecados ha nacido de pie!

Bueno; a todo esto no he mentado siquiera al fotógrafo. ¡Pobre Cortés! He sido con él todo lo contrario, al omitirlo. Le ruego plasme esta pareja de madre e hija, que tanto se parecen. Luego se agrega de bonísima gana Raoul. ¡Muy bien! He aquí el terceto buscado: la estrella, su mamá y su marido.

El reportaje adquiere un tono familiar que enternece. ¿Y esto he de contar a mis lectores luego? ¿Que he ido a pasar el rato con un matrimonio aparentemente feliz y una suegra simpática? Y, sin embargo, no hallamos a nadie más en esta habitación elegante y sencilla del barrio de Salamanca. ¿Verdad, Cortés? Cortés se sonríe. Hemos sorprendido un conmovedor cuadro de familia: la hija, casada, que viene de allende el Océano a dar un abrazo a la madre, tal vez viuda. (No queremos ser indiscretos). Es la primera vez que no sabemos marear a preguntas a una artista de cine, ni pedir su autógrafo, sin querer retratarnos con ella. Aquí hay una señora suegra y un yerno con toda la barba. (Si no estuviera recién afeitado, ¿eh?)

La pareja partirá pronto con rumbo al Brasil. Raoul, brasileño, así lo desea. Y Conchita, encantada. Por cierto que, al tocar este tema del viaje, la deliciosa estrella hace un elogio de Cinegramas: la información de Benjamín Fainsilber es exacta sobre sus sensaciones en París. (Véase el número 54 de esta Revista.) Yo pienso en lo que dirá sobre la mía. Porque, hasta ahora, no hay interviú ni por asomos. El ambiente está tan recargado de paz doméstica, que no sé hacer una sola pregunta de las que me traía embotelladas:

1.ª Conchita, ¿piensa usted divorciarse pronto?

2.ª Raoul, ¿trasnocha usted mucho?

3.ª ¿Se han casado ustedes por razones de publicidad?

¡No! No puede ser. Estas preguntas bárbaras tendrían aquí la adecuada respuesta de unas suelas de goma o de unos tacones bajos. Este matrimonio es un matrimonio con todas las de la ley, a la española. Por algo Conchita lo es, y Raoul lleva en sus venas sangre de los conquistadores. Y por algo sonríe aquí una mamá política que es un monumento. ¡No hay nada que hacer! Del paso de esta pareja cinematográfica por Madrid sólo quedará el recuerdo vulgar de mi visita inesperada y de mi fallido reportaje. Conchita Montenegro y Raoul Roulién se han dejado las cajas de maquillaje en París. No es cosa de volver por ellas. Y los recién casados, sin la máscara de su profesión, son dos seres sencillos y felices, ante los que la estilográfica destila lentamente una gota de envidia...

Santiago AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Vida íntima de una "estrella" de sesenta años y otra de seis.

Marie Dressler, la insigne actriz de la pantalla, cuyo arte maravilloso parece haber heredado la diminuta Shirley Temple

Curioso paralelo entre MARIE DRESSLER Y SHIRLEY TEMPLE

Estreno de *Ojos cariñosos*, en Madrid: una pequeña intérprete se apodera del reparto. Por sus ojos, que hablan. Por su boca, que ríe asomando el corazón. Por su menudo cuerpo de bailarina, que alberga un alma gigante. Por su asimilación de las alegrías y las tristezas de las personas mayores. Como un milagro de precocidad. Ha surgido una estrella de seis años que compendia a todas las otras. Que hace llorar y hace reír. Que no tiene género determinado en que su arte se encasille. Que es la naturalidad misma, la sinceridad de arriba abajo. Que lo es todo, frente a la cámara cinematica, por obra y gracia de la Naturaleza caprichosa. He aquí un monstruo de rizada cabecita rubia y dos hoyuelos de gloria en las mejillas: Shirley Temple. Un pequeño ídolo que se erige por sí mismo: Shirley... Ahora, ya, siempre Shirley...

• •

Y entonces escribí esto: «Hay un curioso paralelo entre la naciente y triunfal Shirley y la malograda Marie Dressler. Entre la desaparecida estrella sexagenaria y esta estrellita de seis años. ¿Es que el espíritu vetusto de la genial Dressler ha ido a refugiarse, por un misterio del más allá, en el cuerpo infantil de Shirley Temple?...» Mis palabras levantaron revuelo en algunas peñas de intelectos, de exquisitos del cine. La semejanza por mí pretendida no pasaba de ser un criterio gratuito y extravagante. La preocupación propia de un aficionado a las ciencias ocultas. Pero, poco a poco, ellos, los sorprendidos, fueron cayendo en la cuenta de mi verdad, pensada y escrita. De la grande y extraña verdad del parecido. Del paralelo curioso entre la «vieja Marie» y la pequeña Shirley. Las dos, capaces del drama y de la comedia cómica—risa y llanto—, sin más esfuerzo que comenzar a sentir... Las dos, feas. (Perdón: Shirley no es bonita. Es atrayente, por su simpatía explosiva; pero no tiene belleza. Agregad un cero a la cifra de su edad—6 y 0 : 60—y tendréis, tal vez, aquella fealdad viva y agradable de la Dressler...) Las dos, impuestas por sus propios méritos; a sus años, no son posibles los manejos expeditivos de algunas de las Venus de Hollywood por conquistar la gloria y la fortuna... Sí, las dos, en su arte y en su persona incluso, se parecen. Shirley resulta la milagrosa prolongación de Marie, como una nieta que fuera el espejo de su abuelita, en un asombroso salto hacia atrás...

• •

Viendo y oyendo a Shirley Temple, recibo la sensación misteriosa de que la vieja Dressler no ha desaparecido del todo. De que no se ha resignado a dejar este mundo, que tan intensamente vivió y conoció, y ha legado su herencia de arte, hecha de todos los experimentos posibles dentro de la Verdad (con mayúscula), a la traviesa Shirley.

La experiencia de la «abuelita» genial ha despertado, con el asombro natural del mundo, en el espíritu inocente de la nietas. Shirley Temple habla, canta, baila, llora, ríe y sonríe lejos, muy lejos de sus seis años «físicos».

(Con los sesenta años «anímicos» de su herencia fabulosa...) Ella, no lo olvidéis, lleva dentro a Marie Dressler. Sólo así es posible que pueda conmo-

Una graciosa expresión caricaturesca de Marie Dressler, entre las muchas que incorporó al arte cinematográfico durante su brillante historia de actriz

Con el mismo espíritu juvenil que una muchacha de veinte años, Marie Dressler practicaba a diario, con la agilidad que sus años le permitían, el tenniss

© Biblioteca Nacional de España

vernos hasta la sensiblería y deleitarnos hasta regresar, con ella, a la niñez...

• •

Lo que hace Shirley en los Estudios cinematográficos no ha podido aprenderlo. No ha tenido tiempo. Algunos críticos la llaman «imitadora sublime». Pero para imitar—o sea, copiar—tiene que haber espacio y calma de observación. Calma y espacio que no se contienen en un pellejo tan estrecho como el de Shirley, aunque tenga la elasticidad de la goma. No se explica suficientemente el misterio de la estrella más pequeña del mundo, suponiéndole dotes únicas de asimilación. ¿Os habéis dado perfecta cuenta del trabajo de la Temple? ¿Y no os sentís un poco avergonzados de esa capacidad de inteligencia, que confrontáis con la vuestra madura y luego con la que pudisteis tener a los seis años de vuestra vida?...

Por eso me asustó la primera vez que la vi actuar sobre la pantalla sonora. Porque lo sobrenatural brota de ese cuerpecito tan feble y tan gracioso, dejándonos perplejos y pensativos. Y decimos, entre dientes: «¡Esto es demasiado!» (Demasiado, porque Shirley Temple alimenta un espíritu de sesenta años en una carne de seis. Porque resulta una muñeca que sabe más que los que la han fabricado... Una saladísima «queca» de bazar que nos embruja desde el escaparate mágico de las pantallas...)

• •

Marie Dressler acumuló en su existencia azarosa una filosofía tal que le permitía aconsejar y aleccionar a quien bullese en su alrededor, que era todo Cinelandia. Ella llegó a estrella de cine a los sesenta años. Es decir, cuando ya las estrellas llevan mucho tiempo apagadas en el cementerio o en el olvido de un rincón del hogar... Cuando otras no hubieran podido obtener más que una jubilación piadosa, ella triunfó ruidosamente, escandalizando al mundo con su vejez dinámica y genial. (El caso de Shirley, al revés. Cuando otras empiezan a ir al colegio, ella está de vuelta de la fama y de la popularidad, sirviendo de juguete maravilloso al mundo entero...) Y su vida íntima se hace pintoresca, volviendo, de un golpe, a los veinte años. Su casa es invadida por la gente joven, que la incluye en su rueda de travesuras y placeres. Ella baila con adolescentes, que consideran un honor tener en sus brazos a la gloriosa actriz sexagenaria. Ella se viste con trajes de noche muy escotados y de modelos atrevidos. Ella, en su tocador, posee los más refinados perfumes, y en su dormitorio—sedas, lacas, terciopelos y joyas—hay un lecho de reina...

• •

La «abuela» de Hollywood decía entonces: «Yo me desquito con creces, a última hora, de mis juventudes primera y segunda. Me divierto de firme por las dos...» El correo le traía a diario montones de cartas de admiradores, que ella leía durante el desayuno, sin despreciarlas como las estrellas «de menos de treinta»... Ella se vengaba de su insignificancia juvenil con su importancia senil, recreándose en las frases encendidas de las adoraciones distantes. ¡Adoraciones, sí!... Porque todo hay que decirlo: Marie Dressler enamoraba, a despecho de su fealdad y de su vejez, a muchos jóvenes, deseosos de postrar a los pies de la «divina abuela» todo el tesoro impagable de su savia de vida... Aquel su corpachón, que exhibía con graciosa desenvoltura en muchas escenas, gigantesco, pero ágil, dominador, prepotente, había inflamado pasiones absurdas, en que lo imaginativo se adentraba en los límites de lo morboso. Y esa fué la íntima gloria póstuma de la Dressler, admirada y amada a los sesenta años.

• •

Como lo es ahora la muñeca Shirley, capricho del mundo y juguete que no tiene precio. Ella, con su categoría de estrella que nadie la discute, hace un vida impropia—como su arte—de sus pocos años. Tiene que recibir visitas, firmar retratos, verse acosada y estrujada por bocas y manos desconocidas, y asistir a fiestas donde el elemento infantil se reduce a su personilla adorable... Y hombres canos y calvos, que podían ser sus abuelos, la sacan a bailar muy seriamente. Y muchachos de veinticinco años la piden por «novia», y hay escenas tremebundas de rivalidad celosa entre sus galanes... En su correspondencia no faltan las declaraciones amorosas, llegadas de todos los rincones del mundo. Su asombrosa precocidad hace olvidar a los demasiado pasionales que Shirley Temple, a pesar de todo, es una verdadera nena... Su picardía, su desenvoltura de mujercita, son resultantes del reflejo espiritual. Materialmente, es una criatura de seis años exactos.

Como Marie Dressler era una vieja de sesenta... Hay que reconocer que entre ambas existen puntos de contacto que sólo el misterio eterno de la Naturaleza es capaz de crear.

Ese misterio latente que hace, de una vieja, una niña, y de una niña, una mujer...

SANTIAGO AGUILAR

Shirley Temple no sabe tocar el piano, pero se deja tocar en la «pose» de una consumada virtuosa, y da la sensación de poseer todos los secretos del teclado. Del mismo modo, su arte maravilloso finge un conocimiento de la vida imposible a sus escasos y precoces años

En la silueta, una ingenua actitud de la pequeña Shirley. Ese aire cándido, esa sonrisa colmada de inocencia, esa mirada dulce e ingenua, no son fingidos. Shirley es una gran actriz; pero es, además, una nena que, lejos de la cámara, no sabe dejar de serlo...

© Biblioteca Nacional de España

El idilio ejemplar de GRACE MOORE

PREGUNTARÉIS, al leer el título, con extrañeza: «¿Idilio, estando casada?...» Sí, respondo con magnífica tranquilidad. Todo puede ser en el mundo, y más en estas cosas del corazón. (En que nadie, ni uno mismo, manda.) Grace Moore vive ahora mismo las delicias de un idilio ejemplar. El título es exacto. La noticia, también.

Pocas estrellas del cine consiguen sostener su fama y su prestigio—entre el público y los Estudios—después de casadas. El caso de Joan Crawford, cuyo matrimonio fué una aventura más en la vida de una mujer indómita, supone la excepción. Joan lleva siempre consigo, como una escolta servil, el escándalo o la curiosidad. No puede pasar inadvertida. Aunque tuviera un hijo, seguiría siendo una mujer sensacional, que despertaría locos deseos en torno de su cuerpo prodigioso y de su alma incomprensible...

Grace Moore se casó, casi por sorpresa, y, sin embargo, sus films han seguido interesando hasta el punto de que hoy son el más firme puntal de la producción de la Columbia. Nos atreveríamos a decir que, a partir de su enlace con Valentín Parera, esta deliciosa artista llegó a la plenitud de la popularidad y de la fama, convirtiéndose en una «atracción de taquilla» insuperable...

De ahí que la vida de casada de Grace Moore sea, todavía, una prolongación del idilio inicial. Ella, antes de conocer a Valentín, era una muchacha de gran simpatía, que iba hacia un porvenir seguro con paso más seguro aún; pero se le notaba que tenía falta de algo que, espiritualmente, había presentido desde su adolescencia....

El acontecimiento llegó. Y cuando sus jefes de propaganda temblaron por la carrera artística, tan prometedora y cuidada, su triunfo pudo compararse al de las más gloriosas figuras del cinema. (Antes había triunfado ya en el teatro, como cantante de ópera.) Grace seguía riendo con toda su boca y con toda su alma. ¡Era feliz! Acaso, por vez primera en su vida de brillantes episodios, Grace se consideraba verdaderamente feliz...

• •

Claro de luna, con Lawrence Tibbett, fué una consagración de arte. La belleza física de Grace Moore, su porte principesco y, sobre todo, su voz maravillosa, clara como el cristal y dulce al mismo tiempo como un regalo de ambrosía, rindieron a los públicos de América y Europa... Pero ni ella misma ni su triunfo pueden ser comparables a la artista y al éxito de hoy en *Una noche de amor* y *Quiéreme siempre*. Parece mentira que después de casada resulte Grace más joven, más bella y más simpática que antes de su cambio de estado, tan transcendental—y fatal—en otras mujeres...

Por eso, su matrimonio comienza a ser llamado en Hollywood «el idilio ejemplar». Es decir, un idilio que no se termina nunca, que no se empaña con el soplo del tiempo, continuación milagrosa de un noviazgo que, en realidad, no ha existido... ¿No? Vuestra pregunta se contesta así, en dos palabras: Grace Moore y Valentín Parera se enamoraron al término de un viaje por mar, y al bajar del transatlántico, casi nada más pisar tierra firme, se convirtieron en marido y esposa. En un matrimonio más, del que se habló escasamente en las gacetillas cinematográficas y mucho en las notas de sociedad de la Costa Azul.

Aquí, en Madrid, donde Valentín Parera era un hombre popular a raíz de su revelación memorable en *La condesa María*, se hicieron comentarios para todos los gustos. La envidia asomaba su cabeza de reptil por entre algunas frases de quienes se llamaban amigos suyos y llevaban su retrato, dedicado, en el bolsillo. Las profecías más feroces salieron de las mesas del café: «Ese matrimonio no dura ni dos meses.» «Ha sido un capricho momentáneo, debido al aburrimiento del viaje en barco.» «Valentín no es hombre que pueda alternar con ella en su ambiente.» «Se divorciarán enseguida que lleguen a Hollywood.» Yo reía para mis adentros escuchando a la suelta ¡jaurías de murmuradores profesionales. Yo recordaba bien quién era Valentín, cuáles su tacto y su conocimiento de las cosas mundanas, y confiaba en todo lo contrario. El no podía arriesgarse, tan a sabiendas, a un ridículo que anularía para siempre su personalidad. El haría, si era preciso, un milagro. Pero su orgullo y su amor propio—tan españoles—no podían quedar hechos jirones fuera de España.

• •

Así ha sido, como lo presentí. El matrimonio Parera es hoy acaso la única verdad de Hollywood, mercado de las mil y una mentiras. Grace y Valentín se quieren como el primer día de conocerse. Siempre están alegres, dispuestos a dar el ejemplo a los demás, siempre vigilándose el uno al otro los menores deseos o caprichos. ¿No han regañado todavía? Ni siquiera ha surgido entre ellos esas mínimas diferencias de la vida en común. Nada.

Viven amablemente, ejemplarmente unidos, sin necesidad, empero, de ser huraños con la gente y de esconder su dicha, que ellos exhiben a todas horas, porque es suya, obra suya, de sus cuerpos y de sus espíritus, que se encontraron sobre la cubierta del *Ile de France*, en viaje de Norteamérica a Europa, y se unieron por el libre dictado de su voluntad...

Valentín Parera volvía a su patria, por cierto un poco triste. Grace, a su posesión de Cannes, también entristecida, sin saber exactamente por qué... El, que llegara a Hollywood contratado y que no pudo trabajar, por su parecido—alegaban los «sabios» del tinglado del celuloide—con John Gilbert, rumiaba en silencio, por adelantado, la desilusión que causaría entre sus familiares y amigos la obscena vuelta. Le daba horror pensar en Madrid, que siempre le había visto con apariencia de triunfador de las circunstancias. Ella sentía durante aquel viaje una sensación extraña de vacío en derredor. No estaba satisfecha de sí misma. Las palabras y las miradas de los galanteadores de ocasión la irritaban casi, y tenía que hacer esfuerzos por no perder su bien ganada fama de simpatía personal... Y una noche de fiesta en el barco cayó junto a un hombre joven, alto, delgado, simpático, de tipo meridional, en la mesa bien iluminada y rebosante de flores. Hablaron, rieron, bailaron juntos... Juntos toda la noche. Amanecía ya cuando se dieron cuenta de que no podían separarse. Su amor era superior a ellos mismos. Jamás habían sentido una tal embriaguez de vida. Les pareció que todo lo anterior de su existencia no había ocurrido, que se había borrado de su memoria repentinamente. Aquello, su felicidad a bordo, en la suave mañana marina, era su vida verdadera, su mundo cierto y único...

• •

Y se casaron, a poco de apearse en Cannes. La boda mereció las simpatías de cuantas personalidades se encontraban en la Costa Azul. Charlie Chaplin, entre ellas. Le faltó a Valentín Parera un rasgo, que no tuvo por su mismo enamoramiento maravilloso: el de haber invitado a la ceremonia del enlace a sus amigos, los pocos incondicionales de Madrid. Tenían derecho a la apoteosis de aquella felicidad increíble.

Grace Moore está más bella y juvenil que cuando conoció a Parera. Ella dice que ha sido una suerte encontrarse, tan a tiempo, con el hombre que encaja a medida con su carácter. Su marido es exquisito en la intimidad, asegura: está en todo. Y—añade con un delicioso mohín de niña mimada—tiene mucha gracia. Con él no puedo preocuparme de nada; enseguida encuentra una frase o me gasta una broma que me distraen por completo. Más que un marido, es un novio que no se acaba nunca..., que tiene cuerda para las veinticuatro horas del día...

Ciertamente, Parera es un hombre dotado de especiales facultades, que convierten su trato en placer. Comprendemos ese deslumbramiento en que vive la famosa estrella de la Columbia. Valentín, español neto, nacido en Granada y crecido en Madrid, posee recursos suficientes para hacer dichosa a Grace Moore, una mujer que tiene un tesoro en su garganta—su voz de soprano, envidiable—y en su corazón—su bondad y su simpatía—dos tesoros en uno, que no puede compararse, sin embargo, al de su idilio ejemplar y perenne...—SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Valores nuevos

Jean Parker,

LA SIRENITA DE HOLLYWOOD

La alianza de los globos, creación coreográfica de Jean Parker, la convertiría en ídolo de las multitudes si ella quisiera exhibirla en la pantalla o sobre el escenario... ¡Pero dice que es un desahogo de su propia juventud, una válvula de escape de sus energías!

Preludio.—De la calle de Alcalá a Hollywood Avenue

A cuantos han estado en Hollywood les hemos oído decir que la belleza femenina, a fuer de abundante, es no tiene importancia allí. ¡Feliz y rara ciudad, que no se inquieta ante unas curvas provocadoras ni un perfil de medalla! El gran mercado de las esclavas del cine—rubias, morenas, esbeltas o pictóricas—debe ser una cosa fría académica *Standardizada*, al fin y al cabo. ¡Lo más a propósito para un meridional, para un español! Nuestros lectores se relevilan con el pensamiento puesto en la vieja California, en el rincón asomado al Pacífico, en que por azares de la ambición humana, se ha encontrado el Paraíso que había perdido Milton, el soñador de la Naturaleza. Porque imaginémonos situados entre el fantástico plantel de muchachas bonitas que sintestamos—perdón; es la palabra aplicada por una de los turistas consiltados—las calles y avenidas de Hollywood, con nuestra sangre brillante en las venas, con nuestra costumbre de parar el paso cada vez que una mujer, guapa o fea, nos mira, con esta alegría de vivir y de admirar lo femenino que nos gana tan fácilmente a los españoles. ¿Qué haríamos? El mismo contraste del ambiente con nuestro carácter, ardiente e impulsivo, nos haría aparecer como seres caídos de otro planeta. Las maravillosas muchachas de Cinelandia no tendrían con nosotros término medio: o nos despreciarían olímpicamente—lo más probable, a despecho de su simpatía—o, asombradas de nuestra admiración estallante, nos dejarían abierta la puerta de su amistad. Una remesa de tertulianos de «Negreros» o de la «Masona», caída como plaga donjuanesca sobre Hollywood, resciviría a las veinticinco aspirantes a estrella de toda la glacial indiferencia que las ha rodeado hasta hoy. (¡Hijas de mi vida!», que exclamaría cualquier «estigador» de la calle de Alcalá, en pleno Hollywood Avenue.)

"Old California".—Un viaje con garantía seria

Supongamos un encuentro con Jean Parker. Ya la conocéis, supongo. Aunque haga muy poco que se ha distinguido en la pantalla y sea un nuevo valor del cinema yanqui. Ella, con sus diez y ocho años dados al placer del deporte y a la salud de vivir sin grandes preocupaciones su fácil adolescencia, se exhibe a diario en Hollywood. Y tiene, sí, muchos amigos. (Moscones, diréis vosotros, con esa propensión a los celos, tan española.) Amigos de gran influencia en el mercado del celuloide, añado, para inquietaros más. Pero... todo hay que decirlo: Jean es una sirenita que gusta de atraer hacia sí a los más lejanos navegantes (pongamos turistas, puesto que hablamos en prosa), y no regatea sus sonrisas ni escatima el sabroso espectáculo de su cuerpo en la piscina o en la playa. (Con facilidad, en todo tiempo, en esta sabi California de nuestros delirios, dado su clima sostenido y suave, como el de Málaga.) Y nosotros le sacaríamos bien. Siente una decidida curiosidad hacia todo lo que procesa del distante país de las «sorcesiones»... Es una chiquilla deliciosa—a la vista está, en las fotos que ilustran mi nada ilustre trabajo—, que admite toda clase de bromas, si no son muy pesadas. (Todos no somos Javielito Poncela, el fino guasón, ¿verdad?.) Creemos que aunque se case (a lo mejor lo La hecho ya cuando salgan a luz estas líneas), no podrá abandonar completamente su afán cotidiano de tener amigos que la admiren y que la hagan reír. Jean Parker, la jovencísima estrella, pasará de la amistad al amor como el que se bebe un vaso de agua; y del celibato al matrimonio, como el que se cambia de zapatos. Ella es una garantía de nuestro viaje a Hollywood. (No una garantía seria, sino alegre, impregnada de gentil travesura.) La de que a su lado comprenderemos el encanto de mil cosas nuevas y la justicia de su triunfo en la pantalla y en la vida.

Entrenamiento de celebridad.—De educanda a estrella

Ya somos íntimos de «la sirenita de Hollywood», como bien se

Jean Parker, «la sirenita de Hollywood», actuando en una piscina particular. Diariamente practica la natación, bien así o en el mar, pues asegura que no hay nada mejor para conservar la salud y la belleza

La linda Jean Parker recibió lecciones de echar el lazo por un viejo vaquero del Oeste. En sus frecuentes aventuras de caza, no desdeña usar el simple y eficaz procedimiento de los «cow-boys»

Y resultó que aquello que era secundario en su entrenamiento de celebridad, o sea, el deporte, fué lo que indujo a sus directivos a darle un papel en que habían faltado las demás educandas por sólo pensar en sus bellezas de selección. Salió airosa del desempeño la simpática Jean, ganándose el segundo puesto femenino de un reparto sucesivo. Otro éxito. Firmó un contrato de protagonista. Y hoy es la estrella más joven de una de las más importantes editoras de films, y su nombre arde, en letras de luminoso color, por las fachadas de los cinemas infinitos del mundo.

El ciervo amaestrado.—La danza de los "globos"

Nuestra amiguita Jean, cuyo estrellato no se le ha subido a la cabeza, siente pasión por las aventuras cinegéticas que no ofrecían demasiado peligro. Es natural. Su contrato la sitúa a merced de una orden de rodajes improvisada, y no puede afrontar, por ejemplo, la caza del búfalo, siempre erizada de riesgos, pensando en un posible accidente. Ella tiene un ciervo amaestrado, que la sigue por el monte hasta meterse en su propia casa. (¡Caray con los astados! No sabíamos que tuviesen un olfato tan exquisito.) También sabe Jean echar el lazo, a lo que aprendió de un viejo vaquero del Oeste. Y es irresistible verla, al salir el sol, vestida de manera adecuada para sus correrías, persiguiendo cuadrúpedos, que las más de las veces se vuelven curiosos, para acabar lamiéndole la cara o las manos. Es un espectáculo que nos hace reír, pero que nos emociona, porque Jean resulta infatigable sobre el monte, y nos obliga a seguirla a una velocidad desesperada. Y luego, la que no es ella, al vernos derrengados, sin el aire marcial con que cogimos los escopetas antes. Hay otro aspecto de Jean Parker, la linda sirenita de Hollywood, que nos hace pasar inolvidables ratos. Y es su magnífica disposición para la danza. Vuela, mejor que baila, en los días que ella denomina «inspiradores». Lo ágil de su pierna y la elasticidad de su prodigioso cuerpo le permiten crear fantasías coreográficas. Entre ellas, como la más original y espectacular, la alianza de los globos, que hemos tenido la suerte de admirar en varias ocasiones, anotadas como felices en nuestro diario. Jean Parker es una esencia de danzarina que participa de lo clásico y de lo moderno, sin sujetarse a otras normas que las que le dicta su propia inspiración, juvenil y atrevida. Nunca habíamos apreciado la belleza de Jean tan inmaculadamente. Toda la suritania, la gracia aérea, el espíritu risueño de esta muchacha sin par, se ofrecen en la sublime alianza de los globos. Pues llama a Jean Parker. Nos cuenta, mientras rechaza un cigarrillo —alguna vez tenía que fallar el gastado truco de intervú—, sus comienzos como artista de la pantalla: Actriz precoz, no tuvo ocasión para acreditarse de vampiresa en calcetines. Un poco más tarde, su belleza natural, desprovista de toda alquimias de tocador, ganó la atención rápida de un jefe de repartos que andaba a la busca y captura de rostros nuevos y cuerpos adolescentes para una editora de gran fuste. La vió, desde luego en un *smilled* breve que la cedía con avaricia perdurable, en la playa de Santa Mónica. (La misma que la hemos descubierto nosotros, para que sabean los no sumados a la «excensiones».) La potente editora, después de haber recitado—frase bellísima, como cumple a estos tiempos—unas cuantas muchachas que acababan de dejar el colegio primario, las adiestró en el arte sutil de estilizar sus bellezas, y en prisa ninguna las fué probando ante la cámara sonora. Jean estaba encantada de la vida, pero no creía que pudiera pasar de aquel período dilatado de enseñanza. No había recitado un mal verso en Conservatorios o escachupinadas, ni aporreado el piano. Era, eso sí, una chica con disposiciones innatas para todo lo que fuera estético, amable o alegre, bien no quiere presentarla al público del teatro o del cine. Dice que es una válvula de escape de sus energías, un desahogo íntimo que a nadie, sino a sus amigos seleccionados, debe interesar. Nosotros, por no dejar de serlo, no queremos pronosticarle que esa danza personalísima habría de lucirla sobre el escenario, o sobre la pantalla, un pedestal de oro para su figura, erigida en ídolo vivo de las multitudes.

SANTIAGO AGUILAR

Ved a Jean Parker en un rincón de la playa de Santa Mónica, tal como fué advertida por el «manager» de una potente editora que le propuso un contrato de educanda en sus Estudios. Abalemos el ojo clínicos de buscador de bellezas

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

George Raft, a quien tomaron por hermano de Rodolfo Valentino en el Monseigneur Club, de Londres, hace diez años

George Raft,

el bailarín que ha hecho fortuna a la sombra de Valentino

El ídolo del Monseigneur Club

Hace diez años, o sea en 1925, debutó en el Monseigneur, de Londres, un bailarín de tipo meridional, que llamó poderosamente la atención entre los aristocráticos concurrentes al Club. (El Monseigneur no es sino un *music-hall* elegante, al que acude un público refinado, y casi siempre el mismo.)

Aquel muchacho, notable artista y, además, de aparente modestia, no era, empero, la figura principal del espectáculo que se ofrecía por entonces en el Monseigneur. Pronto se interesaron por él varios admiradores, y supieron que procedía de Norteamérica, y no de España o Italia, como se había supuesto gratuitamente, teniendo en cuenta la configuración y morenez de su rostro y lo espigado de su tipo. Era un bailarín traído a Europa en *troupe*, situado en el comienzo de su carrera y llamado George Raft.

El joven George tenía la infinita suerte de responder al tipo de hombre que estaba de moda en el mundo entero, y principalmente en los países no latinos, como Inglaterra. Ese tipo-modelo era el de Rodolfo Valentino, ídolo que despertaba las más absurdas y violentas pasiones. George, incluso, al decir de sus admiradores del Monseigneur Club, parecía un hermano de Rodolfo, y el nombre de Valentino, evocado con rara unanimidad, corría de boca en boca al aparecer George en el escenario.

El público de Londres es el más correcto y más cariñoso para con los artistas. Se interesa por ellos tanto, en el caso de que lo merezcan, desde luego, que interviene decididamente en su vida privada, proporcionándoles un cariño familiar y abrumándoles a obsequios y finezas. George estaba asombrado. Comprendía que no era tan notable bailarín como para despertar aquellas devociones en torno a su modesta persona. Su contrato en el Monseigneur fué prorrogado dos veces, a instancias de los más influyentes frecuentadores del Club, y su nombre se anunciaba en grandes letras luminosas sobre la fachada del edificio.

Tuvo que contar a los periodistas su vida de artista de variedades sin gran relieve, y ellos escribieron después lo que les dictó su fantasía sajona. Hubo uno que afirmó que George era príncipe de un reinado exótico, del que fué desterrado por celos de su propio padre, el rey... Su retrato apareció en todas las revistas ilustradas de Londres, diciendo al pie que George era un personaje interesante y misterioso, ídolo de las mujeres y temido rival de Rodolfo Valentino.

En la mesa del príncipe de Gales

La vida transcurría para George, como bien puede suponerse, en la capital del Reino Unido. Pero él no podía sospechar de ninguna manera lo que su buena estrella le preparaba.

Y fué que una tarde, al acabar su baile, se le acercó muy amablemente el gerente del Club y le dijo:

—Su Alteza Real el príncipe de Gales le invita a tomar una copa en su mesa, si usted quiere...

George aceptó, balbuciendo frases emocionadas. ¡Aquello era demasiado honor para él! Y cuando llegó a la mesa del reservado del príncipe, que se hallaba rodeado de altas personalidades, no supo sino inclinarse en silencio, en reverencia profunda. Bebió maquinalmente y sonrió agradecido al heredero de la corona de Inglaterra, el príncipe más elegante de Europa.

Las personalidades se fueron retirando, dejando solos al príncipe de Gales y George, que entraron en una conversación animada sobre Al Capone y los *gangsters* de Chicago. El joven bailarín había conocido en Nueva York al rey de los bandidos del alcohols, que le distinguió con su amistad, y del que supo curiosas intimidades.

El príncipe era todo oídos. El espectáculo tocaba a su fin. Y entonces fué formulada, en un sencillo tono, la sensacional invitación:

—¿Quiere usted venir a mi residencia de York House, para seguir esta conversación tan grata?

George dudó de lo que claramente oía. Pero ya el príncipe de Gales se había puesto de pie y le tomaba del brazo con la familiaridad de un íntimo amigo.

El príncipe y su profesor

Tres horas pasó George Raft en York House, entre paredes recamadas de oro y adornadas con fabulosos tapices. Allí fumaron y bebieron un príncipe legítimo y un bailarín de *music-hall*. Los nombres, populares en América, de Arnold Rotghstein, Jack Diamond, Florenz Ziegfeld,

© Biblioteca Nacional de España

El bailarín de hace diez años surge en George Raft, protagonista, con Carole Lombard, del film «Rumbas»

El príncipe le había dicho algunas veces:

—George, hazte valer, y te pagarán cuanto pidas, porque eres un hombre que has nacido con atracción natural, y eso no tiene precio en la juventud. Te conviene volver a tu América, aunque yo pierda un buen amigo, porque allí está el porvenir del cine, y tú debes ser, como Rodolfo, artista de la pantalla.

Además, le escribió sendas cartas para altos dirigentes de la industria del celuloide. El porvenir de George Raft, aparentemente, estaba asegurado. Pero en todo hay envidias. Y George, protegido del príncipe de Gales, las despertó a manosalva. Se le pusieron obstáculos—aunque invisibles—que entorpecían su debut como actor cinematográfico en Hollywood, adonde se trasladara con sus no exiguos ahorros de Londres y Nueva York. Uno de los inconvenientes mayores que se le señalaron fué, precisamente, su parecido físico con el malogrado Rodolfo. Y por eso, el primer papel que le adjudicaron en Cinelandia fué el de *gangster*, totalmente distinto a los que Valentino, el galán romántico por excelencia, había desempeñado siempre.

Después del estreno de *Scarface*, toda la crítica señaló la aparición de un astro de la pantalla, revelado en un papel de secundario interés: George Raft. Había triunfado por el realismo de su arte, por su propia disposición, no por las influencias de un protector insuperable; pero siempre a la benéfica sombra de Rodolfo Valentino, sin cuya existencia la suya no hubiera pasado de ser la de un modesto bailarín de *music-hall*.

SANTIAGO AGUILAR

Raft, con Frances Drake, en una de sus últimas creaciones cinematográficas, que recuerda la de Valentino en «Sangre y arena»

Earl Carroll y George White salieron a relucir muchas veces en su conversación, que no decaía. George, repuesto ya de sus primeras impresiones, hablaba al príncipe con la desenvoltura de un antiguo conocido y con la confianza de un igual. El príncipe de Gales, gran admirador de Valentino, le dijo a George, de pronto, que le había recordado su amistad con el célebre galán de la pantalla al verle actuar en el espectáculo del Monseigneur Club. De aquella amistad, para él inolvidable, guardaba un recuerdo imposible de ser superado. Rodolfo era el hombre más atractivo, más simpático y generoso que conoció en su vida de continuos desplazamientos por las cinco partes del mundo. Y ese grato recuerdo cobraba relieve vital al ver bailar a George, con su pelo brillante y sus facciones de hombre del trópico, tan parecidas, de lejos sobre todo, a las de Rodolfo Valentino, el ídolo, el semidiós de las multitudes modernas.

George recibió una proposición, que aceptó casi con lágrimas en los ojos: la de ser su maestro de baile desde el siguiente día, para enseñarle unos pasos nuevos que quería dominar como él. Y George Raft, el modesto artista de *variétés*, salió de York House convertido en profesor de baile del príncipe de Gales.

A la sombra de Rodolfo

George Raft tuvo muestras patentes de su esplendidez. Honorarios y regalos fueron dignos de la alta categoría de su «discípulo», que seguía obediente sus lecciones. El príncipe se portó como tal, y el bailarín salió de Londres con rumbo al Broadway neoyorquino, verdaderamente apenado. Allí dejaba un verdadero y cariñoso amigo, cuya influencia poderosa comenzaba a sentirse en el propio contrato que le devolvía a Norteamérica, contrato que jamás bailarín alguno de sus condiciones pudo firmar.

Una expresión de George que recuerda otras expresiones características del malogrado galán de la pantalla Rodolfo Valentino

© Biblioteca Nacional de España

Loretta Young o una estrella por casualidad

Tres hermanos y un padre

LECTORA, yo disculpo que sientas inquietudes por este arte llamativo del cine, pecado de imaginación de nuestro tiempo... Perdono, porque comprendo que al verte bella y joven en los espejos y en las pupilas de tus muchos admiradores te asalte el deseo de verte en la pantalla rodeando con tus brazos de perdición—como diría el lírico Guido da Verona—el cuello del más gallardo galán, del más amado por todas las muchachas románticas del mundo.

Yo comprendo, digo, tus ilusiones de arte y de fortuna, que llenan de imágenes felices tu sueño soltéril. Y no cometeré la ligereza de desanimarte, porque—escúchame bien—no hay razón ninguna para suponer que no puedes llegar a ser estrella...

¿Por qué no, si otras muchas como tú, tan distantes del ambiente cinematográfico, han podido convertir sus ensueños en realidad?... Mira, hoy voy a contarte en un tono íntimo de velada otoñal—el piano cerrado, el café humeante y un gracioso reloj de «cuco» alerta—la historieta increíble de Loretta Young, la muchacha que acaso se parece a ti y que ha llegado a ser famosa y envidiada por pura casualidad...

Escucha: Estos eran tres hermanos y un padre. Mejor dicho, dos hermanas, un hermano y el autor de sus días, habitantes de Los Angeles (California). Habrás oído hablar de Los Angeles—con mayúscula—, tan cercano a la quimérica ciudad de Hollywood. Bueno, pues allí, tan cerca de lo que tú ansías conocer por todo y sobre todo, como la Meca maravillosa de tu ideal, vivía Loretta Young con su hermana Polly Ann y su hermano William.

Del padre no nos ha llegado el nombre. Y de su madre, tan juvenil y hermosa que parece hermana de sus hijos, no hemos hablado antes porque ella no intervino para nada en la historia que te narro... (Ni de otra hermana, la menor, que pone un gesto huraño a todo lo que huele a celuloide...

Pues bien: Polly Ann tuvo la suerte de intervenir en algunas películas, desempeñando modestos papeles. Bella y distinguida, pero sin personalidad, trabajaba con muy poca gloria, que a Loretta le parecía deslumbradora... El padre, hombre recto y práctico, consideraba que lo que no pudiera conseguir Polly Ann, mal iba a conseguirlo Loretta, menos bella y, por lo que podía apreciarse en simples ensayos teatrales, menos dotada para el arte de la interpretación, por su falta de experiencia de la vida.

Las facilidades que encontró Polly en el hogar paterno para desarrollar su afición perjudicaron a Loretta. ¡Ya estaba bien, para botón de muestra, una «peliculera» en casa!... Muchas noches en blanco le costó a la nena soñadora la decidida oposición de su padre.

Y su ambición recóndita tuvo que pasar por el tormento de tocar de cerca el ambiente propicio, al ser nombrada secretaria de su propia hermana...

Aunque no tan sugestiva como Polly Ann, Loretta se parecía a ella físicamente—en el tipo, sobre todo—, hasta el extremo de ser confundidas por el personal de los Estudios cinematográficos. Deshacer el error le parecía a Loretta muchas veces un verdadero crimen...

La aristocrática elegancia de Loretta Young, en una de las películas en que más se destacó la bella actriz

"¡Aló!..." Una voz habla a distancia

William, el hermano indiferente al mundo convencional y —según él—

La sonrisa de Loretta Young, la sonrisa que desde todas las pantallas del mundo ha hecho vivir instantes felices a las multitudes

© Biblioteca Nacional de España

Una deliciosa expresión de la gran creadora de «Huérfanos de Budapest»

neumático de Cinelandia, descolgó el auricular del teléfono una noche—hace siete años—en el domicilio de sus padres, coquetón *chalet* de las afueras de Los Angeles... Una voz imperativa habló a distancia, desde Hollywood:

—*¡Alô!* ¿Está la señorita Young? La necesito inmediatamente para un papel que requiere su silueta y su distinción para mi film en rodaje.

Comprobó desolado William que «la señorita Young», o sea Polly Ann, no estaba en casa. El director no pudo disimular su viva contrariedad a través de los hilos telefónicos. La ausencia de la muchacha le ponía en un compromiso, pues había contado con su actuación... Entonces, William se prestó a resolver el conflicto con la serenidad que da terciar en un asunto que se juzga friamente, sin pasión ni coacción alguna. Allí estaba su hermana Loretta, exactamente del mismo tipo de Polly Ann y con grandes deseos de probar fortuna en la pantalla.

El director se agarró a la desesperada al cable tendido por el sentido común de William: «¡Que venga Loretta!» Y la ya resignada muchacha, que se disponía a ponerse el pijama junto a su lecho, recibió la inesperada e increíble noticia de su debut ante la cámara. Se vistió más aprisa que nunca y corrió al Estudio, acompañada por su hermano. En el camino le asaltó un punzante desaliento. ¿Y si no servía? Porque hasta entonces le había parecido muy fácil imitar a Greta Garbo o Joan Crawford delante de las amigas, boquiabiertas; pero..., ¿sería capaz de actuar «de verdad», bajo la mirada inquisitiva del director y de todo el personal del *set*? Casi se arrepintió de la loca confianza en sí misma al aceptar aquella prueba tan precipitada, que podía decidir de su porvenir en unos minutos, sin tiempo de rectificar la primera impresión.

El director, que se le había antojado un ogro, sin saber por qué, miró a Loretta y dió una palmada de satisfacción. ¡Aquella chica era, incluso, más fotogénica que Polly Ann, cuya belleza un poco fría le había desesperado algunas veces! Le iba mejor el personaje vacante. Había que hacer una prueba en el acto. Loretta, maquillada y vestida para su papel, hizo un esfuerzo y dominó su emoción, animada por la sonrisa del director y por la calma imperturbable de su hermano. Y fué admitida y contratada. Al salir del trabajo—unas horas de fiebre bajo los focos—cubrió de besos el rostro de William. ¡A él le debía su ingreso en el cinema, su fama y su fortuna tal vez! (Acababa de nacer una estrella por casualidad...)

Dos cuentos de hadas

Te he dicho una estrella. No. Era un lucero lo que brotó en el firmamento de Hollywood. Porque todavía hubo de interpretar Loretta muchos papeles de secundaria importancia hasta llegar a ese mentido pero brillante estrellato que tú misma—porque eres bonita, inteligente y sentimental—apeteces con todas las efusiones de tu alma. La despierta Loretta suplantó, primero, aunque sin querer, a su hermana. Casi se cambiaron las tornas, pues Polly Ann le sirvió de secretaria en el Estudio algunas veces. Y, poco a poco, al par que aquélla iba subiendo los peldaños de la celebridad, Polly descendía, viéndose relegada al olvido. Sin embargo, jamás pasó por su frente una sombra de envidia. Amaba tanto a su hermana que, viéndola encaramada en la fortuna, no sentía la menor tristeza por su fracaso de artista. ¡Podían cumplirse los deseos de su buen padre, «que no quería más que una «película» en casa»!... ¿Qué más daba que fuera una u otra? Y además, reconocía noblemente que Loretta sentía el cine con más pasión que ella, quizá porque era más desmedida su afición y porque lo fortuito de su comienzo le obligó a entregarse enteramente, con todas las reservas ilusionadas de su arte. No compadezcas a Polly Ann, lectora. La vida es bella bajo miles de aspectos. Y aunque tú no cifres tu dicha sino en un objetivo, debes reconocer que una mujer puede ser feliz, aunque no llegue a posar ante la cámara cinematográfica, o aunque, habiéndolo logrado, se haya quedado en la estacada—como tantas otras—, que fué el caso de Polly. ¿Cuento de hadas? No suspires, lectora mía. También lo fué el de Loretta, a partir de su triunfo en *Huérfanos de Budapest*, y éste, desde luego, se acomoda más con sus aspiraciones. Claro que ha habido un momento, cuando te he evocado la sencilla felicidad matrimonial de Polly Ann Young, en que tus ansias aventureras de futura estrella de la pantalla se detuvieron, dudosas de un porvenir que requiere tantos factores y hasta tantas «casualidades». Ser reina de un hogar feliz es bello, no cabe duda. ¿Qué mejor horizonte para una muchacha soltera y sin compromiso, como tú? Pero el diablo las carga... Y tu duda sólo se ha mantenido un instante. ¡Prefieres la suerte de Loretta, que llegó a estrella—al deslumbrante límite de tu ambición de hoy—por una pura casualidad!...

SANTIAGO AGUILAR

Loretta Young—sonrisa y ensueño—en una de sus últimas creaciones cinematográficas

© Biblioteca Nacional de España

«Angelillo» va a cantar una de las bellas canciones musicales que interpreta en «La hija de Juan Simón», de los maestros Montorio y Remacha

Por nuestros estudios

3 interviús relámpagos

ANGELILLO, PILAR MUÑOZ, CARMEN AMAYA

en un solo "film": "La hija de Juan Simón"

Es difícil hacer una interviú a los tres personajes principales del film, cuyas últimas escenas se ruedan con fiebre de actividad bajo techado.

La palabra *silencio*—coco o *tabú* de los Estudios sonoros—cuelga de los techos y se aplasta en las paredes, como la amenaza más terrible para el periodista que llega de la calle al servicio de la actualidad.

Pisando cables, como en un velero donde el peligro de la sorda tormenta se palpa, avanzamos hasta el ángulo bañado de luz donde ellos —los personajes de nuestra interviú de hoy— hacen da prueba de sonido».

Identificamos al director, timonel responsable de la gran nave cinematográfica. No es calvo, ni tiene cara de comerse cruda a la gente. Parece un estudiante que ha tirado sus libros de texto al estanque del Retiro y se ha dedicado a este otro estudios, duro, pero bello, del cinema.

(José Luis Sáenz de Heredia, apuntamos en nuestro *block*, como realizador de la segunda producción nacional de Filmófono.)

Nuestra estilográfica, aunque silenciosa, llama la atención de una bella muchacha, que se acerca de puntillas. Es morena, tropical, a lo Lupe Vélez. Viene, curiosa, a presenciar la gestación de la interviú. Ha adivinado que somos periodistas, y barrunta que, *si* quisiemos, pondremos su nombre de aspirante a estrella—una sextras española—en letras de molde.

(¿Por qué no? Ahí va: Luisita Salmerón. Hemos cumplido la promesa. Ahora, suerte. Y que pronto tengamos que darte el espaldarazo de la interviú.)

La hija de Juan Simón es una película de ambiente andaluz. Este rincón parece el de una cueva granadina, donde los turistas ingleses oyen tocar y cantar, y ven bailar flamenco, ese arte misterioso de remotas raíces que—hemos leído—arrancan de los tiempos faraónicos.

Pero—el cine es inquietud, contraste, agilidad—en otro rincón hallamos un *cabaret*, un pedazo de *cabaret*, que recordamos haber visto en Madrid. Y más acá de una guitarra presta a rasguear, la orquesta aguarda inmóvil los ejes magnéticos de la batuta.

La prueba de sonidos merece la aprobación del jefe, metido en el fanal de la cabina como un extraño santos: Antonio Roces. Y la escena —el retazo de escena—se plasma, invisiblemente, en celuloide.

Vandel, el gran fotógrafo, recoge una pose fija de ese mismo retazo de escena. La que luego reproducirán periódicos, revistas y *affiches*.

Pausa ruidosa, para preparar el salto a otra escena.

Aprovechamos este trampolín de unos minutos para lanzarnos sobre las tres víctimas de nuestra interviú. Una a una sufrirán nuestras preguntas atropelladas, de acusador privado que tiene una cita a la misma hora del juicio oral.

Pero tropezamos con un tipo exótico, Y el periodista, que si es metódico y disciplinado no podrá jamás aspirar a los zapatos de charol y las corbatas de seda de Geo London, se distrae en averiguar quién es este hombre de batín de clínica y cabellera de *tenorino* de ópera barata.

Bluf en ri-tre: Arcadio, el jefe de maquillaje de Pathé-Natan, de París. Un español. De Navarra. Un discípulo de Maltoff, que se ha convertido en maestro de hermosear estrellas. ¡Oh, lo que sabe este Arcadio de nuestros pecados! (Tanto, que le emplazamos para una interviú, donde serán evocadas, en toda su salsa de intimidad, Mistinguette, Bianchetti, Gaby Deslys, Tourjansky, Van Duren, Charles Boyer, Harry Baur.)

La ayudante de Arcadio es una españolita de diez y ocho años, inteligente, viva, de sana belleza: Amparito Pacheco. Ella sabe corregir ya con su gran borla de polvos las estrías

«Angelillo» canta. Y su voz dúctil y armoniosa repercutirá en un sinfín de corazones ingenuos, que vibran de emoción con la vena lírica popular

He aquí al ídolo popular, Angel Sampedro, «Angelillo», en una «pose» ante la cámara sonora, que le ha dado nueva fama y, todo hay que decirlo, nuevo dinero

Biblioteca Nacional de España

de sudor de las estrellas. (¿No habría otra alegre interviú con esta Amparito del oficio «astronómicos?)

* *

Angelillo es un *ser* que vive en estado seráfico. Cae de unas nubes color de rosa cuando se replega a su *ayos*. Angel Sampedro Montero nos recibe como si nos conociera de toda la vida. Y le preguntamos por su otra personalidad, como a un personaje de Pirandello.

¿Este es *Angelillo*, el que hace vibrar la sensibilidad del pueblo con su garganta de pájaro, como el torero con los arabescos de su muleta entre las astas del toro?

Este es un hombre sencillamente feliz. La Fortuna, que ya sabemos peca de casquivana y tal, le tiene en brazos como a un bebé y le canta una nana de hada que ha dejado los bosques porque ya empieza a molestarle el reuma.

Pero no hay interviú posible. Un angelote rubio viene corriendo y abarca las rodillas de *Angelillo*. Recordamos la historia enternecedora del hijo adoptivo del artista. Un hijo inventado, a quien adora como un padre de verdad.

¿Y tenemos que hablar con Angelito y no con *Angelillo*? Un momento. ¡Zás! ¡Allá va un chaparrón de preguntas! Entre broma y sonrisa y besos al heredero. Y aquí está el *blok*, con su estilo casi taquigráfico:

«Veintiséis años. Madrileño. *Cantaor* por intuición. Creación de un estilo: *smoking* sobre la escena; ópera flamenca: *divo* en los programas. Aplausos. Fama. Dinero. Discos. *El negro que tenía el alma blanca*. Certera visión de Perojo: destinar a un «flamenco» para el papel de limpiabotas. Revelación de un actor innato ante la cámara sonora. Nuevos aplausos. Nueva fama. Nuevo dinero. Otro porvenir. Otra faceta de un arte sin Conservatorio ni meritoriaje. *La hija de Juan Simón*, su único film de esta temporada. La mayor ilusión de su vida después del rubio angelote—otro *Angelillo*—que abarca sus piernas...»

* *

—Vamos, Pilarín, que se acaba la tinta.

(Pilar Muñoz—hija de Alfonso—llega, despacio, fumándose un pitillo inglés. ¿Fumar? Sí. Tiene que fumar precisamente en la escena del *cabaret*. ¡Ah!)

—Poca capacidad, amigo. Digo la pluma...

—Ya: el depósito. Bueno, Pilar. Tiene usted un aire de mujer fatal como para convertir en fogarata la más humilde lamparilla.

(Pilarín se ríe en *wrap* 1935-36». Está en su papel. Es una artista que, una vez metida dentro del personaje, tiene que lavarse bien la cara y el alma para recobrarse a sí misma.)

—Pues se equivoca usted. Mi papel en *La hija de Juan Simón* es el de una muchacha infeliz que acaba en el *cabaret*, no por vicio, sino por necesidad. Esto lo dijo ya Pérez Escrich.

—Bien. Pero hemos visto la escena. Y usted aparece como contagiada del ambiente. Su drama interior le da a su exterior un aspecto que puede interpretarse como lo hemos interpretado nosotros. ¿No?

—Esa misma sensación quiero dar.

—¿Está satisfecha de este film que hoy finaliza?

—Es mi *chance*, como dicen los americanos. Mi gran oportunidad que esperaba. Yo siempre he sabido esperar.

(Nos viene el recuerdo de aquella Pilarín de la Maison Dorée—tres años ha—que ponía en acecho, tras las fantásticas pestañas, sus ojos enormes, verdes, veteados de curiosidad y de deliciosa malicia. Hoy ya no se acuerda de nosotros—espectadores de su inédita fotogenia—ni de la Maison Dorée.)

«Angelillo», con Cándida Losada, contempla a su hijo adoptivo, el rubio angelote que vive a lo príncipe, y a quien el famoso artista ama como un padre de verdad

La pareja Pilarín Muñoz-«Angelillo» en un bello momento de «La hija de Juan Simón», de Filmófono

Carmen Amaya, la célebre bailarina gitana, luce en «La hija de Juan Simón» su garbo incomparable y su arte maravilloso

* *

A Carmen Amaya hay que ir a verla al rincón de los gitanos. A la taberna del Albaicín. Porque ella, con los suyos, no tiene que fingir ni esforzarse para *ser*—¡por la gloria de Catón!—la nueva *emperaora* de la danza *casi*.

Carmen—ópera de Bizet—Amaya—ópera de Guridi—hace la película como salta al tablado, como una cotidiana prolongación de su vida de diez y siete estíos. Se encuentra en el *set* sin asombrarse de nada. Eso sí: se ríe mucho, porque a ella la seriedad de estas cosas matemáticas—el sonido, la luz, el tiempo—le produce cosquillas.

La Amaya tiene pólvora en la sangre. Sus arreos son los «pulillos». Su descanso, bailar y bailar.

Allí donde una guitarra se temple, allí este manojo de nervios se arranca» a taconear con ritmo de locomotora.

Habla con nosotros a igual velocidad. A noventa por hora. Lo ideal para estas interviús relámpago que, a veces, captan un carácter con dos plumazos casi ilegibles. (Stephan Zweig tiene que sudar más.)

Trayectoria de esta gitanilla «sembrada» de temperamento, que hoy hallamos como figura del reparto de *La hija de Juan Simón*. Nacida en Granada. (¿Estaba en su centro?) A los cuatro años bailaba con su familia—todos bailarines—ante los ingleses. A los seis—como Shirley Temple—debutó seriamente, enfrentándose con el público «que paga y que pega». Y a París, al Palace, con Raquel Meller. Ha hecho dos películas: *La bodega* y *Dos mujeres y un Donjuan*. Esta es la tercera. Y a la tercera va la vencida.

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

IDOLOS EN LA INTIMIDAD

Por que ROBERT MONTGOMERY está enamorado de una mujer fea.

Una felicidad aparente, ficticia, que refleja la pantalla. Robert, en este momento, se acuerda de su fiel esposa, que no ha estado nunca en otros brazos que los suyos

DECIMOS que es fea la mujer amada por Robert Montgomery, el famoso y simpático galán de la pantalla, no porque se nos debilite la galantería, sino porque ser «fea» en Hollywood y sus alrededores quizá suponga sentar plaza de bonita en otro rincón del planeta.

¿Comprendéis? Lejos de nosotros la pretensión de juzgar a la señora Betty Montgomery como en uno de esos estúpidos e inútiles Concursos de belleza que han asolado al mundo y han dado categoría de Venus a señoritas con las piernas torcidas...

• •

Pero lo cierto es que Bob Montgomery está enamorado de una mujer «no bella», y que, por añadidura, es su legítima mujer.

¿Hay motivos de desencanto para sus cien mil admiradoras? Creemos que hay un motivo más para admirarle como hombre, después de admirarle como artista. Porque ser actor de cine, joven, rico, apuesto, famoso, y no dejarse deslumbrar por los encantos físicos de ninguna *flapper*, es algo que merece reflexión y tal vez un aplauso.

Alguna vez tenía que haber sentido común en Hollywood y en cien leguas a la redonda...

• •

Tengamos el valor de considerar como gesto de buen gusto la supuesta «extravagancia» de Montgomery. Concidimos—perdón—con él en la rebeldía de buscar, en el bazar de bellezas de Cinelandia, algo más que muñecas de pelo rizado y maquinaria de reloj.

Sobre todo, para esposa. Porque comprendemos también la admiración por los rostros lozanos—de muñeca—y las curvas que inspiran a tontos y sabios por igual. Pero admirar no es querer...

Pensad esto: la mayoría de los matrimonios sin felicidad—un noventa por ciento casi—purgan la equivocación de formarse al fuego traidor del entusiasmo físico...

• •

Robert Montgomery es un muchacho de talento. Tanto, que su equilibrio espiritual le ha permitido salir a flote de situaciones difíciles de su carrera.

No le ha deslumbrado ningún éxito, ni le ha hecho mella ningún fracaso, que los ha tenido. (Por ejemplo, junto a Greta Garbo, en *Inspiración*.) No es extraño que tampoco le hayan trastornado las estrellas más famosas, aun entrando en la periferia de su seducción decantada.

Bob ha visto las orejas al lobo. En la vida y en el amor. Y por eso su sonrisa—secreto de su triunfo—es la del hombre convencido...

• •

¿Quién es Betty?... Todo lo contrario de las muchachas que llegan a Hollywood con sus maletas colmadas de locas ambiciones. Es una mujer sencilla, inteligente, laboriosa. Acaso remonte su segunda juventud. Pero ya hemos caído de nuevo en la vulgaridad. ¿Qué importa un guarismo en el «debe» de una mujer tan espiritual como Betty?

Robert la conoció cuando sólo era rico de imaginación. Cuando su nombre íntimo—Bob—no era pronunciado con cariño y admiración más que por una mujer, no del todo pobre. Betty ha sabido siempre ganarse la vida y ha disfrutado del sabroso placer de la independencia ..

• •

En la vida de todo hombre célebre hay, por regla general, una mujer obscura—acaso fea, acaso no rica—que ha sabido alegrar la etapa cruenta de la lucha por el porvenir.

Una mujer que plancha camisas y zurce calcetines a hurtadillas. Que pone a disposición del pobre novio, para que fume y tome café ante los amigotes que no le sacarán jamás del atolladero, sus escasos ahorros, moneda a moneda.

Y, por regla general, esa mujer obscura que realiza el milagro de iluminar una juventud descarriada, se pierde en las tinieblas del olvido cuando ha cumplido su misión.

• •

Porque la ingratitud es una cosa corriente en el archivo sentimental de los hombres famosos.

Ahora que hay excepciones: Robert Montgomery. Este muchacho no podrá ser feliz, sino al lado de Betty, la mujer obscura que le sirvió, en sus peores y más dramáticos momentos, de madre, de hermana, de amiga, de novia, todo en una pieza...

Hoy, rico y admirado, Bob sale a tomar el sol del brazo de su esposa—no bella, ni, acaso,

Robert Montgomery sólo es feliz, verdaderamente feliz, cuando disfruta de su asueto llevado del brazo por su esposa, Betty. Ella es una mujer inteligente, simpática, buena como un milagro de bondad, incapaz de sentir celos. Por todo ello, y porque Betty no es mujer guapa, ni acaso joven, supone el vulgo que el divorcio no se hará esperar. Como siempre, el prójimo se equivoca al juzgar por sus propios egoísmos

muy joven—, en cuanto tiene un instante de asueto. Es el hombre que ha inventado su felicidad...

• •

Se ha indignado Montgomery—y con razón—de las habilidades estúpidas de algunas gentes, que hurgando sin permiso en su vida privada le han supuesto ganas de divorciarse de su esposa.

¡Qué prójimo tan digno de su cretinismo padecemos en la actualidad! Es el juez más parcial e incompetente que puede juzgarnos. Porque aplica la ley de su propia idiotez, y se queda tan fresco.

Así, se ha dicho: Robert *merece* una mujer bellísima, más joven que él, incluso, y rica además. Por algo se llama Montgomery y hace soñar a cien mil cabecitas románticas...

• •

Pero la sal de la vida no está nunca donde la supone el vulgo. Hay que buscarla muy lejos, en las salinas maravillosas de la bondad y del amor verdadero, que es el que da la paz legítima y la alegría perdurable.

Un amor no es una pasión. La vanidad de ser amado por una mujer que deseen todos los demás hombres para sí no es la felicidad tampoco. No confundamos, señores, la mujer de toda la vida—la breve vida—con la mujer del momento, la que puede calmar en tres minutos esa vanidad de posesión de una cosa bella que pueden sentir hasta los hombres como Bob Montgomery...

• •

Betty cree en su marido. Y Robert en su esposa. Se comprenden, se adivinan, se perdonan mutuamente sus defectos humanos.

¿Hay algo más envidiable? Por eso su hogar irradia un dulce calor que no se encuentra en el nido ocasional de dos seres unidos por una violenta atracción de los sentidos.

Y el tiempo pasa, y Betty y Bob no saben lo que es el tormento dantesco de los celos. Ni saben lo que es el hastío, fantasma que rompe todas las cadenas de la ilusión carnal...

Ellos se aman como el primer día, en que ella limpió con su pañuelo, silenciosamente, una lágrima brutada de los ojos del hombre vencido, convertido en niño frente a la espantosa orfandad de su vida...

• •

Exclama Robert: «¿Te acuerdas, Betty?...»

Betty sonríe. Se acuerda de todos los momentos—buenos y malos—de la senda recorrida hasta este magnífico presente de la fama y de la riqueza.

Y no se asombra de nada. Porque sabe que lo único que vale la pena en el mundo es su propio amor. ¡Este es el fabuloso tesoro que le envidian las muchachas más bonitas de Hollywood!

Ella no es bonita. ¿Y qué? Su esposo ha tenido en sus brazos las Venus modernas, morenas o rubias, y siempre ha vuelto a los suyos..., porque en ellos encuentra la Verdad...

Nunca podrá competir—en el terreno de un hombre inteligente, un verdadero hombre—una buena mujer con *una mujer buena*...

SANTIAGO AGUILAR

Bob Montgomery, muchacho inteligente y bondadoso, esposo modelo y galán de fama en la pantalla, con Dorothy Jordan, en una escena de «Amor rabioso»

IDOLOS QUE DESAPARECEN

Vida, pasión y muerte de John Gilbert

el último galán romántico de la pantalla

Ina Claire, esposa que fué de John Gilbert. Una fina belleza, pero un alma materialista, que no pudo rimar con la del gran romántico...

Lestrice Joy, que también fué mujer legítima de John. Su belleza inquietante, morbosa, de efecto prodigioso de la Grecia de Pericles, no podía darle la paz apetecida... Aquel matrimonio fué un incendio voraz que se apagó enseguida, sin dejar el menor rescoldo...

Virginia Bruce, última esposa de John Gilbert, hoy su viuda, posando bajo el sol de California en los días felices de su noviazgo con John...

cinematográfica, como una ráfaga ardiente que pasó, como un silencioso beso, como un suspiro lejano: como Valentino, como Gardel... Era un ídolo y ha muerto como tal. Cuando sus sienes plateaban. En el momento preciso del vacío y de la indiferencia. Su muerte ha sido su último gran éxito, su última propaganda sensacional. Un burgués cualquiera puede morir de viejo, sitiado por los achaques, en un espectáculo de ruina. John Gilbert tenía que morir a su hora exacta. Con elegancia y con oportunidad. Como un ídolo...

* *

He visto llorar a un hombre la muerte de John Gilbert. Antes que los periódicos, me dió él la noticia en el Gong Bar, a la hora agridulce del *cock-tail*. Nos rodeaba una gente liviana e indiferente, que no supo comprender las lágrimas del amigo por el amigo... William Grula no pudo resistir el peso de la noticia sin apelación, y se sintió amargamente triste ante su copa de líquido excitante que brillaba en el vaso.

—¡Pobre John!—dijo—. Esperaba encontrarle a mi vuelta a Hollywood, con su eterna sonrisa y sus ojos vivaces. Juntos hubiéramos evocado sus días de lucha y de triunfo. Hubiéramos paseado del brazo como dos buenos camaradas, y me hubiera contado alguna aventura de amor, para demostrarme, al fin, que a ninguna mujer ha querido tanto como a Virginia —Virginia Bruce—, su definitiva esposa...

Salimos a la calle. Obsesionado con la muerte inesperada del amigo, William, el mozo sincero y varonil, me habló de Gilbert, encontrando en el recuerdo un lenitivo momentáneo para su dolor. Sus palabras fueron el mejor responso que se podía rezar a distancia, en la desgracia irreparable. Sin saberlo, él me daba los más bellos motivos para trasladarlos a estas páginas, que han de leer cuantos amaron a John sin conocerle, por el mérito de su arte y la personalidad de su simpatía... La condolencia del fiel amigo—mi amigo también—ha permitido que mi pluma trace ahora estas líneas a la memoria del último galán romántico de la pantalla, sin necesidad de una fría documentación, por algo más que el imperioso deber informativo. Con la emoción de la íntima confidencia escribo sobre el papel. Sin orden, sin concierto; pero con palpitante sinceridad. Como John Gilbert merece...

* *

Cuando el súbito advenimiento del cine sonoro, que trastrocó todo el tinglado de Hollywood, Gilbert era el hombre más célebre del mundo. Considerado como el amador más fogoso y vehemente de la pantalla, las mujeres buscaban, para calmar sus deseos recónditos, por el ídolo despertados, tipos «a lo John Gilbert», que ofrecieran un ligero parecido con el héroe de *El gran desfile* y de *La viuda alegre*. El imperio del pequeño bigote donjuanil él lo impuso. Sus besos voraces y kilométricos se imitaron también por las parejas furtivas, lo mismo en las latitudes frígidas que en las meridionales. En sus brazos se formó, como una crisálida de maravillosa voluptuosidad, la vampiresa Greta Garbo (para eclipsarle después). Y *El demonio y la carne* y *Ana Karenina* hicieron temblar de pasión las salas en sombra de los cinemas, e incendiaron de fiebre amorosa a los públicos más heterogéneos. Y de pronto, un soplo leve que se convierte en huracán arrollador, barre sin compasión las más altas figuras, como si fueran de papel. Ya no bastan la expresión y la figura. Hace falta la voz. Las sombras parlan. Las imágenes cantan. El invento diabólico de los hermanos Warner convertía al cine en un teatro sin límites. El arte puro de los mimos cinematográficos, el misterio casi religioso de la pantalla muda, pasaban a la historia. Y vino la terrible prueba. Gilbert no era efotofónico. Su voz, débil, no registraba bien en aquellas nuevas máquinas infernales de los Estudios sonoros. Su fotogenia no le valía para nada. Vinieron las horas de consternación, los días rarísimamente amargos, en pleno triunfo. Y la Casa editora le quiso retirar de la circulación, indemnizándole. John se obstinó en continuar su contrato, cobrando sin trabajar. Pensaba vencer aquel defecto de su voz presentando una batalla sin cuartel al despiadado micrófono. Ocho horas diarias ensayaba el ex ídolo ante él, controlado por un técnico. ¡Imposible! Y hubo de volver a las tinieblas morales de sus tiempos de argumentista fracasado y de ayudante de directores de cuarta fila. Ya no recibía cartas de las desconocidas admiradoras, suplicantes, empapadas de idolatría. Cualquier cantante de opereta, engolado y pretencioso, interesaba más que John Gilbert. Hollywood y el mundo entero le volvían la espalda con la tremenda ingratitud eterna de nuestros semejantes.

* *

Tanto había amado, en la pantalla y fuera de ella, que Gilbert enfermó del corazón. Su vehemencia, sus derroches de temperamento, la sorda angustia del ocaso injusto cuando todo le sonreía, los desengaños de sus pasiones íntegras, habían minado lentamente su víscera cardíaca de gran romántico. Hombre sensible hasta la exageración, tenía el defecto de enamorarse fácilmente, sin elegir el objeto vivo de sus ansias. Así, se esclavizó, con una bella inutilidad, a la dorada esfinge Greta, incapaz de comprenderle a través de su alma aterida de cansancio. Por despecho se casó con Leatrice Joy. Y no fué feliz. Por tristeza se unió a Ina Claire. Y siguió triste. Por espantar su soledad de ídolo caído, hizo su esposa a Virginia Bruce. Y ahora, por lo menos, conocía la paz de un hogar limpio, honesto y risueño. Pero era ya muy tarde. No había nacido para burgués. Podía vivir decentemente, sin grandes lujos. Mas el recuerdo de las glorias pasadas, de los besos estampados en las bocas ardientes, el perfume intenso de la popularidad, le perseguía tenaz, sujeto a su corazón como una grapa irrompible. Y, no hace mucho, la humillación final: la caridad de Greta Garbo hacia el compañero arrinconado, ofreciéndole el galán de *La reina Cristina de Suecia*. Finalmente, el dolor de ver suplantadas sus formidables creaciones, *La viuda alegre* y *Ana Karenina*, por Maurice Chevalier y Fredric March. Un pinchazo interno en el corazón. Y la paz infinita tendida sobre su frente de luchador vencido como un beso de postrera piedad. El silencio. La nada. John Gilbert, que hizo llorar de amor a tanta mujer, ha merecido, siquiera, el llanto de un hombre.

SANTIAGO AGUILAR

La fama de John Gilbert se expandió por el mundo entero con «La viuda alegre» (versión muda). Aquí aparece con su «partenaire» en dicho film, Mae Murray...

John Gilbert posa sus labios apasionadamente sobre el rostro de Greta en esta escena de «El demonio y la carne», película que sureoló de fama los nombres de los protagonistas

Una escena de «Ana Karenina» (versión silenciosa), en que Gilbert aparece junto a Greta Garbo, su verdadero amor imposible y su primera desilusión

La última exhibición de Gilbert en la pantalla sonora fué, junto a Greta Garbo, en «La reina Cristina de Suecia». La crítica y el público fueron severos con el famoso galán

© Biblioteca Nacional de España

9 HORAS DE LA VIDA DE "ANGELILLO"

ENERO.

El milagro de una mañana de sol se da hoy en Madrid.

Se nos antoja por resolver este problema casual de haber madrugado, inmiscuirnos en la vida íntima de un héroe popular.

Y elegimos al ídolo *Angelillo*.

Los que no hemos nacido bajo un signo favorable y hemos de vivir, no por nosotros mismos, sino por los demás, gustamos de refugiarnos, de vez en vez, en la sombra rumorosa de los triunfadores.

Vamos a buscar hoy a *Angelillo*.

* *

Mientras llamamos a la puerta, pensamos que la actualidad toma ahora nombres de diminutivo. Otras veces han sido de aumentativo. En el toreo—cuya afición compartimos con la del cine, teatro, deportes y literatura—existe en estos momentos una figura, pequeña de contorno y grande de significación: *Rafaelillo*.

Instintivamente, asociamos este nombre al de *Angelillo*, otro triunfador, aunque en distinta esfera. Dos héroes populares, dos «diminutivos» que han realizado la proeza de dilatarse y llenar las plazas, los cines y los teatros de un perfume heroico: *Angelillo-Rafaelillo*...

El ídolo acaba de desayunar, servido por su cariñosa compañera—una esposa modelo—y ante su amor de padre adoptivo: un rubio retoño, el mejor rayo de sol de esta mañana sorprendente que se filtra por los balcones del comedor.

Angelillo se hace querer nada más cambiar con él dos palabras. Ha tenido la suerte de nacer simpático, modesto, con don de gentes. (Ese *don* que vale mucho más que el *Don* engolado de los pretenciosos).

Ha dormido este muchacho, que trae de cabeza a los públicos de España, ocho horas justas. Son las once. Luego se ha acostado a las tres.

El chófer le anuncia que podemos bajar cuando queramos. Hoy es un gran día. Hace sol, y Angelito, su nene, su ilusión de artista y de hombre, podrá pasear y corretear por La Rosaleda. ¡Al Retiro!

* *

Este Madrid será siempre bohemio. La mañana resulta una bella mentira de primavera en los jardines galantes del Buen Retiro.

Al bajar del coche salen al encuentro del *disco* los predilectos de su intimidad, citados previamente. Se abre una alegre tertulia mañanera, en un tono de franca «muchachada».

Angelito, el hijo de *Angelillo*, se despacha a sus anchas. Efectivamente, es un ángel que teje con sus manecitas inocentes la felicidad de un hogar sencillo del barrio de Salamanca.

La celebridad tiene sus inconvenientes. Aun uno de estos íntimos del ídolo no puede evitar que el reposo del artista sea perfecto. ¡Pretende «colocarle» una obra de autor novel! Esgrimiendo el libreto, en que campea el título de *La flor del cante*, va a leerlo. *Angelillo* se interesa por la obra en el acto—en el primer acto—al saber que la ha escrito un humilde obrero, un albañil. (También él hace tiempo, no mucho, era un desconocido, perdido en el acervo de los parias.)

Surge un personaje popularísimo: Vedrines. Este hombre, a quien llaman como al famoso aviador de los tiempos primitivos del pájaro-hombre, tiene un gran talento para administrar la rica cantera del arte de *Angelillo*.

Vedrines deshace con la palabra mágica de un contrato cinematográfico que espera la firma: la exclusiva de dos películas con la editora nacional Filmófono. Total: ciento diez y siete mil pesetas. (¡Un gordo sin jugar a la Lotería!)

¡A Filmófono!

Unos lindos «guayaboos» reconocen a *Angelillo* y le saludan mimosamente cuando subimos a su soberbio automóvil. (Ese auto que han pagado a gusto los idólatras, grandes y chicos, ricos y pobres.)

* *

Filmófono.

Una editora nacional, colmena febril cuyos zumbidos nos aturden al entrar en sus celdas.

Don Ricardo M. Urgoiti espera. Su despacho, rotonda que invita a las meditaciones comercia-

De arriba abajo: He aquí a «Angelillo», con su hijo adoptivo, paseando por el Retiro. El popular Vedrines, «Angelillo» y Santiago Aguilar examinando la propaganda de «La hija de Juan Simón». «Angelillo» paseando por La Rosaleda, con el dibujante Herreros

FOTS. VIDAL

les, pero que nosotros ocuparíamos de buena gana para escribir cosas románticas e inútiles, huele a fino tabaco inglés.

Asistimos filosóficamente a la firma del magnífico contrato, y tenemos ocasión de saludar a nuestro valioso compañero, el gran dibujante Enrique Herreros, as indiscutible de la publicidad cinematográfica, y su ayudante, el también dibujante notabilísimo Enrique López-Reix.

Angelillo se las promete muy felices con Filmófono, cuyo éxito tentacular de *La hija de Juan Simón* comentamos todos. Y el señor Urgoiti está satisfecho también como productor que conoce la tensión del barómetro—llámese así al *interés*—de los públicos de cine de España.

* *

Almuerzo.

Gozar del ambiente dichoso de esta mesa es un aliciente para nuestra soledad cotidiana de huérfanos prematuros.

Es en la mesa donde los grandes hombres se empequeñecen, quedándose, simplemente, en hombres. ¡Este es *Angelillo*, el envidiado dominador de multitudes! Bien merece cuanto tiene y cuanto es. Su corazón de oro asoma a los labios, a los ojos, cuando mira a su esposa y a su hijo. Adivinamos que es por estos dos seres por quienes derrocha su arte innato. Por nadie se cambiaría *Angelillo* en estos momentos de tierna familiaridad envidiable.

Puestos a elegir, acaso nosotros escogeríamos ahora al hombre antes que al artista.

* *

Después de comer, acompañamos a *Angelillo* al Circo de Price, en que actúa. Mientras se ensaya en el escenario desmantelado, tomamos café.

Y del ensayo pasamos a la función: *Contigo y siempre contigo*, drama andaluz que da lugar a intervenciones líricas de *Angelillo*.

Un lleno total. Cuando el ídolo aparece sobre las tablas con la desenvoltura del triunfador, el pueblo—es un público popular el de hoy—le aclama, agradeciéndole por anticipado el placer de oírle.

En la función hacemos las siguientes consideraciones: *Angelillo* ha conseguido teatralizar el «cante flamenco», elevándolo a categoría de espectáculo artístico, aristocratizándolo. Nosotros, devotos de la ópera, admiramos a este cantante de intuición, que emite su voz con una facilidad de asombro y una pureza angelical. Si quisiera estudiar y prepararse, podría cantar *El barbero de Sevilla*, de Rossini, como no lo ha cantado ningún tenor.

Aquí queda nuestra idea, *Angelillo*.

* *

En el *camerino* saludamos al inteligente empresario del Circo y al formidable tocaor de guitarra Patena.

De pronto, unas cartas para el ídolo.

Angelillo las lee en voz alta. Son de admiradoras, que vuelcan frases definitivas de pasión. Algunas le citan, audaces. Otras sólo se atreven a pedirle un retrato dedicado.

Pero este madrileño legítimo que canta aires andaluces, les da la importancia que tienen. Nada más. No se deslumbra.

Y pasa a soñar despierto con sus próximas producciones cinematográficas. Su gran pasión de intérprete es el séptimo arte. ¡Ah! ¡Si él pudiera hacer olvidar al público que es *Angelillo* y presentarse sólo como actor, sin tener que cantar, sin limitaciones para el temperamento que dentro siente latir...!

Acaba de sonar la novena hora que llevamos junto al ídolo. Nueve horas de la vida de *Angelillo* en este día primaveral de invierno en Madrid.

SANTIAGO AGUILAR

Crónica escandalosa de Hollywood

El héroe de la sfirónica escandalosa de Hollywood, William Grula, o sea Guillermo Grijuela, que ha vivido cinco años entre las estrellas más famosas del cine y que nos va a contar secretos de su profesión en estas páginas

Lector, lectora: Esta es la única versión verdadera de la ciudad de las mil y una mentiras. La que he oído, día tras día, como confidencia a flor de labio, de un gallardo español que vivió cinco años entre las estrellas más famosas del cine, penetrando en su intimidad con la llave de su fuerte personalidad de hombre vestido magníficamente y siempre con mil dólares en el bolsillo: William Grula, o sea Guillermo Grijuela, un santanderino aventurero que llegó a Norteamérica, no para ser as cinematográfico, sino para vivir la vida intensamente. Y este personaje maravilloso, tipo de un reportaje de Geo London, ha respirado el mismo ambiente de los magnates y dictadores de Cinelandia y ha llamado de tú a las mujeres más codiciadas del mundo. Creo que os interesarán estas Memorias sinceras. Se ha hablado mucho de Hollywood; pero me atrevo a asegurar que nunca con tanto verismo. William Grula me hizo revelaciones sorprendentes, que, íntegras, he guardado para vosotros, mis lectores.

Ficha personal.—Almuerzo en Robisson y té en el Santa Mónica-Club.—Fiesta nocturna en la calle 11 West.—Dolores Asúnsola del Río.—Mae Murray.—Carlos Molina, el rival de Rodolfo Valentino.—Surge una dama, que será heroína del relato, más adelante

Vivía en 304 So. Rimpan Boulevard (Los Angeles), en una residencia de mezcla italo-española, situada en medio de un soberbio jardín con rosas lujuriantes y palmeras del trópico. Tenía un Cadillac ocho cilindros marrón. Con él recorría el cinturón de playa que va de Santa Mónica—a tres kilómetros de Hollywood—a Long Beach, Monterrey, etc. Distancia de un día entero, recorriendo playa tras playa asomadas al azul Pacífico.

Almorzaba en Robisson algunas veces. Tomaba el té y bailaba en el Santa Mónica-Club. Allí se encontraba con Antonio Moreno y su esposa, que estuvo antes casada con un senador, que la dejó, al morir, una inmensa fortuna, calculada en treinta millones de dólares.

(Esta esposa se mató, hará dos años, a bordo de su automóvil, y sus bienes quedaron en pleito, pues ella tenía, al morir, una niña con el senador y un hijo con Moreno.

Los enormes bienes de la desgraciada mujer —vida dichosa y muerte triste—se invirtieron, en gran parte, en Sunset Boulevard, que coge una loma con un vasto lago, en que hay unas trescientas viviendas lujosas. En la cima se alza un soberbio castillo de estilo medieval español.)

Gary Cooper asistía a los tés del Santa Mónica-Club, acompañado de la inquietante Lupe Vélez... Gary sonríe en las fotos de entonces, contento de su fama naciente y, tal vez, de sus propósitos matrimoniales con Lupe

Así era Lupe Vélez cuando, en Hollywood, traía de cabeza al elemento masculino. ¡No tiene nada de particular que ese mismo elemento odiase de todo corazón al afortunado Gary Cooper!

También iban Gary Cooper y Lupe Vélez del brazo, dando lugar a los rumores de un posible idilio. (Ahora, ambos se han casado; pero con distinta pareja.) También aparecía Dolores del Río, Dolores Asúnsola, esposa de Del Río, rico hombre mejicano, de aficiones literarias y descendiente de familia española. Ya se había muerto el pobre Del Río, marido enamorado y paciente de la estrella mejicana. Ella iba enlutada, elegantísima, con su ancha boca sensual y sus ojazos negros como la noche, iluminada por una luna voluptuosa, del trópico.

Dolores es una mujer que se cimbrea al andar y que siempre que la mira alguien sonríe. Le fué presentada por la bailarina mejicana Lolita Jiménez, de quien era íntima amiga. Como Lolita había trabajado con William en las fiestas típicas de Santa Bárbara (pueblecito de costumbres españolas, a hora y media de Los Angeles), donde, en un gran patio sandaluz, se baila, se canta y se bebe desde por la tarde hasta la madrugada durante ocho días, le presentó como tenor. (Allí conoció a Moreno, John Boles, Don Alvarado, Lupe Vélez y Raquel Torres). Dolores le invitó, en compañía de su amiga—más bella que ella aún—, a su casa propia, situada entonces en la calle 11 West.

Era una evillas coquetona, donde vivía con su servidumbre. Aquella noche se formó una gran fiesta hasta las dos y media de la madrugada. William cantó el *¡Ay, ay, ay!*, *Amapola* y *La borrachita*. Lolita Jiménez bailó. Y la propia Dolores interpretó un zapateado clásico, vestida con traje de charras, acompañada de un amigo bailarín.

Durante la fiesta, William, a pesar de re-

conocer más belleza y perfección en Lolita, no pudo substraerse a la poderosa tentación que emanaba de Dolores, enfundado su cuerpo felino, sin corsé ni otras ataduras, en un ligero vestido de color carne, que se confundía con el tono de su propia piel morena y que se ceñía a sus curvas fielmente, revelando el menor movimiento de sus ágiles músculos.

Semanas después, William se incorporó, por capricho, al espectáculo escénico de Mae Murray, titulado *Orpheum*. En él iba, como director de orquesta, Carlos Molina, el peruano a quien Bárbara La Marr—la mujer demasiado hermosa, que murió tísica y casi abandonada, después de haber sido la más rica y amada del mundo—señaló como el sucesor de Valentino. Su gran parecido físico con él le dió pie para ser acogido con entusiasmo en los Estudios cinematográficos; pero estaba casado con una gallega, celosa e intransigente, que dió lugar a tan formidables disgustos, que le hicieron imposible su carrera, prometida como triunfal, y tuvo que dedicarse de nuevo al violín, que tocaba perfectamente. (Actualmente, Molina, el rival malogrado de Valentino, trabaja en la orquesta de un gran hotel de Chicago).

La Compañía recorrió Los Angeles, San Francisco, Nueva York, etc., con gran éxito. William salía a escena vestido convencionalmente «de español», y cantaba canciones, acompañado por la orquesta.

Mae Marray, hoy en la miseria, contaba entonces unos cuarenta y pico de años, aunque sin representarlos. Era rubia «al natural», de ojos azules, bonita de figura, simpática de trato, pero muy nerviosa. Grula le sabía llevar el carácter mejor que nadie. Todas las noches le entraban a su *camerino* montones de tarjetas, que ella rompía sin mirar. ¡Pobres admiradores, confiados en el «sésamo, ábrete» de sus nombres, algunos famosos! Aquella mujer caprichosa que no quería ser amada porque estaba enamorada de su marido, el príncipe ruso M'Divani, en París a la sazón, se consolaba con las cartas que le llegaban de la Ciudad Luz. Mae, de pies diminutos como los de una sevillana, salía a escena con un mantón de Manila, manejado con raro arte.

Desde el público, Grula y Molina admirábanla muchas veces, porque ella, desde lejos, tenía un atractivo singular, que se atenuaba considerablemente de cerca, pues su rostro era imperfecto, como de mujer ya en declive, aunque muy bien cuidada.

¡Vuelta a Hollywood! Grula fué de *tournée* solamente por hacer ver a cierta dama, bella e influyente, al margen por completo del cinema, que su carrera artística podía proporcionarle en Norteamérica, si él quisiera, fama y dinero.

Era simplemente una demostración, porque William la amaba con todo el fervor de un español enamorado de una mujer que, por ser inteligente y casi doblarle la edad, sabía comprenderle, cuidarle y animarle con maternal ternura, sólo atenta a hacerle feliz en el ambiente ingrato, falso y duro, de la ciudad fantástica y babélica.

Ella le recibió con el ansia despertada por una ausencia de catorce semanas, y le rogó que se tomara un descanso para poder disfrutar de su juvenil presencia. Aquél era, quizá, el último amor de su vida, como era el primero de Grula, el aventurero español que, sin llegar a ser as de la pantalla, disfrutaba del mismo lujo y de las mismas emociones de los envidiados favoritos del mundo.

SANTIAGO AGUILAR

Dolores Asúnsolo del Río ha sido siempre, desde su aparición en Hollywood, una mujer sensacional. Se ha presentado ante los ojos envidiosos con una original elegancia, con vestidos ceñidos, bajo los que su cuerpo adquiere las más voluptuosas y sugestivas líneas...

El largo cinturón de playa que va de Los Angeles - a tres kilómetros de Hollywood—a Long Beach, Monterrey, etc., etc., fué recorrido varias veces por el Cadillac 8 cilindros de William Grula...

Era Mae Murray entonces rica, poderosa y amada. Tenía una figura bonita, unos cabellos rubios naturales y ojos azules... Su único defecto era el carácter nervioso, excesivamente nervioso. (Hoy, Mae Murray está en la miseria)

Crónica escandalosa de HOLLYWOOD

La discreción de Gary Cooper. — Cuando Laurel y Hardy empezaban. — Annie ante la puerta de Al Roach, en calidad de mujer misteriosa. — Noches de Hollywood. — Las tertulias de Sounset Boulevard. — Las piernas maravillosas de Fifi D'Orsay. — A la feria de Long Beach. — Opera en el Auditorium. — Dos parejas furtivas que se hacen cómplices por casualidad

He aquí el perfil atractivo, tan simpático como bello, de Annie, la heroína de «Crónica escandalosa de Hollywood», que va despojándose de sus velos de misterio para convertirse en mujer de relieve real. Annie no ha sido estrella del cinema porque no ha querido. Fué esposa del más poderoso banquero de Los Angeles. Hoy, viuda, vive al margen de este torbellino del cinema. Es, sencillamente, una mujer enamorada y feliz

PREO el agente Rivero le avisó a los pocos días para presentarse en la Paramount con la orquesta Molina. Se le hizo una prueba para tomar parte en el film *Texas Moon*, con Gary Cooper, entonces en el principio de su estrellato. William amistó grandemente con Gary, y daban largos paseos a caballo por un rancho que poseía la Paramount a seis kilómetros de Hollywood, en el terreno de sus Estudios. Gary es, en la intimidad, un muchacho de carácter muy abierto. Físicamente, exageradamente dos cosas: la estatura y la delgadez. En sus charlas, Gary preguntaba a William por el temperamento de las mujeres españolas con gran curiosidad; temperamento que suponía únicamente a través de las mejicanas que había conocido, Grula, entonces, le advertía con buena intención que la diferencia entre unas y otras no era mucha. «¡Juzga por Lupe!», añadía riéndose, y refiriéndose a Lupe Vélez. Y Gary, hombre discreto, un verdadero hombre, según asegura William, se hacía de nuevas, protestando de los rumores de la gente desocupada y negando que con Lupe hubiera pasado del límite de una buena amistad.

En la película *Texas Moon* hizo William de vaquero mejicano. Y cantaba aires populares, que daban cierto ambiente lírico al film. Y a seguido, también por la mediación e insistencia del activo Rivero, tuvo que tomar parte en una película cómica con Stan Laurel y Oliver Hardy, llamados entonces *el Gordo* y *el Flaco*. La película se denominó *Alegría mejicana*. El título revela ya un ambiente propicio a las canciones típicas, para las que precisamente fueron escriturados William y la soprano mejicana Josefina Montero.

Laurel y Hardy son, en la vida privada, tan graciosos o más que en el cuadrante de proyección. Son tan alegres como modestos, y están siempre dispuestos a las bromas de buena ley. Con ellos jugaba William al *poker* y otros juegos de azar, en que los dos mimicos hacían siempre alguna trampa divertida. Stan y Oliver son dos artistas burgueses, de espíritu infantil, sin ninguna complicación.

Empezaban por aquel entonces y carecían del menor lujo, en fuerte contraste con el amigo William, que llegaba al Estudio de Al Roach, alquilado por la Metro, a bordo de su máquina Cadillac, como una verdadera estrella del cinema. Laurel y Hardy vieron alguna vez en su interior la silueta de una mujer misteriosa, oculta a las miradas del exterior por sombreros de grande ala o costosas pieles, que envolvían su rostro hasta los ojos, limpiamente azules como un cielo primaveral.

Los dos cómicos modestos, que pronto se harían famosos y ricos—aunque sin abandonar su modestia—, oyeron muchas veces pronunciar a Grula, en despedida, el nombre de Annie. Y Annie era el tema de sus bromas, luego, en el Estudio, pues estaban intrigados por conocer la historia del oculto idilio que sospechaban en los ojos satisfechos del español. Pero él jamás reveló nada más allá de ese nombre, dulcemente pronunciado ante un automóvil cuyo motor trepidaba a la puerta de los Estudios de Al Roach.

¡Noches de Hollywood! William acudía al departamento de Rivero, el agente artístico, sito en Sounset Boulevard. Allí se hacía animada tertulia desde las ocho hasta las dos o dos y media. En el amplio comedor de aquel piso solteril, lo mismo se hacía gimnasia que se jugaba a todo lo imaginable o se bailaba con la radio o con la propia orquesta Molina, de que era también agente Rivero.

Las veladas aquellas resultaban maravillosas. Reinaba una cordialidad modelo. No había parejas fijas. Eran muchachas y muchachos en franca libertad y sana alegría, bajo el techo de una casa casi española. Llamábanla, con cierto orgullo, «el rincón de España en Hollywood». Pero el único español era William, a pesar de su nombre extranjerizado por un capricho de Rivero. Este, Molina, Lolita, Barry Norton, la Montero y don Alvarado eran mejicanos; el bailarín de estilo apache mejor del mundo, conocido por don Alvaro, era argentino. Y Fifi D'Orsay, francesa.

Una foto curiosísima de los primeros tiempos de Norma Talmadge, hecha en las costas del Pacífico. ¿Quién iba a decir que esta figura antiestética —elegante según las modas de entonces— sería la de una de las mujeres más refinadas de Hollywood?

Las piernas de Fifi, de prodigiosa estructura, sufrían a menudo de calambres, después de los ejercicios violentos que desplegaba en sus juegos y cabriolas sobre la gran alfombra del comedor. Y era William el que oficiaba de solícito masajista, a requerimientos de la propia Fifi, que admiraba la fuerza del brazo montañés de Grula y su muñeca de boxeador. William, sin embargo de esta preferencia marcada, no se propasó nunca, y eso que el espectáculo de las piernas desnudas de Fifi D'Orsay era como para hacer temblar a un monumento troglodita. ¡Bella bohemia dorada de aquellas tertulias nocturnas de Hollywood! Alguna vez, la «muchachada» iba en busca del aire libre, hacia Long Beach, a la montaña rusa y demás recreos de la feria permanente, bajo el guiñar burlón de las estrellas verdaderas. Fifi, junto a su «masajista honorario» en el automóvil—la máquina, como dicen los miembros de la colonia mejicana—, era, también, su compañera en el vértigo del *tobogan*. Una amistad maravillosa, sin complicaciones. Porque cada una y cada uno de la *farra* tenía su amor a quien dedicar, aparte, las mejores horas del día y de la noche. Y la tertulia, sana y alegre, era como una especie de saludable descanso de las otras horas dedicadas a Cupido.

Las maravillosas piernas desnudas de Fifi D'Orsay, sobre las que William Grula actuaba con fuertes masajes para combatir unos molestos calambres

Aunque no frecuentes, había sus paréntesis, sus faltas a la «peña», que nadie criticaba porque los suponía—y con razón—abiertos por un bello motivo. William, en esas noches de deserción, era visto en el Auditorium de Los Angeles, teatro magnífico, de decoración suavemente azul, desde cuya platea, en un palco discreto, oía las representaciones de ópera italiana: *Tosca*, por Beniamino Gigli; *El Trovador*, por Giovanni Martinelli; *El barbero de Sevilla*, por Tito Schipa... Claro que Grula no estaba solo. Lo habéis adivinado, lectoras. Cerca de las cortinas del antepalco, Annie, en su vestido de terciopelo negro, destacado sobre la rica capa de armiño, recostada en el respaldo del sillón, con su cuello y sus manos constelados de joyas, se erguía como un modelo aristocrático del pintor Beltrán Massés.

Sus cabellos dorados y sus ojos azulencos parecían joyas—las mejores—que añadir a las de su *toilette* fastuosa. Y en los entreactos subía el director principal de la orquesta del teatro, Pietro Cimini, que era, a la vez, maestro repasador de Grula, el joven tenor español...

Rara vez se veía una estrella de Hollywood en la ópera del Auditorium. ¡Ah! Las pobres estrellas tenían que dormir, rendidas por el trabajo del Estudio, mientras la *élite* de Los Angeles, los banqueros, los industriales y los rentistas se solazaban con las partituras inmortales y los «divos»—sus intérpretes—más famosos. Es decir, una noche se rompió esta clausura.

Una noche memorable en que Miguel Fleta, nuestro insigne artista, daba su primer concierto. William, con Annie, entró en el patio de butacas cuando se apagaron las luces de la sala.

Un abrazo de Norma Talmadge y Luis Alonso, dado ante la cámara, y que no es sino la prolongación de las escenas amorosas de su idilio auténtico, que fué la actualidad escandalosa de Hollywood

Barry Norton, que ya se hallaba acomodado, les hizo señas amistosas y se acercaron a saludarle, a pesar de que iba a comenzar el espectáculo. (Lector, lectora: tened en cuenta que hablamos de una pareja furtiva).

Barry se hallaba en compañía de una mujer de mediana estatura, morena, no joven, y de un muchacho de tipo meridional y cabeza interesante de galán romántico. Barry hizo las presentaciones: Norma Talmadge, Luis Alonso, o sea Gilbert Roland... (¡Otra pareja furtiva que era, entonces, la más escandalosa actualidad de Hollywood!) Cruzaron unas frases de cortesía y se sentaron a escuchar la voz de oro de Fleta. Antes de acabar el recital, las dos parejas buscaron la salida del teatro rápidamente. Aquello tuvo gracia, porque fué como si los cuatro se hubieran puesto de acuerdo para huir. ¡Huir! Esta es la palabra. Huir de la gente y de su malsana curiosidad, de la luz estrepitosa de la sala, para esconderse en la sombra de la noche propicia a los amores imposibles.

Una foto «documental» del viaje de amor realizado a Europa por Norma Talmadge y Luis Alonso. Sirve de melancólico testigo a la apasionada pareja, Buster Keaton, «Pamplinas»

Norma Talmadge, en los días de su gran pasión romántica por Luis Alonso (Gilbert Roland), cuando interpretaron la inolvidable película de Fred Niblo «Margarita Gautier»

En el hall se encontraron de nuevo Annie, Norma, William y Luis. Se miraron, se comprendieron perfectamente y se rieron con el optimismo de su casual complicidad. (Annie, entonces, era la esposa legítima de un millonario, de un banquero. Norma, la mujer, legítima también, de un magnate del cine). Afuera, en la calle, dos «máquinas» lujosas esperaban a los fugitivos, que se perdieron segundos después, con opuestas direcciones, en la callada noche de Hollywood, admirada y complacida de proteger, como una Celestina romántica, a cuatro amantes felices ante los que se abría la perspectiva maravillosa de una noche de amor.

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

INTERVIÚS DEL MOMENTO

La estrella mayor y la estrella menor:

Lina Yegros y Mari-Tere

MADRID, bajo la lluvia, nos recuerda levemente nuestros días del París todavía alegre y rumoroso de la *Méla* de Bernstein en el Teatro Gimnasio. El París de Genina, en *El Barrio Latino*, y de Ravel, en *El collar de la reina*. Las postrimerías del cine mudo. El París de cuando una peseta valía cuatro francos exactamente...

• •

Y, por cierto, nuestro desplazamiento de hoy a los Estudios Ballesteros Tona Film nos recuerda otro desplazamiento que hicimos, en los días lejanos, a los Estudios parisinos de Pathé Natan.

Un poquito más de barro que allá, en la Ciudad Luz. Y quizá menos agilidad en nuestro espíritu. Los años van dejando lastre de ilusión por el camino.

• •

Esta profesión de reportero cinematográfico es una profesión—valga la frase—acrobáticosa. Desde luego, varia, llena de facetas fugaces. Hoy, por ejemplo, tenemos algo de astronomía. Vamos a la descubierta de una estrella mayor y una estrella menor.

Y confesamos que no reconfamos nada de nuestra astronomía de colegiales. Sin desdoro, empero, de creer muy seriamente que nuestra estilográfica modesta puede captar astros y satélites como el más perfecto telescopio.

• •

En los Estudios se nos recibe como a personas que van a reflejar el entusiasmo de un trabajo útil. Todo son facilidades. El nombre de CINEGRAMAS es ya como un sésamo, ábrete que entorna las puertas más herméticas, sobre las que campea ese aviso impresionante y lacónico: «Silencio.»

• •

Se están rodando unas escenas de *¿Quién me quiere a mí?*, la tercera producción nacional de Filmófono, dirigida por el joven y valioso director José Luis Sáenz de Heredia.

Nos internamos de puntillas en el amplio set. Mari-Tere nos divisa y nos reconoce. Es una chiquilla viva, de un desparpajo único. La damos un beso, en el *hall* del Ritz, la noche del estreno de *La hija de Juan Simón*. La muñeca, por lo que se ve, no le ha olvidado. Pero eso merece contarse más al detalle.

• •

Aquella noche, el *hall* del Ritz parecía un foyer de ópera en el entreacto de una audición de gala. Había *smokings*, fracs, elegantísimas *toilettes*... Al entrar, sin darnos cuenta, nos hizo el campo de impresión de la cámara sonora del Movietone.

Pasamos unos segundos de azoramiento. Más sensibles como formaron un agudo contraste con la tranquilidad y la gracia de una preciosa muñequita viviente que hablaba de tú al micrófono. Sonaron aplausos y frases de admiración. Un nombre corrió de boca en boca: ¡Mari-Tere!

El ilustre productor cinematográfico don Ricardo M. Urgoiti nos presentó a la nena prodigiosa inmediatamente. Y un beso efusivo en las mejillas de rosa puso el sello a la amistad, que nacía, con la Shirley Temple española.

• •

Nuestra Shirley nos pregunta, en un ángulo del Estudio, atropelladamente:

—¿No ha venido Herreros?

Se refiere al notabilísimo dibujante y jefe de propaganda de Filmófono, Enrique Herreros, a quien Mari-Tere distingue con su infantil cariño.

Decimos a la muñeca rubia que Herreros está muy ocupado hoy con la publicidad de su traviesa personilla. Y le damos, de su parte, un gigantesco bombón.

• •

—¿Y la protagonista?—preguntamos nosotros.

—¿Mamá?—responde Mari-Tere con otra pregunta.

Ha tomado en serio el papel de Lina Yegros en la nueva película, por lo visto. Y así nos lo corrobora Sáenz de Heredia, que acude solícitamente a saludarnos.

—Es una criatura encantadora—asegura después—que se hace querer de todo el mundo. Jamás ha trabajado tan a gusto. Y sospecho que despiertan en mí sentimientos paternales prematuramente. Porque tengo celos cuando Mari-Tere se interesa por quien no sea yo. ¡Una hija así sería, ciertamente, la felicidad de un hogar!

(Comprendemos las inquietudes de Sáenz de Heredia. Nosotros también hemos sentido algo así como celos del gran Herreros cuando Mari-Tere nos ha preguntado por él con tanta precipitación.)

Pero, ¡atención!, aquí llega la protagonista, la estrella mayor de Filmófono. Lina Yegros, con su prestancia impresionante y su belleza luminosa—digna del cinema en colores naturales—, nos hace olvidar a Mari-Tere, la estrella menor, por un momento.

• •

Lina Yegros es alta, espléndida. Produce ese estupor de las obras inmortales de los Museos. Es una Venus moderna, ceñida por un vestido sencillo, en pliegues airosos, como el de la Victoria de Samotracia.

Sus ojos tienen la inmensidad, al par clara y misteriosa, de esos mares azules con reflejos metálicos que nos han producido emociones inéditas en la soledad de algunas tardes del verano norteño.

¿Es altiva? No. Su sonrisa se abre como a distancia. Su boca, de labios imperiosos—labios de vencedora, de mujer fuerte de ánimo—, dice unas palabras que no oímos, distraídos con el espectáculo de la boca misma.

• •

Tenía Lina Yegros muchas ganas de trabajar para Filmófono, la pujante editora madrileña. Y la ocasión ha surgido cuando menos se lo esperaba. Una llamada telefónica. Una conversación casi telegráfica. Y el contrato deseado: Lina, protagonista de *¿Quién me quiere a mí?*, película según argumento original de Enrique Herreros.

Lina es hoy la artista cinematográfica española más solicitada por los editores. Su carrera ha llegado a una plenitud de éxito sin paragón posible. Y, sin embargo, es modesta, metida en sí, enemiga de la exhibición. Sabe que le está reservada mayor gloria aún. Tiene el convencimiento íntimo de las elegidas.

• •

Es un tormento no poder fumar dentro de estos muros acorchados del Estudio sonoro. Lina, compasiva, nos lleva a su camerino, para que podamos quemar un cigarrillo a gusto. Mientras, pensamos que el público tiene motivos para interesarse por esta mujer, que ha traído a la pantalla española algo del perfume exótico y sensual de las artistas de allende el Océano, a las que se profesa una adoración imaginativa, porque son como el oculto ideal del amor y el placer de cada uno, convertido en la débil realidad de una sombra animada y parlante, pero sombra al fin.

SANTIAGO AGUILAR

Santiago Aguilar compone este edificante grupo familiar: con Lina Yegros y Mari-Tere, en un ángulo del decorado de «¿Quién me quiere a mí?»

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de HOLLYWOOD

Cuerpos fragantes y morbidos sobre la arena de la playa de Santa Mónica, después del baño... Este espectáculo que ofrecen Ann Dvorak y Marjorie King es, lo reconocemos, un poco fuerte para nuestra sensibilidad de meridionales... ¡En Hollywood seríamos hombres al agua!...

Jornadas matinales.—La playa de Santa Mónica y el Santa Mónica-Club.—Marion Davies, al frente.—El "maillot", traje de etiqueta—Al Athletic Club de los Angeles.—El Club de los Solteros.—La sencilla elegancia de Ronald Colman.—"Sex-appeal".—Norma Shearer, en "tailleur" blanco.—El galán de Greta.—Las ondinas adolescentes que daban escolta a John Gilbert.

En Hollywood madrugan hasta los que no tienen nada que hacer, que son los más. William, por ejemplo, gozaba de cuanto descanso quería; pero de siete y media a ocho ya estaba en pie. ¡Cómo despereza el sol de California! ¡Ah, y qué bien sabe vivir a los veintitrés años, cuando se despierta en brazos de una bella y amante mujer rubia, en una gran alcoba perfumada donde entra a borbotones la luz del nuevo día, sin preocupaciones, sin más temor que el de que nos puedan amar demasiado!

Media hora de gimnasia rítmica. Ducha. Desayuno: un vaso de jugo de naranja, huevos, compota, mantequilla, café con leche. Grula no tenía que guardar, felizmente, el régimen de hambres de los astros de la pantalla. Precisamente su aspecto de muchacho sano, fuerte, bien nutrido, le proporcionaba éxitos de atracción de las bellas entre los escuálidos galanes de la Ciudad Camaleón. (Que no vive del aire, por cierto.)

¿Dónde ir a hacer la digestión del copioso desayuno sino al Santa Mónica-Club? Allí cata Grula, seguido, satisfecho de su salud y de su suerte, mientras Annie todavía no había pasado de afilarse y pulirse las uñas de una sola mano. La playa de Santa Mónica, muy cercana al Club, hervía en aquella hora—las once—de siluetas livianamente vestidas, tan perfectas, tan sin curvas superfluas, tan gráciles en su semidesnudez, que la vista se acostumbra—se resigna, en el caso del temperamento latino—a contemplarlas como a figuras de museo.

El tiempo breve de encender el primer cigarrillo, y Marion Davies al frente, recortada sobre el azul telón del Pacífico ardiendo en sol, en su levísimo *maillot* color naranja. Marion resulta, acaso, más juvenil que las estrellas más jóvenes. Por su carácter, labrado de sonrisas; por su cuerpo, bien proporcionado, menos delgado que el de la generalidad; por su espíritu sociable, que le ha acarreado el título íntimo de «la anfitriona de Hollywood». Sus fiestas no tienen par, porque en ellas, con ser mucho, lo de menos es la abundancia de comestibles y bebestibles, sino la alegría, el donaire, la simpatía formidable de la dueña de la casa. Ello vale muchísimo más que todo lo que ofrece a manos llenas a sus invitados.

En Hollywood se puede tomar baño de mar durante todo el año. El bañador es como la prenda de etiqueta matinal imprescindible. Por eso, en Hollywood se puede ser todo menos mal formado, porque ninguna intimidad como la que allí se exhibe requiere tan buenas formas. El defecto físico es allá un serio obstáculo para el presente y el porvenir. ¡Guay de los ventrudos, de los calvos, de los patizambos, en aquel cuadro viviente de evocación de los baños de Atenas o Roma! Los hay, sí, porque la Humanidad será siempre ciega para consigo misma; pero nunca figuran en primer plano. No son actores, sino espectadores del film en colores que se desarrolla hasta la hora del almuerzo.

Otras mañanas, William se acercaba, por variar, al Athletic Club de Los Angeles, llamado con justicia el Club de los Solteros. El edificio es claro, llamativo. Tiene jardines, campo de *golf*, cuadros de *tennis*, piscina... La piscina, por las mañanas, es precisamente el centro de atracción del Club, porque, de juego a juego, la zambullida sirve de reactivo poderoso para los músculos. El Athletic Club dijérase un trasatlántico de lujo varado entre montaña y mar. Las habitaciones parecen camarotes, y la vida transcurre, en los campos que circundan al edificio, como sobre cubierta, bajo la bandera, siempre izada, del simpático Club.

Grula se vestía el *maillot*—que era desnudarse, claro, me-

† La elegancia sencilla de Ronald Colman le exigía en el Fixter Peizunius Arbiter de Hollywood... Tal como aparece aquí, en una de sus creaciones sobre la pantalla, se exhibía en las noches de la Ciudad Camaleón, a la puerta de la mansión de alguna estrella

Marion Davies, la flor de la simpatía, justamente llamada «la anfitriona de Hollywood», posa en el jardín de su magnífica villa, teatro de las fiestas más espléndidas y espectaculares...

© Biblioteca Nacional de España

jor que vestirse—, y pasaba revista a los famosos solteros, que, no obstante su decidida soltería, se rodeaban siempre de abundantes ejemplares del sexo contrario.

¡Oh, el olor de los muchachos sin compromiso oficial es un cebo seguro para las sirenas *standard* de Cinelandia!

Allí era fácil encontrar a Ronald Colman, fríamente cortés, con su sencilla elegancia británica, hecha, no de la raya impecable del pantalón, sino de la serenidad del espíritu y la comprensión indulgente para todas las vanidades de la feria humana. Colman tiene un tipo muy español. No sería considerado extranjero en plena calle de Alcalá. Muchas veces habló de España con Grula, que le daba detalles de nuestras rebeldes y geniales costumbres. Ronald es un hombre culto. Entonces pasaba de los treinta y cinco años. Porque los galanes de Hollywood no son auténticamente jóvenes, por lo general, sino hombres hechos y derechos, que pueden rebajar la cifra de su natalicio con el maquillaje, y que tienen motivos para saber cómo se besa a una mujer en cada momento de su vida.

Luis Alonso, que respondía al nombre de Gilbert Roland por imposición de sus dirigentes—los «mogules», que mascan puros, crean genios en serie y desatan los rayos de Júpiter tonante cuando una «extra» convertida en estrella les engaña con un tramoyista negro—, secaba al sol su bañador empapado del agua dulce de la piscina, sin hacer caso de las adolescentes que mariposeaban a su alrededor.

(Las mismas que antes, poco antes, cuando era un figurante con apetito insatisfecho, le encontraban sin pizca de *sex-appeal*.)

No era difícil adivinar allí la bellena serena y morena de Norma Shearer, entonces soltera, sin sospechar que iba a ser la esposa de Irving Talberg, el magnate de la Metro, un magnate joven y de buen humor. Jugaba al *tennis*, y parecía no advertir otra cosa que las incidencias posibles de su juego, raqueta en alto, lanzada—parecía—a las nubes, como una jabalina prisionera en sus manos aristocráticas.

Nunca la vió William en traje de baño, sino en blanco *tailleur*, que rimaba bien con su cabello a lo garçon.

La sonrisa agresiva—carnívora, según los envidiosos—de John Gilbert surgía de pronto. ¡El galán de Greta! Otro tipo meridional, con su nariz a lo Cyrano, su pelo crespo y su figura magra, quemada al sol. Nadaba como un pez. Sus piernas, no precisamente de gladiador, formaban tijera en los precisos *plongeons*.

Era el hombre de moda en Hollywood, que era serlo en el mundo, de punta a punta. Tampoco un muchacho.

Se le achacaban más aventuras galantes que a Casena, sobre todo con protagonistas de menos de diez y ocho años.

Su dentadura de presa brillaba, con la insolencia del acero bruñido, bajo su bigotillo, negro y partido en dos.

Las bañistas del Club se disparaban tras él como audaces ondinas, sumergiéndose hasta que se les acababa el fuelle de la respiración. Gilbert se reía estrepitosamente, con su franqueza habitual, y las trataba a todas como un profesor a sus educandas en día de vacación.

Ellas parecían de goma, por lo maleables, junto al ídolo, que entonces estaba absorbido por un amor oculto hacia la esfinge Greta Garbo, la nórdica de corazón de hielo y carne de fuego. Las lindas *sirenitas* del Athletic Club sabían que John no reparaba ya en sus gracias impúberes.

Alguna, que en otro tiempo feliz había gustado de los besos voraces de Gilbert, en un paseo vespertino por la orilla del mar, bajo el blando rosario de las palmeras, quería aborrecerle y no podía.

Aquellos besos, los primeros que abrieron el cofre maravilloso de la ilusión de sus quince años inundados de curiosidad, eran, después de todo, los mismos que sellaban la boca de la estrella más célebre, los mismos que hacían arder de deseo a tantas y tantas muchachitas de razas diversas, privadas de contemplar al ídolo en carne y hueso y de oír su voz nerviosa, atropellada, junto al oído. William sentía una dulce compasión hacia las ágiles ondinas que daban escolta a John Gilbert en la piscina del Athletic Club.

Y, muchas veces, llamado por él en son de broma para que le ayudase a defenderse de la tentación, tenía que bucear junto a los cuerpos frescos y adorables o secarse lentamente al sol, sobre el portland de las orillas, formando un delicioso grupo de joven fauno entre ninfas morenas y rubias, mientras John iniciaba el mutis salvador hacia su cabina de soltero.

SANTIAGO AGUILAR

El atractivo espiritual de Norma Shearer ponía una nota de finura exquisita en las horas del baño matinal... Jamás se la vió en «maillot». Gran entusiasta del tenis, se pasaba las mañanas con la raqueta en alto, en actitudes de modelo digno de un Praxiteles o un Pericles...

Una de las ondinas adolescentes que en la piscina del Athletic Club de Los Angeles servían de escolta al ídolo John Gilbert, enamorado entonces de Greta Garbo, la esfinge de alma de hielo y corazón de fuego...

↑ La deliciosa Mary Carlisle, que por aquellos días aún no había cumplido los quince años, asiste al Club de los Solteros a la hora del baño matinal... ¿Comprendeis que William Grula madrugara todos los días, aun cuando no tuviera nada que hacer?...

Crónica escandalosa de Hollywood

Jeanette Mac Donald, la bellísima estrella rubia, cuya boca fué definida por un poeta romántico como «el fruto de la granada ofrecido en cáliz de platino»...

Los náufragos del cine.–Prácticas de caridad a la española.–Hace falta un tenor que dé el «si».–La marcha de granaderos de «El desfile del amor».–Jeanette Mac Donald, la estrella del Broadway.–Una cita en Beverly Hills.–Una boca comparada con el fruto de la granada ofrecido en cáliz de platino.–Se pierde un galán, pero se gana un amante...

En Hollywood William Grula tomaba carta de naturaleza. Si le hubieran llamado por su nombre, en español, no hubiera respondido. Leía los sobres de las cartas que le venían de España y sufría el fenómeno de creer que no eran para él: Guillermo Grijusla. ¡Bah!, Santander quedaba muy lejos, y sólo se acordaba, vagamente, tras la neblina de la dilatada ausencia, de aquel su pueblo natal, situado también entre montaña y mar, pero tan distinto de este Hollywood... Sin embargo, su patriotismo despertaba de pronto, y se revelaba en cuanto alguien pretendía sentar algo en menoscabo de la tierra remota.

Además, sólo se enternecía con las miserias de sus compatriotas vencidos en la lucha por el arte del cine, muchachos de buena voluntad, de facultades incluso, pero irremisiblemente perdidos en aquel dédalo de intrigas, de indiferencias, de injusticias, de viciosos caprichos...

Había tres «náufragos» de España: un andaluz, un aragonés y un asturiano, que recurrieron a William, como su tabla de salvación, para no quedarse más días sin comer. Grula, sin dar importancia a su gesto, les daba de buena gana la carne de gallina que desechaba después de sacar su jugo en un caldo capaz de resucitar a un muerto, pero no de calmar la fiebre devoradora de aquellas dentaduras ociosas.

Otras veces les compraba magníficas chuletas de cerdo, dejaba que vaciasen dos o tres botellas de vino añejo, a recaudo de la prohibición, y les daba algún dólar para tabaco...

Annie no estaba visible a estas prácticas de caridad; pero no perdía detalle, atisbando tras de una discreta vidriera. El día en que se desarrollaba esta escena edificante, parecía que Annie y Grula tomaban con más gusto la realidad de su amor, comprendiendo el paraíso en que vivían ante el fuerte contraste de la desgracia ajena. Así las cosas, el deslizar de las jornadas plácidas, llenas de comodidad, de efusión y de placer, el agente Rivero se presentó a proponer a William algo que no estaba seguro de obtener: la Paramount necesitaba urgentemente un tenor que atacara con facilidad el «si» natural» agudo, para destacar en el conjunto de voces frescas y juveniles de una escena culminante de *El desfile del amor*.

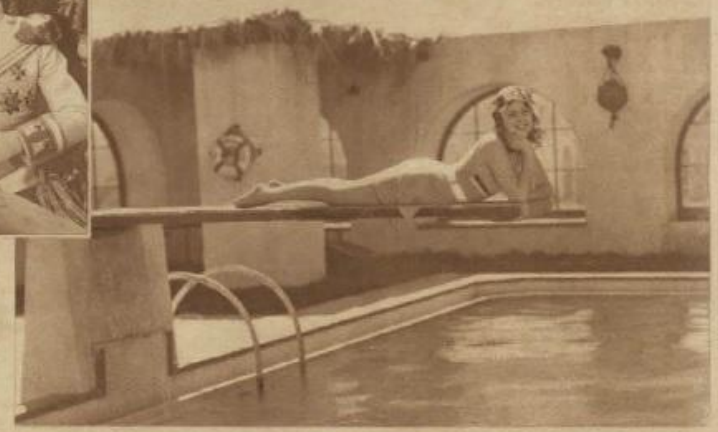
Grula se extrañó de que en todo el contorno de la capital cinematográfica del mundo no respirase un solo cantante de la tesitura propia de su cuerda, y se prestó, divertido, a dar aquel «si que traía de cabeza a los directores musicales de la Paramount. La prueba fué pintoresca, porque William se vió rodeado de técnicos que, materialmente encima, asomados a su garganta como a una mágica gruta, le vieron y oyeron dar el «si» natural» con naturalidad pasmosa, abriendo su boca en una sonrisa; y después, tras invitación al asustado maestro—un viejo de malas pulgas que dominaba el teclado de marfil a maravilla—, siguió subiendo y dió, con idéntica facilidad, el «do» de pechos; una propina fastuosa, que rebasaba las esperanzas de los cuitados hebreos. (Es muy raro encontrar en Hollywood un dirigente que no sea judío...) Se firmó contrato en el acto.

Foto inédita en que aparece la sugestiva Jeanette dando lección de canto con su profesora particular, Grace A. Newel, en la suleta de música de su «bungalow»...

Vista general de la colina de Beverly Hills, donde la entonces estrella, trasplantada del Broadway, Jeanette Mac Donald tenía su «bungalow», a que no pudo asistir, por celos de Annie, nuestro héroe William Grula...

Una escena de «El desfile del amor», film rodado en los Estudios Paramount y que expandió la fama de Jeanette Mac Donald junto a Maurice Chevalier ↓

Hemos penetrado en el «bungalow» de la Mac Donald, sino en la colina de Beverly Hills. Y he aquí lo que hemos hallado en un ángulo de la piscina... ¡Verdaderamente, Grula fué hombre desgraciado aquel jueves por la mañana, de once a doce!...



El maestro entregó a William la *particella* de la marcha de granaderos, con encargo de que, pasado un día, la trajera aprendida, dispuesto al ensayo y a la impresión.

Pero él no se cuidó del papel pautado y volvió al Estudio sin saberse una nota. El maestro se indignó; pero tuvo que apagar sus humos, porque nuestro héroe se dispuso a dar media vuelta, tirando el papel al suelo. ¡Cualquiera dejaba escapar aquel *sí*, único en la Meca del celuloide! Y por vez primera quizá en la disciplina de cuartel del Estudio, hubo que ceñirse a la voluntad de un señor que no era estrella, pero que no necesitaba de la Paramount para comer caliente. Armado de paciencia, el viejete ensayó a Grula su parte, hasta que estuvo en condiciones de cantarla a distancia del piano. Y se le pasó al vestuario, para que se pusiera el bonito uniforme que se había hecho a su medida. Después, al *set* inmenso, ocupado de punta a punta por un decorado de jardín.

Comenzó el ensayo general, con Jeanette Mac Donald al frente, gallardamente ataviada de sinsabor granadero con faldillas sobre las polainas, el alto morrión ladeado sobre la cabellera de oro y un junquillo en la diestra... Era la primera vez que William veía en persona a Jeanette. Quedó deslumbrado por la simpatía y desenvoltura de la nueva estrella traída del Broadway neoyorquino para emparejar con Maurice Chevalier. Al fin del número, William se iba al famoso *si* con Jeanette. Y ella, sorprendida por la potencia y precisión del agudo, se fijó en Grula, enfundado en su magnífico uniforme con gallardía muy española, y se acercó a felicitarle por su voz.

Hablando animadamente les pilló la orden de repetir la página musical que habían interpretado con toda justeza ellos, los coros y la orquesta.

Era una prueba de sonido. Después, silencio. Y a rodar...

Jeanette, bellísima, radiante, se acercó de nuevo a William. Y le preguntó si era español.

El respondió que sí. Pero no de Méjico, como suponía ella, acostumbrada a llamar españoles a los mejicanos, sino de la propia y legendaria Castilla. La nueva estrella adivinó también que aquel guapo y arrogante muchacho no trabajaba allí por necesidad, sino por *sport*. Y le dijo que en una próxima película había un gran papel para cantante, que quizá pudiera adjudicársele si su influencia en la Paramount era más real que imaginaria. William creía en un capricho de la loca Fortuna, que se le ofrecía con los brazos abiertos, dándole la más bella oportunidad de convertirse en artista de cine, cosa en la que, verdaderamente, no había pensado, pero que no le disgustaba del todo. ¡Aquel gentilísimo granadero de boca que parecía de cristal, donde la voz sonaba clara y limpia, podía variar el destino de cualquier mortal sugestionado por su belleza dulce y transparente! Esto pensaba el admirado William mirando a la Mac Donald, cuando ésta le dió una cita: el jueves siguiente, de once a doce de la mañana, en su alojamiento de Beverley Hills...

Pero no seáis suspicaces, lectoras mías. Una cita de mujer a hombre, aunque sea de estrella a extras, en Hollywood no tiene la importancia que tendría en Madrid, por ejemplo. Jeanette podía permitirse el lujo de impresionarse por la voz y la apostura de un muchacho que daba el *si* como el que toma un sello de aspirina, e invitarle a su *bungalow*, que quería ser de estilo español, sin que se mermara para nada su reputación de soltera sin compromiso, aunque sí a disposición de pretendientes de magnitud... (O de los banqueros, pues con uno se ha unido, oficialmente, al fin.) Además, sabed que William no acudió a la cita. ¿No? ¿Cómo fué posible? ¿Hay español capaz de desairar así a tan lozana dama?... Yo os diré que lo hay, cuando a otra dama, enamorada y celosa, se le pone entre ceja y ceja. Annie, sin ser española, demostró un temperamento digno de la famosa cigarrera de Merimée, oponiéndose a la concertada entrevista. Ella sospechaba que Grula había comenzado a deslumbrarse por la blonda estrella y que bajo el inocente interés de cantante a cantante podía germinar algo que redundase en perjuicio de su cara felicidad. ¡Oh, la Mac Donald era una rival demasiado peligrosa, con aquella boca de ambrosía que un poeta comparó con el fruto de la granada ofrecido en cáliz de platino!... A decir verdad, William se plegó fácilmente al deseo, aparentemente tiránico, de su amante. Y con un largo rosario de sonrisas y besos se celebró aquella cita incumplida, que quedó en el pensamiento de dos opuestos seres como el *leit motiv* de esas músicas que hemos oído y que nos suenan lejanas, muy lejanas... Así se selló la gallarda renuncia a la fama, quizá a la fortuna, tal vez, de William Grula. Aquella mañana, de once a doce, ganó el amor un amante; pero el cine perdió un galán...

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de HOLLYWOOD

Visita a los Estudios de Culver City.-Concierto vocal improvisado.-Lawrence Tibbett y su voz de oro.-Ramón Novarro, pianista.—El muchacho encantador.-Velada nocturna en la casa solariega de Ramón de Samaniego.—El becerro de oro de nuestro siglo.—Navarro canta.—Doce campanadas de reloj.-El puritano de Cinelandia

REALMENTE, ¿qué faltaba le hacía a nuestro héroe ser galán de cine, si su vida era entonces el más bello film que pudo rodarse en Hollywood?... Podía despreciarse un porvenir por aquel magnífico presente, bajo el dulce sol de California y en los brazos de una mujer más hermosa y más rica que la Mae Donald. William se limitó, desde entonces, a cantar en la radio, por no perder del todo el contacto con el público, pues su afición al olvidado arte no podía ser arrinconada, ni Annie lo pretendía tampoco, comprendiendo que el don de la voz hay que recibirlo y usarlo con todas sus imposiciones...

El buen Rivero no perdía de vista a William, y una mañana se le presentó, con Molina, a tentar de nuevo su afición: en los Estudios de Culver City se necesitaba un tenor para determinada escena de una película en proyecto. Grula les acompañó de muy buen grado, después de su largo alejamiento de cuanto oliera a celuloide. Y Annie le despidió desde el ventanal, prometiéndole irle a buscar con el coche.

Los tres amigos se internaron en Culver City con la facilidad que daba a Rivero su neto prestigio de agente al servicio de las grandes Editoras. Los Estudios de la poderosa Metro se extienden como una ciudad, y hay que conocer los laberintos para salvarlos con atajos y poseer las severas consignas para inmovilizar a los cancerberos.

Al acercarse a un salón, se oyó una voz obscura y pastosa de barítono, que se atenoraba en el registro agudo, vocalizando al piano. Grula reconoció aquella voz al instante. ¡No podía ser sino la de Lawrence Tibbett, el primerísimo cantante del Metropolitan Opera House, de Nueva York! Acaso el divo más pagado y popular de Norteamérica... Rivero hizo las presentaciones. Y Tibbett, cuya fealdad contrastaba con su arrolladora simpatía, manifestó interés por oír al joven Grula inmediatamente. No se hizo rogar nuestro compatriota y se lanzó a los ejercicios acompañado por el célebre barítono. Este llegó hasta el *sol* natural, y William al *re* bemol. Tibbett celebró la voz magnífica del tenor santanderino, augurándole próximos y definitivos triunfos.

En esto, un nuevo personaje entró en el salón de la Metro, atraído por las dos voces varoniles. Era Ramón Novarro, que desviaba con gusto su rumbo hacia el *camerino*. Ramón vestía de marrón, sencillamente. Con su agradable gesto de muchacho educado a la antigua española se acercó al grupo. Pronto formó parte de lo que constituía también su devoción íntima: el *bel canto*. Y se prestó a acompañar a Grula la canción mejicana *Eres tú*. Sus dotes de pianista exquisito sirvieron de apoyo para una perfecta interpretación de William, cuya bella voz se ceñía, dúctil, a la melodía.

Aspecto de unos Estudios cinematográficos de Hollywood... Verdaderas ciudades, fortalezas acotadas, cuyo acceso sólo se consigue por influencia o por astucia, constituyen la meta dorada de todos los aspirantes a estrella...

Lawrence Tibbett, el famoso barítono del Metropolitan Opera House, que interpretó magníficas películas sonoras, en que su voz de oro deleitó y asombró a los públicos

Novarro, correcto, encantador en su trato, al excusarse de cantar allí mismo, invitó a los cuatro allí presentes, una noche, en su domicilio particular, para hacer música con toda detención. Tibbett se lamentó de no poder asistir, por sus jornada intensivas de filmación en el Estudio, del que apenas salía para dormir, ya con la luz del alba. Pero Rivero, Molina y Grula quedaron emplazados solemnemente. Al retirarse Novarro del salón, Tibbett se deshizo en elogios de su persona, asegurando que no había conocido un muchacho de tanto juicio ni tan irreprochable conducta dentro de la farándula cinematográfica.

Grula, Molina y Rivero asistieron con toda puntualidad al domicilio de Ramón Novarro, sito en West th. 42. Es un bello edificio de dos pisos, grande, amplio, como una casa solariega castellana, que en nada se parece a las *villas* extravagantes de muchos astros hollywoodenses. Un jardín conduce a la entrada de la residencia, severa y señorial, en que mora el discutido y, acaso, incomprendido Ramón de Samaniego, mejicano, de treinta y dos años entonces; el héroe de *Ben Hur*, el bello príncipe adolescente; el efebo de *El pagano de Tahití*... Eran las diez de la noche en punto. Una doncella de delantal y cofia blancos, con los labios y los ojos sin pintar, les introdujo en una saleta donde ya esperaban otros invitados por el famoso artista de la Metro. Familias de aspecto grave, que nada tenían que ver con el mundillo cinematográfico: señoras respetables, señoras de pelo blanco y hasta algún niño, que daba muestras de una educación modelo.

Curiosa foto inédita de los días en que Ramón Novarro filmaba «Ben Hur», su éxito de consagración. Aparecen con el famoso galán la escenarista Christine Johnson, Madeleine Cameron, Louis B. Mayer, Miss Greenwood y Marcus Loew, presidente de la Metro, más el director, Fred Niblo

Nuestros tres amigos, no de etiqueta, pero sí ataviados de obscuro, oteaban con sorpresa el ambiente de tan singular mansión. Aquello podía ser España, Méjico, Inglaterra... Todo, menos Hollywood, la pequeña moderna Babel, donde cien patrias se cobijan para adorar al becerro de oro de nuestro siglo. En aquellos días, los familiares de Novarro se hallaban ausentes. Quizá por esto el muchacho austero y soñador reunía en su torno a personas gratas, que le hicieron menos sola la velada entre los muros de su gran casa familiar.

Hemos sorprendido a Novarro, en su magnífica residencia de Hollywood, estudiando al piano las canciones que ha de interpretar en uno de sus conciertos íntimos

Novarro apareció sencillamente vestido de negro. Ni una sortija en los dedos. Ninguna ostentación. Con el único adorno de su sonrisa acogedora. Las presentaciones se hicieron sin ceremonia. Y se pasó a tomar helados, pastas, dulces, café, té... Después, al teatro íntimo, con su pequeño escenario, y, sobre él, un piano de cinco mil dólares, semicubierto por un alegre y rico pañolón de Manila. Y empezó el concierto. Molina, al violín, interpretó unos tangos. William cantó el *¡Ay, ay, ay!*, acompañado al piano por Novarro, y al violín por Molina, *Granadinos* y *Amapola*. Los circunstantes suplicaron al dueño de la casa que dejara oír su voz. Una voz pequeña, débil, pero dulce, que bordó unas canciones de Nin y Cardona.

Así, sonó una campanada, que indicaba el paso de la noche a la madrugada. Y Novarro comenzó a despedirse. Era ya hora de entregarse a sus oraciones y al descanso. Al día siguiente, domingo, tenía que estar a las ocho en punto en la iglesia mejicana de Santa Lucía, para dirigir el coro religioso de muchachas... Ramón salió hasta el jardín a despedir a sus invitados. Bajo la luna, vertida sobre el jardín espectralmente, Novarro parecía un ser de otro mundo, más espiritual, más bueno y sencillo que en el

En «El árabe», Ramón Novarro hizo una de sus más felices creaciones sobre la pantalla...

que arrastramos nuestras grandes y pequeñas miserias. Sin querer, se le vestía mentalmente con los hábitos blancos de un novicio y se le situaba en el huerto recoleto y manso de un convento, a solas con Dios y su aligerada conciencia.

Por el camino, de regreso, Grula, Rivero y Molina comentaban la vida impropia que llevaba Novarro, el adorado galán de la pantalla, cuyos únicos vicios eran la música y la lectura de los libros piadosos. ¿Era feliz aquel ser extraño, cuyo nombre de artista brillaba sobre las fachadas de todos los cinemas del mundo? A su modo, sí—explicaba Rivero—; porque él no podría vivir ni gozar de otra manera. Era, como su madre—su único amor terreno—le había formado, en el deber, en el temor de las cosas sagradas, en el respeto y en el apartamiento también de las personas ajenas a su familia. Su carácter, aparentemente esquivo, había sido mal interpretado en Hollywood. Se murmuraba, se hacían mil conjeturas audaces. El lo sabía. Y se apartaba más y más del ambiente infecto de aquellos murmuradores que, en su presencia, le colmaban de atenciones y elogios...

El asceta, el puritano de Hollywood, el hombre casto y creyente, podría declinar en su arte, y de él se podría divorciar el mismo público que le erigiera en ídolo de carne y hueso. Pero siempre quedaría su ejemplo como una repulsa noble, de serena altivez, ante la mentira y el vicio de Cinelandia... Y cuando surja, sin ruido, en su traje negro, con la cabeza destocada, otras cabezas cubiertas y orgullosas se inclinarán en instintivo saludo ante el virtuoso Ramón de Samaniego...

SANTIAGO AGUILAR

BRIGITTE HELM,

LA VENUS GERMANA,

¿VA A DESERTAR DEL SEPTIMO ARTE?

Brigitte, actriz dramática... Recordémosla en una escena culminante del film «Manolesco»... Su arte tenía un aliciente de equilibrio y sinceridad que ha de evocarse con pesadumbre...

El perfil sugestivo de la Helm, digno de la medalla de un museo, puede pasar ya a ese museo íntimo de los recuerdos nostálgicos..., porque no ha de admirarse más sobre la pantalla...

Si hubo una mujer elegante en el cinema europeo, esa fué Brigitte Helm... Su belleza serena, clásica, era como el adorno cosmopolita de las antiguas pantallas silenciosas

Una misiva de Claire d'Asteck

De Berlín nos ha llegado una carta, en pliego violeta, con perfume de la misma flor. Carta femenina, claro, y que nos coge de sorpresa. Porque nada sabíamos de nuestra íntima amiga Claire d'Asteck desde que se despidió de nosotros—en Abril del 33—con rumbo desconocido. Claire es una muchacha que se intitula «ciudadana del mundo». ¿Francesa? Habla muy bien el francés y posee esa elegancia incopiable de la *rue de la Paix*. ¿Inglesa? Domina el idioma de allende el Canal de la Mancha y tiene la espiritualidad de una damita londinense. ¿Española? Conoce el *argot* de la calle de Alcalá, y cuando se tiñe de negro sus cabellos y se coloca la mantilla blanca, pudiera pasar por una nieta de las majas duquesas de la época de Goya... Una figura, un alma internacional, que pasó como una sombra por nuestra vida, dejándonos el sedimento de las ilusiones fugaces y melancólicas... Claire d'Asteck nos escribe desde Alemania, de pronto. Sus noticias son un acontecimiento, porque se nos brinda—gesto genial, humor de muchacha que ha hecho de su vida un juego de ruleta—en calidad de confidente. De espía cinematográfica a nuestro servicio exclusivo. Su inquietud, su desenvoltura, la facilidad que tiene para penetrar en los ambientes más herméticos de Europa, hacen inapreciable su ofrecimiento. Las misivas de Claire serán, de vez en vez, como una cálida oleada de aventura, que agitará estas páginas del domingo, como brisa de emoción, de escándalo o de ironía. Te las ofrecemos, lector y lectora, con la satisfacción de corresponder a tus atenciones con algo original, nuevo y único: el servicio de toda una espía internacional del cinema», una Mata Hari estilizada y moderna, un adorable duende que confiará a los puntos de su estilográfica de oro, desde el hotel, el coche-restaurante o el camarote, sorprendentes descubrimientos—indiscreciones, mejor—que sólo una mujer—y una mujer joven, independiente, elegante y bella—puede revelar al íntimo amigo en quien depositó una absoluta confianza, porque con él no llegó a conjugarse el verbo amar, tan triste y complicado... Vamos a traducir la carta de Claire, respetando su estilo. Viene en forma de diálogo. Leed...

La señora Weissbach, excelente cocinera, ha sustituido a la vampiresa por antonomasia...

—¡Aquí estoy!

—Ya era hora que vinieses, Claire de mis pecados.

—Calla, no te pongas cursi. Los españoles sentís celos hasta de vuestras amigas de un día.

—¿Estarás, seguramente, bien acompañada?

—Tú lo dices. Con un gatazo gris que es un primer diploma de belleza felina...

—¡Como la tuya!

—No puedo enseñarte las uñas. Lo siento. Oye: te he leído en CINEGRAMAS. Gran *magazine* semanal. Me gusta. Y he pensado una de las mías...

—¡Horror!

—Espántate: quiero colaborar de una manera indirecta en esa Revista. Me siento hoy—las tres de una madrugada húmeda—en plan de espía cinematográfica.

—Eres incorregible, Claire. Pero eso me interesa... Todo lo tuyo. Dime, ¿me enviarás noticias?

—Te las envío ya. Sabes que no pierdo nunca el tiempo. Toma nota.

—¡Soy todo auriculares!

—Pues... Esta tarde he tomado el té con el respetable señor Weissbach...

—Muy señor mío. Ya empiezas a tomarme el tupé.

—*Stop*. El señor Weissbach es el afortunado marido de la famosa «Venus germana»: Brigitte Helm...

—¿Cómo?

—Come todo lo que quieras. Sé que eres un glotón.

—¡Sigue! Brigitte me interesa. Y supongo que de ella, desu misterioso retraimiento, vas a hablarme.

—Escucha: nuestra Venus (yo la admiro con toda mi alma) ha rendido su tributo al amor legal...

—¿Un hijo?

—El ídolo es madre. Y la aureola materna le sienta a maravilla. Su retoño es precioso...

—¿Le has visto?

—Y le he oído. Llora como un becerro. (Perdona el símil, pero es gráfico...) Se llama el angelote rubio Peter Johann.

—¿Peter? Será artista de cine. Quizá un Peter Lorre del cinema en relieve...

—No seas fantástico. Brigitte, a estas horas, es la señora Weissbach, reina de un hogar tranquilo y feliz...

—Entiendo. Brigitte Helm renuncia a su fama. Se vulgariza. Quizá engorde. ¡Adiós, nuestra Venus de *Metrópoli*!

—Adivinaste. Ella misma me lo ha dicho. Está pálida. Pero guapa siempre. Considera (son sus palabras) que la gloria de un hijo, febrilmente esperado, vale lo que todas las glorias del cine reunidas...

—¿No se arrepentirá?

—No. Está casada... y cansada de su pasado. Es dura la vida de los ídolos. Brigitte fué artista de cine por casualidad. Es romántica y tímida como ella sola...

—¿La vampiresa por antonomasia?

—Nada. Una mujercita de su casa, que guisa primorosamente. Tiene dos sirvientes de Munich que la adoran y la respetan. Es la esposa modelo. El ama soñada.

—¡Vaya por Dios! Con lo que me hizo soñar a mí en *La Atlántida*... Pero, ¿no será todo una pose de publicidad?

—Te aseguro que «la Venus de la pantalla europea» se ha retirado para siempre.

—¿Y ese señor Weissbach es, entonces, un Adonis?

—No te envío su foto porque así podrán los desencantados admiradores figurárselo más bello y arrogante que el propio Faón, el novio único de la frígida Safo. Te envío, en cambio, fotos inéditas de ella, de Brigitte. Para que os solacéis postreramente. Y lloréis sobre la efigie maravillosa de la Venus que ha cambiado sus indumentos de diosa clásica por el mandil de cocina...

—Bueno. ¡Pues dile que algún día iremos a que nos guise las sabrosas salchichas de Francfort!...

SANTIAGO AGUILAR

La bien llamada «Venus germana», sorprendida a la hora del baño matinal, recortada sobre el horizonte, tenía el encanto sublime de una estatua modelada en carne palpitante... (Fot. inédita de Brigitte Helm)

Aquí, Brigitte Helm, en el balcón de su casa, parece pensar en su glorioso pasado, ese pasado de ídolo que no cambiaría por una sola sonrisa de su hijo Peter Johann...

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de Hollywood

Así se anuncian, por las calles, los espectáculos «de movimiento continuo» de Mexicale, verdadero emporio del placer... ¿Vale la pena de salvar unos kilómetros para gozar de «atracciones callejeras» así?...

En el film «Por unos ojos negros» se refleja a maravilla el ambiente de Aguascalientes—«Calientes», como se dice en abreviatura por indígenas—, y Dolores del Río, en brazos de un bailarín mejicano, encarna a una de las «vedettes» de paso por allá.

El pianista acomodador de cine.–El aspirante a estrella que manejaba con denuedo la escoba.–Un espectador desconocido a la «caza del galán guapo».–«¡No barro, no barro!»–Un apodo convertido en nombre triunfal.–Paréntesis a cargo de Annie.–Escapadas a la frontera: Mexicale, Tijuana, Aguascalientes.–El balneario del amor. El vértigo de la velocidad

APROBABA William las reflexiones de Rivero, el buen amigo del creador de *La ruta de Singapoore* y *Dick, el guardia marino*. Y, por su parte, avivó el recuerdo de lo que un viejo maestro de piano mejicano, llamado Cantú, le refirió cierto día. Venía muy a tiempo la evocación de días pasados, en que Ramón, huérfano de padre, daba lecciones pianísticas a veinticinco céntimos de dólar, por las mañanas, y por la tarde servía de acomodador en un modesto cinematógrafo.

Allí forjó sus ilusiones de ser como los adorados galanes que aparecían en la pantalla haciendo latir el corazón de las provincianas casaderas; embutido en su uniforme de acomodador, se creyó a sí mismo muchas veces ese príncipe juvenil y apuesto de las operetas románticas, que trastornan inevitablemente a la ingenua rubia de los ojos claros. Allí, en contraste, tuvo que ayudar a la limpieza—los tiempos eran duros, y el personal se aprovechaba para todo—, y empuñó la escoba con denuedo digno de mejor suerte, barriendo, de punta a punta, el patio de butacas.

Y allí, precisamente, su suerte tomó un rumbo tan distinto, que casi le hizo enloquecer de alegría. Acaso, en un momento de amarga resignación, de desaliento, cuando se reconocía impotente para la lucha, para salir de aquel agujero insignificante, donde su juventud se consumía... Un director cinematográfico, de pasada casual por aquel cinema humilde, se fijó en el muchacho de aspecto soñador, de gesto amable y bondadoso, que le guiaba hasta su localidad.

Aquel espectador, sin pizca de interés por el espectáculo, se fijó más en el joven acomodador que en el programa. Necesitaba para su próximo film un galán *junior* de tipo latino, de clásico perfil, de fina y elegante figura. Todas estas cualidades iban a trasladar al modesto acomodador, de un salto prodigioso, al mismo lienzo de plata que había constituido el horizonte de su suprema ambición.

En el descanso, el «espectador desconocido» se acercó a Ramoncito—así le llamaban sus compañeros—, le llevó al bar y le dijo a bocajarro:

—¿Tú quieres dedicarte al cine?

(Eran tiempos aquéllos en que no era difícil oír proposiciones semejantes, porque la «caza del galán guapo» se extendía por toda Norteamérica. Pero para el huérfano, aquello tenía el carácter de un maravilloso acontecimiento.)

Aceptó, balbuciente.

A la siguiente mañana había de ponerse en marcha para una prueba en el Estudio. Las lágrimas arrasaban sus ojos. Y cuando el encargado del cinema le ordenó, bruscamente, barrer, como todos los días, Ramón se indignó por primera vez. Se rebeló contra

el propio Destino, que tanto le había humillado, y se puso a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Ya no barro! ¡No barro!...

Sus gritos congregaron al personal en pleno, que creía en un súbito ataque de locura. Y aquellas palabras, desgarradas en un tono de estentórea renuncia, aquel fiero—y alegre a la par—clarín de «¡No barro! ¡No barro!», quedaron tan grabados en el oído de los circunstantes, que ya, para siempre, fué bautizado con su propio *eureka*. Y el apellido Samaniego se convirtió en el apodo *Novarro*. Y este apodo pasó a ser, muy pronto, un nombre triunfal, respetado y querido, que Ramón quiso conservar y hacer suyo, porque constituía la revancha de todas sus pasadas desventuras...

Annie, aunque yanqui, tenía sangre latina en sus venas. Sus padres eran francés e italiana. No podía desmentir su origen, a despecho del áureo cabello y los ojos claros. Su amor por William no era el capricho pasajero, la postura excéntrica, el afán exhibicionista de otras mujeres de Hollywood, atentas siempre a su interés, a su comodidad o a su vicio.

Era una gran dama, que amaba y sentía como tal, con una generosidad sin límites, sin más ambición que la de hacer feliz a un muchacho sano y fuerte, sin medios de fortuna, sin otro tesoro—en el aire—que el de su voz de tenor, cuyo «si natural» tanta sorpresa había causado en Hollywood. Ella descendía, tal vez, de su altura de mujer pudiente, rodeada de lujos, de la facilidad cotidiana de vivir bien, satisfaciendo sus menores caprichos, escribiendo en el talonario de cheques una amena novela de gustarismos... Pero ese «descenso» elevaba, a su vez, a un hombre, solo en un país extraño, despótico, vicioso, extravagante... Bajando hasta él, aquella mujer—que no era estrella y que se aburría con elegancia en Hollywood—encontraba un bello motivo en que pensar, como el artista creador que se encierra en su idea y en su obra. William era su obra y constituía su alegría secreta y su íntimo orgullo. Estaba bien pagada, bien servida, con su sincero cariño, formado de gratitud.

Las vampiresas a precio de Aguascalientes asaltan las mesas del «cabaret». Entre frase y frase de sus canciones, deslizan al parroquiano la cifra mágica de la hora de una cita de amor...

En su casita de campo de California, Ramón Novarro recuerda, casi con melancolía, los días aquellos en que alternaba sus lecciones de piano con los servicios de acomodador de un cinema modesto, entre los que se incluía el barrido del patio de butacas...

Las escapadas a la frontera mejicana, aunque no frecuentes, eran como fiestas apoteósicas para la feliz pareja. Tomaban su coche y rodaban siete horas hasta llegar a Mexicale. El ambiente de esta pequeña ciudad de placer hace resurgir las sensibilidades más dormidas o embotadas. Allí van muchos amantes a tomar su «cura de amor», porque aquello es un sanatorio contra el hastío material o espiritual...

Clima ardiente. Holganza. Diversiones trepidantes y continuas. Juego. Bebidas. Músicas. Desfile de cuerpos voluptuosos. Risas. Canciones. Una fiebre dorada que chispea con el champán y que enciende en deseos juveniles al corazón más yerto. Allí nadie trabaja. Allí se junta la noche con el día. Siempre es hora propia para gozar. Sólo se ven rostros alegres. Bocas juntas. Ojos radiantes. Manos que tienden dólares o cheques. Piernas o brazos desnudos que tejen arabescos de pasión bajo el sol, las estrellas o los focos eléctricos. Espirales de humo de tabaco oloroso. Cinturas que se cimbrean. Caderas que giran. Senos agitados bajo sedas ceñidas. Gargantas enarcadas. Hombros mórbidos, milagros de carne más fina que el raso y más blanca que la nieve al caer. Zapatos de charol o de lona y charol. Fracs o camisas descotadas. Anatomías femeninas como sobre la mesa de disección. Cabelleras alconadas u obscuras como la tormenta. Escaparates vivientes de joyería. Ondas asfixiantes de perfumes diversos. Besos estallantes. Frases prometedoras. Epilepsia de jazz. Bullicio. Confusión. Orgía de colores. Locura...

Las escapadas de Hollywood a los alegres pueblos fronterizos de Méjico son deliciosas... ¡Caminos de Mexicale, Aguascalientes, Tijuana!... He aquí un rincón de paisaje tropical—montañas al fondo, palmera en primer término—captado desde la carretera...

Y si no, otra firma en la oficina fronteriza americana, y a Tijuana—contracción de Tía Juana—, segunda edición de Mexicale. Con el aditamento apasionante de las carreras de caballos, famosas en todo el Nuevo Continente. O a Aguascalientes, tercera edición, corregida y aumentada incluso, de Mexicale y Tijuana, con un suave tinte de refinamiento que complace a los grandes banqueros, a los nuevos ricos y a las aventureras venidas de la vieja Europa. Annie y William cruzaban el calendario en los días de su estancia en cualquiera de los tres sitios. Y aquellas cruces, a lápiz o estilográfica, significaban el acontecimiento perdurable de su reacción amorosa.

Al volver, mientras el chófer alquilado pisaba a fondo el acelerador, Grula cantaba a pulmón libre, y las notas rebotaban contra las aristas rocosas de las montañas de la ruta. Y muchas veces el sonido quedaba truncado en la garganta, porque los labios de Annie taponaban la boca del cantor, carretera adelante, sofocados los cuerpos afines por el vértigo de la velocidad suicida...

SANTIAGO AGUILAR

El rostro franco, alegre y juvenil de Mary Losseff, la muchacha más atractiva de Viena, se asoma a esta página con la simpatía que le abre las puertas del estrellato en Europa...

Imágenes en color

Bellezas nuevas en la pantalla de Europa

Mary Losseff, la muchacha más atractiva de Viena

En las horas pesantes de la ida al trabajo cotidiano, ella—la Losseff—era la alegría fresca que subía al autobús.

«¡Bonitas piernas!», masculla ba un decrépito, sin fijarse en el rostro de lisa porcelana bicolor: blanco mate y rosa pálido.

Mary—castigo de nombre vulgar—iba al cine los jueves. (Los domingos tenía merienda en casa, con altavoz de radio y tarta rosa). Y se parecía por Norma Shearer. ¡Norma era su «norma de vidas, de cara al amor, que llegaría en forma de auxiliar de contabilidad, gafas de carey sobre la nariz, y arriba, calva incipiente!.

* *

Y el amor no llegó. Pero en su lugar vino *el algo* que todas las solteras de cintura estrecha deseaban en Viena: un contrato de cine.

Resultaba que su atractivo de muchacha sin novio todavía—boca brillante, piernas nerviosas y ojos de iris dilatada—se metía por la boca de terrible *gourmet*—devorador de bellezas—de la cámara cinematográfica.

Y cuando se vió sobre la sábana de la proyección, pensó, íntimamente, que ya podía tenderse en aquel lecho de rosas de su porvenir. Su suerte estaba *echada*. (Y bien arropada...)

* *

Hoy, la muchacha ágil del autobús vienés no se acuerda de sí misma. ¡Sin embargo, es tan distinto! (Aunque sigue madrugando la pobre.)

Mary Losseff, camino del estrellato, figura simpática del cinema europeo, sabe lo que es un talonario de cheques y pagar el impuesto de altas utilidades.

Nosotros, que la hemos visto en una sola película—argumento amable, música de Paúl Abraham—, nos atrevemos a recomendarla a nuestras amistades. Tomen nota: Mary Losseff, la muchacha más atractiva de Viena. (Es decir, la que mejor evoca los valses, el *Danubio azul* —que no es azul—y las charrascas que nos sirven en el desayuno...)

Anna Lee, el elegante diablillo de la Gaumont Brittish

Cuando en la rígida disciplina de los Estudios ingleses de la Gaumont Brittish suena un timbre de alarma, ya se sabe: Anna Lee acaba de cometer su diablura del día.

El primerísimo actor no puede abrir la puerta de su *camerino* para desvestirse, desmaquillarse y marchar a una cita con una admiradora doblemente metida en libras—las esterlinas y las de peso—porque no aparece la llave.

Anna—¿vamos a llamarla Anita, como si frecuentara nuestra «peña» del Fuyma?—sabe poner a tiempo una cara de ingenua que invita a la declaración en soneto estrambótico, o sea con estrambote.

Y, claro, nadie se atreve a echarle la culpa. Hasta que ella misma—¡angelito!—muestra la llave hurtada, la entrega al primerísimo actor y sale corriendo y riendo.

* *

Pues bien: esta niña acaba de ser considerada por los críticos cinematográficos ingleses—muy señores nuestros—como la actriz novel que más posibilidades tiene de inquietar a las estrellas maduras.

La juventud se impone. Y esta chica traviesa, que sabe ponerse seria—y está guapa—y sabe reírse—y está saladísima—, hace cine como el que colecciona sellos. (Ella colecciona sus fotogramas y los pasa en la alcoba del hotel con un aparato Baby.)

* *

Anita Lee se da una vida impropia de su edad: Sale a tomar el *té* con señores de barba y les hace hacer cabriolas sobre la pista de baile.

Entra en las tiendas de Londres, y se va sin pagar. (Luego, las facturas llueven los viernes, día de nómina. Y el sueldo se queda en cuatro cholines y dos peniques.)

Tiene fama de elegante. ¡Y en London! Y, sin embargo, cruza Piccadilly Street con el pelo en desorden, una blusa cualquiera y zapatos *sport*.

Entonces, los *policemen* del tráfico la reconocen—¡el diablillo adorable de la Gaumont Brittish!—y, guiñándole uno ojo, convierten en batuta su porra forrada de blanco. Y los *claxons* y bocinas interpretan, desesperadamente, un diabólico *fox*.

Verónica Rose, "la Venus inglesa"

Los cabellos de Verónica—la actriz de reciente triunfo en las pantallas de Inglaterra—son de color de oro oxidado. Y sus ojos, de un tono verde-mar.

Su piel es ambarina. (Dicen sus acamareras», que más fina que la seda sin mezcla y con marchamo.) Su boca, de labios graciosamente irregulares—anchos abajo, estrechos arriba—, se ha quedado abierta en sonrisa pegada con sindetición.

Su cuerpo, un curso de armonía. Otra sonrisa, cuajada en carne, que se adivina prieta, dura y flexible, como el caucho. De la cabeza a los pies, una Venus moderna y sencilla, que fuma tabaco rubio y sabe aburrirse con elegancia. Una Venus inglesa. *Made in England!*

* *

Tom Walls, director de Verónica Rose en el film *Turkey Time*, dice de su estrella:

—Será una revelación, sin duda. Es un temperamento de mujer «integral» al servicio de una belleza «cien por cien».

(Este bueno de Tom nos da la impresión del *k. o.* amoroso al primer *round*. Cuando habla de Rose, sus ojillos se elevan al «cielo raso» del techo, y allí buscan un angelote *rococó*.)

* *

Digna Verónica de trastornar a cualquier mortal, por muy director que sea. No hemos podido conseguir sino una foto de su radiante personilla. (En honesta *deshabillé*, tal y como suele andar por su gabinete de reposo.)

Confesamos nuestra estupefacción de hombres a quienes se les presenta, de golpe y porrazo, una estrella denominada Venus. ¿Venus y estrella? ¿No nos enseñó el profesor de Astronomía que Venus es un planeta?

(Bien es verdad que Verónica Rose puede ser lo que quiera, sin pedir permiso al Zodíaco. ¡Hasta cometa, porque su exhibición en Madrid—a través de su sombra animada y parlante—va a traer colas!)

SANTIAGO AGUILAR

¡Verónica Rose! «La Venus inglesa» gusta del refinamiento. Ella confiesa que necesita muchas comodidades para vivir. Ahora, que todo es poco para enmarcar, como merece, su exquisita belleza...

He aquí a Anna Lee—Anita la llamamos nosotros, porque queremos y podemos—a bordo del «yatch «Tosca mia», un día de vacación bien aprovechado... (¡La niña es de las que prometen!...) ↓

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de Hollywood

Warner Baxter, el perfecto marido, y su «salvavidas» con faldas. Un astro mundial que compra patatas y verduras en el Economato de Balzza, de los Ángeles.— El falso amor de la hora de un ídolo.— Trastienda del don Juan decadente.—El cinema es un tóxico.—Nostalgia del maquillaje. Amistad, palabra bella e incomparable

¿Un aspecto de la Gran Vía madrileña?... No, aunque tenga una semejanza notable. Es, visto a la hora de las actividades febriles, un trozo de la arteria principal de Los Angeles (California), por donde William Cecil y Warner Baxter se pasearon tantas veces del brazo, como padre e hijo...

AUNQUE Annie y William realizaban solos estas escapadas periódicas, casi siempre encontraban personas amigas o conocidas en el fárrago divertido de Aguascalientes, Mexicale o Tijcana: Molina, Rivero, Barry Norton, Don Alvarado, Warner Baxter...

Este último surgía, por lo general, en las carreras de caballos, por las que sentía verdadera afición. Del brazo de su esposa —seria y aburguesada—, los saludaba, prismáticos en alto, enseñando la juventud de su dentadura y la simpatía de su sonrisa varonil. ¡Gran hombre, admirable tipo, Warner Baxter! Su señora le servía de freno, de «salvavidas»— como decía él chistosamente — en aquellas jiras maravillosas a Tijuana.

Las fáciles bellas que soñaban con latir entre sus brazos de atleta maduro no se atrevían a acercarse a su ídolo, guardado por la dueña imponente — en su dignidad serena— de su intimidad, la compañera de su hogar tranquilo y honesto.

William refería a Annie las secretas aventuras galantes del muy celebrado actor de la pantalla. Y ambos reían de verle en plan de «perfecto marido», revestido de íntegra fidelidad. Un hombre puede, efectivamente, estar enamorado de su mujer, y, sin embargo, dedicar algunas horas a la semana para satisfacer el deseo ajeno, dejándose querer olímpicamente por las pizpiretas muñecas, las traviesas *girls* con tipo de efebo turbador.

Annie no estaba conforme con el procedimiento; pero reconocía que Warner era un hombre en quien se podía confiar, por su discreción absoluta y su equilibrado carácter, flexible, pero irrompible, como las hojas de las espadas toledanas. Annie y William le conocieron de una manera ciertamente graciosa, la más impropia, desde luego, para una figura del cinema mundial: comprando verduras y patatas en un Economato de Los Angeles.

El dueño, apellidado Balzza, les descubrió la presencia del artista, cotidiano cliente, y se apañó para que entraran en conversación con él. Warner inició, de buen grado, una amistad de vecinos, mientras seguía eligiendo, tranquilamente, las lechugas más frescas y las patatas más gordas.

He aquí a Warner Baxter en los lejanos tiempos de sus actuaciones de galán «mudo» de la pantalla, interpretando una escena de la producción de Cecil B. de Mille «La cama dorada», con una «extra» de entonces...

William encontró en Baxter un camarada franco, un consejero leal, grave y comprensivo al mismo tiempo. Ambos tienen un ligero parecido físico, que aprovecharon para divertirse con alguna terrible admiradora, cambiando su personalidad y convenciendo a la «auténtica ingenua» de que había sido el amor de una hora de Warner Baxter». (¡Oh, las bellas mentiras—mil y una—de Hollywood!)

Admiraba y respetaba William los cuarenta y tres años de Warner, magníficamente conservados a prueba de escaramuzas amorosas, quizá por el timón de su hogar, modelo de orden y de equilibrio.

Por entonces comenzaba el cinema parlante, coincidiendo con un pequeño desvío que se mostraba, sin recato casi, al maduro astro por los Estudios hollywoodenses.

Y, cosa rara, estaba próximo precisamente su máximo encumbramiento, cuando su voz registrara en las bandas de celuloide con una pastosidad sin igual, grave, sonora, dulce y varonil.

Muchas tardes, del brazo, por el Larchmont Boulevard, el hombre y el muchacho—padre e hijo a primera vista — pasaron revista a las vicisitudes de la Ciudad Camaleón, en que nunca se está seguro de sí mismo, y en que el mañana constituye siempre un problema: el hoy, una preocupación, y el ayer, un enojoso recuerdo.

Warner Baxter tenía algún dinero, que su mujer administraba más celosamente que su trastienda de Don Juan en el cenit. No esperaba, en verdad, en el momento de un ocaso teñido de tintas burguesas y vulgares, que el acontecimiento—levemente entrevisto—del invento de

los hermanos Warner iba a suponerle la riqueza y la fama definitivas.

Pero estaba satisfecho de su suerte particular. Su hogar confortable, sin grandes lujos ni apariencias, arrullaba sus horas de ocio de artista que declina ya paulatinamente. Resignado, fumaba con fruición y leía toda clase de libros, mientras su mujer preparaba un postre nuevo y maravilloso.

Hombre más sobrio, discreto y sincero, no era posible encontrarlo en las Sodoma y Gomorra de los tiempos modernos, Torre de Babel de la civilización blanca.

El aconsejaba a William que se dedicara al teatro—a la ópera—y no al cine. Sobre el escenario, el cantante oye el eco de su propia voz y recibe el homenaje inmediato del auditorio. En el cinema, todo huele a misterio, a cosa artificial, a laboratorio, en fin. Un técnico vale más —se paga más—que un artista. Y el director —que no siempre sabe dirigir—se erige en dictador atacado de la vesanía de gastar dólares y aniquilar la naturaleza de las pálidas estrellas, que sudan bajo los ardientes arcos como en un infierno no imaginado por el Dante.

Es un trabajo tan duro el del cinema, que no compensa de todo el incienso de la publicidad y de las pasiones distantes de los admiradores, que acuden a las salas de proyección soñando con artificiales paraísos que no van en zaga a los que proporcionan—según referencia—las drogas heroicas.

Pero el cine es eso: opio, cocaína, morfina, estupefaciente que embota la sensibilidad y que no puede abandonarse sin el aditamento de la propia piel.

Y Warner sentía la nostalgia del maquillaje y de los reportajes escandalosos. William, que vestía tan bien como él y vivía aún mejor, comprendía cuanto el célebre actor de la pantalla le iba exponiendo para encauzar sus «posibles» ambiciones.

Pero estaba convencido, de antemano, de todo aquello.

A partir de entonces, Warner Baxter fué elegido para interpretar *Ramona* con Dolores del Río.

Y ya no se le vió en el Economato de Balzza eligiendo concienzudamente patatas y verduras. Baxter fué el ídolo firme de las muchachas en flor y el mimado de los grandes «Mogoles». William le perdió de vista; pero conservó el afecto vivo de su recuerdo. Todavía hoy le llama «amigo» con toda la emoción que esta bella palabra incomparable produce en los hombres de buena voluntad, como él. Y como Warner Baxter, que dignifica toda la ambigüedad de Hollywood con su trayectoria rectamente, limpiamente varonil.

SANTIAGO AGUILAR

Perfil varonil, sobriedad, simpatía... El ídolo Warner Baxter ve cómo, a despecho del tiempo, su fama no sólo no decrece sino que aumenta de día en día... →

El «perfecto marido», o sea, Warner Baxter, gusta de hacer ciertas escapadas al campo libre, a desengañar a sus ingenuas admiradoras de que nada pueden esperar de él, como no sean buenos consejos...

Warner Baxter, con Myrna Loy, en una de sus últimas creaciones sonoras, dirigida por Frank Capra

CRONICA ESCANDALOSA de Hollywood

La envidia, ante el escaparate de Schwab. Viciosos, hambrientos y desesperados.–Consejos de Annie.–Orígenes pintorescos de los magnates del cine.–«Papá Zúkor».–Marcus Loew, veinticinco millones de dólares.–Un cadáver en la playa de Santa Mónica. Will Hays, «el zar del cinema».–Un minuto de oportunidad.–Con Mauricio Costello en Nueva York. Helen y Dolores Costello, dos obras geniales en carne viva...

He aquí la optimista humanidad de Marcus Loew, que vendió periódicos por las calles y que llegó a ser dueño de cuatrocientas salas de cine, dejando al morir una herencia de veinticinco millones de dólares.

Adolph Zúkor — el «Papá Zúkor», fundador de la Paramount — muestra a su esposa y a los reyes de Siam — a la izquierda, según término — una cámara tomavistas, en los Estudios Paramount de Nueva York, con motivo de la visita de los exóticos soberanos.

DEBEMOS advertir a nuestros lectores que William Grula, héroe de esta crónica fidedigna de Cinelandia, no guarda un orden en sus recuerdos exhumados, ni creemos que al relato le haga falta tampoco. Tal vez el encanto único de estas Memorias íntimas de un español en Hollywood sea, precisamente, su sincero desaliño.

Alguna vez sintió William en su torno el cerco asfixiante de la envidia. No se olvide que en Hollywood hay una población flotante de noventa mil parados. Esta cifra pavorosa se resume en tres palabras: vicio, hambre, desesperación... Así, comprenderéis que la vida muelle y regalada de Grula, el muchacho que no necesitaba para nada del cine, llamara la atención de los desesperados, de los hambrientos y de los viciosos. Al pararse, por ejemplo, ante el escaparate de Schwab, admirando silenciosamente sus vistosas corbatas italianas, sintió una tarde la sacudida sutil de la maledicencia a flor de labio. En un español, con acento mejicano:

—¡Ya se le acabará el orgullo al amigo! Presume de bonito porque todavía no ha encontrado una peladilla bien puesta al darse la vuelta a la manzana...

Grula, por el cristal del escaparate, reconoció al enemigo: un sextras olvidado en todos los *casting-office*, una ruina viviente tirada en el dorado arroyo del bulevar. Y le compadeció, comprendiendo su odio injusto. Volvióse hacia él sin prisa, con naturalidad; le pasó la mano por el hombro, y le dijo:

—Hacía tiempo que no sabía de ti. Te he reconocido por la voz. ¿Quieres venir conmigo a merendar?...

William no podía envidiar ni despreciar a nadie. El fué un aventurero con apetito en Pensilvania. Ahora le sonreía la fortuna. Cualquier día podía volverle la espalda. ¡Ay de él si se sentía orgulloso de la casualidad y arrojaba al rostro de los jóvenes pobres su pobreza!...

Annie le recordaba siempre que sonriese a los necesitados. Cualquier desprecio pudiera crearle adversarios temibles, allí, bajo el sol ardiente de California, la vieja España. Aquella mujer sabía todos los orígenes de los magnates del cinema, de los dueños y señores de la tercera industria del mundo—sesenta y dos mil «fábricas de sueños», como escribió Eremburg, o sean, salas de proyección, sobre la tierra—y quería inculcar a su amado William la idea de que cualquier paria que le pedía para tomar café, hoy, se convertiría, mañana, en un productor multimillonario.

Y le citaba los increíbles, los maravillosos precedentes:

Zúkor (Adolfo) llegó a Nueva York con diez y seis años de edad y veinticinco dólares en el bolsillo. Colocado de aprendiz de tapicero, llegó a ser fundador de la Paramount. «Papá Zúkor», maestro de constancia y energía, supo acordarse de los que endulzaron su penuria... y de los que cruzaban de acera para no tenerle que hablar.

Marcus Loew, presidente de la Metro, voceaba y vendía periódicos por las calles... Veinte años después—como titularía Dumas—poseía cuatrocientas salas cinematográficas y una fábrica de tapices modelo. Y dejó, al morir, una «sanada» herencia: veinticinco millones de dólares...

Karl Laemmle, presidente de la Universal, vendió, y por cierto, con buena maña, unos tirantes patentados. Y tuvo después a sus órdenes a «clientes» reacios que le habían discutido la «elástica» mercancía...

Fox (William) arrastró sus zapatos rotos por el *ghetto* de Nueva York, bajo la implacable lluvia. (Y no era un soñador, precisamente. Hombre práctico, hombre-máquina, sólo entiende de negocios. Lo demás es aire...)

Jessie Lasky, el compañero de aventuras de Zúkor, repartió periódicos y revistas y trabajó como «el último mono» en circos y *music-halls*... Sus piruetas no le impidieron alcanzar, un buen día, el título de «virrey de la Paramount»...

Atendía William las prudentes indicaciones de Annie; pero no participaba del oportunismo de suponer que todos aquellos viciosos, desesperados y hambrientos, que murmuraban en el bulevar, llevaban dentro el fuego sagrado de los padres del cinema, de los grandes Mogoles. Y, como prueba, leía noticias escuetas, de este estilo: «Ayer, la pleamar arrojó a la playa de Santa Mónica el cadáver de un hombre. Movilizada la Policía, pudo identificársele. Se trata de H. Cottapos, joven griego, sin domicilio, que puso fin a su vida por dificultades de orden económico...»

(Y recordaba al fino muchacho, verdadero Apolo rubio, cuya armoniosa anatomía no había conseguido interesar a nadie en el distraído ambiente de aquella ciudad sin alma. ¡Pobre juventud y pobre inteligencia la del suicida!...

A un hombre admiraba de lleno nuestro protagonista: a Will Hays. Conocido por sus íntimos por «Bill». El «zar» del imperio del cine. Un fenómeno de mentalidad moderna y de carácter, que siendo ministro de Comunicaciones dimitió la cartera para pasar a ocupar el cargo —tan opuesto—de presidente de la Motion Picture Producers and Distributors, con un sueldo de cien mil dólares, apara empezar... Hays, de talla corta—napoleónica—, es el Goliath del celuloide. ¡Nadie puede nada contra él!...

¡Dolores Costello!... Un rostro inquietante, una belleza que dejó huella ardiente en el pensamiento de William Grula, desde su estancia en Nueva York y su amistad con el veterano actor Mauricio Costello

De Hays había hablado Grula con Mauricio Costello, en Nueva York. Larga, sabrosamente. Y porque conocía su derroche de medios para combatir sin forzar los músculos del rostro, con una diplomacia formidable, el veteranísimo Costello—conquistador de bellas aún, con su pelo plateado—había profetizado su encumbramiento: Hays llegaría donde quisiera, con la fuerza de su palabra y la agilidad de su pensamiento alerta. (Si Grula no hubiera conocido a Annie, hubiera recurrido a «Bill», siguiendo la sugerencia de Costello. Hays es el hombre que se puede ganar en un minuto solamente: el de la oportunidad. Y valía la pena de buscarla...)

¡Mauricio Costello! Cada vez que William evocaba su nombre, Annie procuraba desviar el tema.

Sabía que la belleza de Dolores, su hija, y la simpatía de Helen, hermana de Dolores, dejaron una huella ardiente en la memoria del aventurero español... Difícilmente podían encontrarse dos tendencias tan reunidas frente a un temperamento tan sensible como el del joven Grula. Las hijas de Costello, del brazo de su papá—el galán adorado de los primerísimos tiempos del cinema yanqui—constituían un espectáculo de emoción irresistible en las calles y establecimientos de Nueva York.

SANTIAGO AGUILAR

En este mismo trozo de la playa de Santa Mónica, que animan las bellezas triunfantes de Ruth Channing y Mary Carlisle, apareció un día el cadáver de H. Cottapos, joven «extra» griego que no pudo sobrevivir a su miseria...

El llamado «virrey de la Paramount», Jessie Lasky, coloca en la esquina que ha de ocupar su oficina en el edificio de la gran editora, en Hollywood, una herradura y una caja de hierro conteniendo fotos de «La reina Isabel», la primera película realizada en su vida por Adolfo Zúkor... (Betty Bronson incluye la herradura de la buena suerte, y son testigos —de izquierda a derecha— E. Hoffman, B. P. Schulberg y Héctor Turnbull, productores asociados de Paramount...)

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de HOLLYWOOD

¡Noches de Nueva York!... Ellas fueron el escenario maravilloso de la amistad de Dolores Costello con William Gruia. Bajo la magia de sus luces y a la sombra fantasmal de los rascacielos, se deslizaron las primeras horas de aventura en Norteamérica, prometedoras de un brillante futuro para nuestra héroe...

La ambición de Dolores Costello.—Ni «flirt» ni verdadero amor.—«Papá Mauricio» comprende.—Jornadas de la metrópoli de los rascacielos.—Una noche en el Maxim's, de Nueva York.—Evocación de Rodolfo Valentino, «partenaire» de Bonnie Glass.—¿El hombre más guapo del mundo?—Tres versiones de la muerte del creador de «Monsieur Beaucaire».—Wallace Reid, el hombre perfecto.—«El bello John» y el juramento de la ambiciosa

Asegura Gruia que en la persona de Dolores Costello halló terreno abonado para un idilio. La hija del ex galán Mauricio, el hombre de bello pelo plateado que paseaba olímpico por la Quinta Avenida, era, naturalmente, ambiciosa. Un ligero vello sombreaba su labio superior; sus ojos tenían ese color de distancia de las almas que reflejan al exterior su anhelo de volar, y volar muy alto... Gustaba vestir un traje distinto cada día, y, a ser posible, llevar pieles auténticas sobre su piel, de un tono de ámbar. Esbelta, grácil, armoniosa, con sellos, y no carente de inteligencia, oteaba al hombre que pudiera hablarla de amor con las máximas garantías. En una palabra, su juventud no podía entretenerse en esa distracción peligrosa que los franceses denominan *flirt*, ni menos en la lucha trágica del verdadero amor. Su padre le había hablado mucho de estas cosas. Con su experiencia de hombre conquistador, que había desatado pasiones intensas sin poner un sólo átomo de voluntad, sin tomarse la menor molestia de corresponder a las ilusionadas con su tipo varonil y con su arte. (Más con el primero que con el segundo, desde luego.) Y Dolores comprendía que en esos azares del corazón, el que más pone es el que más pierde siempre...

William y ella desataron una amable amistad en el amplio ambiente de Nueva York. Camaradas que hacían un culto de la simpatía mutua sin recelos, merecieron muchas veces el comentario ingenuo de la helénica—de un clasicismo de estatua del Partenón—Helen, la hermana, menos calculadora quizá, menos ambiciosa también:

—Os van a tomar por novios. Salís juntos demasiadas veces...

—Así no me molestarán los inevitables moscones—respondía Dolores con agudeza—de los clubs y de los teatros. William es como un hermano, como un guardián, como un dique en el que se estrellan los donjuanes de ocasión. Y, sin embargo, no es obstáculo suficiente para ahuyentar a los candidatos que puedan convenirme. ¿Verdad, papá?

«Papá Mauricio» asentía con una sonrisa. ¡El hubiera sido el primero en deshacer aquel trato, si no redundara en beneficio de su querida Dolores, hecha casi a su imagen y semejanza! Y les dejaba solos, cuando sus ocupaciones no le permitían dar el brazo a la hija predilecta, su obra genial en carne viva. William recuerda aquellas jornadas con fruición, y se

Mauricio Costello evocó la personalidad de Rodolfo Valentino, el malogrado galán de la pantalla a quien las mujeres denominaron «el hombre más guapo del mundo»... Y Costello reconocía que su creación de «Monsieur Beaucaire» no hubiera sido superada ni por el mismo Rodolfo resucitado...

El famoso Valentino, en una foto curiosa de los días en que filmaba «El águila negra», aparece entre Vilma Banky, su «partenaire»; los españoles Federico Beltrán Massés y Enrique Meneses, y el director Clarence Brown

las había descrito a Annie, la comprensiva a pesar de sus celos, con todo lujo de detalles. Entonces él era un muchacho deslumbrado por la más cara áurea de la metrópoli de los rascacielos, conocida palmo a palmo junto a tres personajes tan singulares como Mauricio, Dolores y Helen: un espectáculo maravilloso que inundaba de optimismo sus visiones del futuro en Norteamérica. De aquella dulce amistad guardará un amable recuerdo eterno. Por eso se detiene al hablar de sus anécdotas, como si las reviviera...

Fueron una noche a bailar al Maxim's. Iba Mauricio con ellos, y, de pronto, les habló de Rodolfo Valentino:

—Aquí mismo, sobre esta pista, le conocí y le admiré, aunque sin sospechar que había de ser pronto el más famoso galán de la pantalla. Bailaba el tango con Bonnie Glass, en calidad

de *portemaire* improvisado, supliendo al otro anterior, por enfermedad. Valentino era un muchacho de traza exótica, cuya persona llamaba, inevitablemente, la atención. Después se le ha llamado «el hombre más guapo del mundo». —

—Y lo era, papá—advertía Dolores.

—Calla, nena: tú te has influido de toda la literatura valentinesca, y no puedes opinar como yo, que fuí su amigo. Rodolfo no fué un hombre guapo. Tenía defectos físicos insuperables: unas orejas deformes, cicatrices marcadas en el mentón, debilidad visual en el ojo derecho... Pero todo eso desaparecía bajo la simpatía melancólica de su mirada y la agilidad casi felina de su cuerpo. Bailando, tenía personalidad: gustaba mucho a las mujeres, y no era, en realidad, sino un bailarín mediocre, un bailarín por recurso. ¿Comprendes? Lo que se le ha negado es talento, y fué, precisamente, lo que le hizo triunfar. Su diplomacia, su hablar persuasivo, siempre a media voz, en tono de confidencia, le abrieron puertas que no se le hubieran franqueado nunca. Bonnie, entonces máxima estrella de la coreografía americana, le quería con veneración, y nunca cambiaron un beso. Fué un amor breve y platónico, pero hondo...

—¿Y es cierto lo que se ha contado tantas veces de su talismán misterioso, de la sortija entregada por un hombre desconocido, como amuleto para triunfar en la vida?—preguntaba William.

—Cierto. Lo que nadie sabe es de qué murió. Hay tres versiones de su rápido y trágico fin: una, la de la venganza cantelena de cierta mujer, despechada, que le disparó tres tiros de revólver en el vientre; otra, la de la venganza de un marido burlado, que hizo que en el chocolate se le sirviera cristal molido; otra, la oficial», o sea, el ataque de apendicitis, que originó la operación quirúrgica y el desenlace por endocarditis séptica, o sea, la inflamación fatal del endocardio...

—¿Y cuál te ofrece a tí más crédito?—interrumpía Dolores.

—Hija, no sé qué decirte. Más bien creo en una venganza que en una muerte natural. George Ullmann, su testamentario, lo sabe; pero a nadie lo ha dicho. Lo cierto es que Rodolfo Valentino supo desaparecer en plena gloria, cuando, tal vez, iba a iniciarse su descenso, ya que no conseguía superar su labor asombrosa de *Monsieur Beaucaire*, la creación inolvidable, a despecho de los avances del cinema y de la serie de galanes que han desfilado después de su llorada desaparición...

Dolores, con curiosidad muy femenina, inquirió de Mauricio cuál de todos los galanes conocidos por él—que fué, precisamente, un ídolo de las mujeres en su tiempo—poseía mayor belleza masculina. Y el todavía bello Mauricio Costello respondió sin vacilar:

John Barrymore y Dolores Costello, sorprendidos por el fotógrafo momentos después de la sencilla ceremonia de su enlace en Hollywood. Dolores tenía entonces veintidós años...

Perfil del «bello John», cuando el menor de los Barrymore iba a entrar en la madurez de su edad... Ahora, John acaba de personalizar en el film la figura de Romeo, el apasionado amante de Julieta. Magnífico «rôle» para este galán de galanes...

Wallace Reid, el galán cuyo camino fué sembrado de rosas y que se mató a sí mismo, lentamente, puede considerarse como el hombre más perfecto que se ha asomado a la pantalla. Aquí aparece en una foto hecha meses antes de su fallecimiento...

—¡Wallace Reid! Aquel era un hombre perfecto físicamente. Fotografiaba bien desde cualquier ángulo y con cualquier luz, sin maquillaje apenas, pues le molestaba embadurnarse la cara. Su tipo poseía una armonía de milagro. Su simpatía completaba el conjunto de gracias que la Naturaleza le dió, al nacer, a manos llenas. Wallace Reid se mató a sí mismo, abusando de todo lo pernicioso para el organismo, porque estaba hastiado de hallar tanta felicidad y tantas flores en su senda juvenil. Tenía todo cuanto quería, aunque no lo pidiesen sus labios, porque el prójimo se adelantaba a sus deseos con servilismo desesperante...

—Sí..., los hombres guapos deben ser insoportables y funestos—comentaba Dolores—, y por eso me guardaré de ellos y tomaré todas las precauciones para no dejarme influir por su belleza. Yo te juro, papá, que no me casaré con ningún hombre guapo...

¡Casualidades de la vida! Años después, Dolores Costello admitía el cerco amoroso del actor más guapo de Hollywood: John Barrymore, el del perfil de camafeo, intérprete de las más sugestivas figuras varoniles de la historia y de la literatura: Des Grieux, Don Juan, Lord Brummel... El menor de los Barrymore se convirtió en su esposo, a raíz de actuar juntos en una producción. Y el juramento de Dolores en el Maxim's de Nueva York se deshizo en el ambiente morboso de la Ciudad Camaleón, que nubla las frentes razonadoras y hace cometer pecados y tonterías sin cuento. Naturalmente, que la hija mimada de Mauricio aseguró, de paso, con el amor del «bello John», su nombre cinematográfico y su influencia en las altas esferas cinematográficas. La realidad de sus ambiciones había exigido su intromisión en la vida íntima de un ídolo de las mujeres, que, según sus profecías, debía ser «insoportable y funesto»... William Grula y Annie se reían juntos—copas de champaña en alto—del epílogo curioso escrito por Dolores, la muchacha ambiciosa no carente de inteligencia, la «obra genial en carne viva», que decía su progenitor...—SANTIAGO AGUILAR

Al servicio de la actualidad

Cómo y porqué DOUGLAS FAIRBANKS deja de ser actor

Un aviso de conferencia telefónica con la Costa Azul

Una graciosa—y antigua—«posa» de Douglas, abrazando un busto de Darwin. He aquí su sonrisa joven y su humorismo, queriendo preguntar al famoso teorizante si él, efectivamente, descendía del mono...

En la visita girada a Hollywood por Conán Doyle y su esposa fueron fotografiados con el matrimonio Fairbanks-Pickford durante el rodaje de una película de asunto «español»... ¡Ya ha llovido desde entonces!

¡Recuerdos del ayer! Douglas, con su esposa Mary Pickford, se encuentran en París, no lejos del Arco de Triunfo, con Will Hays, «el Zar del cinema»...

Un aviso de conferencia telefónica en la Costa Azul

Creíamos que nuestra espía internacional, Claire D'Asteck, nos tenía olvidados. Mejor dicho, relegados a un segundo plano del vertiginoso film de su elegante errabundia por Europa.

De una mujer—dijo un novelista italiano, que no hace al caso citar ahora—se puede esperar todo..., *todo menos la fidelidad*. Luego tampoco esperábamos que nuestra confidente—mujer al fin—tuviera consecuencia en sus noticias, siempre alegres y sabrosas...

Pero, de pronto, nos traen el aviso de una conferencia telefónica a celebrar a una hora nada burguesa—las dos de la madrugada—y pedida desde la Costa Azul.

Y ya no nos queda duda alguna: ¡la traviesa Claire se ha acordado de nosotros y con sospechosa urgencia! Nos frotamos las manos. Y acudimos a la conferencia como a una cita de carácter sensacional...

El matrimonio Fairbanks en Cannes, con una viuda millonaria

Los dos. ¿Una mujer puntual? Sí, no tiene más remedio. Esto trasciende a aventura exótica. En la cabina, que huele ligeramente a tabaco rubio, somos todo oídos. ¡Lástima de televisión!, pensamos.

Al otro extremo del hilo—perdido en la distancia de miles de kilómetros—brota la voz ardiente de nuestra amiga:

—¿Qué tal?

—Mudo por el asombro, Claire.

—¿Te ha caído bien mi gesto?

—Todo lo tuyo es siempre lo mejor.

—Y el tiempo, oro. No lo perdamos. ¡Esta tarde he hablado, cerca de una hora, con Douglas Fairbanks!

—¿Dónde?

—En Cannes, a bordo del *yatch* de una viuda millonaria de Kansas City, amiga del nuevo matrimonio Fairbanks. Ninguno de los tres ha sospechado de mí. Me han creído una soltera extravagante, enemiga incluso del cine. Y han charlado por los codos...

—¡Bravísimo! Venga de ahí, que estoy impaciente y te va a costar esta conferencia un ojo de la cara...

—Tú escucha, y no te preocupes; tengo carta blanca con la telefonista y pagaré lo que yo quiera.

—¡Ah, pícara! Trastornas hasta a los seres de tu mismo sexo... Anda, cuenta, Mata-Hari rediviva...

El pelo, la dentadura y la esposa del viejo Douglas

—En primer lugar, Douglas está muy viejo...

—Su edad no es para menos.

—Pero una se lo imagina como en la pantalla. Sin tantas arrugas ni tan poco pelo. ¡Desilusión!

—Aunque sí con su sonrisa famosa y su dentadura de prensa...

—Te diré. Al natural, no brillan tanto sus dientes. Esto del cinema es un puro truco.

—¿Y su nueva esposa?

—Mucho mejor que él, físicamente. Aunque tampoco jóven. Simpática, locuaz, agradable, sí.

—¿Se llevan bien?

—Bien, a la americana. Al estilo latino, no. Porque la viuda de Kansas coge del brazo a Douglas en sus propias narices, y le hace correr como a un chiquillo. Y la esposa se ríe con beatitud digna de mejor suerte...

—¡Ja, ja, ja! Eres una guadaña. Sigue, sigue...

Un futuro socio industrial de Samuel Goldwyn

—Douglas está muy distante de *El pirata negro*. ¿Te acuerdas? Y él no da cuenta. A mí me ha dicho que por nada del mundo volvería a maquillarse. Es muy duro el trabajo en el *set*, a sus años.

—Entonces, ¿se retira definitivamente?

—Se retira de la vida activa de su carrera. Pero ahora encuentra encantos y emociones como futuro productor. Samuel Goldwyn le ha animado, y será su socio de aquí en adelante.

—Para eso hace falta dinero...

—No olvides que Douglas es rico. Bastante menos que Samuel. Seguramente será una especie de socio industrial. Aportará su dinamismo, que aun asoma a los ojos de *El hijo del zorro* de cuando en cuando. Sobre todo, después del quinto *whiskey*...

La nueva señora Fairbanks se duerme en el cine

—¿Sospechas las causas de esa voluntaria jubilación?

He aquí al flamante matrimonio Fairbanks «número 2», instantes después de recibir la bendición y de haberse ajustado los anillos de boda...

← Douglas y Lady Ashley, sorprendidos en plena calle, el día que salieron para la Costa Azul...

Lady Ashley, la nueva mujer legítima de Douglas Fairbanks, se sienta sobre sus maletas y baúles, un poco cansada de la vida nerviosa a que le impulsa su célebre marido...

—El me las ha revelado llanamente, sin preguntárselas. No se divierte ya como actor. Y él no puede trabajar sin entusiasmo, por rutina, por vanidad o por lucro. Como productor, recibirá emociones intensas e inéditas que remozarán su espíritu...

—¿Qué dice la nueva señora Fairbanks?

—Sobre eso, nada. Le gusta hablar de trapos, de pieles, de *sport*. El cine no le interesa en absoluto. Lo cree inferior al teatro, porque no tiene ni color ni relieve.

—Oye, esa mujer no es tonta...

—Douglas ha encontrado su verdadera «cara mitad». Le encanta haber hallado una esposa que se duerme de tedio en la sala de proyección. Así no querrá inmiscuirse en sus negocios ni le amargará la existencia...

—¡Tienes razón!

Nadie debe mentar la soga en casa del ahorcado

—Te advierto que la resolución de Douglas ha nacido aquí, en la Riviera. Después de dos conferencias con Samuel Goldwyn. Cuando salió de Hollywood no pensaba en retirarse...

—¿Ha hablado de su hijo?

—Sí. Le quiere y le admira. Pero no es un latino, ¿comprendes? Ama, sobre todo, su independencia...

—¿Y de su otra mujer, qué dice?

—¡No seas bárbaro! Nadie debe mentar la soga en casa del ahorcado. Y además, el pasado siempre escuece un poco. Decir pasado quiere decir juventud, ilusión...

—¿Y equivocación también?

—Bueno. Te dejo. Te invitaría a dar una vuelta junto al mar. Hace una madrugada deliciosa...

—Como aquí: diluviando y con viento fuerte...

—¡Horror!... ¡Hasta otra!

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España

Cinco bellezas «standard» de Hollywood... «Extras», coristas, figurantas, maniquíes vivientes, tal vez las estrellas del mañana, entre las que William Grula escogía su amor furtivo de unas horas...

CRONICA ESCANDALOSA DE HOLLYWOOD

Un día de asueto amoroso.–La «extra» de hoy, tal vez la estrella de mañana.–La «epidemia de belleza» de Hollywood.–Lupe Vélez, la «fea audaz», convertida en la mujer de moda.–Dolores, Nena y Lía.–Conchita Montenegro y María Alba.–La «ola morena».– La figuranta de la piel color de chocolate

UNA mujer, por muy bella y simpática que sea, no basta en la vida de un hombre de veinte años... William Grula adoraba a su Annie, hada benéfica que le había tocado con la varita del oro y del placer en ese bosque de abetos que fué Hollywood («bosque de abetos», su traducción literal). Pero un suculento manjar, gustado diariamente, hace desear el guisado pobre, que a su vez haga desear de nuevo el condimento caro. No es un pecado grave de fidelidad que el amante muy joven busque el contraste en otros brazos y sobre otras bocas, para volver, con ímpetu renovado, al auténtico amor, el de todos los días, el perenne, el formado con retazos vivos de ilusión y de felicidad. Y del regreso del amor furtivo y fugitivo—capricho sin huella, satisfacción de un apetito pasajero—, la mujer elegida ofrecerá más encanto, más alciente que antes, porque es «la exactamente amada» y «la que nos ama mejor»...

Por esta verdad, que tantas mujeres no conciben, labrando con su ignorancia el propio infortunio, nuestro héroe buscaba de vez en vez pretextos para concederse un día de asueto amoroso, un día sin los besos de Annie... Y ese día, tan parecido al del colegial que sacrifica el estudio por gozar de la caricia del sol y del aire, W. William iba en busca de una «extra»—tal vez la estrella de mañana—, de las que no reciben ocupación en las oficinas de reparto. Aquel día la desconocida, rubia o morena, almorzaba en las afueras de Hollywood con el guapo español, y regresaba a la hora de la cena a bordo de su Cadillac majestuoso, creída en el dulce prólogo de una aventura trascendental... ¿Amaba menos a Annie por eso? Al contrario. De las horas disfrutadas junto a la bonita figuranta, había sacado la convicción de la superioridad de la mujer vanamente engañada. Y de la solidez de su ternura por ella. Annie se sabía a glorias, después de la inútil travesura. Y añadía otro eslabón a la cadena dorada de su cariño... Aquel hombre pasaba por su vida sin tarjeta de visita, con un billete de ida en el bolsillo, con un extraño fuego en los ojos y una sonrisa galante en los labios. Fuego y sonrisa que ya tenían su dueña invencible...

Las «extras» son la epidemia de belleza en Hollywood. Cuenta William que las actrices famosas del cine son, por cierto, las mujeres menos bellas que pueden encontrarse allí. Quizá por eso tengan personalidad. Cuando llegó Lupe Vélez, la ardiente mejicana, su misma imperfección física, con relación a las demás, convirtióla en la mujer de moda, admirada e imitada.

Lupe Vélez, la ardiente morena que fué admirada y envidiada en Hollywood, un tanto ahíto de bellezas perfectas. Fué llamada—cariñosamente—la «fea audaz», porque destronaba a las Venus cinelandesas. Hoy, Lupe, casada con Johnny Weissmuller, evoca aquellos sus días primeros de la Meca del cine, y sonríe también...

Cariocas, rumbas y aires mejicanos invadieron Hollywood... Y una nube de coristas tropicales, con piel color chocolate, apareció como una tentación de novedad sobre la ciudad cuna de la indiferencia...

La bellísima morena de María Alba, la barcelonesa de ojos negros, que «fué, vió y venció», como César...

Otra belleza cálida e «imperfecta», la de Nena Quartaro, hizo sensación en Cinelandia. Ved aquí una de sus «poses», reveladora del temperamento tropical...

Aquella boca grande y sensual, aquellos pómulos, aquel cuerpo escurridizo, hicieron temblar los cimientos venusianos de Hollywood. Lupe, la exótica intrusa, fué como Dolores del Río, como Nena Quartaro, como Lía Torá, la sensación candente en una ciudad de tanta indiferencia, vieja ya a pesar de su juventud. Lupe, la «fea audaz», se exhibía en las playas y piscinas semidesnuda, ofreciendo valientemente su cuerpo imperfecto a las miradas ahítas de perfección carnal. Y lo cierto fué que las verdaderas bellezas palidecían y se hacían borrosas a su lado, como nieve inmaculada deshecha por la lluvia. Las figulinas de las *girls*, sus cabelleras rubias o aleonadas, sus vivas esculturas de líneas *standard*, quedaban en su propio ser insignificante y anónimo de «extras», de números del coro, de conjunto, de peones de un ajedrez humano, en fin...

Hasta Conchita Montenegro, la norteña hispana, logró destacar del fondo calidoscópico de Hollywood por sus facciones irregulares y picantes, y por la nerviosidad de sus formas. William era menos sensible a estos tipos de mujer, por cuanto procedía de España. Pero celebraba en su fuero interno el triunfo de la vivaz compatriota, similar al de María Alba, la «niña bonita» de la Fox, hoy casada con un personaje y recordando sus ambiciones de peliculera como algo curioso, pintoresco y distante, por fortuna... Las bellísimas «extras» no comprendían bien la razón de aquella porvareda levantada por muchachas cuya estatura, cuyos rostros, cuyas piernas y cuyos senos no respondían al canon estético imprescindible, sin el que ellas mismas no se hubieran atrevido a recalar en Cinelandia. Mas lo evidente era que los hombres perdían la serenidad de que tantas pruebas—¡oh misterios del sexo!—habían recibido. Y los rostros de cromo se entristecían al abarcar la inutilidad de sus fragantes hermosuras. ¡Una humillación más en su vida de enroladas a las galeras del cine!

Lupe, Dolores, Nena, Lía, Conchita y María, aun sin el ropaje brillante de estrellas mayores o menores, eran promotoras de escándalo, Evas tentadoras entre los Adanes de aquel Paraíso artificial y moderno. Sus miradas de brasa, que parecían guardar bajo las pestañas sedosas un lánguido reflejo solar; sus labios sensuales, sus cuerpos febriles y su andar de rítmica gracia incopiable, eran como el estimulante poderoso que curaba, de raíz, la «epidemia de bellezas» de Hollywood, el empacho de academicismo y de perfección. Aquellas «feas», españolas o sudamericanas, eran como la sal derramada sobre un plato admirable, pero soso, de puro bien combinado y guisado, con vistas a la integridad de los órganos digestivos, sin tener en cuenta la originaria y efectiva animalidad del consumidor sentado a la mesa...

William Grula probó, llevado del impulso nuevo debido a las «feas» irresistibles, el gusto de las tropicales que cayeron sobre Hollywood a la sombra de las revolucionarias estrellas mejicanas, brasileñas y españolas, el sabor de las novísimas «extras» que habían de escoltarlas en sus films, de ambientes *ad hoc*, tan distintos de los rodados hasta entonces. La sola morena le arrastró también, y estuvo en peligro, como nunca, respecto a Annie. Porque sus «asuntos amorosos», antes inofensivos, se convirtieron en momentánea embriaguez de los sentidos, y el fuego brujo de aquellos cuerpos imperfectos le sumió en delirantes letargos que jamás sintiera en sus horas con las blondas *girls*. Y Annie dió al traste, muy oportunamente, con su naciente locura, sorprendiéndole junto a una corista de aquéllas, cuya piel de chocolate tanto seducía a Grula, cansado de las níveas epidermis. La escena fué más bien cómica que trágica. Porque al surgir ante sus ojos la figura radiante de la bien querida, llena de serena altivez y de armonía prodigiosa, comprendió su estúpida abyección, nacida de la novedad y empujada por la corriente morbosa que envenenaba el ambiente.

Tanto se arrepintió, que casi se alegró Annie de haberle sorprendido *in fraganti*, puesto que no sólo le inmunizaba contra la nueva epidemia de rumba y de carioca, sino que le recobraba más rendidamente enamorado...

SANTIAGO AGUILAR

La norteña hispana Conchita Montenegro—hoy esposa de Raoul Roulien—puso, al igual que Lupe, Dolores, Nena, Lía y María, la nota exótica de una gracia encantadora y picante que llegó a denominarse «la ola morena»...

crónica escandalosa de Hollywood

Una foto de los primeros días de Greta en Hollywood, contratada por la Metro para su film «El torrente». Llena de optimismo—todavía no era «el mito de Cinelandia»—, se retrata en el Estudio con Lew Cody, caracterizado de Otelo...

El mito de Hollywood.—Hermetismo y misterio de Greta Garbo. El hombre que tuvo en sus brazos a la divina esfinge.—Una aventura de Carnaval, camino de Santa Mónica.—La "sosias" de Greta.—Un accidente en las rocas del Pacífico.—La auténtica "doble" de la estrella.—Greta, bromista genial

MUCHAS personas hay que viven en Hollywood—que frecuentan el ambiente cinematográfico—o de producción—y que incluso tienen en él aspecto su notoriedad, y, sin embargo, no han podido ver a la mas famosa artista de todas las épocas sino en la sombra animada de la pantalla. Nos referimos a Greta Garbo, la sueca genial que, con los años, no sólo no decrece en celebridad, sino que aumenta, sugestionando a los públicos como una auténtica fascinadora de poder inigotable.

Esa casi imposibilidad de sorprender o tratar a Greta tal como es, en carne y hueso, hace que se la considere como un mito de Hollywood.

Por eso, William Grula, héroe de nuestra crónica, reconoce que:

—Ella hace muy bien en sostener ese hermetismo, ese halo misterioso que rodea su figura. Conoce a los mortales porque es una mujer que, antes y después de triunfar, ha tenido el don de sostenerse en su sitio, siguiendo rectamente la línea de su voluntad inflexible.

Después añade algo que produce nuestra expectación:

Greta en todo su esplendor, como un vivo prodigio que conturba al mundo. ¿Bella? ¿Interesante? Según la opinión de William Grula, una bromista genial...

—Si yo hallé la ocasión de tenerla en mis brazos, fué por una verdadera y rara casualidad, de la que no debo alabarme. Es más: si no se me hubiera hecho concretamente la pregunta, tal vez hubiera omitido la aventura.

¡Al fin hemos hallado al ser feliz que ha tenido en sus brazos—ya veremos cómo y por qué—a la divina esfinge de fuego y nieve!

William relata la sensacional aventura con sencillez:

—Era un día de Carnaval, no sé si lunes o martes. Annie no podía verme, por circunstancias que no son del caso, hasta la noche. Tenía toda la tarde para mí. Tomé el camino de Santa Mónica, escenario de tantos idilios, solo, encantado de mi inacción, fumando con lentitud un cigarro puro de los que no han querido prescindir los *gangsters* como fuente de inspiración. Una tarde espléndida, un poco nublada. Antes de llegar a la playa, sentada en un ribazo ornado de palmeras, vi una silueta extraña. ¿Hombre? ¿Mujer? No hubiera sabido decirlo. Pero su perfil me inquietó inmediatamente. Al aproximarme, la duda se convirtió en certeza: aquél era el perfil de Greta Garbo... Recordé entonces que ella no se encontraba en Hollywood. Debía estar llegando a Nueva York, según las noticias oficiales, en viaje de vacación. El paraje era de una soledad impresionante. Yo había oído hablar de los paseos de Greta por allí, al atardecer, después de salir de Culver City. Pero jamás se me ocurrió buscar la coincidencia de sorprenderla, sencillamente porque no creía en aquellos paseos frente al Pacífico, propios de una «extra» de diez y siete abriles, pero no de Greta Garbo. Me paré al llegar al ribazo sombreado por las palmeras, suavemente agitadas por el airecillo. Y, como una maniobra maquinal, subí hasta la desconocida, absorta en sus pensamientos, al parecer. El parecido con Greta era asombroso, de cerca. Me senté casi a su lado, y de pronto comencé a cantar a media voz *A Granada*, del maestro Palacios. La desconocida, con naturalidad, se volvió a mirarme, y yo suspendí mi canto. Y fué ella la que tendió el cable de la charla:

—Siga; es muy bonita esa romanza. ¿Mejicana, quizá?

La voz era profunda, hombruna. En el acento se revelaba que pertenecía a una extranjera. Yo contesté que mi canción era, acaso, la más bella compuesta en mi país: España. Hablamos de Granada, que ella conocía por revistas de turismo. Me acerqué a la solitaria, vestida con un traje gris obscuro, hechura de sastre, y un jersey verde; calzada con zapatos de punta cuadrada, marrones, de tacón bajo, y tocada con un pequeño sombrero flexible, de hombre; la examiné a conciencia. Y saqué la conclusión de que se trataba de la «doble» de Greta, una alemana contratada por el Estudio de la Metro para suplirla en los encuadres de cámara y en las escenas de algún peligro físico. Dicha «doble» se hurtaba igualmente a las miradas de la gente, mediante un buen contrato. ¡Qué semejanza tan enorme! Desde luego, menos joven e interesante que la estrella nórdica, pensaba yo. Con esta idea, seguí el diálogo, ya sin preocupación alguna. Tuve que terminar la canción interrumpida. La «sosias» de Greta sacó una cajetilla de cigarrillos ingleses y se puso a fumar, expeliendo todo el humo por la nariz. Después, se levantó, con agilidad masculina. Yo la imité, y sin darme cuenta, me encontré a su lado por la carretera, hacia la playa. Caía la tarde definitivamente. La conversación se animó de pronto. Aquella mujer, ya madura, con estrías de una vida agitada en su rostro sin pintar, parecía un camarada que alejaba por completo la idea del amor.

—Soy artista de cine, sin serlo—me dijo—, y vivo como tal sólo por un capricho de la Naturaleza. Mi parecido físico con Greta Garbo me ha sumergido en un ambiente que jamás me atrajo, en el que jamás pensé. Me gana la existencia de esa forma rara, y casi humillante, que es la de ser sombra de otra sombra, o sea, menos que una sombra todavía.

Yo la contesté que ganarse el sustento, de una forma u otra, era algo digno de respeto, y que cada uno sigue la senda trazada por el Destino. Me habló ella después severamente de Greta Garbo. Dijo que era materialista, muy apegada al dinero, y muy ahorrativa. Todos los viernes recibía un cheque por siete mil dólares (cuarenta y cinco mil pesetas entonces), de los que sólo se gastaba tres mil, como mucho. Llegamos a la playa. Desierta. La alemana manifestó el capricho de ir hacia las rocas, donde las aves marinas revoloteaban. La acompañé de buen grado. Puso en juego su agilidad, y comenzó a saltar de peñasco en peñasco. Yo me salpiqué de agua los pantalones grises. De pronto, ella dió un grito y la ví caer precipitada en una hendidura. Corrí a auxiliarla. Se había torcido un pie. Tuve que tomarla en brazos y bajar hasta la playa de esta guisa. La descalcé, y comprobé que no había herida. Sólo la torcedura. Me acordé de mis entrenamientos de masajista con Fifi D'Orsa, y afronté sus quejas para hacerle reaccionar los músculos castigados. Formábamos un cuadro curioso, solos en la arena de la playa, salpicados por la espuma del manso oleaje de la pleamar. Pudo ponerse en pie, al fin, aunque asida a mi brazo, y emprendimos el regreso. Me brindé a acompañarla. Ella aceptó, agradecida. Llegamos, ya cerrada la noche, a un *bungalow* de Culver City. Allí se detuvo. Llamó al timbre. Salió una negra, que fué a decir algo; pero el gesto de la «doble», imperativo, la enmudeció. La alemana me tendió su mano, y me dió las gracias en el dintel. Se cerró la puerta. Muchos meses después de esta aventura de Carnaval tuve ocasión de conocer a la verdadera «doble» de Greta Garbo. Me la presentó un *cameraman* prestigioso, oriundo de Italia. Mi sorpresa no tuvo límites. ¡Aquella mujer no era la desconocida que se torció un pie en las rocas del Pacífico, y a quien tuve en mis brazos sin la menor emoción voluptuosa! Dije a la auténtica «doble» lo que me había ocurrido, y, sonriéndose, me dejó con la palabra en la boca. Al comprender que mi camarada de un atardecer pintoresco había sido Greta Garbo, la egregia, la sublime, el ídolo de carne del siglo, sonreí también. Y la calificué, muy para mí, de bromista genial.

¡El mito de Hollywood había dejado de serlo!

SANTIAGO AGUILAR

¿La silueta natural de Greta Garbo? Aquí la tenéis, sorprendida en el hotel Mac Alpin, de Nueva York, en una etapa de vacación. La famosa sueca se asoma al Broadway rumoroso en la mañana estallante de sol...

La Greta de hace tiempo, menos rubia, menos melancólica, toda «sex-appeals», no vacilaba en posar íntimamente embutida en su pijama...

Escena de «El torrente», el film inicial de Greta Garbo en Hollywood. Con ella aparece el guapo galán Ricardo Cortez...

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandaloso de HOLLYWOOD

El derecho a la felicidad.—Orígenes de un adulterio simpático.—El primer anónimo. Los Apolos modernos.—La falsa fama de George O'Brien.—Idolos, mariposuelas y sirenas.—Vacaciones infantiles en el rancho de Louis Neal.—O'Brien, marino y campeón. «Match» de boxeo en «Malibú Beach».—Johnny Weissmuller, nadador invencible.—El punto vulnerable de George

George O'Brien, el famoso actor a quien cupo la suerte de intervenir en la gloriosa producción del malogrado Murnau, «Amanecer», aparece aquí en plan de galán romántico «sospechoso», tan distinto del suyo habitual de caballista...

Johnny Weissmuller, con su sonrisa de triunfador, no sólo como galán de la pantalla y deportista, sino como inmunizado contra las tentaciones de la Eva moderna...

Cinco de las «doradas mariposuelas» que solían esperar a Johnny y George en las cercanías del Athletic Club, todas las mañanas propicias al entrenamiento de los Apolos de nuestro siglo...

El espectáculo de una pareja feliz despierta, fatalmente, la envidia de nuestros semejantes. La envidia es la más terrible y extendida epidemia del mundo. ¿Cómo iban a ser excepción Annie y William Girula, cuyo vivido film de amor parecía no tener término?... Ella era, sí, una mujer casada, legítimamente unida en matrimonio a un hombre que no era el apuesto español. Pero se había casado antes de conocerle, a una edad en que aun no se sabe—ni se puede—elegir. La familia echábala en brazos de un hombre que parecía su padre, grave, serio, atento a sus menores caprichos, plegado a su voluntad imperiosa, generoso, millonario. Lo tenía todo, menos juventud. (Lo que, precisamente, no puede comprarse con dinero...)

Annie, acostumbrada a dar a su viejo marido un suave afecto de gratitud, cercano al sentimiento filial, quebrantó su promesa de fidelidad, sin temor ni remordimiento. Disfrutando sin trabas del derecho a ser feliz que tenemos todos los mortales. Ahora bien—adivinamos la pregunta del lector—: ¿se había resignado el marido?... Al menos, no se daba por enterado.

Pero un día el primer anónimo llegó. Y advertía:

«El lo sabe todo. Y lo consiente sólo por no dar un disgusto a la que tanto quiere y le paga con la traición. Tened cuidado. No hagáis alarde de vuestro culpable cariño. Sed discretos. No abuséis de su bondad...»

Annie se inquietó. William exclamó:

—¡Bah! Sandeces, escritas por algún amigote que le buscaba las vueltas. El viejo es un caballero. Cuando quiera decirme algo, me lo dirá cara a cara.

Iban a bordo del «Cadillac», acercándose al Atlantic Club. Una mañana dilatada en orgía de luz. ¿Quién iba a preocuparse de las frases vertidas en un papel anónimo? El ambiente rechazaba todo pesimismo... De pronto, William dió un frenazo, para no pisar los talones de dos ágiles atletas que, en *maillot*, tomaban la carretera como pista de entrenamiento de *cross-country*, descubiertos al doblar una curva. El grito incontenible de Annie les hizo volver la cabeza y detenerse. Entonces, la pareja les reconoció. Eran George O'Brien y Johnny Weissmuller, modernos Apolos e íntimos amigos. Sus marcados músculos vibraban, bajo la carne que brillaba al sol, al menor movimiento. La pareja de enamorados y la pareja de gimnastas entraron en sabrosa conversación.

Todos cuatro llegaron al Atlantic Club en el «Cadillac». George y Johnny habían renunciado a terminar su carrera pedestre. En la puerta del Club estaban aquella mañana varias jóvenes, ceñidas por *jerseys* de colores vivos, esperando la aparición de los dos atletas, fieles a su diario entrenamiento. Cuando ambos saltaron del coche, aquellas admiradoras pacientes les saludaron agitando sus manos y profiriendo gritos de alegría. Por la forma de mirar a Johnny y George, se adivinaba que cada una de las entusiasmadas adolescentes los había erigido en ídolos, y que se consagraban a su culto con todo el ardor de que es capaz un corazón de diez y siete años. Pero O'Brien y Weissmuller apenas correspondieron a tan deliciosas muestras de adoración, capaces de trastornar a cualquiera, y se internaron en el Club con Annie y William, hablando de deportes.

Igual que con las mariposuelas de la entrada, hicieron con las atractivas sirenas de la piscina los dos amigos, cuyos cuerpos perfectos destacaban inmediatamente sobre el conjunto de bañistas y tomadores de sol, aunque entre éstos los hubiera muy dignos de ser admirados. Y es que su fama de hombres íntegros, su régimen severo de vida, su olímpico desprecio de todo lo que pudiera deprimir su fortaleza, eran los más poderosos alicientes para la curiosidad enfermiza de Hollywood.

William ofreció un cigarrillo a George.

—Gracias; no fumo casi nada—alegó el protagonista de *Amanecer*—, porque el tabaco, aun el más puro y agradable, resulta siempre un tóxico.

El español aventuró una broma sobre la difícil resistencia a los placeres corporales, y O'Brien le advirtió, sonriendo:

—El vicio, sea el que quiera, no puede con el hombre que, desde pequeño, se acostumbra a buscar los goces verdaderos que ofrece la vida sana del deportista convencido. No pretendo ser perfecto, aunque lo digan las propagandas; pero sí creo que mis vacaciones infantiles en el rancho de Louis Neal, que cubre trescondados en el Norte de California, contribuyeron a prevenirme contra todo lo nocivo y artificial de las ciudades.

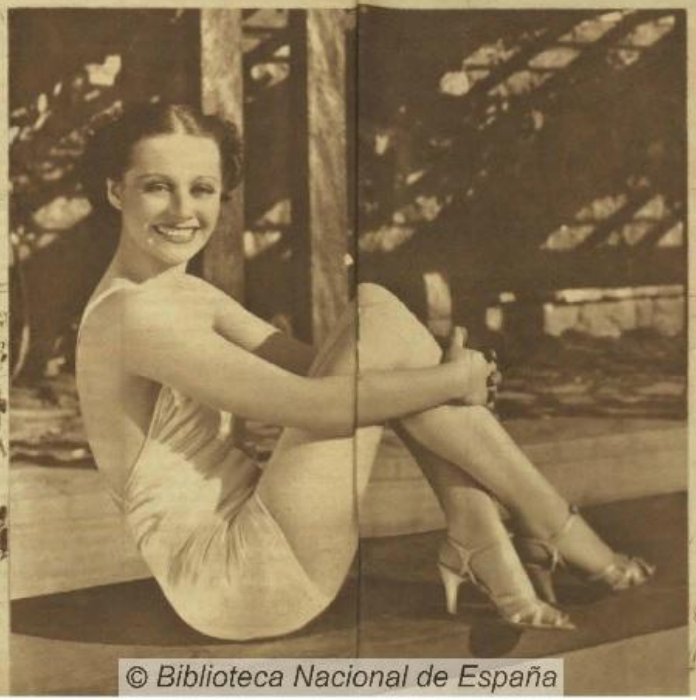
—¿Fué usted marino, verdad? —preguntó Annie.

—Sí. Me alisté en la Armada cuando la Gran Guerra. Y llegué al grado de oficial. Por cierto que entonces mi pasión era el boxeo, y me presenté al campeonato del peso semipesado de la flota del Pacífico, que tuve la suerte de adjudicarme. Todavía me acuerdo de pegar puñetazos... ¿Johnny puede decir algo sobre el particular?...

Weissmuller, jovialmente, replicó:

—Ustedes serán testigos de la paliza que voy a propinar a este presumido en el *match* señalado para el sábado que viene, en su finca de Malibú Beach, *match* a que tengo el gusto de invitarles, con permiso de George.

Aquel sábado, efectivamente, Annie y William acudieron de muy buena gana a la soberbia residencia de O'Brien, enclavada a dos minutos del Pacífico. La única mujer, en aquella reunión de hombres fuertes, cultivadores de la energía física, era la rubia amante del español, y por ello fué elegida presidenta del *match* de boxeo privado en que contendieron Johnny y George. Fué nulo el resultado del combate, después de consumir cinco *rounds* reñidos y emocionantes.



Gracia, belleza, simpatía, juventud fragante... Todo se da cita en las bañistas matinales del Athletic Club, como en la encantadora Eleanor Whitney... Hay que reconocer la fuerza de voluntad de hombres como George y Johnny, los atletas íntegros de Hollywood...

Los cuerpos apolíneos se colorearon por la insistencia de los guantes golpeadores; pero cuando el árbitro decidió el empate, se abrazaron los dos amigos con noble emoción sobre el centro del cuadrilátero. Todas las manos aplaudieron su corrección y valentía. Seguidamente, los dos magníficos atletas se desafiaron a una carrera acuática y se trasladaron a la playa de Malibú. En el recorrido a nado ganó Weissmuller. Desde la orilla, los invitados animaron a su favorito e hicieron apuestas. Después, otra vez a la finca, donde se sirvió un espléndido almuerzo. Cuando llegó el momento del café, George se bebió tres tazas seguidas.

Entonces, William, divertido, le recordó:

—¿No dijo usted el otro día que era inmune para los vicios porque desde la infancia se acostumbró a dar a la naturaleza solamente aquello que puede beneficiarla?

—Y lo sigo diciendo. Pero me olvidé—declaró George, casi ruborizándose—de mi incorregible pasión, la única que me ha dominado: el café. Por algo le advertí que yo no era perfecto.

O'Brien, el héroe de *El águila azul* y de *El Arca de Noé*, tuvo que refugiarse en su dormitorio, porque la euforia de los amigos cayó sobre él y fué molido a golpes. Así acabó aquella original jornada deportiva entre hombres fuertes y jóvenes, presidida por la delicada belleza de Annie. Todo no es mentira ni pesadez en Hollywood. También hay quien compagina la vida morbosa de los Estudios con la amistad del cuerpo y del espíritu, revestido de una coraza de voluntad inquebrantable, en que se mellan todos los dardos envenenados de la tentación.

SANTIAGO AGUILAR

Ofrecidas a las caricias solares y a la admiración de los concurrentes—víctimas, diríamos mejor—menos «acorazadas» que George O'Brien y Johnny Weissmuller, las sirenas del Athletic Club tenían el hechizo y la seducción que muestra en esta foto Frances Farmer...

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de Hollywood

La aristocracia de la Meca del film.—Amores y amoríos de Gary Cooper, contados por él mismo.—Un mozo de Montana en Los Angeles.—Carta de la novia de los veinte años.—«Adiós, Gary».

El comparsa que se aproxima a Billie Dove.—Alas de la celebridad.—Pasión y eclipse de Clara Bow.—Atracción y misterio de Evelyn Brent.—Lupe, embriaguez de olvido. «Mi querida esposa».

La pareja Annie-William iba ensanchando el círculo de sus amistades en la capital del cine. Admitida aquella amistad, naturalmentemente sospechosa, las visitas a personalidades se hicieron diarias, y hubo que elegir, frecuentemente, una entre varias fiestas para las que podían invitación. Hollywood es—según asegura nuestro héroe—una ciudad que trabaja y que parece no divertirse; pero que alberga algo de las rancias costumbres castellanas en un círculo de trato reservado para sus habitantes de selección. Y a puertas cerradas se celebran verdaderas bacanales o, en exagerado contraste, reuniones honestas, de esparcimiento puramente artístico. Grula, antes de ser entronizado con Annie en la «buena sociedad», había pisado algún salón de monta; pero casi por sorpresa y, desde luego, sin posibilidad de reincidir. Terminada su asidua asistencia a los cenáculos de la alegre bohemia de la colonia de artistas mejicanos, que ya hemos descrito, ahora pasaba a vestir casi todas las tardes el *smoking*, y cada noche, el frac, junto a la elegancia, siempre renovada, de *su Annie*, entre gente de mucho dinero y los ases de la pantalla libres de trabajo, o sea la única aristocracia posible de la Meca del film. Así, por ejemplo, el trato a la ligera que William sostuvo con el famoso Gary Cooper adquirió, en la nueva fase, categoría de amistad. Y Gary, que antes se mostrara tan hermético, abrió la espita de la confianza y fué revelando a la simpática pareja la interesante historia de sus amores y amoríos. Nadie como Annie para hacer desatar las lenguas menos expeditas. Gary, que es, ante todo, un hombre galante, no supo resistir la petición de una mujer joven, bellísima e influyente, reputada, además, de discreta. Y fué descorriendo el velo tupido del pasado y el presente de su vida amorosa, mucho más interesante e intensa que su vida artística. William, oidor de aquellas palpitantes confidencias, las recogió en su memoria y nos las transmite, íntegras, con todo su calor de emoción y de verdad:

Por fortuna para él, Gary Cooper ha sido siempre un hombre de buen apetito, y ante una mesa bien abastada, da prestamente al olvido sus descalabros sentimentales

Hallábase Gary en Los Angeles, procedente de su Montana nativa, queriendo labrarse un porvenir sin idea fija. Un día terrible, en que reconocía el fracaso de sus esfuerzos, pensando volver al hogar paterno, le trajeron un sobre perfumado. Antes de rasgar el papel sabía ya qué mano le escribía. La de su novia de la aldea lejana, a la que, al partir a la ventura, prometió llevarla al altar en cuanto obtuviera un destino seguro. Era la novia de los veinte años. A la que se ama con ese puro amor que sólo se siente una vez en la vida. Gary tardó en leer aquella carta que a él se le antojaba providencial. Acariciaba mentalmente el contenido, dulce y alentador, que iba a mitigar su hora crítica. Y leyó:

«Gary: Es inútil que te sigas preocupando de mí. Comprendo que un hombre que lucha como tú, porque tiene grandes ambiciones, precisa de la libertad de sentimientos. Eres libre, Gary, del compromiso de tu palabra. Yo olvidaré. Y sustituiré la ilusión de casarme contigo por la realidad de otro matrimonio inmediato, que desean mis buenos padres. Tú olvidarás fácilmente y encontrarás otras mujeres que adornen tu senda hacia el porvenir. Adiós, Gary. Es necesario decírtelo. Algún día me lo agradecerás con toda tu alma.»

El muchacho de Montana se sintió curado en el acto de aquel amor tan pobre que no resistía los primeros embates de la adversidad. Y reaccionó a favor de sí mismo.

Buscó trabajo en los Estudios de cine. Un enorme afán de ser amado por aquellas otras mujeres anunciadas en la carta egoísta se desarrolló en su interior. Al amor triste y precario opuso la fuerte coraza del amor propio. Cambió su suerte, porque cambió su carácter. De comparsa en la Fox pasa a desempeñar un pequeño papel al lado de la bellísima Billie Dove. Esta le anima. Y viene la *chance*, la oportunidad: figurar en un reparto después de Ronald Colman y Vilma Banky. Primer éxito. Primer contrato con la Paramount... Gary Cooper era ya un nombre, y un hombre. Allá, en Montana, una casada vulgar iría al cine el domingo y le vería convertido en galán arrogante sobre la tela de proyección. Y aquella noche, un marido prosaico no sabría comprender el llanto silencioso de su esposa legítima.

Gary alcanzó el estrellato con *Alas*, de la Paramount. Sus alas definitivas en vuelo hasta la celebridad. Pero hubo en aquel acontecimiento la influencia irresistible de una mujer toda fuego de arte y de rebeldía: Clara Bow. Son los profesionales de Hollywood quienes han dicho que Clara, la pelirroja inolvidable, es la intérprete de sombre, bajo su aparente frivolismo. Y ella, simpatizando con el guapo mozo de Montana, le dió consejos, le animó, le ayudó y le amó. Juntos filmaron, después, *Ella*. Juntos se dieron a una felicidad oculta. Negaban su pasión, y a solas tomaban la revancha de la negativa. Pero allí no había cariño, porque se trataba de dos desengañados, de dos escépticos que sustituían el amor por el amor propio. Era una atracción del momento. Y volvieron a quedar en amigos en cuanto no trabajaron en el mismo Estudio.

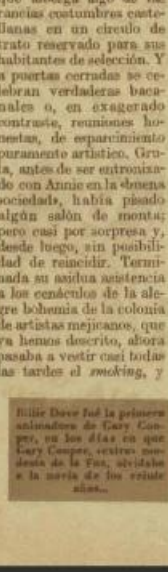
Evelyn Brent apareció en el horizonte amoroso de Gary para llenar el hueco de Clara. Fué un flechazo. El galán de los ojos azules quedó impresionado, desde el primer momento, por la extraña belleza de Evelyn. La mirada de esta muchacha le llegó al corazón, dormido desde que la novia de los veinte años escribió su carta de despedida. Despertada la ingenuidad del fugitivo de Montana, amó de nuevo, y de nuevo fué infeliz. Porque Evelyn Brent es el misterio del eterno femenino. La sonrisa que no se sabe dónde va. Los ojos que tienen siempre una sombra de distancia. Serena e inquieta a un tiempo, dulce y distraída, dió al traste con la arrogancia varonil del súbito enamorado. Gary saboreó la miel, primero, y la hiel, después. La ruptura con Evelyn le dejó pensativo, «tocado» como un boxeador en el *ring*.

Hasta que comenzó el rodaje de *El canto del lobo*, con Lupe Vélez. Lupe fué la borrachera del olvido, el aturdimiento salvador. Pero en aquel ardiente capricho pesaba mucho la sombra de Evelyn, la amada incomprensible, cuyos labios sabían a misterio... Lupe sirvió de estupefaciente. Se anunció varias veces la boda. ¿Por qué no se realizó? Hollywood no se lo explica todavía.

Luego, un viaje por Europa, un baño latino para el espíritu. Nuevos panoramas ante los ojos azules que han sabido derramar lágrimas de amor. Y, al volver, la confidencia de Gary Cooper terminó con las siguientes frases de profecía:

—He encontrado a otra Evelyn, mejorada, porque es sincera. Buena, como un milagro de bondad. Bella, joven, amable, inteligente. Me comprende y me gusta. La busco siempre que tengo una contrariedad. Ella me alivia, porque me quiere con sencillez. He encontrado, ¡al fin!, una Evelyn con alma transparente. Se llama Sandra Shaw. Quiso ser artista de cine; pero ella prefiere la vida tranquila y obscura. No hubiera llegado a estrella; pero—guárdeme por hoy el secreto—será la única que podrá llamarse «mi querida esposa...

SANTIAGO AGUILAR



Billie Dove fué la primera ilusionadora de Gary Cooper, en los días en que Gary Cooper, «extra» modesta de la Fox, olvidaba a la novia de los veinte años...

Evelyn Brent, inquieta, misteriosa, fué el amor sin esperanza de Gary Cooper. Una cautelosa dominadora que le dió, primero, la miel, y después, la hiel de su trato fascinador...

Lupe Vélez fué la embriaguez del olvido para Gary Cooper. Pero cada uno siguió derroteros distintos, luego de agotada turbulenta pasión de los dos seres del film

© Biblioteca Nacional de España

¡Clara Bow!... He aquí la compañera maravillosa del triunfo de Gary. La genial pelirroja que le aconsejó, le ayudó... y le amó, para separarse después como dos hermanos amigos...

Gary encontró en su camino a Sandra Shaw, la morena, de cierto parecido físico con Evelyn Brent. Y aceptó la definitiva dicha de un hogar feliz. Ved al radiante matrimonio presenciando un partido de campeonato de polo en Los Angeles...

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de Hollywood

Mary Pickford, con el atavío y el peinado que la hicieron famosa en el mundo, se asoma a estas páginas para recordar días ya muy distantes...

Arriba: el terceto más envidiado de Hollywood: Mary, Douglas y «Charlot», sorprendidos en una «juerga» íntima de Nochebuena. Las cosas de la Ciudad Camaleón no pueden tomarse demasiado en serio... Abajo: ¡Ah, entonces!... El simpático «chico» de Hollywood era codiciado por las más sabrosas «girls». Hoy, Charles Rogers se contempla a sí mismo, melancólicamente, en estas fotos que registraron su breve celebridad...

Para un temperamento español, Hollywood ofrece aspectos incomprensibles. William Grula tuvo muchos amigos, supo muchos secretos, asistió a no pocos escándalos y, no obstante, su espíritu no se amoldó del todo al ambiente. Su pasión—con ceba africanos de cuando en cuando, para no desmentir el origen de la raza—por Annie le inmunizaba contra serias tentaciones que, de haberle cogido sin compromiso, le hubieran hecho sufrir terriblemente. Un español en Hollywood es siempre un hombre al agua, expuesto en carne viva del día a la noche. Nada tan perjudicial allí como el lastre de romanticismo que llevamos a cuestas. El amor, en la Ciudad Camaleón, ¡es tan diferente del de nuestras ciudades, del que brota de nuestras costumbres y de nuestros sentimientos!

La moral de Hollywood. Tema para un libro. Título de atracción para los escaparates. Si William hubiera sido escritor, lo hubiera escrito, capítulo a capítulo, con documentos palpitantes, con datos y fechas y nombres precisos. Sus confesiones caen hoy de este lado, del pesar de no tener nuestra pluma. Con gráfica palabra de meridional va refiriendo, sin orden, casos curiosos del amor—el beso labial y nasal de los yanquis—y de la moralidad de aquellas gentes, que hubieran quedado inéditos si no hubiera sido trampolín nuestra amistad para darles envoltura y regalárselos al público en la presente crónica. William, antiliterario, hombre práctico, sujeto de acción, lamentóse, a menudo, de no tener la facultad de escribir. Porque no es lo mismo exprimir la memoria gota a gota, pasado el calor de los sucesos, que captarlos en las hojas de un diario con la emoción viva de la actualidad. Envidia la facultad nuestra de registrar febrilmente, dándoles repaje inmediato de luz—aquiera artificial—, sus dispersos recuerdos, esas palabras que traza la estilográfica, que van a la máquina del linotipista, que se funden en plomo, que se alinean militarmente y que salen a la calle, llevadas en volandas hasta las propias manos del lector.

—Yo dije esto, quise decirlo. Pero no lo dije así.

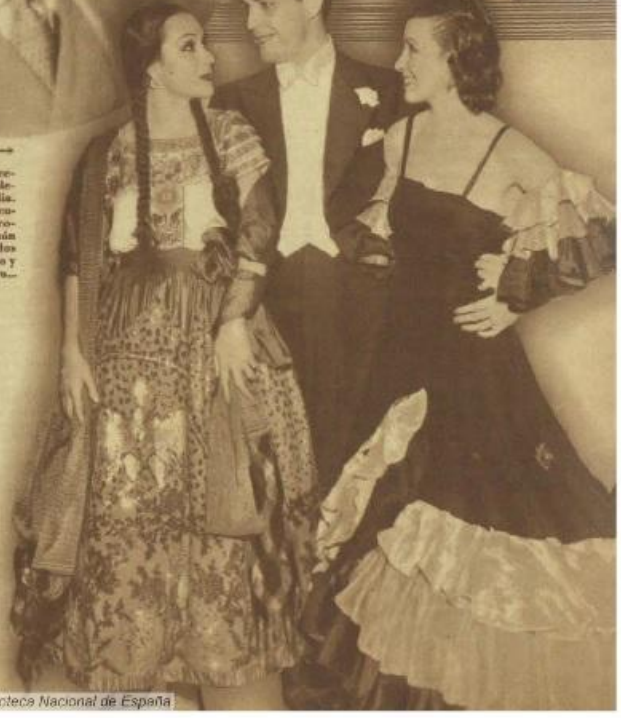
¡Claro, William! ¿Para qué existimos nosotros? Lo que tú viviste será siempre más bello que cuanto nosotros podamos imaginar. No envidies al escritor. Es mejor actuar que escribir. Es más divertido *ser personaje* de novela que *autor*. Y ahora vamos a dar forma—simplemente adorno, superficie, hojarasca—a cuanto nos has referido sobre el tema del amor y la moralidad en Hollywood.)

Lastre romántico de los españoles en la ciudad camaleón.—«La moral de Hollywood», un libro que no se ha escrito.—Superioridad del personaje sobre el autor.—¿La torre de Pisa de la virtud?—Mary Pickford, «ex novia del mundo».—Trayectoria de Charles «Buddy» Rogers.—«Mi único amorcito», título sospechoso.—Las solteras de Cinelandia murmuran.—El genio en la zona infantil.—«Papá Charlot»

De pronto, la torre de una virtud inconmovible se tambalea. O se queda como la famosa de Pisa, eternamente inclinada. ¿Se asustan los espectadores del fenómeno? No. Allí sería sospechoso asombrarse de nada, aunque ocurra mucho. William habrá aprendido a considerar a Mary Pickford—la «ex novia del mundo»—como el modelo de la integridad conyugal. ¡Y líbrele Dios de pensar hoy otra cosa! Pero hubo un momento en que Hollywood sospechó que había algo más que entusiasmo artístico en sus atenciones para con el muy joven Charles «Buddy» Rogers—Charles Rogers en las propagandas—, un simpático galán *junior* de pelo rizado, ojos vivaces y nariz chata. (Podíamos escribir, más elegantemente, *roma*; pero no queremos disfrazar tanto las gráficas palabras de Grula). Pues bien: Pickfair, la residencia envidiable del matrimonio Pickford-Fairbanks, no cambió de aspecto. Siguió callada, tranquila, soleada, invisiblemente alegre. ¿Por qué Mary, la que tuvo los más bellos tirabuzones rubios del orbe, no podía proteger a un muchacho sin otras condiciones que su integra juventud—diez y ocho años—, su cabellera ondulado y su blanquísima dentadura? Hollywood es incorregible. Se vive en film. Se piensa y se obra, fuera de los Estudios, a ritmo de «guiones». Charles Rogers, salido de la nada, se convertía, sin derroche de materia gris, en el *boy* de moda. Junto a la madurez de la ex ingenua—digna esposa y opulenta millonaria—, en el primer papel masculino de una película de la United Artists *(Mi único amorcito)*, el afortunado Rogers se impuso en América y Europa. Los rezagados—un *boy* a la vuelta de cada esquina—se dieron a murmurar. Hasta el título de la producción se les antojaba sospechoso. ¡Mary Pickford haciendo de niña y dando besos—en la pantalla, naturalmente—a quien podía ser hijo! Si Douglas hubiera nacido en España, mal lo hubieran pasado los expurgadores en la honra de su esposa modelo, en quien tanto y tanto confiaba a pesar de todo. Douglas, yanqui y fuerte, siguió prodigando su sonrisa. Los calumniadores se cansaron de espiar y de comentar. Mary—la respetable Mary—se cansó por fin de hacer películas, de jugar al caro juego del cine, y «Buddy» Rogers pasó a la reserva, sin apenas sombra en el bigote. Hoy, nadie se acuerda de aquello que un día pudo ser considerado como la actualidad escandalosa de Hollywood.

Charles «Buddy» Rogers, cuando le sonreía la vida y los envidiosos «parados» de Hollywood murmuraban de la protección que, contra viento y marea, le dispensaba Mary Pickford...

Mary ya no es la ingenua de los tirabuzones de oro... Es la opulenta millonaria de Hollywood: mientras Fairbanks, esposa modelo a cubierto de insidias, ataviada al estilo de la emperatriz María Luisa, y precisamente alhajada con las joyas que Napoleón—el «coco» magnífico—regaló a su versátil esposa...



En Novarro, puritano a prueba de tentaciones, se ha cebado también la maledicencia de Cinelandia. He aquí una foto «documental», muy poco conocida, en que Ramón aparece «emparedado» entre Dolores del Río y Conchita Montenegro...

Ya nos describió Grula el puritanismo de Ramón Novarro. Pasamos a un genio, de golpe y porrazo. A Carlitos—un Carlitos que va siendo muy don Carlos ya—Chaplin. Al *Charlot* que no conocemos. Al que pases por los rincones de la ciudad en que campean los letreros de «Zona infantil», vestido de gris o de azul, la testa al aire. Al que se detiene frente a un grupo de menores, de colegialas de doce a catorce años, y acaba por regalarles caramelos y darles paternales pellizcos. ¿Hay en esto algo de morboso? ¡Bah! Nadie puede pensar que un tan grande hombre ponga mala intención en sus caricias a las muchachitas en flor de Cinelandia. Además, si no fuera *Charlot*, ese capricho platónico pasaría inadvertido. Y se hubiera propuesto para el cargo de presidente de honor de la Protección a la Infancia a *papá Charlot*.

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

VIDA Y AVENTURA de Dorotea Wieck, la mujer enigma

Dorothea, la muchacha suiza que desciende del compositor romántico Schúmann, es una ingenua capaz, no obstante, de todas las audacias... Creemos que conseguirá, por eso, la conquista definitiva de los productores americanos...

Max Reinhardt, el actor y director más famoso de Europa, a quien se debe la iniciación escénica de Dorothea Wieck, conocida por él en circunstancias muy curiosas con motivo de un viaje de Dorothea a Viena...

El presente, el pasado y el futuro de la famosa estrella contenidos en una carta particular dirigida a una íntima amiga desde Hollywood

El film *Muchachas de uniforme* sacudió la sensibilidad de todos los públicos de Europa. Había surgido una figura femenina de extraña y morbosa personalidad, de un arte tan reposado y profundo que en cada boca de espectador nacía esta pregunta:

—¿De dónde procede esta actriz que no se parece a ninguna y que da la sensación de ser una veterana en la primera aparición sobre el lienzo?

Nosotros quedamos perplejos también. Únicamente Greta Garbo sería capaz de despertar inquietudes tan intensas. El nombre de Dorothea Wieck quedó grabado en nuestra memoria, y una imperiosa curiosidad se despertó en nosotros hacia la artista y la mujer que el público, por sí, había encumbrado, y no las propagandas.

Europa daba al mundo del cine otro producto sensacional con la despreocupación que caracteriza al Viejo Continente, menos agudo y comercial que el Nuevo. Por eso hubimos de dejar en el aire, esperando una ocasión cualquiera, nuestro deseo de conocer la vida y la aventura de la nueva actriz.

Hemos tardado mucho en satisfacer ese deseo. Pero no tanto que el tema de Dorothea Wieck carezca de actualidad. Ha venido en nuestra ayuda la circunstancia de que Claire D'Asteck, la confidente sin desperdicio, nos remite una carta curiosa de la propia Dorothea, escrita desde Hollywood. Esa carta es la expansión de una amiga mayor a su amiga menor, brotada después del silencio de unos años, por la necesidad espiritual del alma que busca el alma afín.

Sabe Claire, nuestra preciosa espía, el valor documental de esa carta, por cuya sinceridad podremos llegar al conocimiento de Dorothea Wieck, mujer y artista considerada como un enigma indescifrable. Traducida la carta, de ella hemos tomado los ricos materiales para construir la información presente, que ofrecemos a los admiradores de la singular estrella con no disimulada emoción. (Gracias mil, Claire).

* *

Dorothea no es alemana. Nació en un pueblo suizo llamado Davos. Su familia desciende del famoso compositor romántico Schúmann. Su padre, pintor. Su madre, pianista. Transcurrió su infancia en un denso ambiente de arte. Aprendió música; pero su afición derivó hacia la poesía. No como autora de versos, sino como recitadora de especial facilidad. Las frases rimadas cobraban en su voz dulce y segura una importancia decisiva. Se hacían musicales y ardientes, y repercutían en el corazón del auditorio. Aquello la impulsó, con naturalidad, hacia el teatro. Y sus padres, complacientes, llevaron a la hija a Suecia, primero, y a Alemania, después, buscando el campo abonado en que pudiera dar fruto su rara cualidad para la declamación.

Tuvo dificultades económicas serias para instruirse en el arte escénico,

La llegada de la Wieck a la Meca del Cine tuvo caracteres de acontecimiento. Nada más pisar el suelo de California, una nube de admiradores la rodeó para solicitar su valioso autógrafo. He aquí el momento, recogido por un fotógrafo oportuno...

Asistió como simple oyente al curso teatral de la Universidad de Munich, por no poder pagarse la matrícula de alumna. Aquel interesante curso, al que no faltó Dorothea un solo día, se cerraba con un viaje a Viena, para asistir a varias representaciones teatrales señaladas por el profesor como modelo de interpretación, de dirección y de postura. Allí fué la tragedia. La infeliz señorita Wieck, modesta oyente, no podía incorporarse a la caravana de discípulos. Un amiga, de quien era tiernamente amada, se atrevió a contar al profesor el triste caso. Y el profesor, conmovido por la afición desbordante de Dorothea, la incluyó en la lista de afortunados estudiantes. Pero la dificultad no paraba ahí. Cada alumno tendría que pagarse su estancia en Viena. La buena amiga de nuestra heroína probó a escribir a unos conocidos residentes en la bella ciudad del Danubio. La respuesta invitaba a las dos muchachas a hospedarse, como si fueran de la familia, sin pagar un céntimo, en la casa acogedora de aquella gente que hacía honor al simpático carácter vienés.

* *

En Viena ocurrió una cosa singularísima. Dorothea se entusiasmó viendo actuar a la Compañía de Max Reinhardt, el actor y director más famoso de Europa. Y una absurda ambición prendió en la provinciana: la de pertenecer a tan prestigioso elenco. Con increíble audacia, que asombró a su íntima amiga, se

presentó a Max, la suprema potencia teatral del mundo ¿Cómo pudo llegar a él? De una manera novelesca: introduciéndose en el automóvil del temible director, parado a la puerta del teatro, y mostrándose a sus ojos, al abrir la portezuela para subir al interior, como el polizón más agradable de todos los polizones que serán y han sido. El hombre célebre tomó el lance a broma; pero pueden mucho unos ojos bonitos y un rostro lozano, y se resignó a escuchar a la audaz ingenua, que le recitó con toda su alma de artista una escena de *El pato salvaje*, de Ibsen. Días después, los alumnos del curso teatral de la Universidad de Munich volvían a la antigua capital de Baviera, mientras Dorothea Wieck se quedaba en la Compañía de Max Reinhardt, mediante un contrato en regla por cinco años.

Debutó con la obra de Andreiew *No matarás*, en un papel de neto dramatismo, que puso a prueba su temperamento. Desde aquella noche, Dorothea Wieck aseguró su porvenir.

* *

Resulta que *Muchachas de uniforme* no es la primera película interpretada por nuestra heroína. Sus escarceos iniciales en el cine no tuvieron el menor éxito. La actriz teatral sufrió una desorientación absoluta ante la cámara cinematográfica. Y volvió a la escena con renovado cariño por el arte de Max Reinhardt. No podía suponer Dorothea Wieck que alguien se había fijado en ella, a pesar de su fracaso. Y ese alguien —Fröhelich— se acordó, un buen día, de que ella podía encajar, como ninguna, en el principal papel de *Muchachas de uniforme*, lleno de escabrosidades artísticas.

Dorothea se asombró de aquella llamada de Fröhelich, y de su rotundo éxito. Después, la senda fácil, la tentación de una oferta de Hollywood. Y el viaje a la Meca cinematográfica. Ahora—dice ella misma a Claire D'Arteck—siente la inquietud de que su nombre se vaya olvidando, porque trabaja poco. Tiene que acabar de conquistar a los productores americanos. Y cree que llegará a conseguirlo, porque su único amor —frase subrayada en el texto original—es el amor del cine... Un amor tan intenso e imposible que sólo en él cifra la esperanza de su felicidad verdadera. Nos atrevemos a suponer que esta mujer-enigma, aparentemente tímida y capaz de las mayores audacias, acabará por rendir las voluntades que se oponen a su triunfo definitivo en Hollywood. (¿De acuerdo, Claire?)

S. A.

La estrella Dorothea Wieck, con Evelyn Venable, en una escena de «Canción de cuna», film realizado en Hollywood

CRÓNICA ESCANDALOSA DE HOLLYWOOD

Los ingenuos libertinos y los virtuosos que emulan al marqués de Sade.—Vida privada de Roscoe Arbuckle (Fatty), el payaso trágico. Como en los tiempos de Nerón.—El obeso asesino.—Horror en Hollywood.—Escándalos, divorcios y crímenes.—Historia peregrina de «el hombre más guapo y más elegante de Nueva York». La verdad sobre la muerte de Thelma Todd y de Bárbara La Marr

DECÍAMOS—mejor dicho, decía William Grule—que los escándalos de Hollywood tienen una fisonomía particular. Frecuentemente se acusa de libertinos allí a quienes gustan de la exhibición ruidosa, pero que son incapaces de conquistar a una humilde figurante de las que hacen sus piernas a las puertas de los *casting-office*. Por el contrario, se tiene por virtuosos a personajes hipócritas, de una apariencia austera, que en privado e impunemente dejan en mantillas al diabólico marqués de Sade...

Por eso, el mundo entero vibró de asombro y de indignación al conocer algunos pormenores de la vida particular de Roscoe Arbuckle *(Fatty)*, acusado de haber dado muerte a una pobre muchacha en plena bacanal y condenado por dicho delito ante los tribunales de Justicia, que no quisieron guardar consideración alguna—e hicieron bien—a la personalidad artística del reo. *Fatty*, el obeso rival de *Charlot*, era entonces un hombre que ganaba el dinero en cantidades exorbitantes y que lo invertía en dar satisfacción a su sed de placeres materiales. Con su cara aniñada, a fuerza de asemejarse a la luna en plenilunio, con su desbordante humanidad, alarde de tejido adiposo, Roscoe Arbuckle recordaba al Vitelio de los tiempos de Nerón, e incluso a Nerón mismo, a quien admiraba a través de lo que de él descubre la Historia. Llevando dentro un déspota sanguinario, su verdadero ser aparecía al terminar su jornada de trabajo. Recluído en determinados lupanares con una especie de cohorte aduladora y estúpida, *Fatty*, el amigo de todos los niños del planeta, se entregaba sin freno a la bebida y a los delirios del amor pagado, buscando siempre nuevas emociones... Exacerbado, llegaba al sadismo, maltratando duramente a las infelices que iban buscando sus dólares o su influencia para trabajar en el cine.

Roscoe Arbuckle (Fatty), que fué, en lejanos tiempos, rival cómico de «Charlot», todavía no considerado genio de la pantalla

Y un día, enloquecido ya, dió muerte con sus propias manos, con su gesto de payaso maldito, a una joven, débil y bella como una flor... Se horrorizó con razón el ambiente frívolo e indiferente de Hollywood. Y una sombra de desconfianza tendióse en torno de las figuras sobresalientes del séptimo arte.

Haría falta un libro de quinientas páginas para recoger y describir todos los grandes escándalos de esa barriada de la ciudad de Los Angeles, inmortalizada con el nombre exótico de Hollywood por todo el mundo. Escándalos, divorcios y crímenes formarían un texto apretado, de terrible interés morboso. Muchos sucesos no han pasado de las paredes frágiles de un *bungalow*. Otros se han deformado mediante una siembra alocada de dólares. Otros han surgido de la imaginación de algún paranoico, por deseo insuperable de llamar la atención... William ha oído mucho y conoce bastante de esos feos *affaires* y delitos; pero sólo refiere aquellos que han tenido decisiva resonancia, dándoles una interpretación casi siempre desconcertante, a veces trágica y a veces grotesca...

Magníficos «poses» de «Fatty», que recuerda su verdadera personalidad de adalid de los placeres—un «juerguista» que llamaba de tú al romano Vitelio—, descubierta por su personalidad de payaso cinematográfico

«Fatty», el Nerón de Hollywood», aparece aquí con su segunda esposa, Addie Mae Phall, antes de divorciarse de la primera, Doris Deane →

En la foto pequeña aparece el rostro impresionantemente bello de Bárbara La Marr, denominada—tal vez con razón—«la mujer demasiado hermosa», y cuya muerte todavía permanece en el misterio. Nadie se explicó que ella no amase la vida, sonriéndole todo, al parecer. Y la obscura tragedia de su amor—un amor imposible—fué la única causa...

Thelma Todd, la sugestiva rubia, cuyo fallecimiento se achacó, en principio, a un asesinato sensacional. Hoy se tiene la evidencia—según William Grule—de que fué un suicidio, en el que un amor desgraciado—y oculto—tuvo su mayor parte ↓

Por ejemplo. ¿Recordáis, lectores aficionados, a Jack Warren Kerrigan? Este fué un imponente personaje cuya llegada a la Meca del cine produjo verdadera sensación. Se le llamaba, en letras de molde, nada menos que «el hombre más guapo y más elegante de Nueva York». Se iban a rodar sus aventuras, su propia vida de moderno Petronio o Casanova, en nueve episodios, bajo el título de *Aventuras del caballero Kerrigan*. *(Kérigan* se le apellidó al principio para suavizarlo, pero luego quedó como en su partida de nacimiento.) Este Apolo de la Quinta Avenida, de figura arrogante, mirada audaz y originales atavíos dentro de la moda, no consiguió, sin embargo, que las Evas de Cinelandia se interesasen por su persona. Su escandalosa aureola pareció quedar prendida en las brumas del Hudson. El guapo caballero no cayó en gracia allí, y tuvo que hacerse lentamente un buen actor de cine para que advirtieran su presencia. Y por capricho de la suerte, Jack Warren Kerrigan consiguió su máximo éxito en plena decadencia física—aviejado y fondón—, al interpretar admirablemente el protagonista de *El capitán Blood*...

Un caso del que todavía se habla y sobre el que se han escrito montañas de papel, es el de la infortunada Bárbara La Marr, la mujer demasiado hermosa. Su muerte, como la de Thelma Todd—mucho más reciente—se ha atribuído a todas las causas imaginables. Se llegó a presentar a Bárbara—en el libro de un alemán escéptico hasta el colmo—como capaz del asesinato a sangre fría en la persona de un amigo rico... Todo falso, cocido en cerebros enfermos. Aquella formidable mujer y discreta artista tenía sobre su vida un borrón, extendido en días de penuria juvenil. Esa fué la gran tragedia arrastrada por la hermosísima Bárbara La Marr, la razón de su carácter incomprensible, la explicación de sus locuras y de su muerte escandalosa... Hemos nombrado, a vuela pluma, a Thelma Todd. Se ha dicho que alguien la borró hábilmente del mundo de los vivos, dándole un aspecto sensacional de suicidio. La verdad es que Thelma se suprimió con elegancia, inyectándose una fuerte dosis de droga. ¿Por qué? Algo parecido a lo de Bárbara La Marr, algo inconfesable que le hizo perder el amor del único hombre que la hubiera amado con lealtad toda la vida...

Pero esta crónica va tomando sesgos poco amables. Y lo malo es que hemos llegado al tema principal, a la cumbre de la narración. Y que continuará este desfile de figuras trágicas o grotescas y se extenderá la cadena de suicidios, asesinos y degenerados, cuyos eslabones constituyen, por desgracia, la sola verdad entre las mil y una mentiras de la ciudad que la codicia ha rodeado de las más fantásticas leyendas, para atracción de incautos, aventureros y desprevenidos...

SANTIAGO AGUILAR

© Biblioteca Nacional de España
© Biblioteca Nacional de España

EN DEFENSA DE Gustav Froehlich,

Y AL SERVICIO DE SUS ADMIRADORAS

Un crítico y un galán.–Las Evas modernas opinan.–Una biografía breve que decide en el pleito

El famoso galán germano Gustav Froehlich o Fröhlich—a quien admiran las más bellas lectoras de CINEGRAMAS

No sabemos resistir nunca a la súplica de unos labios femeninos Y menos si esos labios pertenecen a cualquiera de nuestras bellísimas lectoras... Hoy tenemos que esgrimir nuestra obscura pluma estilográfica en la defensa de un galán del cinema europeo: Gustav Froehlich, de quien, a su vez, se han hecho abogadas las gentiles muchachitas que vienen a nosotros a quejarse de un crítico madrileño—el de un prestigioso rotativo — que, *según* ellas, ha ofendido la hombría de su ídolo al escribir las palabras siguientes, copiadas al pie de la letra:

«Como actor, está siempre acertado en el personaje; pero su mérito principal está en los momentos en que aparece disfrazado de aldeana polaca y juega sus feminidades rústicas entre soldados enemigos. Aunque pueda herirse su susceptibilidad masculina, está mejor de mujer que de hombre. El, como director, se ha llevado la parte del león... y la de la leona.»

* *

Nuestras deliciosas amigas pretenden ver a través de las frases reproducidas algo así como un escozor de extraña envidia personal. El bello sexo posee—no puede negarse—un finísimo instinto; pero no nos atrevemos a suscribir su opinión. El crítico que ha desatado sus iras no pretende, ni mucho menos, ofender a Gustav Froehlich. Leída su reseña con detención, se advierte un cierto humorismo inocente en la prosa, escrita con prisa, en un estilo trasnochado que puede disculparse. El oficio de crítico no da para engalanar plumas; sobre todo, si se ejerce con sinceridad...

Froehlich, además, es un guapo mozo—¿verdad, mis lectoras queridísimas?—y, tal vez, el crítico no lo sea y no esté conforme con su destino amargo de hombre feo, que no gusta a las mujeres, a quienes quisiera gustar... Resignación, amigo «sancionistas». Y negarle autoridad con el bello sexo al inteligente Gustav sería tarea vana. Y lo digo porque, acuciado por mis amigas, he visto en su agradable compañía la película en cuestión. Y, francamente, a ellas—que son las que mandan, después de todo—les ha gustado Froehlich «mucho más como hombre que como mujer», aunque reconocen que resulta gracioso con los atavíos de campesina polaca...

* *

Las gentiles admiradoras del artista alemán estaban dispuestas a buscar al crítico sincero y ponerle como no digan dueñas, creyendo que así rectificaría lo escrito y que, en lo venidero, mostraría más tacto al juzgar la labor de los ídolos. Yo les convencí de que todo sería, más que inútil, contraproducente. Porque manos blancas no ofenden y, a lo mejor, emocionado por la impopularidad del crítico, el inmediato superior le hubiera propuesto para un ascenso. En España nos las gastamos así, porque somos geniales...

No aceptaron, desde luego,

Curiosa foto tomada en Budapest a la pareja Froehlich-Gitta Alpar, durante su luna de miel. Han bajado del auto y se han puesto a beber leche en un puesto ambulante.

mi plan de convidar al plumífero sensato a tomar el té con ellas, para que, a la vista de su belleza fragante e indiscutible—arte, también, de la Naturaleza—, se arrepintiera con lágrimas en los ojos de haberlas disgustado por unas frases escritas sin móvil alguno, sólo al dictado de un criterio insobornable... Crítico casi heroico; te has perdido una de las mejores tardes de tu vida...

* *

Pero dejemos al crítico y «aprovechemos la ocasión»—he aquí una muletilla comercial—para hablar, siquiera sea ligeramente, de la personalidad de Gustav Froehlich, o Fröhlich, que de ambas maneras se escribe su apellido. Y diremos que ha pasado a ocupar el envidiable puesto en que se sostuvo el célebre Willy Fritsch, su rubio compatriota.

No ha sido fácil su carrera. Ha tenido que ganar, paso a paso, la atención de las gentes. Desde la edad de quince años, cuando otros niños van todavía a colegios o academias, él se ganaba la vida como comparsa en un teatro y ayudaba voluntariamente a los tramoyistas. En estas faenas le descubrió, por cierto, un fabricante simpático—el conocido Bosch, de origen catalán tal vez—y le envió recomendado al teatro de Heilbronn, donde comenzó a interpretar pequeños papeles. De allí, en un salto, pasó al Teatro Nacional de Berlín. Pero aquello no era, todavía, la meta.

No era su meta, porque el cinema le esperaba con los brazos abiertos de par en par. ¡Ah!, pero... hasta entonces, hasta que el «vidente» Fritz Lang acertara a descubrirle, ¿cuántas humillaciones hubo de soportar, cuántas amarguras saborear y de cuántas ilusiones desistir?... Los directores de teatro le encontraban «duro», lento, pasivamente rebelde. Los papeles desempeñados no tenían lucimiento posible para él.

Gustav, desconfiado de su arte, pensaba retirarse de la escena. Y entonces, una mirada ávida cayó sobre él. Un caprichoso director, planeador de lo que iba a ser galán de la cinematografía muda—*Metrópolis*—, le eligió, bajo su propia responsabilidad, como galán del film... Y el que no había logrado destacar en el teatro en años y años de experiencia, conseguía, no más asomarse a la pantalla, erigirse en primera figura del cinema, nuevo teatro del mundo.

Gustav Froehlich, con Lida Baarova, en el film «Barcarola»

¿Quién reconoce en esta graciosa aldeana de Polonia al varonil galán Gustav Froehlich?.. (Escena de «Una aventura en Polonia») →

Gustav Froehlich, con Georg Alexander, en uno de sus últimos films, caracterizando un sospechoso ayuda de cámara...

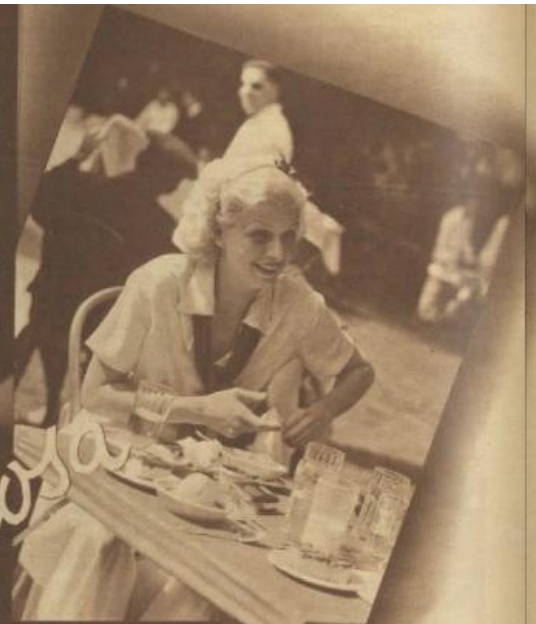
↓

Luego, *Asfalto* y *Alta traición* consolidaron su fama de galán, sobrio, varonil, capaz de apresar el sentido psicológico—o sea, el espíritu—de los personajes. Su primer escarceo en el cine sonoro fué con *El vagabundo inmortal*. Un escarceo triunfal, al que siguieron las jornadas gloriosas de *El teniente del amor*, *No quiero saber quién eres* y *El hechizo de Hungría*. En esta película trabajó con la eminente cantante Gitta Alpar. Del trabajo surgió un amor fértil, cuajado en matrimonio...

SANTIAGO AGUILAR

Crónica escandalosa de Hollywood

Oasis alegre en la ruta truculenta.–Jean Harlow, la rubia platino.–Una fuga en Chicago tras del amor.–Apuesta original.–El abuelo que defiende a su nieta.–Capítulo trágico inevitable: el suicidio de Paúl Bern.–Tercera experiencia matrimonial.–«La Pelirroja», en busca del marido modelo.



La famosísima rubia platino, sorprendida por el reportero en un día de campo. Nuestros lectores pueden, por esta indiscreción del fotógrafo, conocer a Jean Harlow tal como es en la vida real, sin maquillaje alguno...

Arriba, a la izquierda: Jean Harlow, poco después del sensacional suicidio de Paúl Bern, su segundo esposo, suceso que no pudo ensombrecer su vida radiante y rebelde...

La Harlow con un nuevo modelo de peinado que da mayor encanto a su belleza cálida y atrayente. ¿Nuestras lectoras rubias, se sienten capaces de imitar a Jean, aunque sólo sea en lo exterior de su cabeza?...

Al llegar al punto de su relato en que los suicidios misteriosos ponen una nota demasiado triste, William Grula varía de tono y busca en sus recuerdos de Hollywood otros escándalos de sedimento optimista que sirvan de delicioso oasis para continuar después por el árido camino de lo truculento.

Un nombre viene a sus labios con acento de incontenida admiración, que nosotros compartimos:

—¡Jean Harlow!

Hay una pausa. William ordena, sin duda, los sucesos vistos u oídos en que ella, la rubia platino de la pantalla, fué protagonista sensacional. Porque Jean, no se olvide, resulta siempre esclava de su temperamento, a través de su vida, rica en aventuras.

—Tanto—afirma William—, que cuanto de ella pudiera referir sería suficiente para llenar un libro. Pero voy a empezar por sus amores con Charles F. Mac Grew.

—¿Recientes?

—No. Ella no había cumplido entonces los diez y seis años. Residía en Chicago, con su madre, separada de su padre por incompatibilidad de caracteres. Y vino el flechazo.

—¿Algún conquistador irresistible?

—Un hombre que le doblaba la edad y, sin embargo, era joven. Ni feo ni guapo. Buen tipo. Alegre, intrascendental, gran archivo de cuentos y chistes. Un poco pícaro; pero de buen fondo. Bailarín fácil.

—¡Magnífica pareja para Jean!

—Que entonces no poseía sus famosos cabellos de oro blanco, sencillamente porque la química de tocador no había llegado a su cumbre. Ella —la pequeña Harlow—, que adoraba a su madre, fué capaz de abandonarla por el divertido Mac Grew.

—¿Oposición maternal al idilio?

—La alarma natural ante la vehemencia de la niña, que daba mucho que decir a sus vecinos de Chicago. Y Jean, ni corta ni perezosa, se escapó con el novio en un anochecer del mes de Septiembre.

—¿Cómo terminó el lance?

—Desde luego, ante un pastor protestante, en California. Y el viaje de boda tuvo una meta inspirada: Hollywood. Allí—cosa inexplicable—, la pequeña Harlow se hizo retraída, mientras que su marido Charles buscaba el aliciente de las fiestas. Comenzaron los disgustos. ¡El matrimonio—pensaba Jean—no tenía los encantos del noviazgo, ni mucho menos! Y sobrevino la ruptura. Ella llamó a su madre, que le trajo un padrastro. La pobre señora se había aburrido mucho sin su hija.

—Que no perdería el tiempo a partir del divorcio...

—Una amiga suya, que luchaba por entrar en la familia del cine, fué la causante de que Jean apareciera sobre la pantalla. Porque no le suponía condiciones fotogénicas, y la Harlow, en el colmo del amor propio, cruzó una apuesta atrevida: que hallaría trabajo nada más pisar un Estudio.

—¿Ganó la apuesta?

—Desde luego.

—¿Cómo fué ello?

—Logró ser aceptada inmediatamente, como «extra», en la Fox.

—¿Y luego?

—A poco, en Hal Roach la contrataban por un plazo de cinco años, sorprendidos de su personalidad cinematográfica. *Angeles del Infierno* fué su revelación. Por cierto que su abuelo, residente en Kansas City, al verla sobre la tela de proyección tan ligera de ropa, se dirigió por carta y por telégrafo a los productores protestando de la inmoralidad que exigían «a su inocente nieta».

—¿Y es Jean Harlow tan divertida como señalan sus inquietudes, como aparece en sus mejores creaciones?

—No falta en su existencia el capítulo trágico.

—¿Es posible? ¿Va a derivar también el tema elegido hoy hacia las películas «de miedo» puestas en acción?

—Inevitablemente, porque he de ceñirme a la verdad. Y la verdad es que el hombre que más sinceramente amó a Jean, el que la supo comprender como nadie, buscó en el suicidio—¡ya apareció aquello!—la solución de su amor incomprendido. Paul Bern, director de *la Pelirroja*, no pudo conseguir el amor de su mujer legítima.

—¡Fatídico signo matrimonial el de Jean Harlow!

—Sí, por cierto. Pero se volvió a casar, después de interpretar el film *Polvorilla*.

—¿Quién fué el héroe?

—El *cameraman* de casi todas sus producciones. Un muchacho sano de cuerpo y espíritu: Hal Rosson.

—¿Duró mucho la nueva experiencia?

—Ocho meses justos. La separación fué tranquila aquella vez. Precisamente acudí a una fiesta en su casa de campo, toda blanca, ofrecida para celebrar su libertad reconquistada. Jean, más bella y alegre que nunca, confesó, copa de champaña en alto, que seguiría buscando en su torno al hombre ideal. Ese hombre que quizá a estas horas haya surgido con el raro privilegio de enamorar definitivamente a la rebelde Jean Harlow.

SANTIAGO AGUILAR

Una de las últimas «poses» de «la Pelirroja» de Hollywood... (Obsérvese lo que ha adelgazado en poco tiempo.)

Jean Harlow, con sus cabellos un poco más obscuros – «renovarse o morirse», que dijo el poeta –, exhibe satisfecha el obsequio de uno de sus admiradores de Hollywood: tres preciosos gallos, a quienes seguramente envidiarían muchas personas...

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de HOLLYWOOD

La alegre solterona y la ex bailarina de las piernas desnudas.—Cómo apodan los poetas al amor.—Las cinco amigas íntimas de Marión Davies.—La herencia de la anfitriona potentada.—El secreto de una vida en un trozo de papel.—Tú, Marión, la mujer romántica del siglo.—Dorothy Mackaill, doncella.—La tristeza y la alegría de Hollywood

Una de las parejas más singulares que trató William en la sede del cine fué la compuesta por Marión Davies y Dorothy Mackaill. Otra vez, de pasada, se refirió nuestro héroe a la simpática y sociable Marión, bien llamada «la anfitriona de Hollywood», para evocar sus fiestas magníficentes. Ahora recuerda la deliciosa armonía de la eterna joven con Dorothy, la ex bailarina de las piernas desnudas, una personilla de lo más rebelde—y atrayente, quizá por lo mismo—que puede uno echarse a la cara. Armonía que dejó perplejos a muchos «mosconeses» que rondan en torno de la potentada solterona—Marión fresa gentilmente en la cuarentena—, esperando el momento oportuno de reducir su independencia con la ayuda de ese niño ciego y arquero, como apodan los poetas al amor.

De las íntimas de Marión Davies—Constance Talmadge, Katherine Menjou, Eileen Percy, Luella Parsons y Dorothy Mackaill—, esta última era la predilecta. («Los últimos serán los primeros».) Hay que reconocer su propiedad de decirle las verdades en la cara al más pintado. Su alegría constante, tesoro vivo de auténtica juventud, rimaba bien con el humor inagotable de Marión. Juntas—del brazo, a veces dando brincos de colegialas por el Sonnset Boulevard—iban de compras, de merienda, de visitas... William sorprendió muchas veces la murmuración que se agazapaba al paso de las dos amigas inseparables. Escuchó comentarios tan peregrinos como éste: «¿Cómo le trabaja la herencia a esa chiflada de Marión la maldecidada de Dorothy?»

¡La heredera de Marión Davies! Nada tan atrevido como las suposiciones enconadas de la gente, de la gentuza que, en todas partes, siempre está dispuesta a achacar a los demás sus propios vicios y bajezas. Cualquiera que hubiera hablado media hora con Marión, que escuchara, por el vehículo de su divertida charla, la expresión de su claro pensamiento, sabía que ella no dejaría tras de sí nada que heredar a nadie... de Hollywood. Alguien, sí, recogería los últimos fajos de billetes—última risa de una enamorada de todo lo risueño—de la gastadora Marión, sus últimas acciones y liquidaciones de diversos negocios; pero esa persona estaba muy lejos de allí. Una persona que, a juzgar por cierta carta que William Grula sorprendió, sin querer, en el jardín de la casa de campo de Marión, poseía el antiguo y único amor de la alegre solterona. Aquel papel se había volado del interior del cósped por un ventanal abierto. (Nada tan franco y expedito como la mansión de la Davies). El contenido hizo sumirse a William en una meditación laboriosa, porque había descubierto el secreto de una vida aparentemente falsa, estrepitosa y espléndida. Después devolvió la carta voladera a su destinataria. Marión, púsose seria, para sonreír pronto y pedirle, encarecidamente, que guardase silencio.

—Celebro—terminó—que haya caído en sus manos, William. Usted es español, y un español sabe callar cuando una mujer se lo pide.

(Perdón, Marión crédula—piensa Grula—; pero *tu secreto* no te denigra, sino que te ensalza. Para los que creen que no tienes corazón, porque envidian tu simpatía y te suponen incapaz de enamorarte, porque eso sería desertar del egoísmo de la plena libertad de tu cuerpo y de tu alma, saber que toda tu alegre envoltura cubre una sola y eterna ansia de amar al hombre que no pudo ni podrá ser tuyo porque pertenece a otra mujer. ¡He aquí tu maravilloso secreto, Marión sublime, entregado a la admiración de los que únicamente te admiran como artista! Muy joven le conociste a él. Fuisteis novios. Una circunstancia extraña os separó, cuando pasaste a ser principal figura de las revistas de Ziegfeld Follies. Y él, débil, que no creía en la sinceridad de tu cariño, conservado incólume en la atmósfera frívola de los teatros, se casó con otra. Tú, mujer de neta inteligencia, le perdonaste. Comprendiste su duda y te compadeciste de la vulgaridad de su destino. Llegaste a la cima del triunfo, y diste con su paradero. Tenía tres hijos ya. Vivía—y vive—en una obscura ciudad, cansado de la lucha por sacar adelante la familia. Te dedicaste a protegerle a distancia, a darle un poco de alegría al pobre hogar, sin humillarle demasiado. Con un amor que nada pide ni espera. El se enteró, al fin. Y te escribió aquella carta de agradecimiento, comprendiendo tardíamente tu fidelidad. Yo sé que pasará a sus hijos cuanto te queda al morir. Pero también sé que no quieres verle, para no deshacer la ilusión de su recuerdo, cuando era joven, apuesto y vehemente. Cuando Hollywood descubra que sí ha habido una mujer romántica en este siglo has sido tú, Marión, Hollywood será capaz de sonrojarse.)

Arriba: Dorothy Mackaill, la íntima amiga y confidente de Marión Davies...

Eileen Percy, Marión Davies y Dorothy Mackaill, que fueron compañeras en las revistas de Ziegfeld Follies, de Nueva York, siguen en el disfrute de su magnífica e íntegra amistad, como se aprecia por la presente «pose» colectiva...

Marión Davies, la bien llamada «anfitriona de Hollywood», vestida de pirata—deliciosa y convencional—, demuestra adónde pueden llegar su alegría y su belleza eternamente juveniles...

Por lo menos, allí nadie te discute la fama de mujer generosa. Hace efecto que vayas, de súbito, a París o Londres—un viaje que cuesta casi una fortuna—con el sólo objeto de renovar tu guardarropa.

Y se habla de tus fiestas frecuentes, en que ríes y ríes mientras los invitados sacian su sed, su apetito y su vanidad. Dorothy Mackaill se viste contigo de doncella con el blanco delantal bordado y la cofia graciosa, para servir los postres que abren un verdadero paraíso a los paladares golosos.

Las dos van de la cocina al comedor—amplio y brillante como una sala de baile—, portando bandejas repletas de pasteles, tartas y bombones. Y la gente del regio convite os aplaude con entusiasmo hipócrita.

Allí, en tu casa acogedora, oí a la espiritual Constance Talmadge lamentarse de la infelicidad de su hermana Natalia, casada con Buster Keaton. Hollywood es triste, digan lo que quieran sus cronistas a sueldo.

Y tú—con Dorothy, la pizpireta ex bailarina de las piernas desnudas—quizá seas lo único alegre que se encierra en sus falsas murallas. Tú eres, Marión, la única alegría de Hollywood. (Y, no obstante, hay en tu vida un secreto que puede ensombrecerte, más que a Natalia, la sencilla Talmadge unida al fúnebre histrión que jamás ha sonreído. Tu amor merecía un libro—un poema—inmortal. El fracaso matrimonial de Natalia sólo merece compasión. *Pasajeros es* un trágico malogrado que ha malogrado una esposa modelo. Tú, divina Marión, de los cabellos de oro y los ojos de turquesa, eternamente joven, eternamente alegre, hubiérase sido también el hada buena de un hogar. Pero ríes. Sabes y puedes reír, y tu risa sana y milagrosa, que ahoga la más grande de las desilusiones, es, sin duda, la más severa condenación de la mentira de Hollywood.)

SANTIAGO AGUILAR

Curiosa foto en que aparecen Buster Keaton, Norma Talmadge, Luis Alonso (Gilbert Roland), Natalia Talmadge y César González Ruano, durante la estancia de los cuatro primeros en Madrid...

Buster Keaton (Pamplinas), el hombre serio que tanto ha hecho reír y que, sin embargo, arrastra en su vida particular una verdadera tragedia...

Ante el misterio de Magdalena de Niles, rival de Imperio Argentina

(Sensacionario en tres viñetas)

Anteayer...

Sonaba el tablado del teatro llamado, muy graciosamente, de Maravillas, apareció la maravilla—esta auténtica—de tu arte, de tu juventud, de tu personalidad. Arte leve, a flor de labio y de guitarra; pero grato como una bebida sin alcohol. De tu juventud, que gritaba en los ojos ingenuos, que vibraba en el cuerpo menudo y ágil, que sonreía en tu boca pintada sin exceso. De tu personalidad, rara mezcla de porteña y andaluza.

Tu nombre me pareció frívolo aun en la cartelera de las variedades: Imperio. (De Pastora Imperio. Un apellido gitano convertido en nombre por afán de imitación). Tu apellido, sonoro, demasiado tal vez. (Argentina. ¿Por tu voz, hilo de plata? No. Por ser bonaerense, nacida, al azar, en la ciudad del Plata).

Así te conocí. Cantando y bailando por la gracia de Dios. Con la divina sencillez de lo perfecto. Metida en ti misma, indiferente al prójimo que te aplaudía. Los señores de edad te encontraban tierna, adorable. Las señoras, simpática, bonita y modesta. Yo—perdona—te adivinaba muy lejana de todo aquello—teatro, admiraciones, ambiente—, y tu sonrisa me parecía un poco triste. En ella pensaba, sin querer, al salir a la calle, en que lloraba la lluvia sobre el pañuelo de luto de la noche.

No te olvidé. Y por eso—por la insistencia del recuerdo de tu sonrisa triste—fui a ver tu imagen sobre la pantalla. *La hermana San Sulpicio* —film mudo, inocente de forma y de factura—te abría una nueva senda. Insospechada, definitiva. De las sombras brotaba—para ti—la luz de la aurora. (Yo, tu amigo desconocido, sólo quería conocer tu verdadero nombre, como si él fuera capaz de revelarme el sospechado misterio de tu vida).

Ayer...

En la «peña» del María Cristina, todas las noches, comprobaba cómo—resbalando a lo largo de los labios pintados sin exceso—tu triste sonrisa se iba aclarando hasta alcanzar una tona-

De izquierda a derecha: Alice Cocéa, Louis Mercanton e Imperio Argentina, en el «plateau» de los Estudios de la Paramount, de Paris, durante el rodaje de la inolvidable producción «Su noche de bodas»

lidad alegre. Ya sabía tu nombre: Magdalena. (*Maleni* te llamé en cuanto lo supe, haciéndolo más breve e íntimo). Y tu apellido: De Niles. (Algo del remoto origen de tu sangre—de tu raza faraónica—, remontada hacia Europa por el Nilo). ¡Magdalena de Niles! Había adivinado a tu rival. (Un ser dentro de otro ser. *Maleni* dentro de Imperio). Me acercaba, poco a poco, hasta tu alma misteriosa, la que presentí bajo la lluvia aquella noche, ya algo distante, de la maravilla de Maravillas.

Eras popular. (Y todavía eras sencilla). Poco después, alguien, enamorado más de la mujer que de la artista, te llamó «la novia de España». (Por hacerse la ilusión de que, como español, eras también su novia). Fuiste a París, y volviste con un automóvil de millonaria. Al entrar en la «peña» del Zahara busqué tu sonrisa. Aquélla era la sonrisa del triunfo, de un triunfo triste. No habías vendido a tu rival, a pesar de todo. Te pedí las manos. Las tuve aprisionadas, leyendo en sus débiles rayas tu destino con una infinita curiosidad. (Por ti había aprendido quiromancia, por acercarme a tu ascendencia zahorí). Allí estaba grabada la lucha entre la mujer que hubieras querido ser y la que eras. La trayectoria truncada de un amor de amar. La huella de tu vida a la deriva, lejos siempre de la recóndita ambición irrealizable. Al salir a la Gran Vía te cercó la admiración de la gente. Yo, a tu lado, cantaba a media voz una canción que te gustaba, por distraer mi pensamiento—y el tuyo—de tu sonrisa triste, que es la fatal sonrisa de casi todos los ídolos.

Hoy...

No he vuelto a verte sino en la pantalla. Ya no eres «la novia de España» que dijo aquel enamorado, más de la mujer que de la artista. Ya no eres loca esperanza de los hombres, ni te exhibes en las sedas íntimas de *Su noche de bodas*. Y es que te has casado de verdad, después de los bellos simulacros del cinema. (Llegó «tu noche de bodas»).

Consagrada a los sencillos placeres domésticos, Magdalena de Niles, olvida sus luchas y sus éxitos de arte en el jardín de su hogar...

Pero sigues cantando y bailando por la gracia de Dios. Con la divina sencillez de lo perfecto. Metida en ti misma, indiferente al prójimo que te aplaude. Y el mismo misterio de siempre late en tu sonrisa. Esa casi imperceptible tristeza de tus labios que, canteleosamente, obliga a quererte, a no olvidarte. Sigue la lucha escondida entre Imperio, la triunfadora, y *Maleni*, la del alma ingenua. Entre la mujer que eres y la que hubieras deseado ser.

Tu hogar te retiene. Rara vez se te ve por la calle. Quizá nunca te haya admirado tanto la gente, aunque has cometido el delito de dejar de ser novia, tú que para novia naciste. Ya no puedo cantarte, a media voz, aquella canción que tanto te gustaba. Pero yo sé—perdona—que sin no te has encontrado a ti misma, porque he leído la signatura de tu extraño destino, acercándome a tu ascendencia zahorí. Sé que tu rival—Magdalena de Niles—es invencible. Y que aunque tú—Imperio Argentina—te coronen con todos los laureles de la gloria, ella—la otra—ha de evitar que seas enteramente feliz, a la manera que tú te mereces, como lo son, quizá, las mismas admiradoras que te aplauden.

Hoy—ahora—como entonces, cuando yo anhelaba conocer tu verdadero nombre, pienso en ti, y el recuerdo de tu sonrisa triste me acompaña. Como si me hallara de nuevo ante el misterio sospechado de tu vida, mientras lloraba la lluvia sobre el pañuelo de luto de la noche. Ese misterio de tu rival, la más extraña de las rivales, que eres tú.

SANTIAGO AGUILAR

Imperio Argentina, la más popular de nuestras estrellas del cine, en una «pose» maravillosa y optimista del año 31...

Toda la juventud fragante de Imperio Argentina se ofrece en esta foto deliciosa, obtenida al regreso de su estancia triunfal en Joinville (París)...

CRÓNICA ESCANDALOSA de HOLLYWOOD

Una muchacha de perfil hebreo que recuerda a Dorothy Cummings.—Cecil B. de Mille busca una Virgen en Hollywood.—Cláusula sin precedente en un contrato cinematográfico.—Los detectives de la honestidad.—De cómo la virtud puede valer una fortuna.—«Charlot» necesita un verdadero «gentleman».—Adolphe Menjou no ha sido jamás camarero.—El rey de las elegancias masculinas.

Dorothy Cummings, la belleza de corte hebreo, que fué elegida, después de una búsqueda laboriosa, como la más digna para encarnar el papel de la Virgen María en la inmortal película «El Rey de Reyes»

El director Edgard Selwyn, durante el ensayo de un film de Adolphe Menjou, le explica determinada escena, rodeados de cinco sirenas de las playas californianas «para no perder el tiempo»

Amigo William—comenzamos nuestra entrevista de esta noche entre cortesanas de elegante exterior y fondo obtuso, caldeado el ambiente por la música negroide y el picor del *sezhhy*—, usted ha subido vivir en Hollywood. Además, precisamente por no tener prejuicios sentimentales ni intectuales, usted sabe contar lo que ha vivido. Hemos hablado con artistas y literatos que pasaron grandes temporadas allí, en la ciudad de todos los deseos y de todas las mentiras; pero ninguno ha satisfecho nuestra curiosidad. Vacilaron siempre al pretender ordenar sus recuerdos. Y es que no tuvieron aventuras. Usted, sí. Usted, Grula, con sencillez y naturalidad, sin deseo alguno de producir efecto, sólo refiriendo cuanto vió por sus ojos o experimentó por sí mismo, consigue que Hollywood vaya desciñéndose para nosotros sus siete velos de Salomé. Siga evocando aquellos días, que la pluma espera impaciente. ¿De qué hablamos hoy?

—De lo primero que viene a mi memoria, contemplando aquella bellísima muchacha que nos mira, mientras el hombre volver y volverá que la acompaña sonríe. Ella tiene perfil hebreo, grandes pupilas entornadas por el peso de una emoción invencible. Un interesante tipo de heroína bíblica, ¿verdad? Sin saber exactamente por qué, yo me acuerdo ahora de Dorothy Cummings.

—¿La Virgen María de *El Rey de Reyes*?

—Exactamente. Dorothy era así, poco más o menos, cuando el magnate judío Cecil B. de Mille buscaba febrilmente quien fuera digna de encarnar la divina figura de la Madre de Jesús de Galilea. Más de ciento veinte candidatas examinó y desechó. Hombre que no admite sugerencias de nadie, quería hallar la intérprete sin ayudas, sin recomendaciones, guardando para sí toda la responsabilidad de la elección. Buscaba—decía a sus íntimos—«un alma virginal» en un cuerpo tranquilo y unos ojos sin sombra de pecado. Por eso, su búsqueda laboriosa se detenía unos instantes ante una belleza perfecta, aparentemente inocente, para seguir, después de los informes pedidos, con igual desaliento. Ella —judía en el camino hacia el ideal acariciado—frecuentaba *cabarets* y había tenido más de un novio. ¡Adelante! Respetuoso con el personaje que trataba de encomendar, su conciencia no hubiera soportado el remordimiento de dárselo a una chica frívola, que supiera de besos sin amor o con amor impuro. Y Dorothy Cummings, que no fué la más bella que probó De Mille ante la cámara, fué elegida, antes que nada, por su íntegra virtud. Tardó muchos días en firmar el tentador contrato, porque el genial director escudriñó todos los rincones de su vida, hasta convencerse de que había hallado la digna intérprete de Myriam de Jerusalén, la dulce e inmaculada esposa de José el carpintero. Aun así, hubo en aquel contrato una cláusula curiosa, sin precedente. Por ella se exigía a Dorothy Cummings, mientras durase el largo rodaje de *El Rey de Reyes*—inmortal maravilla de la pantalla muda—, no tener el menor contacto con varón, ni asistir a ninguna fiesta de carácter pagano. De garantizar la fiel observancia de esta exigencia singular se encargarían dos policías, pagados por el propio De Mille, a quien todos los días darían cuenta detallada de la inversión de las horas libres de Dorothy.

—Efectivamente, eso hubiera sido mucho pedirle a cualquier *flapper* de la Ciudad Camaleón. Aplaudimos las excesivas precauciones del severo De Mille. Y después del film, ¿siguió Dorothy Cummings por la escarpada senda impuesta en el contrato?

—Fué, desde luego, la actriz más honesta de Hollywood; pero porque así se lo imponía su educación religiosa, no por pose. Cobró por su singular trabajo en *El Rey de Reyes* una fortuna, verdadero premio a la virtud concedido gustosamente por el Napoleón de la pantalla. (Así llaman algunos al veterano pionero cinematográfico, entre ellos el humorista Carlitos Chaplin). He nombrado, por pura casualidad, a *Charlot*. Y voy a hacer útil la recordación del desencantante mimo inglés. Así como De Mille buscó una Virgen para *El Rey de Reyes*, Charlie buscó un *gentleman* para *Una mujer de París*, film único en que actuó solamente como director. Un caballero francés íntegro, que tuviera el puro concepto de la elegancia, conservado a través de las vicisitudes. Un tipo que, con el frac del camarero, resultase un gran señor.

—¡Ese hombre fué Adolphe Menjou!

—No podía ser otro. Y solamente la experta pupila de Chaplin, observador impenitente, podía descubrirle el acervo de los obscuros luchadores del cine. Nadie supo ver en Menjou el actor maravilloso y original que llevaba dentro, bajo sus ropas un tanto raídas, pero limpias y planchadas con esmero siempre. Aquel hombre, capitán por méritos de guerra en el frente francés, tenía las sienes plateadas y un rictus de irónico desencanto en la boca de amador y bebedor. Poco esperaba ya de la suerte, la coqueta invernizada e incorregible. Hacía papelitos de carácter y se veía en Hollywood por el capricho de una periodista yanqui que lo impulsó hacia el cine y que, después, consiguió llevarle al tálamo nupcial. Adolphe se sentía más viejo de lo que era en realidad. Y fué el primer sorprendido de la decisión de *Charlot*, que le proponía el principal papel masculino de *Una mujer de París*.

—¿Es cierto, como se dice, que Menjou se vió precisado, en cierta crisis económica de su existencia, a desempeñar servicios de camarero en un hotel?

—No. Eso son fantasías. Su padre fué precisamente dueño de un hotel de tercera clase en Nueva York, frecuentado por gente de teatro. Allí comenzaron las aficiones artísticas de Adolphe. Pero jamás tomó la servilleta para presentarse ante sus clientes admirados. Charlie Chaplin le vió embutido en un frac pasado de moda, preparado para desempeñar un papel sin importancia de un film cómico, y supo *adivinar* la elegancia de aquel hombre pobre, la doble elegancia—material y espiritual—de aquel francés que llegó a Norteamérica—él lo confesaba después a sus íntimos—con la loca ambición de convertirse en rey del petróleo, del cobre o de algo así por el estilo, y acabó por ser reconocido por el rey de las elegancias masculinas.

SANTIAGO AGUILAR

Fotografía inédita de Charlie Chaplin—descubridor de Adolphe Menjou en «Una mujer de París»—, tomada en Nueva York, antes de embarcar para Europa, asediado por los periodistas...

← Adolphe Menjou, en la época de su esplendor, despacha su correspondencia particular con su aire de hombre que está de vuelta de todas las cosas...

Curiosa foto de Cecil B. de Mille, con el violinista Jascha Heifetz, el pianista S. Chatzineff y la señora Godowsky en los Estudios Lasky...

© Biblioteca Nacional de España

El romanticismo en la pantalla

NORMA SHEARER

la «Julieta» que Shakespeare imaginó

Norma Shearer, la ideal heroína, soñada por Shakespeare, del film «Romeo y Julieta»

← La exquisita y adorable figura de Norma Shearer en su insuperable creación romántica sobre la pantalla «Romeo y Julieta»

Demostración de que Norma Shearer se inspiró en el ángel de «La Anunciación», de Fray Angélico, para componer su perfil de la Julieta de «Romeo y Julieta»

ALGUNOS malévolos —¿dónde no los hay?—han querido llamar a Norma, la sublime intérprete del romanticismo, esposa de Irving Talberg, como anulando así su personalidad por la del cónyuge, ciertamente poderoso y conocido. Pero el intento no ha pasado de tal. Es más: vuelta la oración por pasiva, a Talberg se le denomina, fuera de Hollywood, sobre todo, «el esposo de Norma Shearer».

Norma no tiene la culpa de que uno de los magnates del cinema norteamericano se enamorase de ella hasta el extremo de llevarla al altar. Su matrimonio no obedeció al cálculo, sino a la casualidad, y Norma era ya célebre en el mundo sin necesidad de tener que recurrir a medidas heroicas para que su nombre se pronunciase con admiración.

No ha abusado la Shearer de su postura ventajosa en la más importante editora de películas del Universo. Unicamente se ha permitido *el lujo* de proponer los temas que ella interpretaría con más gusto. Sin coaccionar a su marido ni a nadie. Y esa propuesta ha seguido el trámite usual en los Estudios. Y el Consejo de Producción, naturalmente, ha acabado por aceptarla.

• •

Un film en que interviene Norma Shearer es garantía de calidad artística insuperable. Norma *hace arte*, o no se molesta en dejar su hogar felicísimo para ir a ponerse en manos del maquillador.

Además—no se olvide—, ese film tiene que ser romántico. Porque ella—la de los ojos cargados de ensueños de amor—es la máxima, la última heroína del romanticismo, en estos tiempos prosaicos donde el tema maravilloso del *tú* y *yo* se ha convertido casi en una fórmula comercial, en un trato egoísta donde no tienen cabida los bellos gestos ni los bellos sentimientos.

Heroína sublime de todo lo ideal, Norma Shearer disfruta de la devoción de todas las muchachas románticas del mundo. Sus creaciones—pocas ahora, pero siempre definitivas—llevan un perfume de aristocracia espiritual que inunda las distancias.

A partir de *La llama eterna*, Norma se ha convertido en ídolo de todas las soñadoras que quedan sobre la corteza terrenal.

Su belleza delicada de flor exótica que sonríe en la estufa del jardín bajo el beso amoroso del sol y la efusión del alma que asoma a sus labios; la emoción exquisita de su arte, de suavidad de seda y ritmo de poesía, han obrado el

© Biblioteca Nacional de España

milagro de recuperar algo que se creía irremisiblemente perdido: el romanticismo en la pantalla.

• •

Ella ha salvado al cine yanqui de tanta acusación formulada día tras día por los jornaleros de la pluma. Algo que no es preocupación de taquilla late y nos viene de Hollywood por su conducto. Algo que no es afán de ganar, sino elegancia de perder, llega de aquellas grandes «fábricas de sueños» hasta el Viejo Continente, en rollos de celuloide, frágiles, pero caros, como todo lo verdaderamente bello.

¡Una producción de Norma! Europa se prepara a gozar como se goza con un cuadro genial o una sinfonía clásica. El romanticismo del diez y nueve devuelto, como una pelota, hasta la propia red, o sea la propia cuna, desde el joven país de los dólares, los *gangsters* y los divorcios.

¡Ella se acerca! Latid, corazones generosos; salid, sensibilidades ocultas por el espanto que os produce el roce con el siglo; enamorados de París, Berlín, Londres, Madrid, Budapest, Viena, Roma, preparad vuestras lágrimas más dichosas —el llanto puede serlo todo, hasta alegre—, y ensayad con la elegida los más dulces besos. Norma, plotórica de romanticismo, va a aparecer en las pantallas convertida en la Julieta que Shakespeare imaginó.

El director de «Romeo y Julieta», George Cukor, discute con John Barrymore —en el papel de Mercurio— una escena de la romántica producción...

Momento de un rodaje de conjunto de la formidable adaptación del poema shakespeariano «Romeo y Julieta», editada por la Metro-Goldwyn-Mayer en Hollywood

Un grupo formado por los principales intérpretes de «Romeo y Julieta», ante la cámara tomavistas y bajo el micrófono en los Estudios de la Metro

• •

¿Comprendéis el milagro prometido? Norma Shearer dedica el film *Romeo y Julieta* a todas las almas románticas que ella ha logrado interesar a través de su temperamento y de su físico. El papel de la inmortal enamorada de Romeo nadie sino ella podía apetecerlo, crearlo e inmortalizarlo. Ella es quizá el propio espíritu de Julieta refugiado en su carne de este siglo de barro. (Carne de barro, entonces, que el genio ha modelado convirtiéndola en algo de apariencia eternal, en una estatua prodigiosa revestida con el oro de luz de la ilusión.)

Ella, la Julieta que Shakespeare imaginara, vive, y pronto estará entre nosotros, los últimos románticos.

Preparemos el suculento banquete del espíritu, con el que remediaremos todos los largos ayunos padecidos en el ambiente cotidiano de la lucha por el sustento material.

Norma Shearer, el hada deslumbradora que su varita mágica convierte en amor y en arte cuanto toca, está al llegar. ¡Albricias! Ella, Julieta rediviva por la alquimia cinematográfica, nos consolará de nuestros fracasos sentimentales y nos hará creer —¡todavía!— que el Amor —con majestad de mayúscula— es lo único que, después de cerca de dos mil años de distintas experiencias, puede enaltecer a los humanos y darles un débil reflejo de divinidad.

S. A.

© Biblioteca Nacional de España

La muerte de Alma Rubens.—La tumba prestada de Valentino.—El ídolo que no podía soportar su calvicie.—Una anécdota de Raoul Walsh, el director «demasiado hombre»...

CRÓNICA ESCANDALOSA de HOLLYWOOD

Jack Castello, o sea, el joven santanderino Jesús Movellán, paisano y amigo de William Grula, que de «extra» en Hollywood pasó a ser importante hombre de negocios, después de haber filmado algunas películas mudas en España

Otro muchacho santanderino en Cinelandia.—De «extra» a representante de automóviles.—El hombre que sabe más secretos de Hollywood: Jack Castello.—Escena edificante en el despacho de un director.

Otro muchacho santanderino vivía por entonces en Cinelandia. Callado, bondadoso, amigo fiel. Se llamaba Jack Castello en el *argot* de los *casting-office*. En su tierra, Jesús Movellán. No había tenido la suerte de Grula, nuestro héroe. Enrolado a la galera de los «extras», vivía como podía, aunque honestamente. Madrugaba mucho para recorrer Estudio por Estudio, por si había trabajo para él. William le conoció después de bastante tiempo, precisamente cuando regresó de España, donde intervino en dos o tres films mudos, sin que la escasez de producción y la incuria de los directores —eran sus propias palabras— le hicieran sacar provecho a sus éxitos como galán de tipo romántico...

Jack Castello, desengañado del cine, dedicó su actividad a introducirse en el mundo de los negocios. Y a poco, como representante de automóviles, pudo tener coche, usar camisas de seda y alternar en los establecimientos más lujosos, donde el ocio se ahogaba en dólares y en bebidas prohibidas. Grula se percató de la bondad de aquel paisano, indiferente al vicio, a pesar de que en torno de todos los vicios tenía que vivir. Fueron amigos, pero no pudo cultivarse tan simpática amistad porque uno y otro se acostaban y despertaban a muy distinta hora, aunque frecuentaran idénticos ambientes.

Castello es, tal vez, el hombre que más secretos conoce de Hollywood. Pero sabe callárselos O los relata sin decir los nombres de los protagonistas, casi siempre célebres. Por ejemplo, comienza:

—Una tarde llegué al Estudio X. Me habían citado. La puerta del despacho del director estaba entornada. La empujé suavemente. Y sonó un grito de mujer, que intentó cubrirse la cara con las manos. Me quedé como hipnotizado unos momentos ante el cuadro increíble ofrecido a mi vista. Ni ella, ni él, ni yo hubiéramos encontrado una palabra conveniente. Di media vuelta, y salí del despacho pensando que acababa de descubrir algo que, si yo lo contaba, Hollywood no querría creerlo. Y lo que no podía comprender es que aquella absurda pareja dejase entornada la puerta, ofreciendo su deprimente intimidad a los ojos del primer curioso...

Y así sigue, con una discreción de diplomático, sin revelar un solo nombre, contando anécdotas desconocidas, que, si se despojaran de los velos con que los viste el testigo, harían ruborizar a un guardacantón... Nadie como Castello sabe por qué y de qué manera murió la malograda Alma Rubens, esposa del despótico y sobebio Ricardo Cortez.

Ricardo Cortez, el hombre déspota y soberbio, aunque gran actor, a quien se achaca la «muerte lenta» y misteriosa de la que fué su esposa, Alma Rubens...

Rincón de la casa de Valentino, en Hollywood, donde se ve el original retrato al óleo que le hizo en sus días de gloria el pintor español Beltrán Massés

Aquel suceso le hizo tanta impresión, que, saliendo por una vez de su mutismo, lo refirió con tintas de una veracidad que horrorizaba a los oyentes. Y Hollywood condenó a Ricardo, el ebello y peligroso Ricardo», haciéndole un vacío que jamás podrá llenarse de piedad o de perdón...

Una costumbre original tenía Castello: la de visitar con frecuencia, allá por la hora melancólica del crepúsculo, la modesta tumba de Rodolfo Valentino. Una tumba prestada y casi olvidada. William le acompañó cierta tarde de viento cálido.

Ante el nicho donde campea el nombre del ídolo vencido por la fatalidad, Jack refirió a Grula lo incomprendido que fué aquel romántico artista, que poseía el corazón más generoso que latió en Hollywood. Con la misma mano que recibía millones de dólares, los repartía entre insaciables familiares, aduladores y aventureros, que fingían amarle. Y a la hora traicionera de la muerte, su cuerpo maltrecho no tuvo la última morada que merecía. June Mathis, la vieja argumentista, le cedió su nicho humilde. ¡Había de ser una mujer! Y una mujer que le adoraba como si fuera su madre... Castello recordaba la desesperación de los postrimos días de Valentino, cuando se miraba al espejo y veía los estragos de la seborrea, que le dejaba calvo por momentos. Su peluquero le pegaba pacientemente apliques maravillosos con brillante cosmético. Y así aparecía en sus films, haciendo soñar a las ingenuas admiradoras de la cabeza apolínea del galán.

He aquí a Valentino, optimista, tomando un «primer plano» a Federico Beltrán Massés en los Estudios de la Paramount

Al salir del cementerio, Jack Castello, el noble Jesús Movellán, habló a Grula de Raoul Walsh, director y actor de enorme talento y de un carácter tan íntegramente varonil, que le impidió escalar las cimas gloriosas del arte, usurpadas por realizadores mediocres que sabían doblegarse a los caprichos de los magnates o de las estrellas histéricas. Nadie sabía de cine, en Hollywood, lo que Raoul Walsh. Pero era demasiado hombre para aquel ambiente.

En cierta ocasión fué llamado para dirigir una película de gran envergadura. Le concedían beligerancia en todo, menos en lo concerniente a la elección de la primera actriz, impuesta por el director del consorcio capitalista. El aguardó al momento del a primera escena. Era aquella mujer una artista en decadencia, vieja y caprichosa, de una vanidad insoportable. El papel exigía veinte años y un temperamento ardiente, de efusión primaveral. Raoul Walsh dió orden de comenzar el rodaje. A poco, sus gritos llenaban el Estudio. Se acercó a la estrella y le dijo que tenía, primero, que aprender a ser actriz. Lo que ya no podía, de ninguna manera, era imitar la lejana juventud. Ella, en un ataque de cólera, le abofeteó. Entonces, Raoul, exacerbado, rasgó sus vestidos, mostrando a los testigos presenciales de la grotesca escena la ruina de aquel cuerpo castigado por los años y la crápula. «¿Tengo razón?—gritaba—, ¡Yo no engaño al público! ¡Usted debe retirarse a cuidar de sus nietos, señora, y dejar paso a las verdaderas ingenuas sin contrato!...» Y llamando a su secretaria—diez y ocho años de maravilla—, le arrancó de un tirón su traje de seda. Un murmullo de admiración acogió aquella belleza fragante, sin un solo defecto, casta en su semidesnudez milagrosa. Y la estrella huyó como pudo.

La secretaria se encargó de su papel. Pero aquel film no llegó a terminarse. ¡El film definitivo de Raoul Walsh!... («¡Ah!—exclamaba, por todo comentario, Castello—, si todos los directores de Hollywood fueran así...»)

SANTIAGO AGUILAR

Un gesto romántico de Rodolfo Valentino, el ídolo arrebatado por la muerte en plena juventud, y cuyo cuerpo maltrecho hubo que encerrar en un nicho prestado por la vieja argumentista June Mathis

Foto, poco conocida, de Ricardo Cortez, el galán que pisó los talones al inmortal Valentino y que, por su carácter, no llegó a la cumbre deseada...

CAPITOL

DIRECCIÓN Metro - Goldwyn - Mayer

GRAN ÉXITO

JEANETTE MacDONALD

NELSON EDDY

en

Rose Marie

con

REGINALD OWEN
JAMES STEWART
ALLAN JONES
ALAN MOWBRAY
GILDA GRAY

DIRECTOR: W. S. VAN DYKE

PRODUCCIÓN: METRO-GOLDWYN-MAYER

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Crónica escandalosa de Hollywood

Un héroe que suplanta a otro héroe.—Andanzas extraordinarias de Enrique Vico, el nieto de un genio.—Una noche con los muertos en el cementerio-parque de Hollywood.—A Los Angeles, con dos dólares en el bolsillo. Las modernas galeras.—Con uniforme de alemán en «El gran desfile».—Cruzando a pie la cordillera de Los Andes.—Comienzo, interrupción y promesa

Enrique Vico, nieto del genial actor español Antonio Vico, en la época de su audaz llegada a Los Angeles (California), con dos dólares en su bolsillo por todo caudal...

Recuerdo de una de las travesías marítimas de Vico (Italia-New-York). Asomada al salvavidas, la actriz española María Tubau, de la que llegó a ser secretario...

Es nuestra charla anterior con William Gruia, éste recordó, al azar, el mausoleo de Valentino. Hoy, fijo en el extraño recuerdo, viene a su memoria el nombre de un hombre que conoció y trató en Los Angeles, y cuya vida aventurera ofrece temas suficientes para un grueso libro biográfico a la manera de los que ha puesto de moda el genial Stephan Zweig. Ese hombre lleva un apellido glorioso en los anales del teatro español, porque es nieto del inmortal actor Antonio Vico.

—Las andanzas de Enrique Vico parecerían el relato, puramente imaginativo, de un meridional, si no estuvieran contadas por los más veraces datos—comienza Gruia—, y ellas, de momento, le convertirán a él en héroe de esta crónica—intitulada escandalosa porque en ella se recogerán todos los escándalos de Hollywood que he conocido personalmente o por referencia—, dejándome descansar un poco, aunque sólo sea en espíritu. Cedo con gusto el primer plano a un tipo que desde que le vi llamó mi atención. Fué en el curioso cementerio abierto a espaldas de los Estudios Paramount, donde se guardan las cenizas del creador de *Monsieur Beaucaire*. Enrique Vico, alto, esbelto, con su largo pelo rubio en crenchas de artista y su gesto de presa—vista que se extiende sobre el mar de la vida con reflejos de reto rebelde—, no puede pasar inadvertido jamás. Late en toda su persona la inquietud de la constante aventura. Vestido con sencilla elegancia, después de cambiar las primeras frases triviales en inglés, me ofreció un cigarrillo y me dijo en correcto español:

—No sé por qué me parece que es usted de los míos. No digo de mis amigos, porque no los tengo. Soy ave de paso. Los míos son, sencillamente, los que saben vivir, sin importárseles un ardite del prójimo. Ya ve usted: parece que estoy aquí por romanticismo, por contemplar estas tumbas que presenciaban a diario los juegos de la infancia. Pues no. He pasado aquí la noche por no tener dinero con que pagarme el hospedaje. ¿A qué mentir? Con esto yo no le pido a usted nada, aunque se lo admitiría, porque es usted —ya lo dije—de los míos. He llegado a Los Angeles en un avión de transporte, con piloto y mecánico conocidos en La Florida. Al bajar del aparato tenía dos dólares en el bolsillo por todo capital. He tomado café con leche, tranquilamente, y he recorrido a pie las siete millas de trayecto hasta aquí, una ciudad pintoresca que quiero conocer, como tantas otras que he pisado ya. ¿A qué vengo? No lo sé, ni me importa. Sería muy raro que no pudiera bandearme, porque yo he hecho de

todos, y nada me asusta. Por intuición, llegué hasta un Estudio de cine. A la puerta había una «cola» paciente. Pregunté, y me dijeron que eran «extras» que esperaban trabajo para el día. Fuí un aspirante más; pero no interesé al encargado de las modernas galeras. Pasé el resto del día vagando por Hollywood, contemplando, sobre todo, los automóviles—mi gran afición—y los *bungalows*, que se adivinan gratos para un repaso eventual. Tomé un bocadillo de carne picada—cinco centavos—, y aquí me pilló la caída de la tarde. Yo ví un parque acogedor, en que se reían los niños, y las mujeres hacían *crochet*, y me senté, sin darme cuenta de que estaba en un cementerio.... No alardeo de

ron a tirarse en el barro preparado. Hechos una lástima, enfangados y rotos, pasaron a rodar sus primeras escenas, bajo las órdenes de King Vidor. Encontré a Vico pasados unos días de febril trabajo. Me dijo que era el año del mundos. Ganaba cinco dólares diarios y se alimentaba de café con leche y bocadillos de carne picada. Sobriedad, ante todo. Estaba muy contento. Había ahorrado para sostenerse en el paro forzoso. No quiso admitir dinero mío, y a mí me hacía gracia su fiera independencia. Cayó en una «peña» de sudamericanos, que también frecuentaba alguna vez mi íntimo Molina, menudo, moreno y con una dentadura blanca y brillante como las teclas de un piano nuevo.... A poco,

tomaba parte en el anónimo montón de los conjuntos de *La reina de Saba* y de *Los cuatro diablos*. ¡Grandes películas de los tiempos mudos del cinema! ¡Días aquellos en que Hollywood todavía tenía un delicioso barniz de ingenuidad!... Enrique Vico me iba contando su vida—la película de su vida, rica en emociones y en juego de tramoya—deslabazadamente, porque nos veíamos sin continuidad, más bien por encontrarnos que por buscarnos. Una de aquellas veces, mientras comíamos en un restaurante económico, me dijo:

—Yo nací, por casualidad, en Santiago de Chile. Hijo de actor, a los diez años me fuí a la Argentina, a Bahía Blanca. Me hice mecánico agrícola, no sé por qué. Y me escapé del hogar para arrear ganado y hacer las duras faenas del campo, en plena Naturaleza libre. Pero no en balde tenía ascendencia teatral, y no tardé en unirme a la Compañía de Norberto Chico, galán que fué de Talavi. Nueve meses de jira hasta Córdoba (Argentina). No pagábamos en ningún hotel. De la noche a la mañana echábamos el equipaje por el balcón y huíamos de la ciudad, dejando memoria amarga de nuestro paso... Luego, a Montevideo, con Sabat y la

Carlos Borcosque, Enrique Vico, Ramón Pereda, Tito Davison y Juan de Landa, en un patio de los Estudios de la Metro, en Culver City

Enrique Vico vistiendo ridículamente el uniforme de oficial ruso en una de sus actuaciones como «extra» en Hollywood

Curioso grupo en que se muestra Vico con empaque sospechoso de explorador, antes de su arriesgado paso por la cordillera de los Andes...

Don Juan; pero la idea de pasar la noche en compañía de los muertos no me pareció descabellada. ¡Así no se quedaban tan solos bajo el foco lívido de la luna! Una noche tibia, espléndida. Un refugio tranquilo, sin guardas que molesten... He dormido mejor que en una cama. Ahora, a buscar trabajo; porque trabajar es lo único que me distrae...

—Un hombre que hablaba con tanta franqueza—prosigue William—no era fácil encontrarse en cien leguas a la redonda. Le brindé mi amistad y le orienté hacia los Estudios Paramount. Quedó sonriendo, en la hilera de los comparsas, con su aire de inglés o de alemán y su atavío de *sportsman*. Le hice compañía, por ver si conseguía trabajo, y fué, en efecto, admitido. Se iba a rodar *El gran desfile*. Su tipo eslavo fué clasificado para vestir el uniforme alemán en las trincheras. Le dieron un uniforme nuevo, que le sentaba a maravilla. Se miraba, satisfecho, al gran espejo del cuarto de los «extras», cuando le ordenaron formar en el patio con los otros. Uno por uno, les fueron rasgando los flamantes uniformes, con un peine de púas de acero. Después, les obligaron a tirarse en el barro preparado. Hechos una lástima, enfangados y rotos, pasaron a rodar sus primeras escenas, bajo las órdenes de King Vidor. Encontré a Vico pasados unos días de febril trabajo. Me dijo que era el año del mundos. Ganaba cinco dólares diarios y se alimentaba de café con leche y bocadillos de carne picada. Sobriedad, ante todo. Estaba muy contento. Había ahorrado para sostenerse en el paro forzoso. No quiso admitir dinero mío, y a mí me hacía gracia su fiera independencia. Cayó en una «peña» de sudamericanos, que también frecuentaba alguna vez mi íntimo Molina, menudo, moreno y con una dentadura blanca y brillante como las teclas de un piano nuevo.... A poco, tomaba parte en el anónimo montón de los conjuntos de *La reina de Saba* y de *Los cuatro diablos*. ¡Grandes películas de los tiempos mudos del cinema! ¡Días aquellos en que Hollywood todavía tenía un delicioso barniz de ingenuidad!... Enrique Vico me iba contando su vida—la película de su vida, rica en emociones y en juego de tramoya—deslabazadamente, porque nos veíamos sin continuidad, más bien por encontrarnos que por buscarnos. Una de aquellas veces, mientras comíamos en un restaurante económico, me dijo:

—Yo nací, por casualidad, en Santiago de Chile. Hijo de actor, a los diez años me fuí a la Argentina, a Bahía Blanca. Me hice mecánico agrícola, no sé por qué. Y me escapé del hogar para arrear ganado y hacer las duras faenas del campo, en plena Naturaleza libre. Pero no en balde tenía ascendencia teatral, y no tardé en unirme a la Compañía de Norberto Chico, galán que fué de Talavi. Nueve meses de jira hasta Córdoba (Argentina). No pagábamos en ningún hotel. De la noche a la mañana echábamos el equipaje por el balcón y huíamos de la ciudad, dejando memoria amarga de nuestro paso... Luego, a Montevideo, con Sabat y la Olona, siguiendo a la Argentina, Uruguay y Paraguay. Declarado en huelga, me fuí a Chile con un pasaporte falso de español, y crucé, a pie, la cordillera de los Andes...

—Así—termina Grula—, en un barajar constante de ciudades y países, Enrique Vico me fué describiendo, en cien veces, sus correrías singulares y sus heterogéneas profesiones. Creo que merece le pena contar cuanto me contó. Pero hagamos punto hasta la próxima entrevista.

SANTIAGO AGUILAR

Viendo amanecer, con *CRACE MOORE* y *VALENTIN PARERA*, en la calle de Alcalá

Valentín Parera en' la época de su intervención como actor cinematográfico en el film «Corazones sin rumbo», rodado en Alemania por Benito Perojo. →

(Sensacionario del momento)

Cosa extraña. Pensaba, ahora, calle de Alcalá arriba, en el viaje anunciado—y frustrado—a España del matrimonio Parera-Moore, que hubiera supuesto recobrar el madrileñísimo Valentín—granadino que pisó con fortuna increíble nuestra capital y se apoderó de su amor y de su espíritu—y conocer personalmente a la «diva» de la ópera y la pantalla, la bellísima Grace... Y de pronto, ante mí, con la misma sonrisa de hace cinco años, bajo el bigote a lo John Gilbert, se detiene Valentín Parera. Erguido, jovial, elegante.

Parera—*Valito*, como sus íntimos le llamábamos en los tiempos del desaparecido Savoia—y yo, en plena calle de Alcalá. A la hora de dormir. En la noche tibia y sedante como un baño. Y acontece que el saludo no es el propio de tan larga ausencia. Da la sensación de que ayer nos dejamos en este mismo lugar con el «Hasta mañana» y el cigarrillo en los labios...

Tenemos mucho que hablar. La terraza del café más próximo es el escenario en que su curiosidad y la mía dialogan libre, desordenadamente. No falta la pueril recordación de que yo fuí el primer periodista que escribió de Valentín Parera como actor cinematográfico. (Allá por los días de *El negro que tenía el alma blanca*, versión muda de Benito Perojo.)

La maravillosa Grace Moore, que, por ser todo lo contrario de las estrellas americanas, está enamorada de su marido como una simple provinciana española...

Grace Moore y Valentín Parera el día de su boda. (Obsérvese el gesto cómico de Valentín, que parece hacerle burla al engalado y temible Destino...)

—¿Y Grace?

Es la pregunta certera. La respuesta del artista se vela de misterio:

—Está aquí, conmigo. ¿No la sientes?...

(Emoción de ternura en el rostro cetrino. Una bella y candente frase de hombre que ama y que lleva consigo la carga preciosa de la amada distante.)

—Grace y yo siempre estamos juntos. Algo notarás en mí de preocupación, que debes perdonarme. Es el pensamiento que se me escapa hasta ella. La sigo, paso a paso, con la imaginación. No puedo olvidarla un solo minuto. Y a ella le ocurre lo mismo. Lleva un pequeño retrato mío sobre el pecho, en un medallón, y otro preside su *camerino* o su cuarto del hotel. Me habla, me cuenta sus pequeñas preocupaciones, sus naderías de mujer enamorada, sus grandes triunfos de cantante. No podemos acostumbrarnos a la separación. Ella está en Holanda, cumpliendo un compromiso de conciertos. Yo me he escapado, más que por ver a mi Madrid, por ver a mi madre, el otro gran amor de mi vida. Pero mañana me voy a reunirme con Grace en Casa Loretta, mestro nido de la Costa Azul, a seis kilómetros de Cannes... Después, los dos, a California...

—¿No pasaréis antes por vuestro nido de Venecia?

—Ya estuve antes de venir aquí, para dar un vistazo. Una visita fugaz, tres palabras con el administrador. Faltaba ella. Faltaba todo. ¿Comprendes?...

Pasan varias mujeres de cuerpos maravillosos, que ciñen dócilmente las sedas, de rostros morenos y expresivos, de brillantes dentaduras. Valentín las mira vagamente. Espero su comentario, su admiración. Inútil. Calla y hunde su cucharilla en el helado con denuedo.

—¿Cómo encuentras Madrid?

—Esto es muy simpático. Tanto como Budapest... Recuerdo que Grace compraba todos los objetos curiosos que veía en los escaparates. Fué una locura. Imposible viajar con aquel exceso de equipaje. Y hubo que facturar aquella frágil mercancía a peso de oro. ¡Es una chiquilla! Acabo de recibir un telegrama suyo en que me advierte que «tiene las maletas llenas de paquetitos.» Estoy temblando. Pero me pide que no la regañe...

(Otra vez ella. Tenía razón Valentín al decirme que Grace está aquí, con nosotros. Acabo por sugestionarme y verla sentada junto a mi amigo, con su rizada cabellera rubia y sus alegres ojos azules. Con un juvenil traje de lino, hechura sastre, blanca blusa bordada, una gardenia en el ojal y la boina de paja sobre la mesa, haciendo dúo con el gran bolso de ante...)

Hablamos de música. Y, claro, hay que hablar de Grace. Valentín ha envidiado únicamente en el mundo al que posee facultades vocales para interpretar las inmortales melodías. Y ha encontrado en su camino una mujer con voz de oro. (Y corazón igualmente de oro. ¡Este hombre ha nacido de piel... Y es tan bárbaramente feliz, que su alegría le abruma. En su rostro español se lee ese miedo que asalta a los seres demasiado dichosos: miedo de perder el paraíso que aquí, abajo, tiene fisonomía de mu-

La pareja feliz Parera-Moore posando en la Costa Azul, en una de las vacaciones de la famosa artista de la pantalla y de la ópera... ↓

Parera, entre Rosita Moreno, Berta Singerman, Miguel de Zárraga, José López Rubio y Andrés de Segurola, en los Estudios de la Fox, en Hollywood

posible...) Se apagan las luces del café cuando en el cielo se encienden las del nuevo día. Valentín, Grace—en sombra y esencia de pensamiento y de recuerdo—y yo nos acercamos a la Cibeles, que mira, con sus ojos de piedra, al corazón de la vieja Magerit, hoy coquetonamente escalonada de «aprendices de rascacielos».

—¿Si hubieras presenciado el éxito de Grace en su último concierto del Albert Hall de Londres! Vendidas las entradas con cuatro meses de anticipación, se da el caso peregrino de que para el concierto anunciado para el año que viene ya se hacen pedidos de localidades... Te recomiendo la película *Su-Si*, cuando venga a las pantallas madrileñas. Grace ha realizado su más completa labor de cantante y actriz...

Hay que separarse. Amanece ya. Parera y yo nos estrechamos la mano, y maquinalmente, sin darnos cuenta, decimos «Hasta mañana...» (Mañana quiere decir, en nuestro caso, el año que viene. O sabe Dios cuándo.) Y Valentín se pierde en las sombras azuladas del crepúsculo matutino, en busca de la amada distante, y sin embargo, presente...

SANTIAGO AGUILAR

Jueves, 25 de Junio de 1936.

I.—El "caballero perfecto" de Beverly Hills

HERBERT Brough Marshall es el *Bart* humorista y jocoso que adoran sus amigos. Herbert Marshall es el «perfecto caballero» encasillado por los técnicos de Hollywood y lanzado a los cuatro vientos de la propaganda.

Este actor admirable vive solo y feliz en un *chalet* de Beverly Hills. Sus cuatro años de estancia en la Meca del cine no han podido variar su carácter inglés, netamente inglés.

Sigue siendo el *gentleman* correcto e impasible en apariencia. Pero es un bromista rebelde en el fondo, con unas ganas atroces de divertirse y de salirse de la rígida etiqueta impuesta por su fama.

(¿Que quién nos ha contado estas particularidades? Ya pueden ustedes figurárselo: la inquieta Claire D'Asteck, recién llegada a Hollywood, y, como siempre, dispuesta a meterse en las vidas y hogares ajenos, con tal de que ello pueda servirnos para distraer a nuestros lectores.)

Herbert, condenado a ser cortés mientras le dure su contrato magnífico, desearía—y lo confiesa a todas horas—poder salir a la calle en mangas de camisa—o en camisa sin mangas—, dejarse un día sin afeitar la barba y correr tras de su perro por las aceras del Sounset Boulevard, atropellando paseantes trasnochadores.

He aquí la pequeña tragedia—tragedia en tono menor—del caballero perfecto de Beverly Hills. Un hombre sociable; pero que reniega de su propia elegancia, que le ha llevado precisamente a la áurea meta del cine, y que no quiere testigos de vista para sus horas de intimidad...

II.—Evolución de Hollywood a través de un inglés

Asegura Herbert que cuando llegó a la capital cinematográfica del mundo, la gente le pareció descuidada, tanto por fuera como por dentro.

Hace cuatro años ahora. Las muchachas, entonces, usaban a diario el pantalón *sport*, y los muchachos, también, además de no llevar chaqueta. Con lo que había una desconcertante confusión de sexos; de lejos, sobre todo.

«Hoy veo con gusto que ellas procuran ser lo más posible femeninas. Ellos se molestan un poco en ponerse camisas de brillo o en vestir traje completo—suele decir nuestro héroe—, y por eso Hollywood, sin darse cuenta, ha evolucionado en cuatro años como yo no podía esperar...»

¿Le ha nacido un corazón a Hollywood?

Lo que se calla Herbert es que su conducta ha influído, precisamente, en este cambio. El, en vez de amoldarse a la falta de etiqueta de Hollywood, establecía en público un fortísimo contraste, gracias a su corrección y pulcritud varoniles.

Y fueron ellas, las mujeres, quienes antes se fijaron en ese contraste y quienes, a fuerza de alabarlo, consiguieron que sus amigos y conocidos imitaran, siquiera tímidamente, a Herbert Marshall. (¿Verdad, lectoras, que dan ganas de pedirle a este hombre que se dé una vuelta por Madrid?...)

III.—La amistad entre una mujer y un hombre

Esto es: la mayor demostración de elegancia espiritual. Porque el amor, entre ellos y ellas, es una cosa natural, físicamente necesaria. Pero la amistad, sin trampa ni cartón, sin deseo encubierto ni juego peligroso, es como un reflejo de lo divino que desciende sobre el barro humano.

Y este gesto maravilloso se debe a un inglés. A Herbert Marshall. A *Bert*, el *gentleman* de Hollywood que esconde al rebelde más genuino que ha pisado tierra y *portland* de California.

Sylvia Sidney, otra gran rebelde y otra gran artista, ha formado con Herbert el dúo amistoso más bello que pudiera imaginarse. Una pareja en que no se puede cebar el hambre canina de la murmuración.

Ella y él—jóvenes, independientes, triunfadores—son los amigos perfectos de Hollywood, desde su trabajo emparejado en la película *Impetus de juventud*. Amigos, con toda la dicha verdadera e incansable que proporciona la amistad.

Allí donde sólo los *flirts*, los noviazgos y los divorcios fulminantes pueden dar una brizna de emoción, ha surgido un espectáculo nuevo y maravilloso: el de la amistad limpia y pura entre dos seres de distinto sexo. Tema bueno para la literatura; pero no para la realidad de una vida tan tormentosa, falsa y materialista, como la de Cinelandia.

Por eso, Herbert y Sidney, son hoy, allí, personajes de leyenda. Y por eso nadie se atreve a suponer un amor disfrazado de amistad en su trato, y se les mira con respeto y admiración.

Hollywood se transforma. Ha visto alentado y aplaudido las cosas más extravagantes. Ahora, comprendiendo y elogiando la amistad de Herbert Marshall y Sylvia Sidney, va camino de la redención de sus infinitos pecados.

Y cabe preguntarse—como se lo pregunta nuestra confidente Claire D'Astek—si a Hollywood acaba de nacerle un alma...—SANTIAGO AGUILAR

La amistad maravillosa de

Sylvia Sidney

Y

Herbert Marshall

Crónica escandalosa de HOLLYWOOD

De bombero en Chile, a «blanco humano» del tirador Sheim, en el Perú.—Un vuelo de ensayo con el aviador Traversari.—Un polizón a Panamá.—Chófer del gobernador de Puerto Rico y del secretario de Rockefeller.—El «doble» de John Barrymore.—El genio del alcohol.—Cien dólares semanales en patatas.—El nómada no quiere decir adiós

Ernesto Vilches, el gran artista español de la escena y del film, que hallándose en Panamá realizando una de sus brillantes giras, rescató a Enrique Vico para el Teatro, incorporándole a su «elenco»

De izquierda a derecha: Enrique Vico y su perro, Miguel Ligero, Alcántara y José Nieto, posando en plena Hollywood...

Arriba: «Henrye Vico, cuando ganaba en Hollywood cien dólares por hacer de «doble» de John Barrymore...— Abajo: Vico (Enrique), con Imperio Argentina, en el «sketch» titulado «Romanya rusa».

AMABLE Grula, ¿quiere usted seguir hablándonos de la vida pintoresca de Enrique Vico, el héroe que le suplanta momentáneamente en el azar de esta crónica escandalosa y verídica?

—A ello voy. Y no es cosa fácil, porque la memoria no es lo suficiente extensa como para recordar, paso a paso, lo que ese español—español de sangre, desde luego—hizo en América. Si algún detalle se me escapa, tal vez tendrán ocasión de conocerle personalmente, y él completará el record extraordinario de su juventud. Quedamos en su hazaña increíble de pasar, a pie, la cordillera de los Andes.

—¡Algo digno de haber sido transmitido por la United Press!

—Su indiferencia por la publicidad es absoluta. Siente desprecio precisamente por todo lo que pueda parecer alarde interesado o *réclame* forzada. En Chile hizo oposiciones a conducir automóviles del Servicio de Incendios. Y las ganó, porque Henry—como le llaman todavía sus conocidos de Norteamérica—domina como quiere toda clase de caballos: los de sangre y los de motor. A decir verdad, aquello era para él juego de niños. Antes de ganar el puesto de bombero-conductor, le ayudó económicamente el popular artista Rafael Arcos, que, a la sazón, actuaba en Chile. Vico no olvidó la mano tendida en momentos difíciles por el españolísimo Rafael.

—Tenemos referencias de muchos «gestos» parecidos del gran maquietista, y también actor afortunado de la pantalla. Pero sigamos con Henry, y sepamos cuánto tiempo duró su nueva actividad.

—Seis meses. El tope de todas sus ocupaciones. Nunca ha resistido más de medio año seguido en el mismo trabajo. Es hombre que se aburre pronto de la vida ordenada y tranquila. Tiene una prisa enorme por vivir. Y le parece que vegetar no es vivir. Así, cuando se trasladó al Perú, fué porque la Compañía teatral de la Romo le ten-

tó a cambiar el volante por el ajetreo de bastidores y la luz de las candilejas. Pasaron a Bolivia. Allí, por un vivo altercado con el representante de la Roma, le dejaron en el Callao. No se amilanó por el percance, y entró de mecánico en el Cuerpo de Aviación. Cuatro meses de su *cornet* de aventuras. Luego, vuelta al Perú, a Lima, para convertirse en el «blanco humano» del famoso tirador Sheim. Un cargo de sangre fría a toda prueba. Por cierto que en el Teatro Colón, donde actuaban, conoció a la diminuta—entonces—artista Imperio Argentina, que cosechaba ovaciones con sus seis años precoces sobre el escenario. Más tarde, abandona al tirador Sheim para irse al Ecuador como electricista del espectáculo de Alegría y Enhart. Allí, en un vuelo de ensayo, se cae con el aviador Traversari; pero ambos resultan ilesos. Obedeciendo a su inquietud, llega a Panamá como polizón, y se queda en el Hotel Coreó en calidad de intérprete, hasta que Ernesto Vilches le rescata para el teatro y le traslada a La Habana, a España—actuación sobre el escenario de la Princesa, de Madrid—y a Buenos Aires, a inaugurar el Teatro Sarmiento. Venezuela, Puerto Rico. Aquí se queda de chófer del gobernador, y después trabaja en la Columbia de vendedor de material.

—Querido William, no hay quien siga a Vico por tantos países ni en tan diversas profesiones.

—Vamos a intentarlo: vuelta a Venezuela en una Compañía italiana de opereta, para quedarse como animador de un *cabaret*. Nostálgico de España, emprende el regreso y se coloca de probador de *autos* en la General Motors, donde obtiene el primer premio de ventas. Cansado de ganar dinero en esta profesión, se embarca para Nueva York, y vive allí de fogonero de calefacción y de repartidor de pan, hasta que le toman como intérprete en el Manhatann Opera House, donde la Warner Bros—los hermanos inventores Warner—realizan sus primeras experiencias de cine sonoro. El viejo millonario Snipps, secretario que fué de Rockefeller, le toma a su servicio como chófer. Va a Florida, y de allí a Los Angeles.

—Es decir, al cine, su profesión definitiva.

—Quizá la parte más curiosa de su existencia se desarrolló entonces, cuando fué elegido para «dobles» de John Barrymore. Su parecido físico con el famoso actor de la pantalla le proporcionó un trabajo duro y anónimo, remunerado con cien dólares a la semana. Tenía que soportar el fuego de los focos, para que los operadores probaran los ángulos de visión de las escenas a rodar, mientras «el bello John» bebía tranquilamente en su *camerino*. El menor de la dinastía Barrymore, con su carácter propio de loco —dice Henry, y él tiene motivos para saberlo—, era el terror de todos en el Estudio. Tan pronto sonreía a su «doble» y le llamaba «buen muchacho», como le increpaba sin motivo, escandalizándose de que suplantara su personalidad no poseyendo un solo adarme de su talento.

Un grupo durante el rodaje de «La hermana San Sulpicio»: Gaertner (operador), Florián Rey, Imperio Argentina, Enrique Vico y Soler Mary

Presentación de una «argentinada» en el Teatro México, de Los Angeles, durante el furor del tango, en que figuraba Enrique Vico...

Vico comprendía los terribles efectos del alcohol en aquel cerebro poderoso, que alcanzaba el límite de lo genial en algunas creaciones, y soportaba aquellas violencias excesivas. Sin embargo, no trabajó como «dobles» sino en dos films: *La bestia del mar* y *El rey vagabundo*. Tuvo que renunciar a los cien dólares porque para comprarse patatas y aplicárselas a los ojos, atacados continuamente de conjuntivitis, gastaba la mayor parte de su sueldo.

—¿Tuvo alguna oportunidad nuestro héroe para salir del montón anónimo de los «extras» y de los «dobles»?

—El director Malcom Saint Clair se había fijado en sus cualidades, pero cuando Vico tenía en el bolsillo su pasaje de regreso a España. Y quedó desconectada su corriente cinematográfica por el mismo anhelo de siempre de perseguir nuevos horizontes. Había trabajado con María Tubau—de quien fué secretario en giras teatrales—en *El proceso de Mary Dugan*, película; con Vilches, en *Cheri Bibi*, y con Gary Cooper, en *Calles de la ciudad*. Papeles pequeños; pero que iban escalonando su carrera laboriosa y prometedora. Todo se vino abajo. Al despedirnos, aquel extraño hombre no sentía la menor emoción. No pude convencerle de que había llegado el momento de hacer vida sedentaria, de confiar en los caprichos de Hollywood. Me oía con el cigarrillo en los labios y la mirada distraída. Sus últimas palabras no las olvidaré nunca:

«Déjame, William. No te digo adiós porque yo no sé si volveremos a vernos dentro de unos meses.

El mundo es pequeño y la distancia no existe para los hombres como yo. Ir y volver, salir y entrar, he aquí la razón única de mi vida nómada, siempre en busca de algo que, a lo mejor, ni existe ni nos espera.»

A la izquierda: Vico (en una escena de «La traviesa molinera», versión inglesa), y a la derecha, el actor inglés Allan Yayes (el coronel de «Catalina de Rusia»)

SANTIAGO AGUILAR